ASSASSIN'S CREED

LA HERMANDAD

OLIVER BOWDEN



«Viajaré hasta el corazón negro de un imperio corrupto para acabar con mis enemigos. Pero Roma no se construyó en un día y no será un asesino solitario el que la restablezca. Soy Ezio Auditore da Firenze. Ésta es mi hermandad».

Roma, que una vez fue poderosa, está en ruinas. La ciudad está plagada de sufrimiento y degradación, y sus habitantes viven a la sombra de la implacable familia Borgia. Tan sólo un hombre puede liberar al pueblo de la tiranía de los Borgia: Ezio Auditore, el maestro asesino.

La búsqueda de Ezio le pondrá a prueba. Cesare Borgia, un hombre más infame y peligroso que su padre el Papa, no descansará hasta conquistar Italia. Y en una época tan traicionera, la conspiración está en todas partes, incluso dentro de la misma Hermandad…



Oliver Bowden

Assassin’s Creed: La hermandad

Assassin’s Creed 2

ePub r1.3
libra 28.08.2015

Título original: *Assassin's Creed. Brotherhood*
Oliver Bowden, 2010
Traducción: Noemí Risco

Editor digital: libra
ePub base r1.2



Prólogo

Los acontecimientos de los últimos quince minutos extraordinarios, que podrían haber sido quince horas, incluso días, por lo largos que se hicieron, pasaron, una vez más, a toda velocidad por la cabeza de Ezio mientras se tambaleaba y su mente daba vueltas, desde la bóveda de la Capilla Sixtina.

Recordaba, aunque le parecía un sueño, que en las profundidades de la cripta había visto un enorme sarcófago hecho de lo que parecía ser granito. Al acercarse, había empezado a brillar, pero con una luz acogedora.

Tocó la tapa y se abrió, ligera como una pluma. Surgió una cálida luz amarilla y del interior de aquel resplandor apareció una figura, cuyos rasgos Ezio no pudo distinguir, aunque sabía que estaba frente a una mujer. Una mujer de estatura antinatural, que llevaba un casco y en cuyo hombro derecho portaba un cárabo.

La luz que la rodeaba le dejaba ciego.

—Saludos, Profeta —dijo, llamándole por el nombre que misteriosamente le habían asignado—. Llevo diez mil millares de estaciones esperándote.

Ezio no se atrevió a levantar la vista.

—Muéstrame la Manzana.

Con humildad, Ezio se la ofreció.

—Ah. —Su mano acarició el aire por encima del fruto, pero no lo tocó. Resplandecía y latía. Sus ojos se clavaron en él—. Debemos hablar.

Ladeó la cabeza, como si estuviese reflexionando sobre algo, y Ezio, al levantar la vista, creyó ver un atisbo de sonrisa en su rostro iridiscente.

—¿Quién eres?

—Tengo muchos nombres. Cuando… fallecí, era Minerva.

Ezio reconoció el nombre.

—¡La diosa de la sabiduría! El búho en tu hombro. El casco… Por supuesto.

Inclinó la cabeza.

—Los dioses a los que adoraban tus antepasados ya no existimos. Juno, la reina de los dioses, y mi padre, Júpiter, el rey, que me trajo a la vida por su frente. Yo era la hija, no de sus entrañas, ¡sino de su cerebro!

Ezio estaba paralizado. Parecía una de las estatuas que se extendían por las paredes. Venus. Mercurio. Vulcano. Marte…

Se oyó un ruido, como un cristal que se rompía a lo lejos o el sonido que podría hacer una estrella al caer; pero era su risa.

—No… No somos dioses. Simplemente llegamos antes. Incluso cuando caminábamos por el mundo, la humanidad se esforzaba por comprender nuestra existencia. Tan sólo estábamos más avanzados en el tiempo. —Hizo una pausa —. Pero, aunque puede que no nos entiendas, debes tener en cuenta nuestra advertencia.

—No lo entiendo.

—No tengas miedo. Deseaba hablar contigo, pero también a través de ti. Eres el Elegido de tu tiempo. El Profeta.

Ezio notó el cálido abrazo maternal que abarcaba todo su cansancio.

Minerva alzó los brazos y el techo de la cripta se convirtió en el firmamento. Su rostro resplandeciente reflejó una tristeza indescriptible.

—Escucha y mira.

Ezio apenas podía soportar aquel recuerdo: había visto la Tierra entera y los cielos que la rodeaban hasta más allá de la Vía Láctea, la galaxia, y su mente apenas comprendía dicha visión. Vio un mundo, su mundo, destruido por el hombre, y una llanura azotada por el viento. Pero entonces vio a personas deshechas, efímeras, pero impertérritas.

—Os dimos el Edén —dijo Minerva—, pero se convirtió en Hades. El mundo ardió hasta quedar reducido a cenizas. Pero os creamos a nuestra imagen y semejanza, y os creamos a vosotros, hicierais lo que hicieseis, a pesar de todo el mal canceroso que hubiera en vuestro interior, por decisión propia, para daros libertad, para que sobrevivierais. Y lo reconstruimos. Tras la devastación, reconstruimos el mundo, después de eones, y se ha convertido en el mundo que conocéis y habitáis. Intentamos por todos los medios que una tragedia semejante no volviera a suceder.

Ezio volvió a mirar hacia el cielo. Un horizonte. En él, templos y formas, escritura grabada en piedra, bibliotecas repletas de pergaminos, barcos, ciudades, música y baile. Perfiles y formas de civilizaciones antiguas que él desconocía, pero que reconocía como la obra de otros seres como él.

—Pero ahora los míos se están muriendo —decía Minerva— y el tiempo corre en nuestra contra… La verdad se transformará en mito y leyenda. Pero Ezio, profeta y líder, aunque posees la fuerza física de un mero mortal, tu voluntad está al mismo nivel que la nuestra y en ti mis palabras perdurarán.

Ezio la miró, embelesado.

—Que mis palabras también traigan esperanza —continuó Minerva—, pero tendrás que darte prisa, porque el tiempo apremia. Protégete contra los Borgia. Protégete contra la Cruz Templaria.

La cripta se oscureció. Minerva y Ezio estaban solos, bañados en un débil resplandor de luz cálida.

—Mi gente debe abandonar este mundo. Pero el mensaje está entregado. Ahora depende de ti. Nosotros no podemos hacer nada más.

Y entonces se hizo la oscuridad y el silencio, y la cripta se convirtió de nuevo en un mero sótano subterráneo, vacío por completo.

Y aún así…

Ezio salió de allí y contempló el cuerpo retorcido de Rodrigo Borgia, el Español, el Papa Alejandro VI, líder de la facción templaria, ensangrentado mientras, por lo visto, agonizaba; Ezio no podía asestarle el golpe de gracia. El hombre parecía estar muriéndose solo. Al parecer, Rodrigo había tomado veneno, el mismo sin duda que le había administrado a muchos de sus enemigos. Bueno, que encuentre su propio camino al *Inferno*. Ezio no se apiadaría de él y le facilitaría la muerte.

Salió de la penumbra de la Capilla Sixtina hacia el sol. Una vez en el pórtico, vio que le esperaban sus amigos y compañeros Asesinos, miembros de la Hermandad, a cuyo lado había vivido tantas aventuras y sobrevivido a tantos peligros.

Primera Parte

Verdad que no se puede llamar virtud el matar conciudadanos, el traicionar a los amigos y el carecer de fe, de piedad o de religión, con cuyos medios se puede adquirir poder, pero no gloria.

NICOLÁS MAQUIAVELO, *El Príncipe*

Capítulo 1

Ezio se quedó de pie un momento, aturdido y desorientado. ¿Dónde estaba? ¿Qué era aquel lugar? Conforme iba recuperando lentamente sus sentidos, vio a su tío Mario separándose del grupo de sus compañeros Asesinos para acercarse a él y cogerle del brazo.

—Ezio, ¿estás bien?

—Hu… hu… hubo una pelea… Con el Papa, con Rodrigo Borgia. Le he dado por muerto.

Ezio tembló violentamente. No podía controlarse. ¿Podía ser verdad? Unos minutos antes, aunque le parecía que hacía cientos de años, había participado en una lucha a vida o muerte con el hombre que más odiaba y al que más temía, el líder de los Templarios, la sanguinaria organización empeñada en la destrucción del mundo que Ezio y sus amigos de la Hermandad de los Asesinos se habían esforzado tanto por proteger.

Pero los había derrotado. Había usado los grandes poderes del misterioso artefacto, la Manzana, el sagrado Fruto del Edén que los antiguos dioses le habían concedido para asegurar que su inversión en la humanidad no desaparecía en el derramamiento de sangre y la iniquidad. Y había surgido triunfante.

¿O no?

¿Qué había dicho? «Le he dado por muerto». Y, de hecho, Rodrigo Borgia, el vil anciano que no había reparado en medios para llegar hasta la cima de la Iglesia y convertirse en Papa sí que parecía estar muriéndose. Había tomado veneno.

Pero ahora una duda espantosa asaltaba a Ezio. Al mostrar piedad, la piedad que era el alma del Credo de los Asesinos y que debía, por lo que él sabía, ser concedida a todos aquellos cuyas vidas pusieran en peligro al resto de la humanidad, ¿había sido débil?

Si así era, nunca permitiría dejar traslucir sus dudas; ni siquiera le diría nada

a su tío Mario, el líder de la Hermandad. Se irguió. Había dejado que aquel anciano se quitara la vida. Le había dejado tiempo para rezar. No le había atravesado el corazón para asegurarse de que estaba muerto.

Una fría mano se cerró sobre su corazón cuando una voz clara le dijo en su mente: «Deberías haberlo matado».

Se sacudió para deshacerse de sus demonios como un perro se seca el agua después de un baño. Pero aun así seguía pensando en su desconcertante experiencia en la extraña cripta bajo la Capilla Sixtina del Vaticano romano, el edificio del que acababa de salir hacia la intermitente y desconocida luz del sol. Todo a su alrededor le parecía extrañamente normal y en calma. Los edificios del Vaticano estaban como siempre, resplandecientes bajo aquella luz brillante. El recuerdo de lo que acababa de pasar en la cripta volvió a su memoria, una gran oleada de imágenes arrolló su conciencia. Había tenido una visión, un encuentro con una extraña diosa —puesto que no había otro modo de describir a aquel ser —, que ahora sabía que era Minerva, la diosa romana de la sabiduría. Le había enseñado tanto el pasado distante como el futuro lejano de tal manera que le había hecho detestar la responsabilidad que aquel conocimiento le cargaba sobre los hombros.

¿Con quién podría compartirlo? ¿Cómo iba a explicarlo? Todo parecía tan irreal…

Lo único de lo que estaba seguro después de aquella experiencia —más terrible que otra cosa— era que la pelea no había terminado. Tal vez llegaría un día en el que volvería a su ciudad natal, Florencia, y se pondría con sus libros, bebería con sus amigos en invierno y cazaría con ellos en otoño, perseguiría a las chicas en primavera y supervisaría las cosechas de sus fincas en verano.

Pero ese momento todavía no había llegado.

En el fondo sabía que los Templarios y todo el mal que representaban no habían terminado. Se enfrentaba contra un monstruo con más cabezas que Hidra y, como esa bestia, que ningún otro hombre salvo Hércules había podido matar, era inmortal.

—¡Ezio!

La voz de su tío era fuerte, pero le sirvió para despertarle del ensueño que le tenía en sus garras. Tenía que recuperar el control y pensar con claridad.

Había un fuego ardiendo con furia en la cabeza de Ezio. Pronunció su nombre para sus adentros como si le tranquilizara: soy Ezio Auditore da Firenze. Fuerte, un maestro de las tradiciones de los Asesinos.

Lo volvió a repasar todo: no sabía si lo había soñado. Lo que le había enseñado la extraña diosa en la cripta, aquellas revelaciones, había debilitado totalmente sus creencias y suposiciones. Era como si el tiempo se hubiese puesto del revés. Al salir de la Capilla Sixtina, donde había dejado al malvado Papa, Alejandro VI, que por lo visto se estaba muriendo, volvió a entrecerrar los ojos por la fuerte luz del sol. Sus compañeros Asesinos estaban reunidos a su alrededor, con semblante serio, acompañado de una sombría determinación.

Todavía le perseguía aquel pensamiento: ¿tenía que haber matado a Rodrigo, haberse asegurado de que estaba muerto? Había elegido no hacerlo. El hombre se había visto inclinado a quitarse la vida tras no haber conseguido su objetivo principal.

No obstante, aquella clara voz continuaba sonando en la mente de Ezio.

Y había más: una fuerza desconcertante parecía arrastrarle de vuelta hacia la capilla. Sentía que aún quedaba algo por hacer.

No estaba relacionado con Rodrigo. No era sólo Rodrigo. Aunque podía acabar con él ahora. Era algo más.

—¿Qué pasa? —preguntó Mario.

—Debo volver —respondió Ezio, al darse cuenta de nuevo, con un vuelco en el corazón, de que el juego no había terminado y de que aún no debía desprenderse de la Manzana.

Cuando aquella idea le vino a la cabeza, de pronto se apoderó de él una insoportable sensación de apremio. Se liberó de los brazos protectores de su tío y regresó a la oscuridad. Mario le siguió, pero les pidió a los demás que se quedaran donde estaban para vigilar.

Ezio enseguida llegó al sitio donde había dejado al moribundo Rodrigo Borgia, pero ¡no estaba allí! En el suelo había una capa papal damasco, muy decorada, salpicada de sangre, pero su dueño había desaparecido. Una vez más aquella mano, cubierta con un guante de acero helado, se cerró sobre el corazón de Ezio y pareció aplastarlo.

La puerta oculta a la cripta, a efectos prácticos, estaba cerrada y casi era invisible, pero cuando Ezio se acercó al punto donde recordaba que estaba, se abrió suavemente con un empujón. Se volvió hacia su tío y se sorprendió al ver que el rostro de Mario reflejaba miedo.

—¿Qué hay ahí dentro? —preguntó el hombre mayor, que se esforzaba por mantener la voz firme.

—El Misterio —respondió Ezio.

Dejó a Mario en el umbral de la puerta y avanzó por el pasadizo poco iluminado, con la esperanza de que no fuera demasiado tarde y Minerva, al prever aquello, hubiera mostrado clemencia. Lo más seguro era que a Rodrigo no le hubieran permitido entrar allí. Sin embargo, Ezio preparó su hoja oculta, la espada que su padre le había legado.

En la cripta, las grandes figuras humanas, y al mismo tiempo sobrenaturales —¿eran estatuas?—, sujetaban el Báculo.

Uno de los Fragmentos del Edén.

El Báculo estaba aparentemente soldado a la figura que lo sostenía y, mientras Ezio intentaba hacer palanca para soltarlo, la figura pareció asirlo con más fuerza mientras brillaba como las inscripciones rúnicas de las paredes de la cripta.

Ezio recordó que ninguna mano humana debería tocar la Manzana sin protección. Las figuras entonces se dieron la vuelta, se hundieron en el suelo y dejaron la cripta vacía, salvo por el gran sarcófago y las estatuas que lo rodeaban.

Ezio retrocedió, miró a su alrededor por un instante y vaciló antes de despedirse instintivamente por última vez de aquel lugar. ¿Qué esperaba? ¿Acaso Minerva iba a manifestarse por segunda vez ante él? ¿No había dicho ya todo lo que tenía que decirle? ¿O al menos todo lo que era seguro para él saber? Le habían concedido la Manzana. Los otros Fragmentos del Edén en combinación con la Manzana, según Rodrigo, eran la supremacía que anhelaba, y Ezio comprendió al final que la unión de tal poder era demasiado peligrosa para las manos del Hombre.

—¿Estás bien? —dijo Mario, todavía nervioso por extraño que pareciera, al acercarse a él.

—No pasa nada —contestó Ezio mientras volvía hacia la luz con una curiosa renuencia.

En cuanto se reunió con su tío, Ezio le mostró la Manzana sin decir una palabra.

—¿Y el Báculo?

Ezio negó con la cabeza.

—Está mejor en manos de la Tierra que no del Hombre —dijo Mario, que lo entendió al instante—. Pero no tienes por qué contármelo. Vamos, no deberíamos entretenernos.

—¿Por qué tanta prisa?

—Por todo. ¿Crees que Rodrigo va a quedarse sentado y nos va a dejar salir de aquí tan tranquilos?

—Le di por muerto.

—No es lo mismo que dejarle bien muerto, ¿no? ¡Vamos!

Salieron de la cripta, tan rápidamente como pudieron, y un viento frío pareció seguirles.

Capítulo 2

—¿Adónde han ido los demás? —le preguntó Ezio a Mario, con la cabeza aún dándole vueltas por sus recientes experiencias, mientras volvían a la gran nave de la Capilla Sixtina. Los Asesinos que estaban reunidos allí se habían marchado.

—Les dije que se fueran. Paola ha vuelto a Florencia; Teodora y Antonio, a Venecia. Tenemos que mantenernos a cubierto por toda Italia. Los Templarios están divididos pero no hemos acabado con ellos. Se reagruparán si nuestra Hermandad de los Asesinos no está alerta. Eternamente alerta. El resto de nuestra compañía ha seguido adelante y nos esperará en nuestro cuartel general de Monteriggioni.

—Estaban haciendo guardia.

—Sí, pero sabían cuándo habían terminado con su deber. Ezio, no hay tiempo que perder. Todos lo sabemos.

Mario estaba serio.

—Debería haberme asegurado de que Rodrigo Borgia estaba muerto.

—¿Te hirió durante la batalla?

—Me protegió la armadura.

Mario le dio a su sobrino unas palmaditas en la espalda.

—Antes he hablado precipitadamente. Creo que hiciste bien al no matarle si no había necesidad. Siempre aconsejo moderación. Creíste que se había quitado él mismo la vida. ¿Quién sabe? Tal vez estaba fingiendo o tal vez se equivocó en la dosis de veneno. Sea como fuere, tenemos que encargarnos de la situación tal como está y no malgastar energía considerando lo que podría haber sido. De todos modos, te enviamos a ti, un solo hombre contra un ejército entero de Templarios. Has cumplido más que de sobra con tu parte. Y yo sigo siendo tu tío, por lo que he estado preocupado por ti. Vamos, Ezio. Tenemos que salir de aquí. Tenemos trabajo que hacer y lo último que necesitamos es que nos acorralen los

guardias de los Borgia.

—No creerías las cosas que he visto, tío.

—Tan sólo asegúrate de mantenerte con vida. Luego puede que me lo cuentes. Escucha: he guardado algunos caballos más allá de San Pedro, fuera de los límites del Vaticano. En cuanto lleguemos allí, podremos salir sanos y salvos.

—Los Borgia intentarán detenernos, supongo.

Mario mostró una amplia sonrisa.

—¡Por supuesto! Y yo espero que los Borgia lloren la pérdida de muchas vidas esta noche.

En la capilla, Ezio y su tío se sorprendieron al encontrarse con unos cuantos sacerdotes, que habían vuelto para terminar la misa que había interrumpido la confrontación de Ezio con el Papa, cuando Rodrigo y él habían luchado por el control de los Fragmentos del Edén que habían descubierto.

Los curas se encararon con ellos, enfadados, les rodearon y les gritaron:

—*Che cosa fate 'qui?* ¿Qué estáis haciendo aquí? —chillaron—. ¡Habéis profanado la santidad de este Lugar Sagrado! *Assassini!* ¡Dios se encargará de que paguéis por vuestros crímenes!

Mientras Mario y Ezio se abrían paso a través de la furiosa multitud, las campanas de San Pedro empezaron a dar la alarma.

—Condenáis lo que no entendéis —le dijo Ezio a un sacerdote que intentaba cortarles el paso.

Le repelía lo blando que tenía el cuerpo y lo empujó hacia un lado con la mayor delicadeza posible.

—Debemos marcharnos, Ezio —dijo Mario con tono apremiante—. ¡Ahora!

—¡Es la voz del Diablo! —resonó la voz de otro cura.

—Apártate de ellos —dijo otro.

Ezio y Mario se abrieron camino entre la muchedumbre y salieron al gran patio de la iglesia, donde se encontraron con miles de túnicas rojas. Parecía que el Colegio Cardenalicio al completo se había reunido, confundido, pero todavía bajo el dominio del Papa Alejandro VI, Rodrigo Borgia, capitán de la Asociación de los Templarios.

—Porque no luchamos contra la carne y la sangre —rezaban los cardenales —, sino contra los principados, contra el poder, contra los gobernantes de la oscuridad de este mundo, contra la maldad espiritual en las altas esferas. Porque os ofrecemos la armadura de Dios, y el escudo de la Fe, para que sofoquéis los ardientes dardos de los malvados.

—¿Qué les pasa? —preguntó Ezio.

—Están confundidos. Buscan a alguien que les guíe —contestó Mario en tono grave—. Vamos. Debemos salir de aquí antes de que los guardias de los Borgia adviertan nuestra presencia.

Se volvió hacia el Vaticano y vio el resplandor de una armadura bajo la luz del sol.

—Demasiado tarde. Ya vienen. ¡Date prisa!

Capítulo 3

Las vestiduras infladas de los cardenales formaban un mar rojo que se separó cuando cuatro guardias de los Borgia se abrieron camino para perseguir a Ezio y Mario. El pánico se apoderó de la multitud cuando los cardenales empezaron a gritar de miedo y alarma, y Ezio y su tío se encontraron rodeados de una marabunta. Los cardenales, al no saber hacia dónde ir, habían formado una barrera sin darse cuenta; tal vez su valor inconscientemente se había reafirmado ante la llegada de los guardias armados, con los petos relucientes a la luz del sol. Los cuatro soldados Borgia habían desenvainado sus espadas y entraban en la pista que habían dejado los cardenales para enfrentarse con Ezio y Mario, que también sacaron sus espadas.

—Soltad vuestras armas y rendíos, Asesinos. ¡Estáis rodeados y os superamos en número! —gritó el soldado al mando, que dio un paso al frente.

Antes de que pudiera pronunciar otra palabra, Ezio saltó de su postura al volver la energía a sus miembros cansados. El guardia al mando no tuvo tiempo de reaccionar, pues no se esperaba que su oponente se atreviera a hacer tal cosa ante sus pocas probabilidades de vencer. El brazo de Ezio que sostenía la espada dibujó un círculo y la hoja silbó al cortar el aire. El guardia intentó en vano alzar su espada para detener el golpe, pero el movimiento de Ezio fue demasiado rápido. La espada del Asesino dio en el blanco con una resuelta precisión, cortó el cuello descubierto del soldado y un chorro de sangre siguió al impacto. Los tres guardias restantes se quedaron inmóviles, asombrados ante la velocidad del Asesino y con cara de tontos al ver a un enemigo tan hábil. No iban a tardar en morir. La espada de Ezio apenas había acabado su primer arco letal cuando levantó la mano izquierda y el mecanismo de la hoja oculta se accionó y la punta mortífera apareció por su manga. Atravesó al guardia entre los ojos antes de que pudiera mover un músculo para defenderse.

Entretanto, Mario, que había pasado desapercibido, se había movido dos

pasos a un lado para cerrar el ángulo de ataque de los dos guardias que quedaban, cuya atención estaba todavía centrada en la espantosa muestra de violencia que se desarrollaba ante ellos. Con dos pasos más, se acercó y empujó la espada debajo del peto del guardia más cercano y la punta se levantó de forma escalofriante hacia el torso del hombre. La cara del guardia se contrajo por la confusa agonía. Tan sólo quedaba un soldado. Con los ojos llenos de terror, se dio la vuelta como si quisiera huir, pero era demasiado tarde. La hoja de Ezio le alcanzó el costado derecho mientras la espada de Mario le cortaba el muslo. El hombre cayó de rodillas con un gruñido y Mario le tiró de una patada.

Los dos Asesinos miraron a su alrededor. La sangre de los guardias estaba esparcida por todo el pavimento y empapaba el dobladillo escarlata de las vestiduras de los cardenales.

—Marchémonos antes de que nos alcancen más hombres de los Borgia.

Blandieron sus espadas ante los ahora aterrorizados cardenales, que enseguida huyeron de los Asesinos y dejaron el camino libre para alejarse del Vaticano. Oyeron unos caballos que se acercaban —sin duda más soldados—, mientras corrían a toda velocidad hacia el sureste, a través de la extensión de la plaza, lejos del Vaticano, en dirección al Tíber. Los caballos que Mario había preparado para su huida estaban atados justo en las inmediaciones de la Santa Sede. Pero antes tenían que enfrentarse a los Guardias Papales que les habían seguido a caballo y que cada vez estaban más cerca a juzgar por los cascos atronadores que retumbaban sobre los adoquines. Con las espadas se las apañaron para esquivar las alabardas que los guardias les lanzaban.

Mario impidió que un guardia apuñalara a Ezio por la espalda con su lanza.

—No está mal para un anciano —gritó Ezio, agradecido.

—Espero que me devuelvas el favor —le dijo su tío—. ¡Y no soy tan anciano!

—No me he olvidado de todo lo que me enseñaste.

—No lo esperaba. ¡Cuidado!

Ezio se giró justo a tiempo de cortarle las patas a un caballo que montaba un guardia con una maza de aspecto atroz.

—*Buona questa!* —gritó Mario—. ¡Muy buena!

Ezio saltó de lado para evitar a otros dos perseguidores más y se las arregló para derribarles de sus caballos mientras galopaban a toda velocidad, atraídos por su propio ímpetu. Mario, más viejo y pesado, prefirió quedarse donde estaba y atacaba a sus enemigos antes de que se alejaran de su alcance. Pero en cuanto

llegaron a los límites de la amplia plaza que estaba enfrente de la iglesia de San Pedro, los dos Asesinos enseguida se encaramaron a la seguridad de los tejados, escalaron las paredes de una casa que se desmoronaba, con tanta agilidad como dos lagartijas, corretearon, y saltaron por los huecos donde las calles formaban cañones. No siempre era fácil y llegó un momento en el que Mario no pudo seguir y sus dedos intentaron aferrarse a las canaletas, pero no las alcanzaron. Jadeando, Ezio volvió sobre sus pasos para tirar de él y consiguió levantarlo justo cuando las flechas de las ballestas disparadas por los perseguidores sonaron al pasar por delante de ellos hacia el cielo.

Pero iban mucho más rápido que los guardias, que al llevar unas armaduras más pesadas y no tener las habilidades de los Asesinos, intentaban en vano alcanzarlos, corriendo por los caminos debajo de ellos hasta que poco a poco quedaron atrás.

Mario y Ezio pararon en seco en un tejado que daba a una pequeña plaza en los límites de Trastevere. Dos caballos grandes y fuertes, de color castaño, vigilados por un jorobado bizco con un bigote espeso, estaban ensillados y preparados fuera de una humilde posada, en cuyo estropeado cartel se leía El Zorro Durmiente.

—¡Gianni! —dijo Mario entre dientes.

El hombre alzó la mirada y enseguida desató las riendas con las que los caballos estaban atados a un gran aro de hierro sujeto a la pared de la posada. Mario saltó del tejado al instante, aterrizó en cuclillas y de allí saltó a la silla más próxima, y grande, de los dos caballos. El animal relinchó y pisó la tierra, nervioso, previendo lo que iba a suceder.

—Shh, *Campione* —le dijo Mario al caballo, y entonces levantó la vista hacia donde Ezio estaba sobre el parapeto y gritó—: ¡Vamos! ¿A qué estás esperando?

—Un minuto, *zio* —dijo Ezio y se volvió para mirar a dos guardias Borgia que se las habían arreglado para subir al tejado y ahora se enfrentaban a él (para su asombro) con unas pistolas amartilladas que no había visto antes. ¿De dónde demonios las habían sacado? No era el momento de hacer preguntas, así que dio una vuelta en el aire, soltó su hoja oculta y les cortó de forma limpia la yugular antes de que les diera tiempo de dispararle.

—Impresionante —dijo Mario mientras frenaba a su impaciente caballo—. ¡Ahora date prisa! *Cosa diavolo aspetti?*

Ezio saltó del tejado y aterrizó cerca del segundo caballo, que el jorobado

tenía sujeto con firmeza; luego rebotó del suelo y saltó a la silla del animal. Se alzó sobre dos patas al notar su peso pero lo controló de inmediato y le hizo dar la vuelta para seguir a su tío, que galopaba hacia el Tíber. En ese preciso instante Gianni desapareció en la posada y un destacamento de caballería Borgia dobló la esquina hacia la plaza. Ezio clavó los talones en los costados del caballo y corrió a toda velocidad detrás de su tío mientras avanzaban como alma que lleva el diablo a través de las deterioradas calles de Roma hacia el sucio río de aguas mansas. A sus espaldas oían los gritos de los guardias Borgia montados, insultando a su presa, mientras Mario y Ezio galopaban por el laberinto de calles antiguas, alejándose cada vez un poco más.

Al llegar a la isla Tiberina, cruzaron el río por un puente destartalado que temblaba bajo los cascos de sus caballos, luego volvieron sobre sus pasos, giraron hacia el norte y subieron por la calle principal que llevaba a las afueras de la miserable ciudad que una vez había sido la capital de un mundo civilizado. No pararon hasta que estuvieron en el campo y se aseguraron de que estaban fuera del alcance de sus perseguidores.

Cerca de la población de Settebagni, a la sombra de un enorme olmo que había junto a un camino polvoriento, pararon sus caballos y se tomaron un tiempo para respirar.

—Hemos estado cerca, tío.

El viejo se encogió de hombros y sonrió con un poco de dolor.

De una alforja Mario sacó una bota de fuerte vino tinto y se la ofreció a su sobrino.

—Ten —dijo mientras recuperaba poco a poco el aliento—. Te irá bien.

Ezio bebió y luego hizo una mueca.

—¿De dónde has sacado esto?

—Es lo mejor que pueden hacer en El Zorro Durmiente —contestó Mario y sonrió de oreja a oreja—. Pero en cuanto lleguemos a Monteriggioni tendremos algo mejor.

Ezio sonrió y le devolvió la bota a su tío, pero entonces pareció preocupado.

—¿Qué pasa? —preguntó Mario en un tono más dulce.

Ezio sacó despacio la Manzana de la bolsa en la que la guardaba.

—Esto. ¿Qué voy a hacer con esto?

Mario se puso serio.

—Es una responsabilidad muy grande. Pero tienes que cargar con ella tú solo.

—¿Cómo voy a hacerlo?

—¿Qué te dice tu corazón?

—Mi corazón me dice que me deshaga de ella. Pero mi cerebro…

—Te la concedió a ti… aquella fuerza extraña que encontraste en la cripta —dijo Mario con aire grave—. No se la habrían vuelto a dar a los mortales si no hubiera un propósito.

—Es demasiado peligrosa. Si cae en manos equivocadas de nuevo…

Ezio miró alarmado hacia el indolente río que fluía junto a ellos. Mario le observó, expectante.

Ezio alzó la Manzana con su mano derecha enguantada. Pero continuaba dudando. Sabía que no podía tirar un tesoro como aquél y las palabras de su tío le habían influido. Seguramente Minerva no le habría permitido coger la Manzana si no hubiera habido una razón.

—Tú solo debes tomar la decisión —dijo Mario—. Pero si no estás contento con esta custodia, dámela a mí para que la ponga a buen recaudo. La recuperarás más adelante, cuando tu mente esté más calmada.

Ezio todavía dudaba, pero entonces ambos oyeron a lo lejos el sonido de unos cascos atronadores y el aullido de unos perros.

—Esos cabrones no se dan por vencidos con facilidad —dijo Mario con los dientes apretados—. Vamos, dámela.

Ezio suspiró, pero volvió a guardar la Manzana en la bolsa de piel y se la lanzó a Mario, que enseguida la metió en su alforja.

—Y ahora —dijo Mario—, debemos llevar a estos jamelgos al río y cruzar con ellos a nado. Eso hará que los perros no puedan seguir nuestro rastro y, si aun así son tan listos como para vadear el río, les perderemos por el bosque. Vamos. Quiero estar en Monteriggioni mañana a esta hora.

—¿A qué velocidad esperas cabalgar?

Mario hundió sus talones en los costados de su montura, la bestia se encabritó y echó espuma por las comisuras de la boca.

—Muy rápido —respondió—, porque a partir de ahora no tenemos sólo que competir con Rodrigo. Ahora también están con él sus hijos, Cesare y Lucrezia.

—¿Y ellos son…?

—Las personas más peligrosas que jamás has conocido.

Capítulo 4

Era la tarde del día siguiente cuando la pequeña ciudad amurallada de Monteriggioni, dominada por la *rocca* de Mario, apareció sobre su colina en el horizonte. Lo habían conseguido en menos tiempo del que esperaban y habían aminorado el paso para darle un respiro a los caballos.

—… y entonces Minerva me habló del sol —estaba diciendo Ezio—. Me contó que hace muchísimo tiempo ocurrió un desastre y pronosticó otro que no vendrá…

—Hasta dentro de un tiempo, en el futuro, vero? —preguntó Mario—. Entonces no tenemos por qué preocuparnos.

—Sí —contestó Ezio—. Me pregunto cuánto más tendremos que trabajar. —Se paró a reflexionar—. Tal vez acabemos pronto.

—¿Sería tan malo?

Ezio estaba a punto de contestar cuando le interrumpió el sonido de una explosión: fuego de cañones que procedía de la ciudad. Desenvainó su espada y se incorporó en su silla para otear la muralla.

—No te preocupes —le dijo Mario y se rio con ganas—. Son tan sólo maniobras. Ahora tenemos un arsenal mejor y se han instalado nuevos cañones en las almenas. Hay sesiones de entrenamiento a diario.

—Con tal de que no nos apunten a nosotros…

—No te preocupes —repitió Mario—. Es cierto que los hombres todavía tienen que perfeccionar su puntería, ¡pero tienen suficiente sentido común como para no disparar al jefe!

Un rato más tarde atravesaban la puerta principal de la ciudad y subían por la calle mayor que llevaba hasta la ciudadela. Mientras avanzaban, una multitud se congregó a ambos lados del camino y miró a Ezio con una mezcla de respeto, admiración y afecto.

—¡Bienvenido, Ezio! —gritó una mujer.

—*Grazie, madonna*.

Ezio sonrió e inclinó ligeramente la cabeza.

—¡Tres hurras por Ezio! —exclamó un niño.

—*Buongiorno, fratellino* —le saludó Ezio y al volverse hacia Mario, añadió—: Es bueno estar de vuelta en casa.

—Creo que se alegran más de verte a ti que a mí —dijo Mario, pero sonreía mientras hablaba y de hecho gran parte de los vítores, sobre todo de los habitantes más viejos, iban dirigidos a él.

—Tengo muchas ganas de volver a ver la casa de la familia —dijo Ezio—. Hace mucho tiempo que no vengo por aquí.

—Pues sí, y allí hay un par de personas que se alegrarán mucho de verte.

—¿Quién?

—¿No lo adivinas? No puedes estar tan preocupado por tus obligaciones en la Hermandad.

—Por supuesto. Te refieres a mi madre y a mi hermana. ¿Cómo están?

—Bueno, tu hermana se disgustó mucho cuando murió su marido, pero el tiempo lo cura casi todo y creo que ahora está mucho mejor. De hecho, ahí la tienes.

Habían entrado en el patio de la residencia fortificada de Mario y, mientras desmontaban, la hermana de Ezio, Claudia, apareció en los peldaños de la escalera de mármol que llevaba a la entrada principal. Los bajó volando y se echó en los brazos de su hermano.

—¡Hermano! —gritó mientras le abrazaba—. Tu vuelta a casa es el mejor regalo de cumpleaños que haya podido desear.

—Claudia, tesoro —dijo Ezio, sujetándola bien fuerte—. Me alegro de haber regresado. ¿Cómo está nuestra madre?

—Bueno, demos gracias a Dios. Se muere por verte. Hemos estado sobre ascuas desde que nos informaron de que ibas a volver. Tu fama te precede.

—Vamos adentro —dijo Mario.

—Hay alguien más que se alegrará de verte —continuó Claudia, que le cogió del brazo para acompañarle mientras subía la escalera—. La condesa de Forli.

—¿Caterina? ¿Está aquí?

Ezio intentó no reflejar entusiasmo en su voz.

—No sabíamos exactamente cuándo llegarías. Mamá y ella están con la abadesa, pero estarán aquí al atardecer.

—Los negocios primero —dijo Mario con complicidad—. Voy a convocar

una reunión con el Consejo de la Hermandad aquí, esta misma noche. Sé que Maquiavelo tiene muchas ganas de hablar contigo.

—Entonces, ¿ya se ha terminado? —preguntó Claudia con vehemencia—. ¿De verdad ha muerto el Español?

Los ojos grises de Ezio se endurecieron.

—Lo explicaré todo en la reunión de esta noche —le contestó.

—Muy bien —respondió Claudia, pero su mirada reflejaba preocupación cuando se marchó.

—Y, por favor, saluda a la condesa de mi parte cuando vuelva —dijo Ezio detrás de ella—. La veré a ella y a nuestra madre por la noche. Antes tengo asuntos que atender con Mario que no pueden esperar.

En cuanto se quedaron a solas, Mario se puso serio.

—Tienes que prepararte bien para esta noche, Ezio. Maquiavelo estará aquí a la caída del sol y sé que tiene muchas preguntas que hacerte. Discutiremos ahora varias cuestiones y luego te aconsejo que te tomes un descanso. No te hará daño volver a conocer la ciudad un poco.

Después de una sesión de profunda conversación con Mario en su estudio, Ezio regresó a Monteriggioni. El hecho de que el Papa hubiera sobrevivido pesaba sobre él y buscó con qué distraerse. Mario le había sugerido que visitara a su sastre para encargarle ropa nueva que sustituyera a la que había manchado en el viaje, así que primero se dirigió a la sastrería, donde encontró al dueño, sentado con las piernas cruzadas en su banco de trabajo, cosiendo una capa brocada de un color verde esmeralda muy vivo.

A Ezio le gustaba aquel hombre, un buen tipo, tan sólo un poco mayor que él. El sastre le saludó con afecto.

—¿A qué debo este honor? —preguntó.

—Creo que me hace falta ropa nueva —dijo Ezio un poco arrepentido—. ¿Tú qué piensas? Sé sincero.

—Aunque no me dedicara a vender ropa, signore, os aconsejaría que hicierais un traje nuevo.

—¡Yo creo lo mismo! ¡Muy bien!

—Os tomaré ahora las medidas y luego podréis escoger los colores que queráis.

Ezio se rindió a las atenciones del sastre y eligió un gris oscuro y discreto para el jubón, con unos pantalones de lana a juego.

—¿Podrías tenerlo listo para esta noche?

El sastre sonrió.

—No si queréis que haga un buen trabajo, signore. Pero podemos intentar que esté mañana hacia el mediodía.

—Muy bien —contestó Ezio y esperó que tras la reunión a la que iba a asistir aquella noche no tuviera que marcharse de Monteriggioni inmediatamente.

Estaba cruzando la plaza principal de la ciudad, cuando vio a una atractiva mujer pasando apuros con una caja difícil de manejar, con flores rojas y amarillas, que sin duda era demasiado pesada para ella. A aquella hora del día había pocas personas por allí y a Ezio siempre le había resultado difícil resistirse a una damisela que necesitaba ayuda.

—¿Puedo echaros una mano? —preguntó al acercarse a ella.

La chica le sonrió.

—Sí, justo sois el hombre que me hacía falta. Se suponía que mi jardinero iba a recogerlas por mí, pero su mujer está enferma y ha tenido que marcharse a casa. Como pasaba por aquí, he pensado en pasar a buscarlas, pero esta caja es demasiado pesada para mí. ¿Creéis que podríais…?

—Por supuesto. —Ezio se agachó y se cargó la caja al hombro.

—¡Cuántas flores! Sois una mujer afortunada.

—Y ahora que me he topado con vos lo soy más.

No cabía duda de que estaba flirteando con él.

—Podríais haberle pedido a vuestro marido que las viniera a recoger por vos, o a otro de vuestros criados —dijo.

—Tan sólo tengo otra criada y no es ni la mitad de fuerte que yo —respondió la mujer—. Y respecto a un marido, no tengo.

—Entiendo.

—He encargado estas flores para el cumpleaños de Claudia Auditore.

La mujer le miró.

—Suena muy divertido.

—Lo será. —Hizo una pausa—. De hecho, si queréis ayudarme un poco más, estoy buscando a alguien con un poco de clase para que me acompañe a la fiesta.

—¿Creéis que tengo clase suficiente?

Fue incluso más descarada.

—¡Sí! Nadie en toda la ciudad camina con tanto porte como vos, señor. Estoy segura de que el mismo Ezio, el hermano de Claudia, quedará impresionado.

Ezio sonrió.

—Me halaga. Pero ¿qué sabéis de ese tal Ezio?

—Claudia, que es muy amiga mía, tiene muy buena opinión de él. Pero apenas la visita y, por lo que sé, es bastante distante.

Ezio decidió que había llegado el momento de ser franco.

—Lamentablemente, es cierto… He estado… distante.

La mujer dio un grito ahogado.

—¡Oh, no! ¡Sois Ezio! No me lo creo. Claudia dijo que os esperaba. Se supone que la fiesta es una sorpresa. Prometedme que no le diréis ni una palabra.

—Ahora será mejor que me digas quién eres.

—Ah, claro. Soy Angelina Ceresa. Pero prometédmelo.

—¿Qué harás para que no diga nada?

Le miró maliciosamente.

—Ah, estoy segura de que se me ocurrirán varias cosas.

—Estoy deseando saber qué es.

Para entonces ya habían llegado a la puerta de la casa de Angelina. El ama de llaves, una mujer mayor, abrió para que entraran y Ezio dejó la caja de flores sobre un banco de piedra que había en el patio. Miró a Angelina y sonrió.

—Bueno, ¿vas a decírmelo?

—Más tarde.

—¿Por qué no ahora?

—*Signore*, os aseguro que merecerá la pena esperar.

Pero no sabían que los acontecimientos se les adelantarían y que nunca más se volverían a encontrar.

Ezio se marchó, al ver que anochecía, para dirigirse de vuelta a la ciudadela. Al acercarse a los establos, vio que una niña deambulaba por en medio de la calle, según parecía, sola. Estaba a punto de hablarle, cuando le interrumpió el sonido de unos gritos desesperados y el estruendo de los cascos de unos caballos. Sin pararse a pensarlo, cogió a la niña en brazos y la llevó hasta la entrada de la casa. Fue justo a tiempo, puesto que dobló la esquina un poderoso caballo de guerra al galope, con arnés pero sin jinete. Pisándole los talones y a pie, apareció el encargado de los establos de Mario, un hombre mayor que se llamaba Federico, que Ezio reconoció.

—*Torna qui, maledetto cavallo!* —gritó Federico en vano tras el caballo que se daba a la fuga. Al ver a Ezio, dijo—: ¿Podéis ayudarme, por favor, señor? Es el corcel preferido de vuestro tío. Estaba a punto de desensillarlo y cepillarlo, pero algo ha debido de asustarlo; es muy nervioso.

—No os preocupéis, intentaré recuperarlo por vos.

—Gracias, gracias. —Federico se secó la frente—. Me estoy haciendo demasiado viejo para esto.

—No os preocupéis. Quedaos aquí y vigilad a esta niña. Creo que está perdida.

—De acuerdo.

Ezio echó a correr detrás del caballo y lo encontró sin dificultad. Se había calmado y estaba comiendo un poco de heno que había quedado en un carro aparcado. Se mostró un poco reacio cuando Ezio se acercó, pero luego le reconoció y no echó a correr. Ezio colocó una mano reconfortante en su cuello y le dio unas palmaditas de modo tranquilizador antes de coger la brida y llevarlo con cuidado de vuelta al lugar de donde había venido.

De camino, tuvo la oportunidad de hacer otra buena obra cuando se encontró con una joven, desesperada por la preocupación, que resultó ser la madre de la niña perdida. Ezio le explicó lo que había sucedido y cuidó de atenuar el grado de peligro por el que la niña había pasado. Una vez que le dijo dónde estaba su hija, corrió hacia ella, llamándola por su nombre —«¡Sophia, Sophia!»—, y Ezio oyó que le contestaba «¡Mamá!». Minutos más tarde se había reincorporado al grupo y le había entregado las riendas a Federico, que se lo agradeció y le suplicó que no le dijera nada a Mario. Ezio le prometió no hacerlo y Federico llevó al caballo de nuevo a los establos.

La madre aún esperaba con su hija y Ezio se volvió hacia ellas con una sonrisa.

—Quiere daros las gracias —dijo la madre.

—Gracias —dijo Sophia diligentemente y le miró con una mezcla de respeto y temor.

—En el futuro, quédate con tu madre —le aconsejó Ezio amablemente—. No la dejes así, *capisci?*

La niña asintió con la cabeza.

—Estaríamos perdidas sin que vos y vuestra familia cuidarais de nosotras, *signore* —dijo la madre.

—Hacemos lo que podemos —dijo Ezio, pero empezó a preocuparse al entrar en la ciudadela.

Aunque estaba segurísimo de que podía mantenerse firme, no tenía ganas de encontrarse con Maquiavelo.

Aún le quedaba tiempo antes de la reunión, así que para evitar darle vueltas, y por curiosidad, Ezio subió por las murallas para echarle un mejor vistazo al nuevo cañón que Mario había instalado y del que estaba tan orgulloso. Había muchos, estupendamente cincelados en un molde de bronce y cada uno con una pila de balas bien amontonadas al lado de sus ruedas. El cañón más grande tenía un tubo de tres metros de largo, y Mario le había contado que ése en concreto pesaba 9.000 kilos, pero también había intercalados otros más ligeros, más fáciles de mover, como las culebrinas. En las torres que salpicaban las paredes había cañones sacres en soportes de hierro fundido, así como livianos falconetes sobre carros de madera.

Ezio se acercó a unos artilleros que estaban agrupados alrededor de una de las armas más grandes.

—Bonitas bestias —dijo y pasó una mano por los elaborados grabados de la parte trasera del cañón.

—Pues sí, *messer* Ezio —dijo el líder del grupo, un tosco sargento mayor que Ezio recordaba más joven en su primera visita a Monteriggioni.

—Os he oído antes haciendo prácticas. ¿Puedo intentar disparar uno de éstos?

—Sí, claro, pero antes estábamos disparando los cañones más pequeños. Los grandes son nuevos. Parece que todavía no hemos cogido el truco para cargarlos y el especialista armero que se suponía que los tenía que instalar por lo visto se ha largado.

—¿Tenéis gente buscándole?

—Por supuesto, señor, pero hasta ahora no hemos tenido suerte.

—Yo también echaré un vistazo. Al fin y al cabo, estas cosas no están aquí para decorar y nunca se sabe cuándo podemos necesitarlas.

Ezio se marchó y continuó su paseo por las murallas. No había caminado veinte o treinta metros, cuando oyó un fuerte gruñido que procedía de un cobertizo de madera construido encima de una de las torres. Cerca, afuera, había una caja de herramientas y, al acercarse, los gruñidos resultaron ser ronquidos.

En el cobertizo hacía calor, estaba a oscuras, y olía muchísimo a vino añejo. Cuando sus ojos se acostumbraron a la penumbra, Ezio enseguida distinguió la figura de un hombre grande vestido con una camisa no muy limpia, tumbado con los brazos y las piernas extendidos, sobre un montón de paja. Le dio al hombre una patada suave, pero lo único que consiguió fue que resoplara, que se medio

despertara, y se girara de cara a la pared.

—*Salve, messere* —dijo Ezio y volvió a empujar al hombre, menos suave esta vez, con la punta de la bota.

El hombre giró la cabeza para mirarle y abrió un ojo.

—¿Qué pasa, amigo?

—Te necesitamos para que prepares uno de los cañones nuevos de las almenas.

—Hoy no, amigo. Mañana a primera hora.

—¿Estás demasiado borracho para hacer tu trabajo? No creo que al capitán Mario le haga mucha gracia cuando se entere de esto.

—Hoy ya no trabajo más.

—No es tan tarde. ¿Sabes qué hora es?

—No, pero tampoco me importa. Hago cañones, no relojes.

Ezio se había agachado para hablar con el hombre, que se había sentado y, al eructar, le echó a la cara su aliento acre de ajo y Montalcino barato. Ezio se puso de pie.

—Necesitamos que esos cañones estén listos para disparar y tiene que ser ahora —ordenó—. ¿Quieres que busque a alguien que sea más competente que tú?

El hombre se levantó con dificultad.

—No vayas tan rápido, amigo. Nadie más va a ponerle la mano encima a mis armas. —Se inclinó hacia Ezio cuando recuperó el aliento—. No sabes cómo es eso. Algunos de esos soldados no tienen respeto por la artillería. Muchas cosas modernas para ellos, claro, eso seguro. Pero ¡esperan que un arma funcione por arte de magia, así! No se preocupan por los buenos resultados.

—¿Podemos hablar mientras caminamos? —preguntó Ezio—. ¿Sabes? El tiempo no se ha parado.

—Estas piezas que tenemos aquí —continuó el maestro armero— son piezas únicas. Para el capitán Mario siempre lo mejor. Pero siguen siendo sencillas. Conseguí un diseño francés para un arma de mano. La llaman el asesino de hierro forjado. Muy inteligente. Imagínate, un cañón de mano. Ése es el futuro, amigo.

Para entonces ya estaban cerca del grupo que rodeaba el cañón.

—Ya podéis suspender la búsqueda —avisó Ezio alegremente—. Aquí está.

El sargento mayor miró con los ojos entrecerrados al armero.

—Estaba ahí arriba, ¿no?

—Puede que esté un poco borracho —replicó el armero—, pero en el fondo soy pacífico. En estos momentos, el hecho de mantener dormido al guerrero que llevo dentro es la única manera de sobrevivir. Por lo tanto, mi deber es beber. —Echó a un lado al sargento—. Veamos lo que tenemos aquí…

Después de examinar el cañón durante unos instantes, el maestro armero se volvió hacia los soldados.

—¿Qué habéis hecho? Los habéis estado tocando, ¿no? Gracias a Dios que no habéis disparado uno. Os podíais haber matado todos. Aún no están preparados. Primero tengo que limpiar bien el calibre.

—A lo mejor ya no necesitamos cañones al tenerte por aquí —le dijo el sargento—. ¡Le echaremos tu aliento al enemigo!

Pero el armero estaba ocupado con la baqueta para limpiar y un montón de algodón engrasado. Cuando terminó, se levantó y relajó la espalda.

—Ya está —dijo y se volvió hacia Ezio para continuar hablando—. Que estos tipos lo carguen. Eso pueden hacerlo, aunque sabe Dios que les queda bastante por aprender. Y después podrás probar. Mira encima de esa montaña. Hemos puesto algunos blancos al nivel de esta arma. Empieza apuntando a algo al mismo nivel; de ese modo, si el cañón explota, al menos no se llevará tu cabeza por delante.

—Suena tranquilizador —dijo Ezio.

—Prueba, *messer*. Aquí está la mecha.

Ezio colocó el fósforo lento en la parte trasera del cañón. Durante un buen rato no pasó nada y luego saltó hacia atrás cuando el cañón dio una sacudida al tronar. Miró hacia los objetivos y vio que la bala había roto en mil pedazos uno de ellos.

—Bien hecho —dijo el armero—. *Perfetto!* Al menos hay una persona aquí, aparte de mí, que sabe cómo disparar.

Ezio hizo que los hombres volvieran a cargarlo y disparó de nuevo, aunque esta vez falló.

—No se puede ganar siempre —dijo el armero—. Vuelve al alba. Estaremos practicando otra vez y así tendrás oportunidad de mejorar.

—Lo haré —respondió Ezio, sin saber que la próxima vez que disparara un cañón sería muy en serio.

Capítulo 5

Cuando Ezio entró en el gran salón de la ciudadela de Mario, ya se acercaban las sombras del atardecer y los sirvientes empezaban a encender las antorchas y las velas para disipar la penumbra. La oscuridad, que coincidía con el sombrío estado de ánimo de Ezio, aumentaba conforme se acercaba la hora de la reunión.

Estaba tan inmerso en sus pensamientos que al principio no vio a la persona que se hallaba de pie junto a la enorme chimenea. Su delgada pero fuerte figura parecía pequeña al lado de las gigantescas cariátides que flanqueaban el hogar. Así que se sobresaltó cuando la mujer se acercó a él y le tocó el brazo. En cuanto la reconoció, sus facciones se suavizaron hasta formar una expresión de puro placer.

—*Buona sera*, Ezio —dijo, con cierta timidez para ser ella, pensó.

—*Buona sera*, Caterina —contestó y le hizo una reverencia a la condesa de Forli. Su antigua relación formaba parte del pasado, aunque ninguno de los dos la había olvidado, y al tocarle el brazo, ambos, pensó Ezio, habían sentido la química del momento—. Claudia me dijo que estabas aquí y tenía ganas de verte. Pero… —vaciló— Monteriggioni está lejos de Forli, y…

—No creas que he venido hasta aquí por ti —dijo con cierta brusquedad, aunque supo por su sonrisa que no lo decía del todo en serio. Y entonces fue cuando se dio cuenta de que todavía se sentía atraído por aquella mujer extremadamente independiente y peligrosa.

—Siempre a vuestro servicio, madonna, de cualquier manera que pueda.

Lo decía en serio.

—Algunas maneras son más difíciles que otras —replicó y esta vez sí que hubo un aire de dureza en su voz.

—¿Qué ocurre?

—No es un asunto sencillo —continuó Caterina Sforza—. He venido en busca de un aliado.

—Cuéntame.

—Me temo que tu trabajo aún no ha terminado, Ezio. Los ejércitos papales marchan hacia Forli. Mi dominio es pequeño, pero, por suerte o por desgracia para mí, está en una zona estratégica para cualquiera que la controle.

—¿Y deseas mi ayuda?

—Mis fuerzas solas son débiles, tus *condottieri* serían muy valiosos para mi causa.

—Es algo que debo discutir con Mario.

—Él no se negará.

—Ni yo tampoco.

—Al ayudarme, no estarás sólo haciéndome un favor a mí, sino que estarás adoptando una postura contra las fuerzas del mal contra las que siempre nos hemos unido.

Mientras hablaban, apareció Mario.

—Ezio, *contessa*, ya estamos reunidos y os estamos esperando —dijo con una cara más seria de lo normal.

—Seguiremos hablando de esto —le dijo Ezio a la condesa—. Me han pedido que asista a una reunión que mi tío ha convocado. Creo que esperan que dé una explicación. Pero quedemos después, cuando acabe.

—Esa reunión también me concierne a mí —dijo Caterina—. ¿Entramos?

Capítulo 6

La sala le resultaba muy familiar a Ezio. Allí, en la pared interior, ahora al descubierto, las páginas del Gran Códice estaban dispuestas en orden. Sobre el escritorio, que normalmente estaba lleno de mapas, no había nada, y a su alrededor, en unas sillas de madera oscura, con el respaldo muy recto, estaban sentados los miembros de la Hermandad de los Asesinos que se habían reunido en Monteriggioni, junto con los miembros de la familia Auditore que tenían conocimiento de su causa. Mario estaba sentado detrás de su escritorio y en uno de los extremos estaba el hombre serio, vestido de oscuro, que aún parecía joven, aunque tenía profundas arrugas que le surcaban la frente, y se había convertido en uno de los colegas más cercanos a Ezio, así como en uno de sus más incesantes críticos: Nicolás Maquiavelo. Los dos hombres se saludaron cautamente con la cabeza mientras Ezio recibía a Claudia y a su madre, María Auditore, la matriarca de la familia desde que su padre había muerto. María abrazó a su único hijo superviviente, como si su vida dependiera de ello, y le miró con los ojos llorosos al separarse de ella y sentarse al lado de Caterina y enfrente de Maquiavelo, que se había levantado y ahora le miraba de manera inquisidora. Estaba claro que no iba a haber un prólogo cortés al tema que tenían entre manos.

—Primero, tal vez, te debo una disculpa —empezó Maquiavelo—. No estuve presente en la cripta, pues un asunto urgente me llevó a Florencia antes de que pudiera analizar qué pasaba allí. Mario nos ha dado su versión, pero tan sólo la tuya será la completa.

Ezio se puso de pie y habló de forma sencilla y directa.

—Entré en el Vaticano, donde me topé con Rodrigo Borgia, el Papa Alejandro VI, y me enfrenté a él. Poseía uno de los Fragmentos del Edén, el Báculo, y lo usó contra mí. Logré derrotarle. Utilicé el poder de la Manzana y el Báculo para acceder a la cripta secreta y le dejé a él fuera. Estaba desesperado y

me suplicó que le matara, pero no lo hice.

Ezio se calló.

—¿Y qué pasó? —le urgió Maquiavelo mientras el resto observaba en silencio.

—Dentro de la cripta ocurrieron muchas cosas extrañas, cosas con las que no soñaríamos en nuestro mundo. —Obviamente emocionado, Ezio se obligó a continuar en un tono desapasionado—. Se me apareció la diosa Minerva y me contó la terrible tragedia que le sucederá a la humanidad en algún momento en el futuro, pero también habló de templos perdidos que, cuando los encontremos, puede que nos ayuden y nos lleven a una especie de salvación. Pareció invocar a un fantasma, que tenía algún tipo de conexión conmigo, pero no sabría deciros cuál. Tras sus advertencias y predicciones, desapareció. Al salir, vi al Papa muriéndose o al menos eso parecía; por lo visto, había tomado veneno. Más tarde, algo me hizo volver. Cogí la Manzana, pero al Báculo, que podría haber sido otro Fragmento del Edén, se lo tragó la tierra. Me alegro, pues sólo con la Manzana, que se encuentra bajo la custodia de Mario, ya es suficiente responsabilidad para mí.

—¡Increíble! —gritó Caterina.

—No puedo imaginar tal milagro —añadió Claudia.

—Así que la cripta entonces no albergaba la terrible arma que temíamos. O por lo menos no cayó en manos de los Templarios. Eso son buenas noticias —dijo Maquiavelo sin alterarse.

—¿Y esa diosa, Minerva? —preguntó Claudia—. ¿Era como… nosotros?

—Su apariencia era humana y también sobrenatural —respondió Ezio—. Sus palabras demostraron que pertenecía a una raza mucho más antigua e importante que la nuestra. El resto de los suyos murió hace muchos siglos. Ella había estado esperando aquel momento durante bastante tiempo. Ojalá tuviera las palabras para describir la magia que transmitió.

—¿Y qué hay de esos templos que describió? —intervino Mario—. No conozco ninguno.

—¿Dijo que teníamos que buscarlos? ¿Cómo sabremos qué buscar?

—Tal vez deberíamos…, tal vez la búsqueda nos mostrará el camino.

—Debemos emprender la búsqueda —dijo Maquiavelo con resolución—. Pero antes tenemos que despejar el camino. Cuéntanos qué pasó con el Papa. ¿Has dicho que no murió?

—Cuando regresé a la cripta, su capa estaba en el suelo de la capilla, pero él

había desaparecido.

—¿Había hecho alguna promesa? ¿Había mostrado arrepentimiento?

—No. Estaba empeñado en hacerse con el poder. Cuando vio que no iba a conseguirlo, se derrumbó.

—Y tú le dejaste morir.

—Yo no iba a matarlo.

—Deberías haberlo hecho.

—No estoy aquí para discutir sobre el pasado. Mantengo mi decisión. Ahora deberíamos hablar del futuro, de lo que vamos a hacer.

—Lo que vamos a hacer es encargarnos con urgencia del fallo que tuviste al no acabar con el líder de los Templarios cuando se te presentó la oportunidad. —Maquiavelo respiró con fuerza, pero luego se relajó un poco—. Muy bien, Ezio. Sabes la alta estima en la que te tenemos todos. No actuaríamos igual si no hubieras mostrado devoción durante estos veinte años por la Hermandad de los Asesinos y nuestro Credo. Una parte de mí aprueba que no hayas matado si no lo considerabas necesario. Eso también está en nuestro código de honor. Pero has juzgado mal, amigo mío, y eso significa que ante nosotros tenemos una tarea inmediata y peligrosa. —Hizo una pausa y lanzó una mirada escrutadora a la compañía que estaba reunida—. Nuestros espías en Roma nos han informado de que Rodrigo de hecho es una amenaza menor. Al menos de algún modo ha quedado afectado. Se dice que es menos peligroso luchar contra un cachorro de león que contra un viejo león moribundo; pero en el caso del Borgia, es más bien lo contrario. El hijo de Rodrigo, Cesare, es el hombre con el que debemos combatir ahora. Con la gran fortuna que los Borgia han amasado por las buenas o por las malas (pero más bien por las malas) —aquí Maquiavelo se permitió una sonrisa irónica—, encabeza un gran ejército de tropas armadas hasta arriba, con el que tiene la intención de apoderarse de Italia, de toda la península, y no va a detenerse en los límites del Reino de Nápoles.

—¡No se atreverá, no podrá hacerlo! —bramó Mario.

—Se atreverá y puede hacerlo —soltó Maquiavelo—. Es malvado hasta la médula, y un Templario tan dedicado como su padre, el Papa, pero también es un soldado muy bueno aunque totalmente despiadado. Siempre había querido ser soldado, incluso después de que su padre le hiciera cardenal de Valencia cuando tan sólo tenía diecisiete años. Como todos sabemos, renunció a ese puesto y se convirtió en el primer cardenal en la historia de la Iglesia que lo hizo. Los Borgia tratan a nuestro país y al Vaticano como si fueran su propio feudo. El plan de

Cesare es arrasar primero el norte, someter la Romaña y aislar Venecia. Además, pretende erradicar y destruir a todos los Asesinos que queden, pues sabe que al fin y al cabo somos los únicos que podemos detenerle. El lema es «Aut Cesar, Aut Nihil», «o estás conmigo o estás muerto». ¿Y sabes qué? Me parece que el muy loco se lo cree de verdad.

—Mi tío mencionó que tenía una hermana —empezó a decir Ezio.

Maquiavelo se volvió hacia él.

—Sí. Lucrezia. Ella y Cesare son… ¿cómo diría? Tienen una relación muy estrecha. Son una familia muy unida; cuando no están matando a los hermanos y hermanas, maridos y mujeres, a todos aquellos que les resultan un inconveniente, están… copulando.

María Auditore no pudo contener un grito de repugnancia.

—Debemos acercarnos a ellos con la misma prudencia con la que nos acercaríamos a un nido de víboras —concluyó Maquiavelo—. Y Dios sabe dónde y cuándo atacarán la próxima vez. —Hizo una pausa para beber medio vaso de vino—. Bueno, Mario, te dejo. Ezio, confío en que volveremos a encontrarnos pronto.

—¿Te vas esta misma noche?

—El tiempo apremia, querido Mario. Partiré hacia Roma en caballo esta noche. Adiós.

La sala se quedó en silencio en cuanto Maquiavelo se marchó. Tras una larga pausa, Ezio dijo con amargura:

—Me culpa por no haber matado a Rodrigo cuando tuve oportunidad. —Miró a su alrededor—. Todos lo hacéis.

—Cualquiera de nosotros podría haber tomado la decisión que tú escogiste —dijo su madre—. Estabas seguro de que estaba muriéndose.

Mario se acercó a él y le rodeó los hombros con un brazo.

—Maquiavelo sabe cuánto vales; todos lo sabemos. E incluso aunque hubieses quitado al Papa de en medio, todavía tendríamos que ocuparnos de su prole.

—Pero si le hubiera cortado la cabeza, ¿habría sobrevivido el cuerpo?

—Tenemos que encargarnos de la situación tal y como está, querido Ezio, y no de lo que podría haber sido. —Mario le dio unas palmaditas en la espalda—. Y ahora, como mañana será un día ajetreado, ¡sugiero que cenemos y nos vayamos a dormir pronto!

Los ojos de Caterina se encontraron con los de Ezio. ¿Se lo había imaginado

o había visto una mínima señal de deseo? Se encogió de hombros para sus adentros. A lo mejor tan sólo se lo había imaginado.

Capítulo 7

Ezio comió poco, tan sólo pollo *ripieno* con verduras asadas, y bebió Chianti con agua. No hablaron mucho durante la cena y respondió con educación a la ristra de preguntas que le hizo su madre, pero lacónicamente. Después de toda la tensión que había acumulado ante la reunión prevista, y que ahora había desaparecido, estaba agotado. Apenas había podido descansar desde que se había marchado de Roma y ahora parecía como si aún tuviera que pasar mucho antes de poder realizar la ambición que albergaba desde hacía tanto tiempo, poder pasar una temporada en su casa de Florencia, leyendo y paseando por las colinas de los alrededores.

En cuanto le pareció el mejor momento, Ezio se excusó ante la compañía y se fue a su habitación, un gran espacio tranquilo, iluminado con luz tenue, situado en uno de los pisos de arriba, con vistas al campo en vez de a la ciudad. Cuando llegó allí le dijo al criado que podía retirarse, se deshizo de la rigidez que le había acompañado durante todo el día; su cuerpo se desplomó, sus hombros cayeron y caminó más relajado. Sus movimientos eran lentos y pausados. Cruzó la habitación para ir hasta donde el criado le había preparado una bañera. Al acercarse, se quitó las botas y la ropa y, cuando se desnudó, se quedó allí de pie un momento, con la ropa en la mano, ante el espejo de pie sobre una base, junto a la bañera de cobre. Miró su reflejo con ojos cansados. ¿Adónde se habían ido las últimas cuatro largas décadas? Se irguió. Estaba más viejo, aunque más fuerte, y era sin duda más sabio, pero no podía negar el profundo cansancio que sentía.

Ezio tiró la ropa encima de la cama. Debajo, en un arcón de madera de olmo, cerrado con llave, estaban guardadas las armas secretas del Códice que Leonardo da Vinci había creado para él. Lo primero que haría por la mañana sería revisarlas, después del consejo de guerra que celebraría con su tío. La hoja oculta original nunca se separaba de él salvo cuando estaba desnudo, e incluso

entonces siempre estaba al alcance de su mano. La llevaba siempre, se había convertido en parte de su cuerpo.

Ezio suspiró, aliviado, y se metió en la bañera. Se sumergió hasta el cuello en el agua caliente, inhaló el suave aroma del vapor, cerró los ojos y dejó escapar un largo y lento suspiro de alivio. Paz al fin. Sería mejor que aprovechara el mayor tiempo posible de las pocas horas que le quedaban.

Se acababa de quedar dormido y había empezado a soñar, cuando le despertaron unos ruidos muy débiles, el sonido de una puerta abriéndose y cerrándose detrás del pesado tapiz colgado. Enseguida se puso alerta, como un animal salvaje. En silencio, su mano buscó la hoja y, con un movimiento estudiado, la pegó a su muñeca. Entonces, con un único giro fluido, se dio la vuelta para ponerse de pie en la bañera, preparado para la acción, mirando en dirección a la puerta.

—Bueno —dijo Caterina y sonrió abiertamente al acercarse—, no has perdido ni un centímetro con los años.

—Tienes ventaja sobre mí, *contessa*. —Ezio sonrió—. Estás totalmente vestida.

—Espero que podamos hacer algo para solucionarlo. Pero estoy esperando.

—¿Esperando qué?

—Que me digas que no necesitas verlo con tus propios ojos. Que me digas que estás seguro, sin ni siquiera verme desnuda, de que la Naturaleza ha sido tan benévola conmigo, si no más, que como lo ha sido contigo. —Su sonrisa burlona se hizo más amplia ante la confusión de Ezio—. Pero recuerdo que no eras tan bueno haciendo cumplidos como lo eras limpiando el mundo de Templarios.

—¡Ven aquí!

La atrajo hacia él estirando de la faja de su falda cuando los dedos de la mujer fueron hacia la hoja para quitársela, y luego pasó a los cordones de su corpiño. Unos segundos más tarde ya la había metido con él en la bañera, sus labios se pegaban y sus miembros desnudos se entrelazaban.

No se entretuvieron mucho más rato en la bañera, pronto salieron de ella y se secaron con las resistentes toallas de lino que el criado le había dejado. Caterina había traído consigo una ampolla de aceite aromático para masajes y la sacó de un bolsillo de su vestido.

—Ahora, túmbate en la cama —dijo—. Quiero asegurarme de que estás preparado para mí.

—Como puedes comprobar, así es.

—Dame un capricho a mí y dátelo a ti.

Ezio sonrió. Aquello era mejor que dormir. Podía dejar el sueño para más tarde.

Ezio descubrió que para dormir tendría que esperar tres horas y para entonces Caterina estaba acurrucada en sus brazos. Se había quedado dormida antes que él y la contempló durante un rato. Desde luego la Naturaleza había sido benévola con ella. Su cuerpo esbelto y aún curvilíneo, de estrechas caderas, anchos hombros, y pequeños pero perfectos pechos, aún era el de una veinteañera, y la cabellera pelirroja clara, que le hacía cosquillas al apoyar su cabeza en el pecho, tenía el mismo aroma que le había vuelto loco hacía tantos años. Una o dos veces en la profundidad de la noche, se despertó para descubrir que se había apartado de ella. Al volver a cogerla en sus brazos, se acurrucaba en él sin despertarse, con un pequeño suspiro de alegría, y cerraba la mano en su antebrazo. Ezio se preguntó más tarde si aquélla no habría sido la mejor noche de amor de su vida.

Por supuesto, se quedaron dormidos, pero Ezio no iba a renunciar a otra ronda por unas prácticas de cañón, aunque una parte de su mente le reprendió por aquello. De fondo oía a lo lejos los sonidos de la marcha, los hombres que hacían ruido al moverse, corriendo, y las órdenes a gritos, seguidas del estruendo de un cañón.

—Están practicando con los nuevos cañones —dijo Ezio cuando, por un momento, Caterina se detuvo y le miró con burla—. Maniobras. Mario es muy estricto y exigente.

Las pesadas cortinas brocadas que cubrían las ventanas tapaban casi toda la luz y la habitación permanecía arropada por una acogedora penumbra; ningún sirviente entró para molestarlos. Los gemidos de placer de Caterina pronto ahogaron cualquier otro sonido en sus oídos. Sus manos apretaron sus fuertes nalgas y ella le atrajo hacia él con urgencia cuando su intimidad fue interrumpida por algo más que el simple rugido de los cañones.

De repente la paz y la suavidad de la habitación se rompieron. Las ventanas estallaron con un fortísimo estruendo y se llevaron con ellas parte de la pared de piedra exterior, cuando una bala de cañón gigante las destrozó y aterrizó hirviendo a unos centímetros de la cama. El suelo se combó por el peso.

Ezio se había echado por instinto, a modo de protección, encima de Caterina a la primera señal de peligro, y en aquel momento los amantes se transformaron en profesionales y compañeros. Si querían seguir siendo amantes, primero tenían

que sobrevivir.

Saltaron de la cama y se pusieron la ropa. Ezio se dio cuenta de que aparte de la deliciosa ampolla de aceite, Caterina también escondía debajo de sus faldas una daga muy útil, de filo irregular.

—¿Qué demonios…? —gritó Ezio.

—Ve a buscar a Mario —dijo Caterina con urgencia.

Otra bala entró volando, rompió las vigas sobre la cama que acababan de dejar libre y la hizo añicos.

—Mis tropas están en el patio principal —dijo Caterina—. Iré a buscarlas y daremos la vuelta a la ciudadela para ver si podemos flanquearlos. Dile a Mario que eso es lo que he decidido.

—Gracias —dijo Ezio—. No dejes que te vean.

—Ojalá tuviera tiempo de cambiarme —dijo, riéndose—. La próxima vez será mejor que reservemos un *albergo*, ¿eh?

—Asegurémonos de que de verdad hay una próxima vez —replicó Ezio, también riéndose, pero nervioso, mientras se colocaba la espada.

—¿Qué te apuestas? *Arrivederci!* —gritó Caterina y salió corriendo de la habitación sin olvidarse de mandarle un beso.

Miró las ruinas de la cama. Las armas del Código, la daga de doble filo, la daga venenosa y la pistola, estaban enterradas debajo y con toda probabilidad habían quedado destruidas. Al menos aún tenía la hoja oculta. Incluso in extremis nunca la olvidaría, pues aquél había sido el legado de su padre asesinado.

Capítulo 8

Ezio no tenía ni idea de la hora que era, pero la experiencia le decía que los ataques normalmente empezaban al amanecer, cuando las víctimas estaban todavía confundidas y se retiraban el sueño de los ojos. Tenía suerte de que su entrenamiento le hubiera otorgado, incluso a los cuarenta años, la actitud alerta y la agilidad de un gato montés.

En cuanto salió afuera, a las almenas, escudriñó el paisaje de alrededor. La ciudad a sus pies estaba en llamas por muchas zonas. Vio arder la tienda del sastre y también la casa de Angelina. Aquella noche no iba a haber ninguna fiesta de cumpleaños para la pobre Claudia.

Se agachó cuando otra bala de cañón destrozó la muralla. Por el amor de Dios, ¿qué tipo de armas llevaban los atacantes? ¿Cómo podían recargarlas y disparar tan rápido? ¿Y quién estaba detrás de aquello?

A través del humo y el polvo distinguió a Mario, que esquivaba las paredes que se derrumbaban mientras se acercaba a él. Ezio saltó de la muralla, aterrizó en cuclillas cerca de Mario y corrió para reunirse con él.

—¡Tío! *Che diavolo…?*

Mario escupió.

—Nos han cogido desprevenidos. ¡Son los Borgia!

—*Fottere!*

—Hemos subestimado a Cesare. Han debido de concentrarse en el este durante la noche.

—¿Qué vamos a hacer?

—Lo principal es sacar a toda la gente de la ciudad, aquellos a los que aún no hayan matado. Tenemos que alejarlos de aquí hasta que hayamos terminado. Si toman la ciudad con la gente todavía dentro, los matarán a todos. A sus ojos, en Monteriggioni todos son Asesinos o instigadores de Asesinos.

—Sé cómo sacarlos de aquí. Déjamelo a mí.

—Muy bien. Congregaré a nuestros defensores y les daré todo lo que tenemos. —Mario hizo una pausa—. Mira. Enfrentémonos a éstos antes. Ve y ponte al mando de ese cañón de la muralla.

—¿Y tú?

—Dirigiré el ataque frontal. Llevaré la batalla hasta esos cabrones.

—Caterina va a llevar sus fuerzas por el flanco.

—Bien. Entonces tendremos una oportunidad. ¡Date prisa!

—¡Espera!

—¿Qué pasa?

Ezio bajó la voz.

—¿Dónde está la Manzana?

No le dijo a su tío que las armas del Códice habían quedado destruidas por uno de los primeros cañoneos. Rezó para sus adentros porque, gracias a un milagro, volviera a cruzar su camino con Leonardo, puesto que no dudaba que el maestro de todas las artes y las ciencias le ayudaría a reconstruirlas, en caso de que fuese necesario. Mientras tanto, aún tenía la hoja oculta, y era un experto en el uso de las armas convencionales.

—La Manzana está a salvo —le tranquilizó Mario—. Vete ya. Y si ves que los Borgia tienen la más mínima oportunidad de abrir una brecha en la muralla, centra tu atención en evacuar la ciudad. ¿Me entiendes?

—Sí, *zio mío*.

Mario colocó las manos en los hombros de Ezio y le miró serio durante un instante.

—Nuestro destino está sólo en parte en tus manos. Sólo podemos controlarlo hasta cierto punto. Pero nunca olvides, nunca olvides, sobrino, que a pesar de lo que te ocurra a ti o a mí este día, el gorrión nunca perderá una pluma que no haya sido arrancada por los dedos de Dios.

—Entiendo, *capitano*.

Hubo un breve instante de silencio entre ellos y luego Mario extendió la mano.

—*Insieme per la vittoria!*

Ezio cogió la mano de su tío y la estrechó con fervor.

—*Insieme*.

Cuando Mario se dio la vuelta para marcharse, Ezio dijo:

—*Capitano*, ten cuidado.

Mario asintió con gravedad.

—Lo haré lo mejor que pueda. Y tú… coge mi mejor caballo y llega a las murallas exteriores lo más rápidamente posible.

Desenvainó su espada y, con un gran grito de guerra para congregar a sus hombres, corrió hacia el enemigo.

Ezio le observó durante un momento y luego echó a correr hacia el establo, donde le estaba esperando el viejo mozo de cuadra al que se le había escapado el caballo que él había rescatado. El enorme zaino estaba ensillado y preparado.

—El maestro Mario ya me ha dado órdenes —dijo el anciano—. Puede que ya no sea joven, pero nadie podrá acusarme de no ser eficiente. ¡*Ma attenzione*, este caballo tiene mucho carácter!

—Ayer le hice entrar en vereda, así que hoy ya me conoce.

—Es cierto. *Buona fortuna*. Todos dependemos de vos.

Ezio se subió a la silla y espoleó al impaciente caballo para que se dirigiera a la muralla exterior.

Cabalgó por la ciudad ya asolada. El sastre estaba muerto y mutilado enfrente de su tienda. ¿Qué daño le había hecho a nadie? Y Angelina estaba llorando delante de su casa quemada y en ruinas. ¿Cómo no iba a estar apenada?

Eso era la guerra. Insensible y cruel. Atroz y pueril. A Ezio le entraron náuseas.

La libertad, la misericordia y el amor eran las únicas cosas por las que valía la pena luchar y matar, y aquéllos eran los elementos principales del Credo de los Asesinos. De la Hermandad.

Mientras Ezio continuaba cabalgando, encontró escenas de terrible desolación. Le rodeaban la devastación y el caos mientras su caballo le llevaba por la ciudad en llamas.

—¡Mis hijos! ¿Dónde están mis hijos? —gritaba, impotente, una madre joven cuando él pasó a su lado.

—Recoge lo que puedas y vayámonos de aquí —se oyó que decía una voz masculina.

—¡Mierda, mi pierna! ¡Me han disparado en la pierna! —gritaba un ciudadano.

—¿Cómo vamos a escapar? —chillaban varias personas, que corrían presas del pánico.

—¡No encuentro a mi madre! ¡Mamá! ¡Mamá! —se oyó la voz de un niño pequeño.

Ezio tuvo que endurecer su corazón. No podía ir a rescatarles uno por uno,

no había tiempo, pero si organizaba bien la defensa, salvaría a más gente en vez de perderla.

—*Aiuto! Aiuto!* —gritó una adolescente, acosada por las tropas de los Borgia mientras se la llevaban.

Ezio continuó cabalgando con aire grave. Los habría matado. Los habría matado a todos si hubiera podido. ¿Quién era aquel Cesare Borgia sin corazón? ¿Podía ser peor que el Papa? ¿Podría volver a haber un Templario más malvado?

—¡Agua! ¡Agua! ¡Traed agua! —bramó la voz de un hombre desesperadamente—. ¡Todo se está quemando!

—Dios, ¿dónde estás, por favor? ¿Dónde estás, Marcello? —decía en voz alta una mujer.

Ezio siguió avanzando, con la boca cerrada, pero los gritos de socorro seguían sonando en sus oídos:

—*Come usciamo di qui?*

—¡Corred! ¡Corred! —se alzaron las voces por el sonido del bombardeo.

Había gritos y sollozos, ruegos desesperados de ayuda que pedían un modo de salir de la ciudad asediada, mientras las despiadadas tropas de los Borgia lanzaban cañoneo tras cañoneo.

Por favor, Dios mío, que no abran una brecha en la muralla antes de que nuestras armas entren en juego, pensó Ezio, y aunque oía las explosiones mientras los sacres y los falconetes disparaban a los atacantes, todavía no oía el estruendo de los cañones grandes con los que se había encontrado el día anterior, los únicos que podrían destrozar las enormes torres de madera que las fuerzas de los Borgia hacían avanzar hacia las murallas de la ciudad.

Animó al zaino a subir la rampa hacia la muralla y se bajó de un salto cuando llegó a donde había visto por última vez al maestro armero borracho, junto al cañón de tres metros. Ahora estaba totalmente sobrio y dirigía a los artilleros para que llevaran el arma hacia una torre de asedio que sus atacantes, muy bien entrenados, empujaban lentamente pero seguros hacia las murallas. Ezio advirtió que la parte superior igualaba en altura los almenajes que había en los baluartes.

—¡Qué sinvergüenzas! —masculló.

Pero ¿cómo iban a predecir la velocidad, incluso Ezio tenía que admitirlo para sus adentros, y la perfección magistral de su ataque?

—¡Fuego! —gritó el sargento mayor entrecano que estaba al mando de la primera artillería pesada.

El gran cañón produjo un estruendo y rebotó hacia atrás, pero la bala tan sólo

era lo bastante ancha para arrancar un poco de madera de la esquina del tejado de la torre de asedio.

—¡Intentad dar a las puñeteras torres, imbéciles! —gritó el sargento.

—¡Señor, necesitamos más munición!

—¡Pues bajad al almacén y rápido! ¡Mirad, están derribando la puerta!

Entretanto el otro cañón retumbó y escupió. Ezio se puso contento al ver que un bloque de atacantes se había convertido en un mar de sangre y huesos.

—¡Recargad! —gritó el sargento—. ¡Disparad de nuevo en cuanto os avise!

—Esperad a que la torre se acerque —ordenó Ezio— y luego apuntad abajo. Eso hará que se desmorone entera. Nuestros ballesteros pueden acabar con los supervivientes.

—Sí, señor.

El armero se acercó.

—Aprendes rápido las tácticas —le dijo a Ezio.

—Es por instinto.

—Un buen instinto vale como cien hombres en el campo —respondió el armero—. Pero te has perdido las prácticas de tiro esta mañana. No tienes excusa.

—¿Y tú qué? —dijo Ezio.

—Vamos —sonrió el armero de oreja a oreja—, tenemos otro de estos cañones cubriendo el flanco izquierdo y el comandante de su pelotón está muerto: la flecha de una ballesta le dio en la frente. Murió antes de llegar al suelo. Tú tomas el mando. Yo ya he hecho el trabajo para el que estoy hecho, me he asegurado de que ninguna de las armas se recaliente o se rompa.

—De acuerdo.

—Pero presta atención a cómo apuntas. Las tropas de tu novia están ahí fuera luchando contra los Borgia. No queremos cargarnos a nadie.

—¿Qué novia?

El armero le guiñó el ojo.

—Haz el favor, Ezio. Esta es una ciudad muy pequeña.

Ezio se acercó al segundo cañón. Un artillero estaba pasándole una esponja para enfriarlo después de disparar mientras que otro lo cargaba con pólvora apisonada y una bala de hierro de veintidós kilos. Un tercer hombre preparaba el fósforo lento, lo encendía por ambos extremos para que no se retrasara si alguno de los lados por accidente se apagaba en el momento menos indicado.

—Vamos —dijo Ezio cuando se acercó.

—*Signore!*

Escudriñó el campo más allá de la muralla. El verde césped estaba salpicado de sangre y los caídos desparramados por los haces de trigo. Veía a los hombres de Caterina vestidos de amarillo, negro y azul intercalados con las túnicas moradas y amarillas de los Borgia.

—Coge algunos de los pequeños para dar a esos individuos. Diles que apunten a los de negro y dorado —soltó Ezio—. Y apuntemos éste a la torre de asedio que hay ahí. Se está acercando demasiado para mi gusto; tenemos que sacarla de en medio.

Los artilleros le dieron la vuelta al cañón y lo bajaron para apuntar a la base de la torre que se acercaba, a menos de cincuenta metros de la muralla.

Ezio estaba ocupado haciendo puntería, cuando le dieron a un sacre cercano. Explotó y lanzó bronce al rojo vivo en todas las direcciones. Los cascos le cortaron la cabeza y los hombros al artillero que estaba a unos centímetros de él. Los brazos del hombre cayeron al suelo y le siguió el resto de su cuerpo, del que salía sangre a borbotones como si fuera una fuente. El olor acre a carne quemada inundó los orificios nasales de Ezio mientras daba un salto para ocupar el sitio del artillero.

—Mantened el valor —gritó al resto del equipo. Entrecerró los ojos para mirar por la mira telescópica—. Cuidado… y… ¡fuego!

El cañón tronó, Ezio saltó hacia un lado y observó cómo la bala chocaba contra la base de la torre. ¿Había sido suficiente con ese disparo? La torre se tambaleó, pareció estabilizarse, luego —¡gracias a Dios!— cayó al suelo como a cámara lenta y lanzó al suelo a algunos de los hombres que estaban subidos a ella, mientras que otros quedaron aplastados. Los gritos de las mulas heridas que la habían arrastrado hacia delante se añadieron a la algarabía de pánico y muerte que acompañaba a todas las batallas. Ezio contempló cómo las tropas de Caterina avanzaban rápidamente para eliminar a los heridos y desconcertar a los supervivientes del bando Borgia. Ella misma estaba a la cabeza, su peto plateado destellaba bajo la fría luz del sol. Ezio vio cómo clavaba su espada en el ojo derecho del capitán Borgia y la hundía hasta el cerebro. El cuerpo del soldado se retorció en el dolor de la muerte durante un instante, giró, y las manos intentaron en vano agarrar la hoja, sujeta con firmeza, para sacarla.

Aunque no había tiempo de disfrutar de su triunfo o dormirse en los laureles. Al mirar hacia abajo por los baluartes, Ezio vio que las tropas de los Borgia llevaban enormes arietes hacia la puerta principal y al mismo tiempo oyó el grito

de advertencia que dio Caterina.

«Enviaremos a mil hombres a Forli para ayudarla con este cabrón de Cesare», se dijo para sus adentros.

—Si entran, nos matarán —dijo una voz en su hombro.

Ezio se dio la vuelta para ver al viejo sargento mayor. Había perdido su casco y una herida en la cabeza con mal aspecto goteaba sangre.

—Tenemos que sacar a la gente. Ahora.

—Algunos han podido salir, pero los que no pueden ponerse en pie están atrapados.

—Yo me encargo —dijo Ezio y recordó la advertencia de Mario—. Quédate tú aquí al mando, Ruggiero. ¡Mira! ¡Ahí! ¡Tienen una torre justo en los baluartes! ¡Sus hombres están asaltando la muralla! Reúne a más hombres por allí antes de que nos dominen.

—¡Sí, señor!

Y el sargento se fue, gritando órdenes, a la cabeza de una sección que se reunió de inmediato al oírle y que, en cuestión de segundos, se vieron enzarzados mano a mano en un combate con los despiadados mercenarios de los Borgia.

Ezio, con la espada en la mano, abriéndose paso a través de las tropas enemigas que iban en contra dirección, consiguió llegar a la ciudad. Enseguida organizó a un grupo de hombres de Caterina que se habían visto obligados a retirarse hacia la ciudad cuando la batalla se inclinó a favor de los Borgia e hizo lo que pudo para reunir a los ciudadanos y conducirlos a la relativa seguridad de la ciudadela. Mientras terminaba aquella tarea, Caterina se reunió con él.

—¿Qué noticias traes? —le preguntó.

—Malas —respondió ella—. Han derribado la puerta principal. Están entrando en la ciudad.

—Entonces no tenemos un minuto que perder. Debemos retirarnos a la ciudadela.

—Congregaré al resto de mis hombres.

—Ven rápido. ¿Has visto a Mario?

—Estaba luchando al otro lado de la muralla.

—¿Y los demás?

—Tu madre y tu hermana ya están en la ciudadela. Han estado guiando a los ciudadanos por el túnel de huida que lleva al norte, más allá de la muralla, hacia un sitio seguro.

—Bien. Debo ir con ellas. Reúnete con nosotros lo más deprisa posible. Tenemos que replegarnos.

—Matadlos a todos —gritó un sargento Borgia que encabezaba una pequeña tropa, al doblar la esquina.

Todos sostenían en alto espadas ensangrentadas y uno de los hombres blandía una pica en la que tenía clavada la cabeza de una chica. A Ezio se le secó la garganta al reconocer la cara: era la de Angelina. Con un rugido, se tiró sobre los soldados de los Borgia. Seis contra uno no era nada para él. Tras cortar y apuñalar, en cuestión de segundos estaba en medio de un círculo de hombres mutilados y moribundos, y respiraba agitadamente por el esfuerzo.

Se limpió la sangre de los ojos. Caterina se había ido. Se quitó el sudor, la sangre y la suciedad de la cara, volvió a la ciudadela y les dijo a los hombres que la vigilaban que la abrieran tan sólo para Mario y Caterina. Subió por la torre interior y contempló la ciudad en llamas.

Aparte del crepitar del fuego y de los gemidos aislados de los heridos y los moribundos, reinaba un silencio que no presagiaba nada bueno.

Capítulo 9

No obstante, la calma no duró mucho tiempo. Justo cuando Ezio estaba comprobando que el cañón del baluarte estaba correctamente alineado y cargado, una potente explosión tiró a un lado las enormes puertas de madera que había en la ciudadela. Los defensores salieron disparados hacia atrás, hacia el patio, debajo de Ezio, que estaba en las almenas, pero también murieron otros tantos.

Cuando se desvaneció el humo y el polvo, Ezio distinguió un grupo de personas que estaba de pie en la entrada. Su tío Mario parecía estar al frente, pero sin duda algo iba muy mal. Tenía la cara gris y sin una gota de sangre. También parecía tener mucho más de sesenta y dos años. Clavó los ojos en su sobrino cuando Ezio bajó de un salto de las almenas para enfrentarse al nuevo peligro. Mario cayó de rodillas y, después, con la cara en el suelo. Hizo un esfuerzo por ponerse de pie, pero una larga y estrecha espada, una Bilbao, sobresalió de entre sus omoplatos. El joven que estaba detrás de él le volvió a empujar hacia la grava con la punta de su bota negra y un hilo de sangre salió de la boca del anciano.

El joven iba vestido de negro y una máscara negra le tapaba parte de su rostro cruel. Ezio reconoció las pústulas de la Nueva Enfermedad en la piel de aquel hombre. Se estremeció por dentro. No le cabía duda de a quién se estaba enfrentando.

A los lados del que vestía de negro había otros dos hombres, ambos de mediana edad; y una hermosa mujer rubia de labios crueles. Había otro hombre, también vestido de negro, un poco apartado. Sostenía en la mano derecha una falcata manchada de sangre, y en la izquierda llevaba una cadena, que estaba pegada a un pesado grillete alrededor del cuello de Caterina Sforza, atada y amordazada. Sus ojos reflejaban una rebeldía y una rabia insaciable. El corazón de Ezio se detuvo. No podía creer que aquella misma mañana la hubiera vuelto a tener en sus brazos y que ahora hubiera sido capturada por un vil líder Borgia.

¿Cómo podía estar pasando todo aquello? Sus ojos se encontraron con los suyos por un instante desde el otro lado del patio y le enviaron la promesa de que no sería prisionera por mucho tiempo.

Sin tiempo de comprender lo que estaba sucediendo a su alrededor, su instinto de soldado tomó el control. Debía actuar ahora o lo perdería todo. Dio un paso hacia delante, cerró los ojos y bajó de la almena, con la capa al viento detrás de él; era un salto de fe al patio de abajo. Con la gracia de un experto, aterrizó sobre sus pies y se puso de pie para enfrentarse a sus enemigos, con una fría determinación grabada en su cara.

El maestro armero avanzó tambaleándose, con dificultad por una pierna herida, y se colocó junto a Ezio.

—¿Quiénes son ésos? —musitó.

—Oh —dijo el joven vestido de negro—, no nos hemos presentado. Menudo descuido por nuestra parte. Pero yo por supuesto te conozco, Ezio Auditore, aunque sea sólo por tu reputación. Un placer. Por fin podré quitarme la espina más grande que tenía clavada. Después de tu querido tío, claro.

—¡Apártate de él, Cesare!

Alzó una ceja y los oscuros ojos centellearon en aquel apuesto rostro estropeado.

—¡Oh, me halaga que hayas adivinado mi nombre! Pero deja que te presente a mi hermana, Lucrezia. —Se volvió para acariciar a la rubia de un modo impropio de un hermano mientras ella le apretaba el brazo y presionaba sus labios peligrosamente cerca de su boca—. Y mis colegas más cercanos: Juan Borgia, primo, amigo y banquero; mi querido aliado francés, el general Octavien de Valois; y, por último pero no menos importante, mi imprescindible mano derecha, Micheletto da Corella. ¿Qué haría yo sin mis amigos?

—Y el dinero de tu padre.

—Un chiste malo, amigo.

Mientras Cesare hablaba, sus tropas avanzaban como fantasmas hacia la ciudadela. Ezio no podía hacer nada para detenerlos, pues a sus propios hombres, a los que superaban en número, les vencían y les desarmaban enseguida.

—Pero soy un buen soldado y parte de la diversión es elegir un apoyo eficiente —continuó Cesare—. Debo admitir que no creía que iba a ser pan comido. Pero desde luego, ya no eres tan joven, ¿no?

—Te mataré —dijo Ezio al final—. Te eliminaré a ti y a los tuyos de la faz

de la Tierra.

—Hoy no —replicó Cesare, sonriendo—. Y mira lo que tengo, cortesía de tu tío.

Una mano enguantada hurgó en una bolsa que tenía en el costado y de ella sacó, para horror de Ezio, ¡la Manzana!

—Un aparato muy útil —dijo Cesare, sonriendo con frialdad—. Leonardo da Vinci, mi nuevo consejero militar, me ha dicho que sabe mucho sobre esto, así que espero que me cuente más, y estoy seguro de que así lo hará si quiere mantener la cabeza sobre sus hombros. ¡Artistas! Los hay a montones y seguro que tú estás de acuerdo.

Lucrezia se rio por lo bajo, con dureza, al oír aquello.

Ezio miró a su viejo amigo, pero Da Vinci evitó su mirada. En el suelo, Mario se movió y gimió. Cesare le empujó la cara hacia el suelo con la bota y sacó una pistola, un nuevo diseño, como comprobó Ezio enseguida, y volvió a lamentar la destrucción de la mayoría de las armas del Códice en el ataque del principio.

—Eso no es una llave de mosquete —dijo el armero con entusiasmo.

—No, es una llave de rueda —respondió Cesare—. No cabe duda de que no eres ningún tonto —añadió, dirigiéndose al armero—. Es mucho más previsible y eficiente que las pistolas antiguas. Me la ha diseñado Leonardo. También se recarga rápido. ¿Te gustaría ver una demostración?

—¡Por supuesto! —contestó el armero, al superar su interés profesional cualquier otro instinto.

—¡Cómo no! —exclamó Cesare, que le apuntó con la pistola y disparó para matarlo—. Recarga, por favor —continuó y le pasó el arma al general Octavien, que sacó su gemela del cinturón—. Ha habido mucho derramamiento de sangre —siguió—, así que es una pena pensar que hace falta un poco más de limpieza. No importa.

—Ezio, me gustaría que te lo tomaras como algo que tiene mi familia contra la tuya.

Se encorvó ligeramente, colocó un pie en medio de la espalda de Mario para extraer la espada y dejó que la sangre brotara. Los ojos de Mario se abrieron de par en par por el dolor mientras se esforzaba por arrastrarse hacia su sobrino.

Cesare se inclinó hacia delante y disparó su pistola a quemarropa en la parte trasera del cráneo de Mario, que estalló en pedazos.

—¡No! —gritó Ezio cuando el recuerdo del brutal asesinato de su padre y

sus hermanos le vino a la memoria—. ¡No!

Arremetió contra Cesare, con la agonía de la pérdida recorriéndole, descontroladamente, todo el cuerpo.

Cuando Ezio saltó hacia delante, el general Octavien ya había cargado la pistola. Ezio se tambaleó hacia atrás, sin respiración, y el mundo oscureció.

Capítulo 10

Cuando Ezio volvió en sí, había vuelto la batalla y había llevado a los atacantes Borgia hasta las murallas externas de la ciudadela. Vio que le arrastraban hasta un lugar seguro mientras los soldados que habían retomado la rocca cerraban la puerta rota con una barricada y reunían a todos los ciudadanos de Monteriggioni que quedaban para empezar a organizar su huida al campo. No sabían cuánto tiempo podrían resistir contra las fuerzas decididas de los Borgia, cuya fuerza parecía ilimitada.

De todo esto se enteró Ezio gracias al sargento mayor mientras se estaba recuperando.

—Quedaos quieto, mi señor.

—¿Dónde estoy?

—En una camilla. Os llevamos al santuario. Al santuario interior. Nadie buscará allí.

—Bajadme. Puedo caminar.

—Tenemos que vendar esa herida.

Ezio le ignoró y gritó una orden a los camilleros, pero al incorporarse, la cabeza le dio vueltas.

—No puedo luchar así.

—Dios mío, ya están aquí otra vez —bramó el sargento cuando una torre de asedio chocó contra las almenas superiores de la ciudadela para descargar una nueva tropa de soldados de los Borgia.

Ezio se volvió para mirarlos mientras su cabeza poco a poco se alejaba de aquella oscuridad, pues su férreo autocontrol superaba el dolor agudo de la herida de bala. Los Asesinos *condottieri* enseguida le rodearon para combatir a los hombres de Cesare. Consiguieron batirse en retirada con unos cuantos heridos, pero mientras se adentraban en la inmensidad del castillo, Claudia gritó desde detrás de una puerta, impaciente por oír que su hermano estaba bien.

Cuando salió al aire libre, un capitán Borgia corrió hacia ella, con una espada ensangrentada en la mano. Ezio se quedó mirando, horrorizado, pero recobró la compostura a tiempo para avisar a sus hombres. Dos luchadores Asesinos corrieron hacia la hermana de Ezio y lograron interponerse entre ella y la brillante hoja del criminal Borgia. Unas chispas saltaron al entrar en contacto las tres espadas cuando los dos Asesinos alzaron sus hojas a la vez para impedir el golpe mortal. Claudia cayó al suelo, con la boca abierta en un grito silencioso. El más fuerte de los soldados Asesinos, el sargento mayor, empujó hacia el cielo la espada del enemigo, bloqueando la empuñadura en la cazoleta, mientras el otro Asesino retiraba hacia atrás su espada para clavársela al capitán Borgia en las tripas. Claudia recobró la compostura y se levantó despacio. A salvo con las tropas Asesinas, corrió hasta Ezio, rompió un trozo de algodón de sus faldas y lo apretó contra su hombro; la tela blanca enseguida se tiñó de rojo por la sangre de la herida.

—¡Mierda! ¡No te arriesgues de esa manera! —le dijo Ezio y le dio las gracias al sargento mientras sus hombres hacían retroceder al enemigo, tirando a algunos de las altas almenas al tiempo que otros escapaban.

—Tenemos que meterte en el santuario —gritó Claudia—. ¡Venga!

Ezio permitió que le llevaran de nuevo, puesto que había perdido un montón de sangre. Mientras tanto, los ciudadanos que quedaban, que aún no habían podido huir, se reunieron a su alrededor. Monteriggioni estaba desierta y bajo el control total de las fuerzas Borgia. Tan sólo la ciudadela seguía en manos de los Asesinos.

Por fin llegaron a su objetivo: la sala cavernosa, fortificada, que había bajo el muro norte del castillo, conectada al edificio principal por un pasadizo secreto que empezaba en la biblioteca de Mario. Pero por poco. Uno de sus hombres, un ladrón veneciano llamado Paganino que antes había estado bajo el control de Antonio de Magianis, estaba cerrando la puerta secreta de la escalera cuando el último de los fugitivos la atravesó.

—¡Pensábamos que os habían matado, ser Ezio! —gritó.

—Aún no lo han conseguido —respondió Ezio en tono grave.

—No sé qué hacer. ¿Adónde lleva este pasadizo?

—Al norte, al otro lado de las murallas.

—Así que es cierto. Siempre creímos que era una leyenda.

—Bueno, ahora ya lo sabes —contestó Ezio y se quedó mirando al hombre pensando si, en un momento de exaltación, le había dicho demasiado a alguien a

quien conocía más bien poco.

Le ordenó a su sargento que cerrara la puerta, pero en el último momento Paganino se escabulló para volver al edificio principal.

—¿Adónde vas?

—Tengo que ayudar a los defensores. No os preocupéis, los traeré hasta aquí.

—Tengo que echarle el pestillo a esta puerta. Si no vienes ahora, te quedarás solo.

—Ya me las apañaré, señor. Siempre lo hago.

—Entonces ve con Dios. Tengo que asegurarme de poner a salvo a esta gente.

Ezio hizo un balance de la multitud que había reunida en el santuario. En la penumbra, entre los fugitivos, pudo distinguir los rasgos no sólo de Claudia, sino de su madre, y suspiró de alivio para sus adentros.

—No hay tiempo que perder —les dijo y acompañó la puerta para cerrarla con una barra de hierro de considerables dimensiones.

Capítulo 11

De inmediato, la madre y la hermana de Ezio le vendaron correctamente la herida y le ayudaron a ponerse de pie. Después, Ezio le ordenó al sargento mayor que girara la palanca oculta que había dentro de la estatua del Maestro Asesino, Leonius, que estaba al lado de la repisa de una chimenea gigante en medio de la pared norte del santuario. La puerta secreta se abrió y reveló un pasillo por el que la gente podía escapar a la seguridad del campo a un kilómetro de los límites de la ciudad.

Claudia y María estaban junto a la entrada para ayudar a los ciudadanos a atravesarla. El sargento mayor había seguido adelante con un pelotón, con antorchas en las manos, para guiar y proteger a los refugiados mientras huían.

—¡Deprisa! —apremió Ezio a los ciudadanos mientras entraban por la oscura boca del túnel—. Tranquilos. Id rápido pero no corráis. No queremos una estampida en el túnel.

—¿Y nosotras? ¿Y Mario? —preguntó su madre.

—Mario… ¿Cómo os digo yo esto? A Mario le han matado. Quiero que Claudia y tú vayáis a nuestra casa en Florencia.

—¿Mario ha muerto? —gritó María.

—¿Qué tenemos en Florencia? —preguntó Claudia.

Ezio extendió las manos.

—Nuestro hogar. Lorenzo de Medici y su hijo se comprometieron a restaurar la mansión Auditore para nosotros, y son fieles a su palabra. Ahora la ciudad vuelve a estar bajo el control de la *Signoria* y sé que el gobernador Soderini la cuida bien. Id a casa. Poneos en manos de Paola y Annetta. Me reuniré con vosotras en cuanto pueda.

—¿Estás seguro? Hemos oído algo muy distinto de nuestra antigua casa. *Messer* Soderini llegó demasiado tarde para salvarla. De todos modos, queremos quedarnos contigo. Para ayudarte.

Los últimos ciudadanos que quedaban estaban entrando en el túnel en fila, cuando un gran estruendo de golpes cayó sobre la puerta que separaba el santuario del mundo exterior.

—¿Qué es eso?

—Son las tropas de los Borgia. ¡Deprisa! ¡Deprisa!

Condujo a su familia hacia el túnel y él la siguió con las pocas tropas Asesinas que quedaban vivas.

El trayecto del túnel fue duro y llevaban ya medio camino recorrido, cuando Ezio oyó un fuerte ruido al atravesar los Borgia la puerta del santuario. No tardarían en estar en el túnel. Metió prisa a los que tenía a su cargo y gritó a los más rezagados mientras oía las pisadas de los soldados armados que corrían por el túnel, detrás de ellos. Al pasar apresuradamente el grupo por la puerta que terminaba un tramo del pasadizo, Ezio agarró una palanca de la pared y, cuando la atravesó el último de los fugitivos Asesinos, tiró de ella con fuerza para soltar el rastrillo. Cuando cayó con gran estruendo, el primero de sus perseguidores lo había alcanzado y quedó clavado al suelo por los pesados herrajes de la puerta. Sus gritos de agonía inundaron el pasadizo. Ezio continuaba corriendo, seguro al saber que había ganado tiempo para que su gente pudiera escapar sin problemas.

Después de lo que parecieron horas, pero tan sólo podían haber sido minutos, la pendiente del pasadizo pareció cambiar, se niveló y luego subió un poco. El aire parecía menos viciado ahora que casi estaban fuera. Justo en ese momento oyeron un fuerte estruendo de constantes cañoneos. Los Borgia debían de haber soltado su arsenal sobre la ciudadela, un último acto de profanación. El pasadizo tembló y unos remolinos de polvo cayeron del techo; se oía el sonido de las piedras resquebrajándose, primero muy leve pero, de manera inquietante, cada vez más fuerte.

—Dio, *ti prego, salvaci*… ¡El techo se viene abajo! —exclamó entre sollozos una de las mujeres.

Los demás comenzaron a gritar cuando el temor de quedar enterrados en vida se extendió por la multitud.

De repente, el techo del túnel pareció abrirse y un torrente de escombros cayó en cascada. Los fugitivos echaron a correr para intentar escapar de las rocas que caían, pero Claudia reaccionó con demasiada lentitud y desapareció en una nube de polvo. Ezio se dio la vuelta, alarmado, al oír el grito de su hermana, pero

fue incapaz de verla.

—¡Claudia! —gritó con pánico en la voz.

—¡Ezio! —se oyó que contestaba y cuando el polvo se despejó, Claudia comenzó a avanzar por entre los escombros.

—Gracias a Dios que estás bien. ¿Te ha caído algo encima? —preguntó.

—No, estoy bien. ¿Está nuestra madre bien?

—Estoy bien —contestó María.

Se sacudieron el polvo, dieron gracias a los dioses por haber sobrevivido hasta ahora y continuaron por el último tramo de su vía de escape. Por fin salieron al aire libre. El césped, incluso la tierra misma, nunca había olido tan dulce.

La boca del túnel estaba separada del campo por una serie de puentes de cuerda que oscilaban sobre un barranco. Había sido diseñado por Mario como parte de un plan maestro de huida. Monteriggioni sobreviviría a la profanación de los Borgia. En cuanto los Borgia la arrasaran, ya no les interesaría, pero Ezio volvería a tiempo para reconstruirla como la orgullosa fortaleza de los Asesinos que había sido en su día. Ezio estaba seguro de ello. Sería más que eso, se prometió a sí mismo: sería un monumento a su noble tío, al que habían asesinado despiadadamente.

Había tenido ya suficientes depredaciones en su familia causadas por una vileza sin sentido.

Ezio planeó cortar los puentes una vez atravesados, pero los ancianos y los heridos rezagados les hacían avanzar con lentitud. A sus espaldas, oyó los gritos y las pisadas de sus perseguidores que se aproximaban a toda velocidad. Apenas podía llevar a nadie a la espalda, pero se las arregló para echarse al hombro a una mujer a quien le fallaba la pierna, y continuó tambaleándose por el primer puente de cuerda, que se balanceaba peligrosamente bajo su peso.

—¡Vamos! —gritó para animar a la retaguardia sobre la que se cernían ya los soldados Borgia.

Esperó en el otro extremo hasta que el último de sus hombres llegó a buen puerto, pero un par de Borgia también había conseguido cruzar el puente. Ezio se interpuso en su camino y utilizó su brazo bueno para empuñar la espada y entablar combate con el enemigo. Incluso herido, Ezio era más que un rival para sus oponentes; su espada paraba los ataques en un borrón de acero y se enfrentaba a los dos a la vez. Se movió a un lado, se agachó ante el golpe de un hombre, mientras usaba su arma para cortarle en la articulación de la rodilla de

su armadura. El soldado se inclinó al quedarle la pierna izquierda inútil. El otro atacante le embistió, al pensar que había perdido el equilibrio, pero Ezio rodó de lado, la hoja resonó en las rocas y algunas piedras salieron volando hacia el barranco. El hombre hizo una mueca cuando el golpe vibró en su espada y rebotó en los huesos de su mano y su brazo. Ezio vio su oportunidad, se incorporó, levantó la espada sobre el brazo que el enemigo había bajado y delante de su rostro. El hombre bajó aún más el brazo y con un único movimiento fluido, Ezio llevó su hoja a las cuerdas que sujetaban el puente. Se rompieron enseguida y golpearon violentamente hacia atrás por el barranco. El puente se separó de las rocas como un acordeón y los hombres de Borgia que habían empezado a cruzarlo gritaron mientras caían al abismo.

Ezio volvió la vista para mirar al otro lado del barranco y vio a Cesare. Junto a él estaba Caterina, todavía atada con cadenas, que la despiadada Lucrezia sujetaba. Juan Borgia, el cadavérico Micheletto y el sudoroso general francés Octavien estaban a su lado.

Cesare le estaba enseñando algo a Ezio.

—¡Tú eres el siguiente! —gritó, furioso.

Ezio vio que se trataba de la cabeza de su tío.

Capítulo 12

A Ezio tan sólo le quedaba un sitio adónde ir. Le habían cortado el paso a las tropas de Cesare y tardarían unos días en dar la vuelta al barranco para alcanzar a los Asesinos supervivientes. Dirigió a los refugiados a ciudades fuera del control de los Borgia, al menos de momento (Siena, San Gimignano, Pisa, Lucca, Pistoia y Florencia), donde se encontrarían a salvo. También intentó recalcarle a su madre y a su hermana la importancia que tenía regresar a la seguridad de Florencia, fuera lo que fuese lo que le hubiera ocurrido a Villa Auditore, a pesar de los recuerdos tristes que les traía aquella ciudad y del hecho de que ambas tuvieran unas ganas irrefrenables de vengar la muerte de Mario.

Ezio se dirigía rumbo a Roma, donde sabía que Cesare se reagruparía. Incluso podía ser que Cesare pensara, en su arrogancia, que había vencido a Ezio o que había muerto por el camino y había quedado convertido en carroña. En tal caso, eso le daría ventaja al Asesino. Aunque había algo más que le rondaba a Ezio. Al haber muerto Mario, la Hermandad no tenía líder. Maquiavelo tenía mucha fuerza y en aquel momento no parecía ser su amigo. Tenía que resolverlo.

Entre los supervivientes de la ciudad había animales, incluido el gran zaino de batalla que a Mario le gustaba tanto. Ezio montó al corcel, que sujetaba el antiguo mozo del establo, que también había conseguido escapar, a pesar de que los Borgia habían capturado la mayoría de sus caballos.

Detuvo al zaino, para despedirse de su madre y de su hermana.

—¿De verdad es necesario que vayas a Roma? —preguntó María.

—Madre, la única manera de ganar esta guerra es llevarla al enemigo.

—Pero ¿cómo vas a vencer a las fuerzas de los Borgia?

—No soy su único enemigo. Y además, Maquiavelo ya está allí. Tengo que hacer las paces con él para que podamos trabajar juntos.

—Cesare tiene la Manzana —dijo Claudia con seriedad.

—Debemos rezar por que no sepa cómo dominar sus poderes —respondió

Ezio, aunque interiormente tenía sus dudas.

Leonardo ahora estaba al servicio de Cesare y Ezio estaba al tanto de la inteligencia de su antiguo amigo. Si Leonardo le enseñaba a Cesare los misterios de la Manzana y, lo que era aún peor, si volvía a caer en manos de Rodrigo…

Sacudió la cabeza para apartar aquellos pensamientos. Ya tendría tiempo de enfrentarse a la amenaza de la Manzana si se presentaba la ocasión.

—No deberías cabalgar. Roma está a kilómetros al sur. ¿No puedes al menos esperar uno o dos días? —preguntó Claudia.

—Los Borgia no descansarán y el espíritu maligno de los Templarios cabalga entre ellos —replicó Ezio con sequedad—. Nadie podrá dormir a pierna suelta hasta que acabemos con su poder.

—¿Y si nunca ocurre?

—No debemos cesar en la lucha. En cuanto lo hagamos, perderemos.

—*É vero*. —Su hermana dejó caer los hombros, pero luego volvió a enderezarse—. La lucha nunca debe cesar —dijo con firmeza.

—Hasta la muerte —dijo Ezio.

—Hasta la muerte.

—Ten cuidado en el camino.

—Ten cuidado en el camino.

Ezio se inclinó en la silla para besar a su madre y a su hermana antes de dar la vuelta con el caballo para dirigirse hacia el sur. La cabeza le daba punzadas por el dolor de su herida y los esfuerzos de la batalla. Pero aún más le dolía el corazón y el alma por la pérdida de Mario y la captura de Caterina. Se estremeció al pensar que estaba en las garras de la malvada familia Borgia; sabía muy bien cuál sería su destino en sus manos. Tenía que eludir a las tropas de los Borgia, pero su corazón le decía que, ahora que había logrado su principal objetivo, destrozar la fortaleza asesina, Cesare se dirigiría a casa. Por otro lado estaba la seguridad de Caterina, aunque Ezio sabía que si había alguien que lucharía hasta el final, sería ella.

Lo más importante era extraer el forúnculo que estaba infectando Italia y hacerlo pronto, antes de que infectara todo el país.

Ezio clavó fuerte los talones en los costados del caballo y galopó hacia el sur por el camino polvoriento.

Su cabeza estaba embotada por el agotamiento, pero estaba dispuesto a mantenerse despierto. Juró no descansar hasta llegar a la destartalada capital de su país sitiado. Tenía muchos kilómetros que recorrer antes de poder dormir.

Capítulo 13

Qué estúpido había sido al cabalgar tanto rato herido, y tan lejos, parándose tan sólo por el bien del caballo. Un caballo del correo hubiera sido más acertado, pero el corcel zaino era su último vínculo con Mario.

¿Dónde estaba? Recordó un lúgubre barrio de las afueras, destrozado, y luego, cuando ya estaba saliendo, vio un arco de piedra amarillo, que alguna vez había sido majestuoso, una entrada antigua que atravesaba la muralla de la ciudad, que antes había sido espléndida.

El impulso de Ezio había sido reunirse con Maquiavelo para subsanar el error que había cometido al no asegurarse de que Rodrigo Borgia estaba muerto.

Pero, ¡Dios, qué cansado estaba!

Se tumbó en el camastro en el que se encontraba. Podía oler la paja seca y el ligero hedor a estiércol que la acompañaba.

¿Dónde estaba?

Una imagen de Caterina le vino de repente a la cabeza con mucha fuerza. Debía liberarla. Tenían que estar juntos por fin.

Pero tal vez también debía liberarse de ella, pues parte de su corazón le decía que en realidad no era lo que él quería. ¿Cómo podía confiar en ella? ¿Cómo podía un simple hombre entender los sutiles laberintos de la mente femenina? ¡Ay, la tortura del amor por lo visto no disminuía con la edad!

¿Estaba utilizándole?

Ezio siempre había mantenido una habitación interior en su corazón, un sanctasanctórum que siempre tenía cerrado, incluso a sus amigos más íntimos, a su madre (que era consciente de ello y lo respetaba), a su hermana y a su padre y hermanos difuntos.

¿Había logrado entrar Caterina? No había podido evitar que mataran a su padre y a sus hermanos, y por Cristo y la Cruz había hecho todo lo posible por proteger a María y Claudia.

Caterina podía cuidarse sola. Era un libro que mantenía sus tapas cerradas y aun así…, aun así, ¡cuánto anhelaba leerlo!

—Te quiero —le gritó su corazón a Caterina a pesar de lo que sentía.

La mujer de sus sueños, por fin, a aquellas alturas de su vida. Pero su deber iba primero y Caterina… Caterina nunca había enseñado sus cartas. Sus enigmáticos ojos marrones, su sonrisa, el modo en que podía enrollarlo entre sus largos dedos expertos. La proximidad. La proximidad. Pero también el fuerte silencio de su pelo, que siempre parecía oler a vainilla y rosas…

¿Cómo iba a confiar en ella, incluso cuando tenía la cabeza apoyada en su pecho después de hacer el amor apasionadamente y deseaba tanto sentirse seguro?

¡No! La Hermandad. La Hermandad. ¡La Hermandad! Su misión y su destino.

«Estoy muerto —se dijo Ezio para sus adentros—. Ya estoy muerto en mi interior, pero terminaré lo que tengo que hacer».

El sueño se desvaneció, sus párpados se abrieron y revelaron un escote amplio pero anciano que descendía sobre él; el vestido que llevaba aquella mujer se separó como el mar Rojo.

Ezio se incorporó rápidamente. Ahora tenía la herida bien vendada y el dolor se le había calmado tanto que casi era insignificante. Conforme se le aclaraba la vista, se dio cuenta de que se encontraba en una habitación pequeña con paredes de piedra tosca. Unas cortinas de algodón estampado cubrían las pequeñas ventanas y en un rincón ardía una estufa de hierro, cuyas brasas, al estar abierta, eran la única luz del lugar. La puerta estaba cerrada, pero quienquiera que estuviese con él encendió el cabo de una vela.

Había una mujer de mediana edad, con aspecto de campesina, arrodillada a su lado, dentro de su campo de visión. Tenía una cara compasiva mientras atendía su herida, y cambiaba la cataplasma y el vendaje.

¡Le dolía mucho! Ezio hizo una mueca por el dolor.

—*Calmatevi* —dijo la mujer—. El dolor acabará pronto.

—¿Dónde está mi caballo? ¿Dónde está *Campione*?

—A salvo. Descansando. Dios sabe que se lo merece. Estaba sangrando por la boca. Un buen caballo como ése. ¿Qué le has hecho?

La mujer dejó el cuenco de agua que sujetaba y se puso de pie.

—¿Dónde estoy?

—En Roma, cariño. *Messer* Maquiavelo te encontró desmayado en tu silla, con tu caballo echando espuma por la boca, y os trajo aquí. No te preocupes, nos ha pagado a mí y a mi marido para que os cuidemos a los dos. Y nos ha dado unas cuantas monedas más para que seamos discretos. Pero ya sabes que a messer Maquiavelo no se le puede contrariar. De todos modos, ya habíamos hecho este tipo de trabajo para tu organización.

—¿Dejó algún mensaje?

—Ah, sí. En cuanto te recuperes, tienes que reunirte con él en el Mausoleo de Augusto. ¿Sabes dónde está?

—Es una de las ruinas, ¿no?

—Exacto. Aunque hoy en día no es más ruina que esta horrible ciudad. ¡Y pensar que una vez fue el centro del mundo! Mírala ahora, es más pequeña que Florencia; la mitad de Venecia. Pero tenemos que fanfarronear.

Se rio con socarronería.

—¿A qué te refieres?

—Tan sólo cincuenta mil pobres almas viven en esta ciudad de chabolas que una vez tuvo el orgullo de llamarse Roma; y siete mil de ellas son prostitutas. Eso tiene que ser un récord. —Volvió a reírse un poco más—. No me extraña que todo el mundo esté infectado con la Nueva Enfermedad. No te acuestes con nadie de aquí —añadió—, si no quieres acabar con la sífilis. Hasta los cardenales la tienen, y dicen que el mismo Papa y su hijo también la sufren.

Ezio recordaba Roma como si fuera un sueño. Ahora era un lugar extraño, cuyas antiguas y podridas murallas habían sido diseñadas para abarcar un millón de habitantes pero que en esos momentos había cedido su espacio a los agricultores.

También recordaba el páramo en ruinas que en la antigüedad había sido el Gran Foro, pero donde ahora pastaban las cabras y las ovejas. La gente había robado el antiguo mármol labrado y los pórfidos, tirados de cualquier manera sobre la hierba, para construir pocilgas o para molerlos y conseguir cal. Y aparte de la desolación de las barriadas y de las sucias calles sinuosas, estaban los nuevos y grandes edificios que los Papas Sixto IV y Alejandro VI habían levantado indecentemente, como pasteles de boda en una mesa donde no había nada más que comer salvo pan.

El engrandecimiento de la Iglesia estaba confirmado, había vuelto por fin tras el exilio papal a Aviñón. El Papa, la figura más importante del mundo internacional, superaba no sólo a reyes sino al mismísimo sagrado emperador romano Maximiliano, que antes había tenido su sede en Roma.

¿Qué habría ocurrido si el Papa Alejandro VI, a su gran juicio, no hubiera separado en el continente sur de los Nuevos Americanos a los países colonizados de España y Portugal con su Tratado de Tordesillas en 1494? Había sido el mismo año en el que la Nueva Enfermedad había estallado en Nápoles, Italia. La llamaban la enfermedad francesa, *morbus gallicus*, pero todos sabían que había llegado del Nuevo Mundo con los marinos genoveses de Colón. Era un mal desagradable. Los rostros y los cuerpos de las personas bullían llenos de pústulas y furúnculos, y sus caras a menudo no se reconocían en las últimas fases.

En Roma los pobres se las apañaban con cebada y tocino, cuando podían conseguir tocino, y las sucias calles albergaban tifus, cólera y la Peste Negra. En cuanto a los ciudadanos, por un lado estaban los ricos con ostentación, y por otro lado, el resto, que parecían pastores de ganado y vivían igual de mal.

Menudo contraste con la dorada opulencia del Vaticano. La gran ciudad de Roma se había convertido en un montón de basura de historia. Por los callejones mugrientos que intentaban ser calles, donde vivían ahora los lobos y los perros asilvestrados, se pudrían los palacios desiertos que le recordaron al hogar de su familia en Florencia, probablemente en ruinas.

—Tengo que levantarme. Tengo que encontrar a messer Maquiavelo —dijo Ezio, sacando con urgencia aquellas imágenes de su mente.

—Todo a su tiempo —respondió la enfermera—. Te ha dejado ropa nueva. Póntela cuando estés preparado.

Ezio se levantó, pero cuando lo hizo, le dio vueltas la cabeza. La sacudió para aclararse la mente y luego se puso el traje que Maquiavelo le había dejado. Era nuevo y estaba hecho de lino, con una capa de lana suave que acababa en pico, como el de un águila. Había unas botas y unos guantes fuertes y suaves de cuero español. Se vistió, luchó con el dolor del esfuerzo, y cuando terminó, la mujer le guio hasta un balcón. Ezio se dio cuenta entonces de que no estaba en un tugurio, sino en lo que quedaba de lo que una vez había sido un gran palacio. Debía de estar en el piano nobile. Respiró hondo mientras contemplaba los desolados restos de la ciudad que se extendía a sus pies. Una rata correteó con atrevimiento por encima de su bota y él le dio una patada.

—Ah, Roma —dijo irónicamente.

—Lo que queda de ella —respondió la mujer y volvió a reírse de manera estridente.

—Gracias, *madonna*. ¿A quién le debo…?

—Soy la *contessa* Margherita deghli Campi —contestó y bajo la luz tenue Ezio distinguió por fin los finos rasgos del que una vez había sido un hermoso rostro—. O lo que queda de ella.

—*Contessa* —dijo Ezio, intentando alejar la tristeza de su voz mientras hacía una reverencia.

—El Mausoleo está por allí —dijo, señalándolo con una sonrisa—. Es donde tienes que ir.

—No lo veo.

—En esa dirección. Por desgracia, no se puede ver desde mi palazzo.

Ezio entrecerró los ojos en la oscuridad.

—¿Y desde la torre de la iglesia?

Ella se le quedó mirando.

—¿Desde Santo Stefano? Sí. Pero está en ruinas. Las escaleras que suben a la torre se han derrumbado.

Ezio se rodeó el cuerpo con los brazos. Tenía que llegar a su lugar de reunión sano y salvo, tan rápido como fuera posible. No quería que lo retrasaran los mendigos, las fulanas ni los atracadores que infestaban las calles día y noche.

—No debería ser un problema —le dijo a la mujer—. *Vi ringrazio di tutto quello che avete fatto per me, buona contessa. Addio*.

—Eres más que bien recibido —contestó con una sonrisa irónica—. Pero ¿estás seguro de que estás en condiciones para irte tan pronto? Creo que deberías ver a un médico. Te recomendaría uno, pero ya no puedo permitírmelos. He limpiado y vendado tu herida, pero no soy una experta.

—Los Templarios no esperarán y yo tampoco puedo hacerlo —respondió—. Gracias de nuevo y adiós.

—Ve con Dios.

Saltó desde el balcón a la calle, hizo un gesto de dolor por el impacto y cruzó corriendo la plaza, dominada por el palacio que se desmoronaba, en dirección a la iglesia. Perdió de vista la torre dos veces y tuvo que volver sobre sus pasos. Le abordaron tres veces los mendigos leprosos y se enfrentó una vez a un lobo, que se escapó por un callejón con lo que parecía un niño muerto entre sus fauces. Por fin estuvo en el espacio abierto ante la iglesia. Estaba cerrada con tablas y los santos de piedra caliza que adornaban su portal estaban deformados por el

abandono. No sabía siquiera si podía confiar en la podrida mampostería, pero no le quedaba otro remedio; tenía que trepar.

Lo consiguió, aunque perdió el equilibrio en varias ocasiones y una vez incluso sus pies se separaron de un alféizar que se derrumbó bajo ellos y le dejó colgado de la punta de sus dedos. Todavía era un hombre fuerte, a pesar de sus heridas, y se las apañó para subir y salir del peligro hasta que por fin llegó a la cumbre de la torre, que estaba colgada de su tejado principal. La cúpula del Mausoleo brillaba débilmente bajo la luz de la luna, a unas manzanas de distancia. Iría hasta allí y esperaría a que Maquiavelo llegara.

Se colocó bien la hoja oculta, la espada y la daga, y estaba a punto de dar un salto de fe a un carro de heno aparcado en la plaza, cuando su herida le hizo doblarse de dolor.

«La *Contessa* me vendó bien el hombro, pero tenía razón, debo ver a un médico», dijo para sus adentros.

Con mucho dolor, bajó de la torre a la calle. No tenía ni idea de dónde encontrar un médico, así que se dirigió a una posada, donde obtuvo la información a cambio de un par de ducados, y también le dieron una taza de asqueroso Sanguineus, lo que alivió su dolor de algún modo.

Cuando llegó a la consulta del doctor, ya era tarde. Tuvo que llamar varias veces a la puerta, y con fuerza, antes de que se oyera una respuesta apagada desde el interior; luego abrieron un poco la puerta y apareció un hombre gordo con barba de unos sesenta años, que llevaba unas gruesas gafas. ¡Lo que faltaba! Ezio podía oler que había bebido y tenía un ojo más grande que otro.

—¿Qué quieres? —preguntó el hombre.

—¿Es el *dottore* Antonio?

—¿Y si lo soy…?

—Necesito vuestra ayuda.

—Es tarde —respondió el médico, pero había centrado su mirada en la herida que Ezio tenía en el hombro y sus ojos, aunque con cautela, se volvieron más compasivos—. Te costará un poco más.

—No estoy en condiciones de discutir.

—Bien. Entra.

El doctor le quitó el pestillo a su puerta y se apartó a un lado. Ezio, agradecido, entró con dificultad en el vestíbulo, de cuyas vigas colgaba una colección de potes de cobre y ampollas de cristal, y murciélagos, lagartos, serpientes y ratones secos.

El médico le condujo a una habitación interior en la que había un enorme escritorio descuidado, cubierto de papeles, una cama estrecha en un rincón, un armario cuyas puertas abiertas revelaban más ampollas, y un estuche de piel, también abierto, que contenía una selección de escalpelos y sierras en miniatura.

El médico siguió la mirada de Ezio y soltó una breve carcajada.

—Los *medici* no somos más que unos mecánicos presuntuosos —dijo—. Túmbate en la cama y te echaré un vistazo. Antes de que lo hagas, son tres ducados, por adelantado.

Ezio le dio el dinero.

El doctor le quitó la venda a la herida, y empujó y tiró hasta que Ezio prácticamente se desmayó del dolor.

—¡Estate quieto! —gruñó el médico.

Husmeó un poco más, echó en la herida un líquido punzante de un frasco, le dio unos toquecitos con un poco de algodón, sacó unas vendas limpias y lo envolvió con firmeza otra vez.

—Alguien de tu edad no puede recuperarse de una herida como ésta tan sólo con medicinas. —El doctor hurgó en el armario y sacó una ampolla con algo meloso—. Pero aquí tienes algo para aliviar el dolor. No te lo bebas todo de golpe. Son otros tres ducados, por cierto. Y no te preocupes, te curarás con el tiempo.

—*Grazie, dottore*.

—Cuatro de cada cinco doctores hubieran sugerido sanguijuelas, pero no han demostrado ser eficaces con este tipo de heridas. ¿Qué te pasó? Si no fueran tan raras, diría que lo causó la bala de una pistola. Vuelve si te hace falta. O puedo recomendarte varios colegas de la ciudad.

—¿Cuestan tanto como vos?

El doctor Antonio le miró con desdén.

—¡Por Dios santo, con lo barato que te ha salido!

Ezio salió a la calle pisando fuerte. Había empezado a caer una ligera lluvia y las calles ya estaban cubriéndose de barro.

—«Alguien de tu edad» —refunfuñó Ezio—. *Che sobbalzo!*

Volvió a la posada, pues antes había advertido que alquilaban habitaciones. Se alojaría allí, comería algo y se dirigiría al Mausoleo por la mañana. Después tan sólo tendría que esperar a que apareciera su compañero Asesino. Maquiavelo podría haberle dicho a la contessa que se encontraran a alguna hora en concreto. Aunque Ezio estaba al tanto de la obsesión de Maquiavelo por la seguridad. Sin

duda acudiría al lugar señalado todos los días, a intervalos regulares. Ezio no tendría que esperar demasiado.

Retomó su camino por aquellas espantosas calles y callejones, ocultándose como una flecha en la oscuridad de los portales cada vez que pasaba patrullando un Borgia, fácilmente reconocible por su librea morada y amarilla.

Era ya medianoche cuando llegó a la posada. Tomó un trago de la ampolla de oscuro líquido (estaba bueno) y dio un golpe en la puerta con el pomo de su espada.

Capítulo 14

Al día siguiente, Ezio se marchó pronto de la posada. Su herida parecía entumecida, pero le dolía menos y podía usar mucho mejor el brazo. Antes de irse, practicó algunos golpes con la hoja oculta y comprobó que podía utilizarla sin dificultad, así como la espada y la daga, que eran más convencionales. Por suerte no le habían disparado en el brazo con el que cogía su arma.

Como no estaba seguro de si los Borgia y sus colegas Templarios sabían que había escapado de la batalla de Monteriggioni con vida, y dado el número elevado de soldados armados con pistolas, que vestían en la oscuridad con las libreas moradas rojizas y amarillas de los Borgia, dio un rodeo para ir al Mausoleo de Augusto, y el sol ya estaba bien alto cuando llegó.

Había menos personas y, tras reconocer el terreno para asegurarse de que ningún guardia vigilaba aquel sitio, Ezio se acercó con cautela al edificio, y se coló por la entrada en ruinas al sombrío interior.

Mientras sus ojos se acostumbraban a la oscuridad, distinguió una figura vestida de negro, apoyada en un peñasco e inmóvil como una estatua. Miró a ambos lados para determinar que había algún sitio donde esconderse detrás, antes de que advirtiera su presencia, pero no había nada más aparte de unas matas de hierba entre unas piedras caídas de unas antiguas ruinas romanas. Decidió que lo mejor era moverse hacia la oscuridad de los muros del Mausoleo y empezó a caminar con rapidez pero en silencio.

Era demasiado tarde. Quienquiera que fuese ya le había visto, probablemente nada más llegar iluminado por la luz de la entrada, y se dirigió hacia él. Al aproximarse, reconoció la figura vestida de negro de Maquiavelo, que colocó un dedo en sus labios al acercarse aún más. Con discreción, le hizo señas para que le siguiera y caminó hacia una zona más oscura en el interior de la tumba del emperador romano, construida hacía casi un milenio y medio.

Por fin se paró y se dio la vuelta.

—Shh —dijo y esperó mientras escuchaba con atención.

—¿Qué…?

—Baja la voz. Habla muy bajo —le reprendió Maquiavelo, que seguía escuchando.

Al final se relajó.

—Vale —continuó—, no hay nadie.

—¿A qué te refieres?

—Cesare Borgia tiene ojos en todas partes. —Maquiavelo se tranquilizó un poco—. Me alegro de verte aquí.

—Pero si me dejaste ropa en casa de la *contessa*…

—Tenía órdenes de vigilarte a tu llegada a Roma. —Maquiavelo sonrió—. Ah, sí que sabía que vendrías. En cuanto te aseguraras de que tu madre y tu hermana estaban a salvo. Al fin y al cabo, son los últimos miembros que quedan de la familia Auditore.

—No me gusta tu tono —dijo Ezio, que se molestó un poco.

Maquiavelo se permitió sonreír con frialdad.

—Ahora no es momento para tener tacto, querido colega. Sé que te sientes culpable por la familia que has perdido, aunque no eres el responsable de esa gran traición. —Hizo una pausa—. Las noticias del ataque a Monteriggioni han corrido por la ciudad. Algunos de nosotros estábamos seguros de que habías muerto. Le dejé la ropa a nuestra amiga de confianza porque sabía que no te morirías en un momento tan crucial; o por si acaso.

—Entonces, ¿todavía tienes fe en mí?

Maquiavelo se encogió de hombros.

—Cometiste un error garrafal. Una vez. Porque fundamentalmente tu instinto es mostrar misericordia y confianza. Ésos son buenos instintos. Pero ahora tenemos que luchar y golpear fuerte. Esperemos que los Templarios no sepan que sigues vivo.

—Pero ya deben de saberlo.

—No necesariamente. Mis espías me dijeron que hay mucha confusión.

Ezio se detuvo a pensar.

—Nuestros enemigos pronto sabrán que estoy vivo y coleando. ¿A cuántos tenemos que enfrentarnos?

—Ay, Ezio, la buena noticia es que hemos limitado el campo. Hemos eliminado a muchos Templarios por toda Italia y por muchas tierras más allá de nuestras fronteras. La mala noticia es que los Templarios y la familia Borgia

ahora se han aliado, son la misma cosa, y lucharán como un león acorralado.

—Cuéntame más.

—Aquí nos encontramos muy aislados. Tenemos que perdernos entre la muchedumbre del centro de la ciudad. Iremos a la corrida de toros.

—¿La corrida de toros?

—Cesare se luce como torero. Al fin y al cabo, es español. De hecho, no es español, sino catalán, y eso resultará un día ser una ventaja para nosotros.

—¿Por qué?

—El rey y la reina de España quieren unificar el país. Son de Aragón y Castilla. Los catalanes son una espina que tienen clavada, aunque todavía son una nación poderosa. Ven, con cuidado. Ambos tenemos que utilizar las habilidades de mimetización que te enseñó Paola hace tanto tiempo en Venecia. Confío en que no las hayas olvidado.

—Ponme a prueba.

Caminaron juntos por la ciudad medio en ruinas que una vez había sido imperial, escondiéndose entre las sombras y perdiéndose entre la multitud como un pez entre los juncos. Al final, llegaron a la plaza de toros y se sentaron en la parte donde había más sombra, la que era más cara y la que estaba más abarrotada de gente, y se quedaron una hora observando cómo Cesare y sus hombres de refuerzo despachaban tres aterradores toros. Ezio contempló la técnica de Cesare: usó las banderillas y los picadores para vencer al animal antes de darle el golpe de gracia tras lucirse un buen rato. Pero no cabía duda de su valor y destreza durante aquel grotesco ritual de muerte, a pesar del hecho de que tenía cuatro diestros para ayudarle. Ezio miró por encima del hombro hacia el palco del presidente de la corrida: allí reconoció el duro pero terriblemente hermoso rostro de la hermana de Cesare, Lucrezia. ¿Habían sido imaginaciones suyas o la había visto morderse el labio hasta sangrar?

De todas maneras, había aprendido algo de cómo Cesare se comportaría en el campo de batalla, y hasta qué punto uno podía fiarse de él en cualquier combate.

Por todos lados, los guardias de los Borgia vigilaban la muchedumbre, tal y como hacían en las calles, todos ellos armados con esas nuevas pistolas de aspecto letal.

—Leonardo… —se le escapó al pensar en su viejo amigo.

Maquiavelo le miró.

—Obligaron a Leonardo a trabajar para Cesare bajo amenaza de muerte (y hubiera sido una muerte muy dolorosa). Es un detalle, un terrible detalle, pero no

deja de ser un detalle. La cuestión es que su corazón no está con su nuevo señor, que nunca tendrá la inteligencia o la facilidad de controlar la Manzana al completo. O al menos eso espero. Debemos ser pacientes. La recuperaremos y también lograremos que Leonardo vuelva con nosotros.

—Ojalá estuviera tan seguro.

Maquiavelo suspiró.

—Tal vez seas prudente al tener dudas.

—España ha tomado Italia —dijo Ezio.

—Valencia se ha apoderado del Vaticano —contestó Maquiavelo—, pero podemos cambiarlo. Tenemos aliados en el Colegio Cardenalicio y algunos de ellos son poderosos. No todos son perritos falderos. Y Cesare, a pesar de toda esa ostentación, depende de los fondos de su padre Rodrigo. —Le lanzó a Ezio una mirada penetrante—. Por eso tendrías que haberte asegurado de la muerte de este Papa entrometido.

—No lo sabía.

—Yo tengo la misma culpa que tú. Te lo tenía que haber contado. Pero como has dicho, tenemos que ocuparnos del presente y no del pasado.

—Estoy de acuerdo.

—Amén.

—Pero ¿cómo pueden permitirse todo esto? —preguntó Ezio cuando se desplomó otro toro, que cayó bajo la certera y despiadada espada de Cesare.

—El Papa Alejandro es una mezcla extraña —contestó Maquiavelo—. Es un gran administrador e incluso ha beneficiado a la Iglesia, pero su lado maligno siempre supera al bueno. Durante años fue el tesorero del Vaticano y encontró maneras de amasar una fortuna. La experiencia le ha resultado muy útil. Vende sombreros de cardenales, lo que le ha garantizado tener de su lado a montones de ellos. Incluso ha perdonado a criminales, siempre y cuando tuvieran suficiente dinero para librarse de la horca.

—¿Cómo lo justifica?

—Muy sencillo. Predica que es mejor para un pecador vivir y arrepentirse que morir y privarse de ese dolor.

Ezio no pudo evitar reírse, aunque su risa fuera amarga. Su mente regresó a la reciente celebración del año 1500, el Gran Año del Medio Milenio. Cierto, había habido flagelantes deambulando por el país, esperando el Juicio Final y ¿acaso aquella superstición no había engañado al monje loco Savonarola, que tuvo el control de la Manzana por poco tiempo y que él mismo había derrotado

en Florencia?

En el año 1500 había habido un gran jubileo. Ezio recordaba que miles de peregrinos esperanzados se habían dirigido a la Santa Sede desde todas las partes del mundo. Aquel año se había celebrado en los pequeños puestos de avanzada que había en mares lejanos hasta el oeste, en las Nuevas Tierras descubiertas por Colón y, unos años más tarde, por Américo Vespucio, que confirmó su existencia. El dinero había entrado en Roma cuando los fieles compraron indulgencias para redimirse y que les perdonaran sus pecados antes de que Cristo volviera a la tierra para juzgar a los vivos y a los muertos. También había sido el momento en que Cesare había salido a someter la ciudad estado de la Romaña, y cuando el rey de Francia tomó Milán, había justificado sus acciones diciendo que era el legítimo heredero, el bisnieto de Gian Galeazzo Visconti.

El Papa había convertido entonces a su hijo, Cesare, en el capitán general de las fuerzas papales, y *gonfaloniere* de la Sagrada Iglesia Romana en una gran ceremonia la mañana del cuarto domingo de Cuaresma. Cesare fue recibido por unos niños vestidos de seda y por cuatro mil soldados que llevaban su librea personal. Su triunfo parecía completo: el año anterior, en mayo, se había casado con Carlota de Albret, la hermana de Juan, el rey de Navarra; y el rey Luis de Francia, con quien los Borgia estaban aliados, le dio el ducado de Valencia; no era de extrañar que la gente le llamara Valentino.

Ahora aquella víbora estaba en la cúspide de su poder.

¿Cómo iba a poder Ezio derrotarle?

Compartió esos pensamientos con Maquiavelo.

—Al final, utilizaremos su propia vanagloria para hundirlos —dijo Nicolás —. Tienen un talón de Aquiles. Todo el mundo lo tiene. Sé cuál es el tuyo.

—¿Y cuál es? —soltó Ezio, al que le había fastidiado aquel comentario.

—No hace falta que diga su nombre. Ten cuidado con ella —replicó Maquiavelo, pero luego cambió de tema para continuar—: ¿Recuerdas las orgías?

—¿Aún existen?

—Pues claro. ¡Con lo que a Rodrigo (me niego a llamarle Papa) le gustan! Tienes que reconocer el mérito que tiene con setenta años. —Maquiavelo se rio con ironía y de pronto se puso más serio—. Los Borgia se ahogarán en sus propios excesos.

Ezio se acordaba muy bien de las orgías. Había estado presente en una. El Papa había celebrado una cena en sus aposentos al estilo Nerón, dorados y

sobrecargados, a la que habían asistido cincuenta de las mejores prostitutas de la ciudad. A ellas les gustaba llamarse cortesanas, pero no eran más que putas. Cuando se terminó de comer —¿o debería decirse «alimentarse»?—, las chicas bailaron con los criados que estaban presentes. Al principio iban vestidas, pero más tarde se despojaron de sus prendas. Los candelabros que habían estado sobre las mesas se colocaron sobre el suelo de mármol, y se tiraron castañas asadas entre los invitados más nobles. Les dijeron a las prostitutas que se pusieran a cuatro patas como si fueran ganado, con las nalgas bien hacia arriba, para recoger las castañas. Para entonces casi todos se habían unido ya a ellas. Ezio recordaba con desagrado cómo Rodrigo, junto con Cesare y Lucrezia, se había quedado mirando. Al final se dieron los premios a los hombres que habían tenido relaciones sexuales con el mayor número de prostitutas que caminaban a gatas: capas de seda, botas de piel fina, de España, por supuesto; gorros de terciopelo morado y amarillo con diamantes incrustados; anillos, pulseras, bolsas brocadas que contenían cada una cien ducados; dagas, consoladores de plata; cualquier cosa que pudiera imaginarse… Y los miembros de la familia Borgia, que se acariciaban entre sí, habían sido los principales jueces.

Los dos Asesinos se marcharon de la plaza de toros y se hicieron invisibles entre la muchedumbre que atestaba las calles por la tarde.

—Sígueme —dijo Maquiavelo, con un tono apremiante en su voz—. Ahora que has tenido la oportunidad de ver a tu principal oponente en acción, estaría bien comprar el equipo que te falte. Y procura no atraer demasiado la atención.

—¿Acaso lo he hecho? —Ezio se molestó aún más por los comentarios del joven. Maquiavelo no era el líder de la Hermandad (tras la muerte de Mario, no se había designado a nadie) y aquel interregno tendría que terminar pronto—. De todos modos, tengo mi hoja oculta.

—Y los guardias tienen sus pistolas. Esas cosas que Leonardo ha creado para ellos (sabes que no puede controlar su don) se recargan muy rápido, como ya has visto, y además tienen cañones colocados de forma estratégica para que disparen con más exactitud.

—Encontraré a Leonardo y hablaré con él.

—Puede que tengas que matarle.

—Nos es más útil vivo que muerto. Tú mismo has dicho que su corazón no está con los Borgia.

—He dicho que es lo que espero. —Maquiavelo se detuvo—. Mira. Aquí tienes dinero.

—*Grazie* —dijo Ezio y cogió la bolsa que le ofreció.

—Mientras estés en deuda conmigo, atiende a razones.

—En cuanto oiga que tú también tienes sentido común.

Ezio se alejó de su amigo para dirigirse a la zona de los armeros, donde adquirió un peto nuevo, unos grilletes de acero, una espada y un puñal más equilibrado y de mayor calidad que los que ya tenía. Sobre todo echaba de menos su vieja muñequera del Códice, hecha de un metal secreto, que había evitado muchos golpes que de otro modo habrían sido mortales. Pero era demasiado tarde para arrepentirse. Tenía que confiar en su ingenio y su entrenamiento. Nadie, tampoco ningún accidente, podría arrebatárselos.

Volvió a reunirse con Maquiavelo, que estaba esperándole en la posada, tal y como habían quedado.

Lo encontró bastante irritable.

—*Bene* —dijo Maquiavelo—. Ahora podrás sobrevivir al viaje de vuelta a Firenze.

—Tal vez. Pero no voy a volver a Florencia.

—¿No?

—A lo mejor deberías hacerlo tú, puesto que tú sí perteneces a la ciudad. Yo ya no tengo casa allí.

Maquiavelo extendió las manos.

—Es cierto que tu antiguo hogar fue destruido. No quería decírtelo. Pero estoy seguro de que tu madre y tu hermana están a salvo. Es una ciudad que está al margen de los Borgia. Mi señor, Piero Soderini, la vigila bien. Allí podrás recuperarte.

Ezio se estremeció al confirmar sus peores miedos, pero se calmó y dijo:

—Me quedo aquí. Tú mismo lo has dicho, no tendremos paz hasta que nos alcemos contra la familia Borgia al completo y los Templarios que les sirven.

—¡Qué valiente! Sobre todo después de lo ocurrido en Monteriggioni.

—Qué mal gusto por tu parte, Nicolás. ¿Cómo iba a saber que me encontrarían tan rápido? ¿O que iban a matar a Mario?

Maquiavelo habló con seriedad, cogiendo a su compañero por los hombros.

—Mira, Ezio, pase lo que pase, tenemos que prepararnos a conciencia. No debemos atacar por un brote de ira. Estamos luchando con *scorpioni*. Peor aún, ¡serpientes! Pueden enrollarse en tu cuello y morderte los ojos en un solo

movimiento. No distinguen entre el bien y el mal; tan sólo conocen su objetivo. Rodrigo se rodea de serpientes y asesinos. Incluso ha convertido a su hija Lucrezia en una de sus armas más arteras: sabe todo lo que se ha de saber sobre el arte del envenenamiento. —Hizo una pausa—. Sin embargo, no es nada comparada con su hermano Cesare.

—Él de nuevo.

—Es el ser más ambicioso, despiadado y cruel que puedas imaginar, ¡gracias a Dios! Las leyes del hombre no significan nada para él. Asesinó a su propio hermano, el duque de Gandía, para abrirse camino hacia el poder absoluto. No se detendrá ante nada.

—Yo le bajaré los humos.

—Siempre que no te precipites. No te olvides de que tiene la Manzana. ¡Que Dios nos ayude si aprende cómo funciona!

Ezio enseguida pensó en Leonardo, que entendía tan bien la Manzana…

—No conoce el peligro ni el cansancio —continuó Maquiavelo—. Los que no caen por su espada claman por unirse a sus filas. Ya ha hundido a las poderosas familias Orsini y Colonna, que se han rendido a sus pies, y el rey Luis de Francia está a su lado. —Maquiavelo hizo una pausa, meditabundo—. Pero al menos el rey Luis sólo seguirá siendo su aliado mientras le sea útil…

—Subestimas a ese hombre.

Al parecer Maquiavelo no le había oído; estaba perdido en sus propios pensamientos.

—¿Qué pretende hacer con todo ese poder y el dinero? ¿Qué tira de él? Todavía no lo sé. Pero, Ezio —añadió, clavando la mirada en su amigo—, Cesare ha puesto el ojo en Italia y a este paso, la conseguirá.

Ezio vaciló, horrorizado.

—¿Es… es admiración lo que oigo en tu voz?

A Maquiavelo se le tensó la cara.

—Sabe cómo ejercer su voluntad (una extraña virtud hoy en día) y es el tipo de hombre que puede someter al mundo a esa voluntad.

—¿A qué te refieres exactamente?

—A esto: la gente necesita a alguien a quien admirar, incluso adorar. Puede ser Dios, o Cristo, pero es preferible alguien a quien puedan ver, que no sea tan sólo una imagen. Rodrigo, Cesare, hasta un actor o una cantante, siempre y cuando estén bien vestidos y tengan fe en sí mismos. El resto viene de forma bastante lógica. —Maquiavelo bebió un poco de vino—. Es parte de nosotros,

¿ves? No nos interesa ni a ti ni a mí, ni a Leonardo, pero hay gente ahí fuera ansiosa por que les sigan, y son los peligrosos. —Acabó su bebida—. Por suerte, personas como yo también pueden manipularlos.

—O personas como yo pueden destruirlos.

Se quedaron sentados en silencio durante un buen rato.

—¿Quién estará al frente de los Asesinos ahora que Mario ha muerto? —preguntó Ezio.

—¡Menuda pregunta! Estamos en desorden y hay pocos candidatos. Es importante, desde luego, y se hará la elección cuando llegue el momento. Mientras tanto, vamos. Tenemos trabajo que hacer.

—¿Vamos a caballo? Puede que esté medio derruida, pero Roma sigue siendo una ciudad grande —sugirió Ezio.

—Es más fácil decirlo que hacerlo. Puesto que aumentan las conquistas de Cesare en la Romaña, y ahora controla la mayor parte de la región, y los Borgia cada vez tienen más poder, se han quedado con las mejores zonas de la ciudad. Ahora estamos en una rione Borgia. Aquí no podremos coger caballos de los establos.

—Entonces ¿la voluntad de los Borgia es la única ley que hay aquí ahora?

—Ezio, ¿qué estás insinuando? ¿Que me parece bien?

—No te hagas el tonto conmigo, Nicolás.

—No me hago el tonto con nadie. ¿Tienes un plan?

—Improvisaremos.

Se dirigieron a donde estaban situados los establos con los caballos en alquiler y caminaron por las calles donde, según advirtió Ezio, muchas de las tiendas que deberían estar abiertas, tenían echados los postigos. ¿Qué pasaba? En efecto, cuanto más se acercaban, más numerosos y amenazadores eran los guardias vestidos con libreas moradas y amarillas. Ezio se percató de que Maquiavelo cada vez se estaba poniendo más nervioso.

No pasó mucho tiempo antes de que un fornido sargento, al frente de unos doce matones uniformados, de aspecto bravucón, les bloqueara el paso.

—¿Qué haces aquí, amigo? —le dijo a Ezio.

—¿Ha llegado el momento de improvisar? —susurró Maquiavelo.

—Queremos alquilar unos caballos —le contestó Ezio al sargento, sin alterarse.

El sargento soltó una carcajada.

—No, aquí no, amigo. Por ahí.

Señaló por donde habían venido.

—¿No está permitido?

—No.

—¿Por qué no?

El sargento desenvainó su espada y los guardias hicieron lo mismo. Sostuvo la punta de su hoja contra el cuello de Ezio y empujó ligeramente hasta que apareció una gota de sangre.

—Sabes lo que le hizo la curiosidad al gato, ¿verdad? ¡Pues vete a tomar por culo!

Con un movimiento casi imperceptible, Ezio sacó su hoja oculta y cortó los tendones de la muñeca que sujetaba la espada, que cayó haciendo ruido al suelo. El sargento dio un fuerte grito y se dobló sujetándose la muñeca. Al mismo tiempo Maquiavelo saltó hacia delante y rajó con su espada a los tres guardias más cercanos con un amplio movimiento. Todos se tambalearon hacia atrás, asombrados ante el repentino atrevimiento de los dos hombres.

Ezio retiró la hoja oculta de inmediato y con un fluido movimiento desenfundó la espada y el puñal. Sus armas quedaron a la vista y preparadas justo a tiempo de matar a los dos primeros atacantes que, después de recuperar parte de su compostura, habían dado un paso adelante para vengar a su sargento. Ninguno de los hombres de Borgia era rival para Ezio o Maquiavelo en el manejo de las armas, puesto que el entrenamiento de los Asesinos era de una clase totalmente distinta. Aun así, los dos aliados tenían pocas posibilidades ya que les superaban en número. No obstante, la inesperada ferocidad de su ataque bastó para darles una ventaja incuestionable.

Casi totalmente desprevenidos y al no estar acostumbrados a salir mal parados en ningún encontronazo, los doce hombres no tardaron en ser despachados. Pero el alboroto de la refriega había levantado la alarma y pronto llegaron más soldados de los Borgia, dos docenas de hombres en total. Maquiavelo y Ezio fueron casi arrollados por su gran número y por el esfuerzo de intentar luchar contra tantos a la vez. Sustituyeron las florituras de las que eran capaces por un manejo de espada más rápido y eficiente: el ataque en tres segundos, donde basta un único golpe. Ninguno de los dos hombres cedió terreno, con una sombría determinación en sus rostros, y al final todos sus enemigos habían salido huyendo, estaban heridos, muertos o moribundos a sus

pies.

—Será mejor que nos demos prisa —dijo Maquiavelo, respirando con dificultad—. Sólo porque hayamos enviado a unos cuantos esbirros de Borgia a su Creador no significa que consigamos tener acceso a los establos. La gente normal sigue teniendo miedo. Por ese motivo hay tantas tiendas cerradas.

—Tienes razón —estuvo de acuerdo Ezio—. Tenemos que enviarles una señal. Espera aquí.

Había un fuego encendido en un brasero cercano. De allí cogió una tea y saltó a la pared del establo, donde la bandera Borgia con el toro negro en un campo dorado ondeaba en la suave brisa. Ezio le prendió fuego y mientras ardía, una o dos tiendas abrieron con cautela, y también se abrieron las puertas de los establos.

—¡Eso está mejor! —gritó Ezio. Se volvió para dirigirse al pequeño pero dudoso grupo que se había reunido—. No temáis a los Borgia. No estéis a su servicio. Sus días están contados y se acerca el día del Juicio Final.

Aparecieron más personas y comenzó la ovación.

—Volverán —dijo Maquiavelo.

—Sí, pero les hemos demostrado que no son los tiranos tan poderosos que pretenden ser.

Ezio saltó de la pared hacia el patio de las cuadras, donde se le unió Maquiavelo. Rápidamente, eligieron dos robustos caballos y los ensillaron.

—Volveremos —prometió Ezio al encargado de las cuadras—. Puede que quieras limpiar este sitio un poco, ahora que vuelve a pertenecerte, como es justo.

—Lo haremos, mi señor —dijo el hombre, pero seguía estando temeroso.

—No te preocupes. No te harán daño ahora que les has visto vencidos.

—¿Cómo lo sabéis, mi señor?

—Te necesitan. No pueden conseguirlo sin ti. Demuéstrales que no te intimidan y manéjalos, y tendrán que camelarte para que les ayudes.

—Nos colgarán o algo peor.

—¿Queréis pasar el resto de vuestras vidas bajo su yugo? Alzaos contra ellos. Tendrán que escuchar las peticiones razonables. Hasta los tiranos ceden si hay bastantes personas que se niegan a obedecerles.

Maquiavelo, ya en su caballo, sacó un pequeño bloc de notas negro y escribió algo en él, mientras sonreía distraídamente para sus adentros. Ezio subió a su montura.

—Creía que habías dicho que teníamos prisa —dijo Ezio.

—Y la tenemos. Tan sólo estaba tomando nota de lo que has dicho.

—Supongo que debería sentirme halagado.

—Oh, claro. Vamos. —Mientras cabalgaban continuó diciendo—: Eres experto en abrir heridas, Ezio. Pero también las cierras.

—Intento curar la enfermedad que está en el corazón de nuestra sociedad, no tan sólo tratar los síntomas.

—Unas palabras muy atrevidas. Pero no hace falta que discutas conmigo, no olvides que estamos en el mismo bando. Tan sólo estoy ofreciendo otro punto de vista.

—¿Es esto una prueba? —Ezio estaba suspicaz—. En tal caso, hablemos abiertamente. Creo que la muerte de Rodrigo Borgia no habría resuelto nuestro problema.

—¿De verdad?

—Bueno, mira esta ciudad. Roma es el centro del gobierno de los Borgia y los Templarios. Lo que le acabo de decir al hombre de los establos es cierto. El hecho de matar a Rodrigo no cambiará nada. Si le cortas la cabeza a un hombre, se muere seguro. Pero nos estamos enfrentando a Hidra.

—Entiendo a lo que te refieres. Es como el monstruo de siete cabezas que Hércules tuvo que matar. Pero incluso entonces las cabezas volvieron a crecer hasta que descubrió el truco de cómo impedir que esto sucediera.

—Exacto.

—Entonces ¿sugieres que recurramos al pueblo?

—Quizá. ¿Qué otra cosa podemos hacer?

—Perdóname, Ezio, pero el pueblo es veleidoso. Confiar en él es como construir sobre arena.

—No estoy de acuerdo, Nicolás. Sin duda nuestra confianza en la humanidad está en el corazón del Credo de los Asesinos.

—¿Y es lo que quieres añadir a la prueba?

Ezio estaba a punto de responder, pero justo en ese instante un joven ladrón pasó corriendo a su lado y, con un cuchillo, con rapidez y seguridad, cortó las cuerdas de piel que unían la bolsa de dinero de Ezio a su cinturón.

—¡Qué…! —gritó Ezio.

Maquiavelo se rio.

—Debe de ser de tu círculo de confianza. ¡Mira cómo corre! Puede que hasta le hayas entrenado tú mismo. Anda, ve a recuperar lo que te ha robado.

Necesitamos ese dinero. Me reuniré contigo en la Campidoglio, en la Capitolina.

Ezio dio la vuelta con su caballo y salió galopando para perseguir al ladrón. El hombre bajaba corriendo por callejones demasiado estrechos para el caballo y Ezio tuvo que dar la vuelta, preocupado por si perdía a su presa, pero a la vez consciente de que, para su disgusto, el joven le dejaría atrás si iba a pie. Era casi como si se hubiera entrenado con los Asesinos. Pero ¿cómo podía ser?

Por fin le acorraló en un callejón sin salida y utilizó el cuerpo del caballo para clavarlo contra la pared del fondo.

—Devuélvemelo —dijo sin alterarse y sacó la espada.

El hombre aún parecía decidido a escapar, pero cuando vio que era imposible, se desplomó y, sin decir nada, alzó la mano que sujetaba la bolsa. Ezio la cogió rápidamente y la puso a buen recaudo. Pero al hacerlo, dejó que el caballo se retirara un poco y en un abrir y cerrar de ojos el hombre escaló sin dificultad la pared a una velocidad extraordinaria y desapareció por el otro lado.

—¡Eh! ¡Vuelve! ¡Todavía no he acabado contigo! —gritó Ezio, pero lo único que obtuvo como respuesta fue el sonido de unas pisadas alejándose.

Suspiró, ignoró al grupo que se había formado a su alrededor y condujo al caballo hacia la Colina Capitolina.

Ya estaba anocheciendo cuando se volvió a reunir con Maquiavelo.

—¿Recuperaste el dinero que te robó tu amigo?

—Sí.

—Una pequeña victoria.

—Se sumarán —dijo Ezio—. Y con el tiempo y trabajo, tendremos unas cuantas más.

—Esperemos conseguirlo antes de que Cesare nos descubra y nos venza otra vez. Lo consiguió en Monteriggioni. Bueno, ya nos las arreglaremos.

Maquiavelo espoleó a su caballo.

—¿Adónde vamos?

—Al Coliseo. Tenemos una cita con un contacto mío, Vinicio.

—¿Y…?

—Espero que me traiga algo. Vamos.

Mientras cabalgaban por la ciudad hacia el Coliseo, Maquiavelo comentó con sequedad los nuevos edificios que se habían levantado durante la administración del Papa Alejandro VI.

—Mira todas esas fachadas disfrazadas de edificios del gobierno. Rodrigo es muy listo al mantener este lugar activo. Engaña con bastante facilidad a tu amigo

el «pueblo».

—¿Cuándo te has vuelto tan cínico?

Maquiavelo sonrió.

—No soy cínico en absoluto. Tan sólo describo cómo es Roma hoy en día. Pero tienes razón, Ezio, tal vez estoy un poco amargado y soy un poco negativo a veces. Puede que no se haya perdido todo. Las buenas noticias son que tenemos aliados en la ciudad. Los conocerás. Y el Colegio Cardenalicio no está dominado al completo por Rodrigo, como a él le gustaría, aunque le falta poco.

—¿Para qué?

—Para el éxito supremo.

—Podemos intentarlo. Si desistimos seguro que no lo conseguiremos.

—¿Quién ha dicho nada de desistir?

Continuaron cabalgando en silencio hasta que llegaron a los lúgubres restos del Coliseo en ruinas, un edificio sobre el que, para Ezio, aún pendían los horrores recordados de los Juegos que habían tenido lugar allí hacía cientos de años. Enseguida atrajo su atención un grupo de guardias de los Borgia con un mensajero papal. Con las espadas desenvainadas, las alabardas amenazantes y sosteniendo antorchas encendidas, empujaban a un hombrecillo de aspecto nervioso.

—*Merda!* —exclamó en voz baja Maquiavelo—. Es Vinicio. Le han visto antes que nosotros.

En silencio, los dos hombres aflojaron el paso de sus caballos y se acercaron al grupo con la máxima cautela posible para lograr el mayor factor sorpresa. Al aproximarse, captaron algunos trozos de la conversación.

—¿Qué llevas ahí? —le estaba preguntando un guardia.

—Nada.

—Estás intentando robar correspondencia oficial del Vaticano, ¿eh?

—*Perdonatemi*, *signore*. Debe de ser una equivocación.

—No es ninguna equivocación, ladronzuelo —dijo otro guardia, que pinchó al hombre con su alabarda.

—¿Para quién trabajas, *ladro*?

—Para nadie.

—Bien, entonces a nadie le importará lo que te pase.

—Ya he oído suficiente —dijo Maquiavelo—. Tenemos que salvarle y coger la carta que lleva.

—¿La carta?

—¡Vamos!

Maquiavelo clavó los talones en las ijadas de su caballo y el sorprendido animal echó a correr mientras Maquiavelo tiraba fuerte de las riendas. La bestia se puso a dos patas y al golpear violentamente la sien del guardia Borgia más cercano, hundió el casco en su cráneo. El hombre cayó como una piedra. Entretanto, Maquiavelo había girado a la derecha y se había inclinado mucho en la silla. Estiró el brazo y rajó brutalmente el hombro del guardia que estaba amenazando a Vinicio. El hombre dejó caer su alabarda al instante y se derrumbó por el dolor que le quemaba el hombro. Ezio espoleó al caballo para que avanzara, pasó a toda velocidad por delante de otros dos guardias y con el pomo de su espada golpeó con tanta fuerza en la cabeza al primer hombre que lo mató y al segundo le dio en los ojos con la cara de la hoja. Sólo quedaba un guardia. Trastornado por el ataque repentino, no se dio cuenta de que Vinicio había agarrado el asta de su alabarda y de pronto notó que tiraban de él. El puñal de Vinicio le estaba esperando y atravesó la garganta del hombre. Oyó un escalofriante sonido de gárgaras cuando la sangre inundó los pulmones. Una vez más el elemento sorpresa les había dado ventaja a los Asesinos; los soldados de los Borgia sin duda no estaban acostumbrados a una resistencia tan eficaz ante su intimidación. Vinicio no perdió el tiempo y señaló hacia la calle principal que llevaba a la plaza central. Se vio un caballo alejarse de la plaza, el mensajero se colocó firme sobre los estribos y espoleó a su corcel.

—Dame la carta. ¡Rápido! —ordenó Maquiavelo.

—Pero yo no la tengo, la tiene él —gritó Vinicio y señaló al caballo que huía —. Me la quitaron.

—¡Ve a por ella! —le gritó Maquiavelo a Ezio—. Cueste lo que cueste, coge esa carta y llévamela a *Terme di Diocleziano* a medianoche. Estaré esperando.

Ezio salió cabalgando en su busca.

Fue más fácil que pillar al ladrón anterior. El caballo de Ezio era mejor que el del mensajero y el hombre al que perseguía no era un luchador. Ezio le bajó del caballo sin problemas. No quería matar al hombre, pero no podía permitir que se marchara y levantara la alarma.

—*Requiescat in pace* —dijo en voz baja al cortarle el cuello.

Guardó la carta cerrada en la bolsa de su cinturón y enganchó la brida del caballo al suyo para llevarse consigo el corcel del mensajero. Después se subió a su propia montura y se dirigió a las ruinas de las Termas de Diocleciano.

Estaba negro como la boca del lobo, salvo por donde alguna antorcha

esporádica ardía con luz parpadeante en los apliques de la pared. Para llegar a las termas, Ezio tuvo que cruzar un tramo considerable de tierra baldía y a medio camino su caballo se encabritó y relinchó de miedo. El otro caballo hizo lo mismo y Ezio se ocupó de calmarlos. De repente oyó un sonido espeluznante, como el aullido de los lobos, pero diferente. Incluso peor. Sonaba más bien como unas voces humanas imitando a los animales. Dio la vuelta con el caballo en la oscuridad y soltó el corcel del mensajero. En cuanto quedó libre, salió al galope hacia la noche. Ezio esperó que regresara a casa entero.

No tuvo mucho tiempo de pensar en eso cuando llegó a las termas desérticas. Maquiavelo aún no había llegado. Sin duda, estaba otra vez en una de sus misteriosas misiones privadas en la ciudad. Pero entonces…

De entre los montículos y las matas de hierba que crecían sobre los restos de la antigua ciudad de Roma, aparecieron unas figuras que le rodearon. Eran unas personas de aspecto salvaje, apenas parecían humanas. Caminaban erguidas, pero tenían orejas largas, hocico, garras y cola, y estaban cubiertas de un pelo gris áspero. Sus ojos parecían tener un brillo de color rojo. Ezio exhaló un fuerte suspiro. ¿Qué demonios eran aquellas criaturas infernales? Miró enseguida hacia las ruinas que le circundaban y se dio cuenta de que estaba rodeado por al menos una docena de hombres lobo. Ezio desenvainó su espada una vez más. Aquél no iba a resultar uno de los mejores días de su vida.

Con gruñidos y aullidos semejantes a los lobos, las criaturas cayeron sobre él. Al acercarse, Ezio vio que en realidad sí eran hombres como él, sólo que parecían estar locos, como seres en alguna especie de trance sagrado. Sus armas eran unas largas garras afiladas de acero, cosidas firmemente a las puntas de unos guantes gruesos, con las que intentaban acuchillar sus piernas y las ijadas para derribarlo.

Fue capaz de mantenerlos a raya con la espada y, como sus disfraces no parecían tener cota de malla u otra protección bajo las pieles de lobo, pudo herirles con la punta afilada de su espada. A una de las criaturas le cortó el brazo por el codo y se escabulló, aullando de forma horrible, en la oscuridad. Aquellos extraños seres por lo visto eran más agresivos que hábiles, y sus armas no igualaban a la punta de la brillante hoja de Ezio. Continuó adelante, a otro le abrió el cráneo y a un tercero le atravesó el ojo izquierdo. Ambos hombres lobo cayeron al suelo, heridos de muerte por los golpes de Ezio. Para entonces los demás parecían haberse pensado mejor si seguir su ataque y desaparecieron en la oscuridad o en los huecos y las cuevas que se habían formado en las ruinas

llenas de maleza, que rodeaban las termas. Ezio fue tras ellos y le abrió el muslo a uno de sus agresores en potencia, mientras que otro cayó bajo los cascos del caballo y acabó con la espalda rota. Ezio adelantó a un sexto, se inclinó y le abrió el estómago, haciendo que sus tripas se derramaran y el hombre cayera sobre ellas y muriera.

Finalmente todo quedó en silencio.

Ezio calmó al caballo, se puso sobre los estribos mientras trataba de ver en medio de la oscuridad y oír alguna señal que sus ojos no podían ver. En aquel momento, creyó distinguir el sonido de una respiración agitada no muy lejos, aunque no veía nada. Espoleó al caballo y, con cuidado, se dirigió hacia el lugar de procedencia de aquel ruido.

Parecía venir de la negrura de una cueva poco profunda, formada por el saliente de un arco caído y adornada con enredaderas y hierbajos. Desmontó, ató el caballo firmemente a un tocón, frotó la hoja de la espada con tierra para que no brillara y revelara su localización, y avanzó con cuidado. Por un breve instante creyó ver el parpadeo de una llama en las entrañas de la cueva.

Al acercarse lentamente, unos murciélagos bajaron en picado, pasaron sobre su cabeza y salieron hacia la noche. Aquel sitio apestaba a sus excrementos. Insectos que no se veían, y sin duda otras criaturas, hicieron un ruido tan fuerte como un trueno al escapar de él correteando y les maldijo, pero la emboscada —si es que había alguna— todavía no había aparecido.

Entonces volvió a ver la llama y oyó lo que habría jurado que era un débil gimoteo. Comprobó que la cueva era más profunda de lo que el arco caído sugería y el pasillo se curvaba ligeramente y se estrechaba para ir a parar a una oscuridad mayor. Al continuar la curva, el titileo de la llama que antes había alcanzado a ver resultó ser una pequeña hoguera junto a lo que parecía ser una figura encorvada.

El aire allí era un poco más fresco. Debía de haber algún respiradero en el techo que no podía verse. Sería la razón por la que el fuego se mantenía. Ezio se quedó quieto y observó.

La criatura gimoteó, extendió su flacucha mano izquierda, mugrienta y huesuda, y tiró de la punta de una barra de hierro, que estaba al fuego. Su otro extremo estaba al rojo vivo, y la criatura, temblando, lo retiró, se abrazó y se colocó ese extremo en el muñón sangriento de su otro brazo. Contuvo un alarido al hacerlo, en un intento de cauterizar la herida.

Era el hombre lobo al que Ezio había mutilado.

En el momento en el que la atención del hombre lobo estaba centrada en el dolor de la herida y el trabajo que tenía entre manos, Ezio avanzó. Casi fue demasiado tarde porque la criatura fue rápida y estuvo a punto de escapar, pero el puño de Ezio se cerró enseguida sobre su brazo bueno. Fue difícil, puesto que el miembro estaba resbaladizo por la grasa y el hedor que la criatura despedía al moverse era insoportable, pero Ezio le agarró con firmeza. Aguantó la respiración, alejó de una patada la barra de hierro y dijo:

—¿Qué coño eres tú?

—Urgh —fue la respuesta que obtuvo.

Ezio golpeó al hombre en la cabeza con su otra mano, que aún estaba cubierta con un guante de malla. La sangre salió a chorros cerca del ojo izquierdo y la criatura gimió de dolor.

—¿Qué eres? ¡Habla!

—Ergh.

Al abrir la boca, mostró unos dientes rotos y grisáceos, y el olor que salió de ella hizo que el aliento de una puta borracha pareciera dulce.

—¡Habla!

Ezio llevó la punta de su espada hacia el muñón y la giró. No tenía tiempo de entretenerse con aquella ruina de persona. Estaba preocupado por su caballo.

—¡Aargh! —Emitió otro grito de dolor y después una voz ronca casi incomprensible salió como un gruñido inarticulado en un buen italiano—. Soy un seguidor de la *Secta Luporum*.

—¿La Secta de los Lobos? ¿Qué demonios es eso?

—Ya lo averiguarás. Lo que has hecho esta noche…

—Oh, cállate.

Ezio le sujetó más fuerte y avivó el fuego para obtener más luz y observar a su alrededor. Vio que se hallaba en una cámara abovedada, que posiblemente habían vaciado. No había mucha cosa, salvo un par de sillas y una mesa basta con un puñado de papeles encima, sujetos con una piedra.

—Mis hermanos no tardarán en regresar y entonces…

Ezio lo arrastró hasta la mesa y señaló con su espada los papeles.

—¿Y esto? ¿Qué es esto?

El hombre le miró y escupió. Ezio colocó de nuevo la punta de su espada cerca del muñón sangriento.

—¡No! —gimió el hombre—. ¡Otra vez no!

—Pues dímelo.

Ezio miró los papeles. Llegaría el momento en que tendría que bajar la espada, aunque tan sólo un instante, para recogerlos. Había algo escrito en italiano, algo más en latín, pero había otros símbolos, que parecían escritura, pero no sabía descifrarlos.

Luego oyó un crujido que procedía de donde él había venido y los ojos del hombre lobo brillaron.

—Nuestros secretos —respondió.

En aquel preciso momento, dos criaturas más entraron en la habitación, rugiendo y dando zarpazos al aire con sus garras de acero. El prisionero de Ezio se liberó y se habría unido a ellos si Ezio no le hubiera separado la cabeza de los hombros para mandársela rodando a sus amigos. Se echó hacia el otro lado de la mesa, cogió los papeles y lanzó el mueble contra sus enemigos.

La lumbre se atenuó. Debía atizarse el fuego otra vez o añadirle más combustible. Ezio forzó la vista para distinguir a los dos hombres lobo que quedaban. Eran como sombras grises en la habitación. Retrocedió en la oscuridad, escondió los papeles en su túnica y esperó.

Puede que los hombres lobo tuvieran la fuerza de un loco, pero no eran muy hábiles, salvo en el arte, quizá, de darle un susto de muerte a alguien. Era evidente que no podían estar callados o moverse en silencio. Ezio usó más el oído que la vista y se las arregló para rodearles, pegado a la pared, hasta que supo que estaba detrás de ellos, mientras ellos creían que estaba aún en medio de la oscuridad donde le habían encontrado.

No había tiempo que perder. Enfundó su espada, soltó la hoja oculta, se acercó en silencio como un lobo de verdad, agarró a uno de ellos desde atrás, con firmeza, y le cortó el gaznate. Murió de inmediato y en silencio, y Ezio acompañó el cuerpo hasta el suelo, sin hacer ruido. Consideró capturar al otro, pero no había tiempo para interrogatorios. Puede que hubiera más de ellos y Ezio no estaba seguro de si tenía bastante fuerza para seguir luchando. Percibió el pánico del otro hombre, que se confirmó cuando dejó su imitación y, preocupado, llamó a su amigo en el silencio de la oscuridad.

—¿Sandro?

Fue entonces sencillo localizarle y de nuevo el cuello al descubierto fue el objetivo esperado de Ezio. Esta vez, sin embargo, el hombre se dio la vuelta, y arañó el aire con sus garras, desesperado. Pudo verle, pero entonces Ezio recordó que aquellas criaturas no llevaban malla bajo su disfraz. Retiró la hoja oculta y con su puñal, más largo y sutil, que tenía la ventaja de tener la hoja dentada,

abrió el pecho del hombre. El corazón y los pulmones al descubierto brillaron bajo la lumbre mortecina cuando el último hombre lobo cayó, con la cara en el fuego. Un olor a carne y pelo quemados amenazó con superar a Ezio, pero saltó hacia atrás y salió de allí lo más rápidamente que pudo, venciendo el miedo, hacia el benévolo aire nocturno del exterior.

En cuanto estuvo fuera, vio que los hombres lobo no habían tocado su caballo. Tal vez estaban demasiado seguros de que lo atraparían y no se habían molestado en matarlo o ahuyentarlo. Lo desató y se dio cuenta de que temblaba demasiado para montar. Así que lo cogió de la brida y volvió a las Termas de Diocleciano. Más valía que Maquiavelo estuviera allí y que fuera bien armado. Por Dios, ojalá tuviera su pistola del Códice, o uno de aquellos artefactos que Leonardo había creado para su nuevo señor. Al menos Ezio tenía la satisfacción de saber que aún podía ganar peleas usando su ingenio y entrenamiento, dos cosas de las que no podían privarle hasta el día en que le cogieran y le torturaran hasta morir.

Se mantuvo totalmente alerta en el breve trayecto de vuelta a las termas, donde se sobresaltó ante alguna que otra sombra, algo que no le habría pasado siendo más joven. La idea de llegar sano y salvo no le consolaba. ¿Y si le esperaba otra emboscada? ¿Y si aquellas criaturas habían sorprendido a Maquiavelo? ¿Estaba el mismo Maquiavelo al tanto de la *Secta Luporum*?

¿Y cuáles eran las lealtades de Maquiavelo?

Buscó seguridad en las extensas y oscuras ruinas, un monumento a una época perdida, cuando Italia dominaba el mundo. No había señales de vida, pero entonces Maquiavelo apareció detrás de un olivo y le saludó con seriedad.

—¿Qué te ha retenido?

—He llegado aquí antes que tú. Pero luego me… distrajeron.

Ezio miró a su colega sin alterarse.

—¿A qué te refieres?

—Unos tipos disfrazados. ¿Te suenan?

Maquiavelo le miró con interés.

—¿Iban vestidos de lobos?

—Ah, entonces los conoces.

—Sí.

—¿Y por qué has sugerido que nos reunamos aquí?

—¿Estás diciendo que yo…?

—¿Qué otra cosa voy a pensar?

—Querido Ezio —Maquiavelo dio un paso adelante—, te aseguro, por la Santidad de nuestro Credo, que no tenía ni idea de que estarían aquí. —Hizo una pausa—. Pero tienes razón. Busqué un lugar lejos de los hombres, sin pensar en que ellos puede que también eligieran un sitio parecido.

—A menos que les hayan dado el chivatazo.

—Si estás poniendo en duda mi honor…

Ezio hizo un gesto de impaciencia.

—Oh, olvídalo —dijo—. Tenemos mucho que hacer como para ponernos a pelear. —La verdad era que Ezio sabía que de momento tendría que confiar en Maquiavelo. Y hasta ahora no tenía ningún motivo por el que no hacerlo. Aunque la próxima vez sería más reservado—. ¿Quiénes son? ¿Qué son?

—La Secta de los Lobos. A veces se hacen llamar los Discípulos de Rómulo.

—¿No deberíamos marcharnos de aquí? Logré llevarme unos papeles suyos y puede que vuelvan a recogerlos.

—Antes que nada, dime si has recuperado la carta y cuéntame deprisa qué más te ha pasado. Parece que vengas de la guerra —dijo Maquiavelo.

Después de que Ezio contestara a sus preguntas, su amigo sonrió.

—Dudo mucho que vuelvan esta noche. Los dos somos hombres armados y entrenados, y por lo visto les has dado una buena paliza. Aunque eso tan sólo habrá indignado a Cesare. Verás, no hay muchas pruebas todavía, pero creemos que estas criaturas están al servicio de los Borgia. Son un grupo de falsos paganos que llevan meses aterrorizando la ciudad.

—¿Con qué propósito?

Maquiavelo extendió las manos.

—Política. Propaganda. La idea es que la gente se anime a ponerse bajo la protección del pontificado y a cambio se les exige cierta lealtad.

—¡Qué práctico! Pero aun así, ¿no deberíamos marcharnos?

Ezio de pronto se sintió agotado, lo que no era de sorprender. Le dolía hasta el alma.

—No volverán esta noche. No menosprecies tu destreza, Ezio, los hombres lobo no son luchadores, ni siquiera asesinos. Los Borgia los utilizan como intermediarios de confianza, pero su función principal es asustar. Son unas pobres almas engañadas a las que los Borgia han lavado el cerebro para que trabajen para ellos. Creen que sus nuevos señores les ayudarán a reconstruir la

antigua Roma desde el principio. Los fundadores de Roma fueron Rómulo y Remo, que de bebés fueron amamantados por una loba.

—Recuerdo la leyenda.

—Para los hombres lobo, los pobres, no es ninguna leyenda. Pero son una herramienta bastante peligrosa en manos de los Borgia. —Hizo una breve pausa —. Bueno, ¿y la carta? Enséñame también esos papeles que dices haber cogido de la guarida de los hombres lobo. Bien hecho, por cierto.

—Si es que sirven de algo.

—Ya lo veremos. Dame la carta.

—Aquí la tienes.

Maquiavelo rompió el sello del pergamino a toda prisa.

—*Cazzo* —masculló—, está codificado.

—¿A qué te refieres?

—Se suponía que era un texto sencillo. Vinicio es (o era) uno de mis topos entre los Borgia. Me dijo que venía de una buena fuente. ¡Qué tonto! Están transmitiendo la información en código. Sin las equivalencias no tenemos nada.

—Tal vez los papeles que he cogido nos sirvan de ayuda.

Maquiavelo sonrió.

—¡Cielos, Ezio! A veces doy gracias a Dios por estar en el mismo bando que tú. Echemos un vistazo.

Rápidamente ojeó las hojas con las que se había hecho Ezio y su cara dejó de reflejar preocupación.

—¿Es bueno?

—Creo… tal vez… —Continuó leyendo y su frente volvió a arrugarse—. ¡Sí! ¡Por Dios, sí! ¡Creo que lo tenemos!

Le dio una palmada a Ezio en el hombro y se rio.

Ezio se rio también.

—¿Ves? A veces la lógica no es el único modo de ganar una guerra. La suerte también puede contribuir. *Andiamo!* Antes has dicho que tenemos aliados en la ciudad. Vamos, llévame hasta ellos.

—Sígueme.

Capítulo 15

—¿Qué hay del caballo? —preguntó Ezio.

—Déjalo suelto. Encontrará el camino de vuelta a su establo.

—No puedo abandonarlo.

—Debes hacerlo. Vamos a volver a la ciudad. Si lo soltamos allí, sabrán que has regresado. Si lo encuentran aquí, pensarán (con un poco de suerte) que aún andas por esta zona y se distraerán.

A regañadientes, Ezio obedeció a Maquiavelo, que le llevó hasta unos escalones de piedra ocultos que conducían bajo tierra. Al final ardía una antorcha, que Maquiavelo cogió.

—¿Dónde estamos? —preguntó Ezio.

—Esto lleva a un sistema de túneles subterráneos que cruzan la ciudad. Tu padre lo descubrió y los Asesinos desde entonces lo han mantenido en secreto. Podemos usar esta ruta para evitar a los guardias que nos buscan, porque puedes estar seguro de que los hombres lobo que escaparon han levantado la alarma. Son grandes porque se usaban para el transporte y las tropas en épocas pasadas, y también están muy bien construidos, como todo en aquel tiempo. Muchas de las salidas en el interior de la ciudad se han hundido o están bloqueadas, así que debemos tener cuidado de por dónde vamos. Mantente cerca, sería fatídico que te perdieras aquí abajo.

Estuvieron dos horas recorriendo un laberinto que parecía no tener fin. Por el camino Ezio alcanzó a ver túneles laterales, entradas bloqueadas, extrañas esculturas de dioses olvidados sobre arcos y, de vez en cuando, escalones, algunos que subían hacia la oscuridad y otros tantos que mostraban una luz débil en el extremo. Por fin Maquiavelo, que había mantenido todo el rato un paso firme pero apresurado, se detuvo frente a una de esas escaleras.

—Ya hemos llegado —anunció—. Yo iré primero. Ya casi ha amanecido. Debemos tener cuidado.

Desapareció al subir los peldaños.

Después de lo que parecía muchísimo tiempo, durante el cual Ezio creyó que le habían abandonado, oyó a Maquiavelo susurrar:

—Todo despejado.

A pesar del agotamiento, Ezio subió corriendo las escaleras, contento de volver a tener aire fresco. Ya había tenido suficientes túneles y cuevas para toda su vida.

Salió de una especie de alcantarilla de gran tamaño a una habitación, lo bastante grande para haber sido antes un almacén de alguna clase.

—¿Dónde estamos?

—En la isla Tiberina. Hace años se usaba de depósito. Ahora ya nadie viene por aquí, excepto nosotros.

—¿Nosotros?

—Nuestra Hermandad. Por así decirlo, es nuestro escondrijo en Roma.

Un corpulento joven seguro de sí mismo se levantó de un taburete que había junto a una mesa, sobre la que había unos papeles y los restos de la comida, y se acercó a saludarlos. Su tono era abierto y amistoso.

—¡Nicolás! *Ben trovato!* —Se volvió hacia Ezio—. ¡Y tú… tú debes de ser el famoso Ezio! ¡Bienvenido! —Cogió la mano de Ezio y la estrechó calurosamente—. Fabio Orsini a tu servicio. Mi primo me ha hablado mucho de ti. Es un viejo amigo tuyo, Bartolomeo d'Alviano.

Ezio sonrió al oír aquel nombre.

—Un buen guerrero —dijo.

—Fue Fabio el que descubrió este sitio —intervino Maquiavelo.

—Aquí tenemos todas las comodidades —dijo Fabio—. Y afuera tanta hiedra, que ni siquiera sabrías que existe.

—Qué bien tenerte de nuestro lado.

—Mi familia ha recibido unos cuantos golpes bajos de los Borgia últimamente y mi único objetivo es echar abajo su tenderete y restituir nuestro patrimonio. —Miró a su alrededor, con recelo—. Por supuesto, puede que todo esto te parezca un poco destartalado, después de tus aposentos en la Toscana.

—Es perfecto.

Fabio sonrió.

—*Bene*. Bueno, ahora que habéis llegado, debéis perdonadme, pero tengo que dejaros de inmediato.

—¿Qué planes tienes? —preguntó Maquiavelo.

Fabio puso una cara seria.

—Me voy para empezar los preparativos en la Romaña. Hoy en día, Cesare tiene el control de mi estado y mis hombres, pero pronto, espero, volveremos a ser libres.

—*Buona fortuna*.

—*Grazie*.

—*Arrivederci*.

—*Arrivederci*.

Y, con un gesto amistoso, Fabio se despidió para marcharse.

Maquiavelo despejó un lado de la mesa y extendió la carta codificada, junto con la hoja de los hombres lobo donde estaban las equivalencias.

—Tengo que resolver esto —dijo—. Debes de estar agotado. Hay comida y vino ahí, y buena agua limpia romana. Refréscate mientras trabajo porque todavía queda mucho por hacer.

—¿Es Fabio uno de los aliados de los que me hablaste?

—Claro. Y hay más. Uno de ellos, de hecho, es magnífico.

—¿Quién es él? ¿O es una mujer? —preguntó Ezio, que pensó, a su pesar, en Caterina Sforza.

No podía quitársela de la cabeza. Todavía la tenían prisionera los Borgia. Su única prioridad personal era liberarla. Pero ¿estaba jugando con él aquella mujer? No podía evitar dudar un poco. Aunque ella era un espíritu libre; no le pertenecía. Tan sólo era que no le hacía ni pizca de gracia pensar que le tomaban por un tonto. Y no quería que le utilizaran.

Maquiavelo vaciló, como si ya hubiera revelado demasiado, pero entonces habló:

—Es el cardenal Giuliano della Rovere. Competía con Rodrigo por el papado y perdió, pero aún es un hombre poderoso y tiene amigos poderosos. Tiene contactos potencialmente fuertes en Francia, pero aguarda el momento oportuno. Sabe que el rey Luis tan sólo está utilizando a los Borgia mientras le sean útiles. Por encima de todo, tiene una profunda y perdurable aversión a los Borgia. ¿Sabes a cuántos españoles han puesto los Borgia en el poder? Corremos el peligro de que controlen toda Italia.

—Entonces es nuestro hombre. ¿Cuándo nos reuniremos con él?

—Aún no ha llegado el momento. Come mientras trabajo.

Ezio se alegró por la hora de descanso, pero se dio cuenta de que el hambre e incluso la sed —al menos la de vino— le habían abandonado. Bebió el agua con

gratitud y jugueteó con una pata de pollo mientras observaba a Maquiavelo estudiar minuciosamente los papeles que tenía delante.

—¿Funciona? —preguntó al cabo de un rato.

—¡Shhh!

El sol había alcanzado las torres de la iglesia de Roma cuando Maquiavelo dejó su pluma y atrajo hacia él la hoja de papel en la que había estado escribiendo.

—Ya he acabado.

Ezio esperó, atento.

—Es una directriz a los hombres lobo —dijo Maquiavelo—. Expone que los Borgia les proporcionarán su pago habitual y les ordena que ataquen en varios puntos de la ciudad donde los Borgia aún no tienen el control total; o sea, para distraer al pueblo con su terror. Los ataques están previstos para que coincidan con la aparición «fortuita» de un sacerdote de los Borgia, que usará los Poderes de la Iglesia para «desterrar» a los atacantes.

—¿Qué propones?

—Si estás de acuerdo, Ezio, creo que deberíamos empezar a planificar nuestro propio asalto a los Borgia y seguir con el buen trabajo que comenzaste en los establos.

Ezio vaciló.

—¿Crees que estamos preparados para un ataque de esa envergadura? —Sí.

—Me gustaría saber antes dónde tienen los Borgia a Caterina. Ella sería una fuerte aliada.

Maquiavelo parecía desconcertado.

—Si la tienen prisionera, estará en el Castel Sant'Angelo. Lo han convertido en una fortaleza. —Hizo una pausa—. Está muy mal que se hayan hecho con el control de la Manzana. Oh, Ezio, ¿cómo permitiste que sucediera?

—Tú no estabas en Monteriggioni. —Ahora le tocaba a Ezio hacer una pausa tras un furioso silencio—. ¿Sabes de verdad cómo son nuestros enemigos? ¿Tenemos al menos aquí una red clandestina con la que trabajar?

—Creo que no. La mayoría de nuestros mercenarios, como Fabio, están ocupados luchando con las fuerzas de Cesare. Y los franceses todavía le apoyan.

Ezio recordó al general francés en Monteriggioni, Octavien.

—¿Qué tenemos? —preguntó.

—Una fuente sólida. Tenemos chicas trabajando en un burdel. Es un lugar de lujo, frecuentado por cardenales y otros ciudadanos romanos importantes, pero

hay un inconveniente. La madama que está al cargo es una holgazana y por lo visto prefiere disfrutar de las fiestas que promover nuestra causa y recopilar información.

—¿Qué hay de los ladrones de la ciudad? —preguntó Ezio al pensar en el hábil asaltante que casi le cuesta su dinero.

—Bueno, sí, pero se niegan a hablar con nosotros.

—¿Por qué?

Maquiavelo se encogió de hombros.

—No tengo ni idea.

Ezio se levantó.

—Será mejor que me digas cómo salir de aquí.

—¿Adónde vas?

—A hacer algunos amigos.

—¿Puedo preguntar quiénes?

—Creo que, de momento, será mejor que me lo dejes a mí.

Capítulo 16

Había anochecido cuando Ezio encontró la sede del Gremio de Ladrones Romanos. Había pasado un largo día preguntando con discreción en tabernas, obteniendo miradas desconfiadas y respuestas engañosas, hasta que, al final, se debió de correr la voz de que era buena idea informarle de su ubicación secreta y para entonces un pihuelo le había conducido a una zona en decadencia, a través de un laberinto de callejones, y le había dejado en una puerta para desaparecer de inmediato por el mismo camino que había venido.

No había mucho que contemplar en el lugar: era una taberna grande, de aspecto destartalado, cuyo cartel, con un zorro dibujado, dormido o muerto, colgaba torcido; sus ventanas estaban cubiertas de persianas destrozadas y la carpintería necesitaba una mano de pintura.

La puerta estaba cerrada a cal y canto, lo que era extraño para una taberna, y Ezio llamó con fuerza, pero en vano.

Se sorprendió al oír una voz detrás de él que hablaba en voz baja. Ezio se dio la vuelta. No era propio de él dejar que se le acercara alguien por detrás sin hacer ruido. Debía asegurarse de que no le volviera a pasar.

Por suerte, la voz era amistosa y cauta.

—Ezio.

El hombre que había hablado dio un paso adelante desde el refugio de un árbol y Ezio le reconoció al instante. Era su antiguo aliado, Gilberto, La Volpe (el Zorro), que había unido a los ladrones de Florencia con los Asesinos hacía algún tiempo.

—¡La Volpe! ¿Qué estás haciendo aquí?

Gilberto sonrió abiertamente y se abrazaron.

—¿Te refieres a por qué no estoy en Florencia? Bueno, eso tiene fácil contestación. El líder de los ladrones de aquí murió y me eligieron. Me apetecía un cambio de aires y mi antiguo ayudante, Corradin, estaba preparado para

asumir el control en casa. Además —bajó la voz con complicidad—, por ahora Roma me ofrece un poco más de… reto, digámoslo así.

—Me parece una buena razón. ¿Entramos?

—Por supuesto.

La Volpe llamó a la puerta, sin duda usando un código, y se abrió casi de inmediato para revelar un espacioso patio muy sucio con mesas y bancos dispuestos tal y como se esperaría en una taberna. Un puñado de personas, hombres y mujeres, iban y venían, salían y entraban de puertas de la propia taberna, construida alrededor del patio.

—No parece mucho, ¿no? —dijo La Volpe. Le indicó que se sentara y pidió vino.

—Francamente…

—Cumple su función. Y tengo planes. Pero ¿qué te trae por aquí? —La Volpe alzó una mano—. ¡Espera! No me lo digas. Creo que sé la respuesta.

—Como de costumbre.

—Quieres que mis ladrones te hagan de espías.

—Exacto —contestó Ezio y se inclinó hacia delante, con entusiasmo—. ¿Te unirás a mí?

La Volpe levantó su vaso en un brindis silencioso y bebió un poco de vino que habían traído antes de responder:

—No.

Ezio se quedó perplejo.

—¿Qué? ¿Por qué no?

—Porque eso sólo beneficiaría a Nicolás Maquiavelo. No, gracias. Ese hombre ha traicionado a nuestra Hermandad.

No le sorprendió, aunque Ezio estaba muy lejos de convencerse de aquella verdad.

—Es una acusación muy seria y más aún cuando viene de un ladrón. ¿Qué pruebas tienes?

A La Volpe se le avinagró la expresión.

—Ya sabes que era embajador de la Corte Papal y viajó como invitado personal del mismo Cesare.

—Hizo todo aquello por nosotros.

—¿Ah, sí? Da la casualidad de que también sé que te abandonó justo antes del ataque a Monteriggioni.

Ezio hizo un gesto de indignación.

—Pura coincidencia. Mira, Gilberto, Maquiavelo puede que no sea del gusto de todos, pero es un Asesino, no un traidor.

La Volpe le miró con la cara seria.

—No me convence.

A aquellas alturas de la conversación, un ladrón que Ezio reconoció como el hombre que había intentado robarle su dinero se acercó corriendo y susurró algo al oído de La Volpe. La Volpe se levantó cuando el ladrón se escabulló. Ezio, al percibir que había problemas, también se puso de pie.

—Pido disculpas por el comportamiento que Benito tuvo ayer —dijo La Volpe—. No sabía quién eras y te había visto cabalgar con Maquiavelo.

—Me importa una mierda Benito. ¿Qué pasa?

—Ah, Benito me ha traído noticias. Maquiavelo se va a reunir con alguien en Trastevere muy pronto. Voy a ver qué sucede. ¿Te importa acompañarme?

—Adelante.

—Usaremos una de las antiguas rutas, los tejados. Aquí es un poco más duro de lo que era en Florencia. ¿Crees que podrás hacerlo?

—Tú guíame.

Fue muy duro. Los tejados de Roma estaban más separados que en Florencia y muchos se estaban desmoronando, lo que hacía más difícil mantener el equilibrio. Más de una vez, Ezio envió una teja suelta al suelo. Pero no había apenas gente en las calles y se movían tan rápido que para cuando cualquier guardia de Borgia reaccionaba, ya estaban fuera de su vista. Por fin llegaron a la plaza del mercado, que tenía todos los puestos cerrados salvo una o dos casetas de vino iluminadas, donde un buen número de personas se hallaban reunidas. Ezio y La Volpe se detuvieron en un tejado para contemplar la escena, escondidos tras unos cañones de chimenea.

Poco después, Maquiavelo llegó a la plaza y miró a su alrededor con atención. Ezio observó minuciosamente mientras otro hombre, que llevaba el emblema Borgia en su capa, se acercaba a Maquiavelo, y le entregó con discreción lo que parecía una nota, antes de seguir avanzando, sin apenas interrumpir su paso. Maquiavelo también siguió caminando y salió de la plaza.

—¿Qué me dices de eso? —le preguntó La Volpe a Ezio.

—Seguiré a Maquiavelo. Tú sigue al otro tipo —soltó Ezio con sequedad.

En aquel momento se desató una pelea en una de las casetas de vino. Oyeron

unos gritos de enfado y vieron los fogonazos de unas armas.

—¡Oh, *merda*! Esos son algunos de mis hombres. Se han enzarzado en una pelea con los guardias de los Borgia —gritó La Volpe.

Ezio alcanzó a ver que Maquiavelo se retiraba, huía por una calle que llevaba al Tíber y luego desaparecía. Era demasiado tarde para seguirle, así que se centró en la pelea. El guardia Borgia estaba postrado en el suelo. La mayoría de los ladrones se habían dispersado, habían subido por las paredes hasta los tejados en busca de seguridad, pero uno de ellos, un joven, prácticamente un niño, gemía con los pies en el suelo y un brazo sacando sangre a chorros por una herida recién hecha.

—¡Ayuda! ¡Ayuda! ¡Mi hijo está herido! —dijo una voz angustiada.

—Reconozco esa voz —dijo La Volpe con una mueca—. Es Trimalchio. —Miró al ladrón herido—, ¡y ése es Claudio, su hijo pequeño!

Los guardias de Borgia, armados con pistolas, habían aparecido en los parapetos de dos tejados a cada lado de la pared al otro extremo del mercado y estaban apuntando.

—Van a dispararle —dijo Ezio con urgencia.

—Pues démonos prisa, yo me encargo del grupo de la izquierda y tú del de la derecha.

Había tres guardias a cada lado. Ezio y La Volpe se movieron de forma tan discreta como las sombras, pero con tanta rapidez como panteras, barriendo las zonas colindantes de la plaza. Ezio vio que los tres pistoleros levantaban sus armas y apuntaban al chico que había caído. Salió a toda velocidad por el alero del tejado, con los pies apenas tocando las tejas, y con un enorme salto fue a parar donde los tres pistoleros. Aquel salto le dio la suficiente fuerza para derribar al de en medio al conectar el talón de su bota con la nuca del hombre. En un solo movimiento, Ezio cayó sobre sus pies, agachado para contener el impacto, y luego enderezó las rodillas, con los brazos estirados a cada lado. Los dos pistoleros que quedaban cayeron al instante. El puñal se clavó en el ojo derecho de uno de los hombres, la hoja se hundió en su cráneo, mientras que el otro fue derribado por la punta, afilada como una aguja, de la hoja oculta de Ezio, que le pinchó la oreja e hizo que un oscuro líquido viscoso bajara por su cuello. Ezio alzó la vista para ver que La Volpe había derribado a sus oponentes con una eficiencia similar. Tras un minuto de matanza silenciosa, todos los guardias con armas de fuego estaban muertos. Pero había un nuevo peligro, puesto que una sección de alabarderos cargaba hacia la plaza, con las armas

bajadas y corriendo hacia el desgraciado Claudio. Las personas que estaban en las casetas de vino retrocedieron.

—¡Claudio! ¡Sal de ahí! —gritó La Volpe.

—¡No puedo! Me duele… demasiado…

—Aguanta. —Ezio, que estaba un poco más cerca de donde se encontraba el chico, gritó—: ¡Ya voy!

Saltó de los tejados, amortiguó su caída sobre la lona de uno de los tenderetes del mercado y enseguida estuvo junto al chico. Rápidamente le miró la herida, que no era tan seria como parecía.

—Levántate —ordenó.

—No puedo. —Claudio sin duda era presa del pánico—. Van a matarme.

—Mira. Puedes caminar, ¿no?

El chico asintió.

—Entonces también puedes correr. Presta atención y sígueme. Haz exactamente lo que yo hago. Tenemos que escondernos de los guardias.

Ezio puso al chico en pie y se dirigió a la caseta de vino más próxima. Una vez allí, se mezcló con la multitud de bebedores nerviosos, y se sorprendió al ver la facilidad con la que Claudio hacía lo mismo. Pasaron por la caseta hasta la pared de la plaza, mientras algunos alabarderos empezaban a abrirse camino. Justo a tiempo, llegaron a un callejón por el que se alejaron de la plaza hacia un lugar seguro. La Volpe y Trimalchio les esperaban.

—Supusimos que vendríais por aquí —dijo La Volpe mientras el padre abrazaba a su hijo—. Marchaos —les dijo—. No tenemos tiempo que perder. Volved deprisa al cuartel general y que Teresina vende esa herida. ¡Vamos! —Dirigiéndose a Claudio, añadió—: Y tú, mantente fuera de su vista un tiempo, intesi?

—*Molte grazie, messere* —dijo Trimalchio, que se fue rodeando con un brazo a su hijo para guiarle mientras le amonestaba—. *Corri!*

—Ahora tienes problemas —dijo La Volpe cuando llegaron a la seguridad de una plaza en calma—. Sobre todo después de esto. Ya he visto carteles que anuncian tu búsqueda después del incidente de los establos.

—¿No hay ninguno de Maquiavelo?

La Volpe negó con la cabeza.

—No. Pero es bastante probable que no le hayan visto bien. No hay mucha gente que sepa lo habilidoso que es con la espada.

—Pero tú no crees eso, ¿verdad?

La Volpe negó con la cabeza.

—¿Qué vamos a hacer con los carteles de «Se busca»?

—No te preocupes. Mi gente ya los está arrancando.

—Me alegro de que algunos sean más disciplinados y no se dediquen a buscar pelea por cualquier motivo con los guardias de los Borgia.

—Oye, Ezio, en esta ciudad hay una tensión que no has vivido.

—¿En serio?

Ezio aún no le había contado a su amigo el episodio con los hombres lobo.

—En cuanto a los heraldos, bastarán unos cuantos ducados para cerrarles el pico —continuó La Volpe.

—O… podría eliminar a los testigos.

—No hace falta llegar a eso —dijo La Volpe bajando la voz—. Sabes cómo «desaparecer». Pero ten cuidado, Ezio. Los Borgia tienen muchos otros enemigos aparte de ti, pero ninguno les resulta tan irritante. No descansarán hasta que te hayan colgado de ganchos en el Castel Sant'Angelo.

—Primero tendrán que atraparme.

—Mantén la guardia.

Regresaron por una ruta tortuosa al Gremio de Ladrones, donde Claudio y su padre ya estaban a salvo. Teresina estaba vendando la herida del chico y, en cuanto contuvo la hemorragia, resultó no ser más que un corte profundo en el músculo del brazo. Dolía muchísimo pero no era nada serio y el mismo Claudio estaba mucho más alegre.

—¡Menuda noche! —exclamó La Volpe, cansado, cuando se sentaron con un vaso de Trebbiano y un plato de grueso salami.

—¡Y que lo digas! Habría tenido bastante con unos cuantos menos.

—Mientras la lucha continúe no será ése el caso.

—Escucha, Gilberto —dijo Ezio—, sé lo que vimos, pero estoy seguro de que no tienes nada que temer con Maquiavelo. Ya conoces sus métodos.

La Volpe le miró sin alterarse.

—Sí, es muy taimado. —Hizo una pausa—. Pero tengo que darte las gracias por haber salvado la vida de Claudio. Si crees que Maquiavelo sigue siendo fiel a la Hermandad, entonces me siento inclinado a confiar en tu juicio.

—Entonces, ¿puedo contar con tus ladrones? ¿Me ayudaréis?

—Te dije que tenía planes de hacer algo con este lugar —dijo La Volpe,

pensativo—. Ahora que parece que tú y yo volvemos a trabajar juntos, me gustaría saber también tu opinión.

—¿Estamos trabajando juntos?

La Volpe sonrió.

—Es lo que parece. Pero no le quito el ojo de encima a tu amigo vestido de negro.

—Bueno, no pasa nada. Pero no te sulfures.

La Volpe le ignoró.

—Bueno, dime, ¿qué crees que deberíamos hacer con este lugar?

Ezio se quedó pensando.

—Tenemos que asegurarnos a toda costa de que los Borgia se mantienen alejados. A lo mejor podríamos convertirlo en una taberna que funcionara de verdad.

—Me gusta la idea.

—Hará falta mucho trabajo. Darle una mano de pintura, restaurar el tejado, un nuevo cartel…

—Tengo muchos hombres. Bajo tu supervisión…

—Entonces será posible.

Ezio tuvo un mes de descanso, o de semidescanso, mientras se ocupaba de renovar la sede del Gremio de Ladrones, con la ayuda de muchas manos bien dispuestas. Entre varias cosas, los ladrones presentaban distintas habilidades, puesto que a muchos les habían echado de su trabajo cuando se habían negado a doblegarse ante los Borgia. Al final transformaron aquel lugar. La pintura había quedado estupenda, las ventanas estaban limpias y tenían nuevas persianas. El tejado ya no estaba desvencijado y el cartel mostraba un zorro joven, que aún dormía pero que sin duda no estaba muerto. Parecía capaz de asaltar cincuenta gallineros de un golpe en cuanto despertase. Las puertas dobles relucían con las nuevas bisagras y permanecían abiertas para revelar un patio inmaculado.

Ezio, que había tenido que ir a una misión a Siena durante la última semana de trabajo, al regresar se alegró mucho de ver el producto final. Cuando él llegó, ya estaba en marcha.

—He mantenido el nombre —dijo La Volpe—. Me gusta. *La Volpe Addormentata*. No sé por qué.

—Esperemos que engatuse tanto al enemigo como para que se duerma.

Ezio sonrió con socarronería.

—Al menos toda esta actividad ha hecho que no atraigamos demasiado la atención. Y la llevamos como si fuera una taberna normal. Hasta tenemos un casino. Fue idea mía. Ha resultado ser una estupenda fuente de ingresos, ¡puesto que nos aseguramos de que los guardias de los Borgia que nos frecuentan pierdan siempre!

—¿Y dónde…? —preguntó Ezio en voz baja.

—Ah. Por aquí.

La Volpe le llevó al ala oeste de la taberna y atravesaron una puerta donde se leía *Uffizi-Privato*, donde dos ladrones montaban guardia sin que fuera demasiado obvio.

Pasaron por un pasillo que llevaba a unas habitaciones detrás de unas pesadas puertas. Las paredes tenían colgados mapas de Roma, los escritorios y las mesas estaban cubiertos de papeles bien apilados en los que ya había hombres y mujeres trabajando, a pesar de que acababa de amanecer.

—Aquí es donde hacemos nuestros auténticos negocios —dijo La Volpe.

—Parecen muy eficientes.

—Un punto a favor de los ladrones. Al menos somos buenos en esto —dijo La Volpe—. Son pensadores independientes y les gusta un poco de competencia, aunque sea entre ellos mismos.

—Lo recuerdo.

—Seguramente podrías enseñarles un par de cosas, si también participases.

—Ah, sí, lo haré.

—Pero no sería muy seguro que te quedases aquí —continuó La Volpe—. Ni para ti ni para nosotros. Visítame cuando quieras y que sea a menudo.

—Sí. —Ezio pensó en su alojamiento aislado, pero cómodo y muy discreto. No habría sido feliz en ninguna otra parte. Volvió a centrarse en el asunto que tenía entre manos—. Ahora que estamos organizados, lo más importante es localizar la Manzana. Tenemos que recuperarla.

—*Va bene*.

—Sabemos que la tienen los Borgia, pero a pesar de todos nuestros esfuerzos, aún no hemos podido saber dónde se encuentra exactamente. De momento, al menos, parece que no la han utilizado. Tan sólo se me ocurre que todavía estén estudiándola y se encuentren atascados.

—¿Han… consultado a un experto?

—Oh, estoy seguro de que sí, pero puede que esté fingiendo ser menos

inteligente de lo que es. Esperemos que ése sea el caso. Y esperemos también que los Borgia no pierdan la paciencia con él.

La Volpe sonrió.

—No te haré preguntas al respecto. Pero mientras tanto, ten por seguro que ya tenemos gente recorriendo Roma para buscarla.

—Deben de haberla escondido bien. Muy bien. Quizás incluso entre ellos. El joven Cesare cada vez está más rebelde y a su padre no le gusta nada.

—¿Para qué están los ladrones si no es para olfatear dónde se encuentran los objetos de valor bien escondidos?

—*Molto bene*. Y ahora debemos marcharnos.

—¿Un último trago antes?

—No. Tengo mucho por hacer. Pero nos volveremos a ver pronto.

—¿Y dónde tengo que enviar mis informes?

Ezio se quedó pensando y contestó:

—Al lugar señalado por la Hermandad de los Asesinos en la isla Tiberina.

Capítulo 17

Ezio decidió que ya era hora de ir a buscar a su viejo amigo Bartolomeo d'Alviano, el primo de Fabio Orsini. Había luchado hombro con hombro con los Orsini contra las fuerzas papales en 1496 y había vuelto hacía poco del servicio mercenario en España.

Bartolomeo era uno de los mejores condottieri y el antiguo compañero de armas de Ezio. También era, a pesar de su estilo zafio y torpe y su tendencia alarmante al enfado y la depresión, un hombre con una integridad y una lealtad de hierro. Aquellas cualidades le convertían en uno de los pilares de la Hermandad, eso y su inquebrantable odio a la Secta de los Templarios.

Pero ¿cómo le encontraría Ezio ahora? Lo averiguaría pronto. Se había enterado de que Bartolomeo había vuelto al cuartel de su ejército personal, a las afueras de Roma. El cuartel estaba bastante aislado, en el campo, al noreste, pero no muy lejos de las torres de vigilancia fortificadas que los Borgia habían levantado en varias posiciones estratégicas dentro y fuera de la ciudad. Los Borgia sabían que no tenían que meterse con Bartolomeo. Al menos, no hasta que se sintieran lo bastante poderosos para aplastarlo como a una cucaracha, que era lo que ellos le consideraban. Y Ezio sabía que su poder crecía a diario.

Llegó a su destino poco después de la hora de pranzo. El sol ya había alcanzado su punto máximo y hacía demasiado calor, pero una brisa del oeste mitigaba aquella incomodidad. Al llegar a la enorme puerta en la alta empalizada que rodeaba el cuartel, llamó con el puño.

Se abrió la mirilla de la puerta y Ezio supo que un ojo le evaluaba. Luego se cerró y oyó una breve conversación amortiguada.

La mirilla volvió a abrirse. Entonces se oyó un grito barítono de júbilo y después de descorrer muchos pestillos, la puerta se abrió. Allí estaba un hombre grande, un poco más joven que Ezio, con su basta ropa del ejército menos desaliñada que de costumbre y los brazos abiertos.

—¡Ezio Auditore, sinvergüenza! Entra. Entra. Te mataré si no lo haces.

—Bartolomeo.

Los dos viejos amigos se abrazaron afectuosamente, luego atravesaron el patio del cuartel hacia las dependencias de Bartolomeo.

—Vamos, vamos —dijo Bartolomeo con su habitual entusiasmo—. Hay alguien que quiero que conozcas.

—Entraron en una larga habitación, bien iluminada gracias a unas amplias ventanas que daban al patio interior. Era una habitación que sin duda le servía para vivir y para comer, espaciosa y aireada. Pero había algo muy distinto en Bartolomeo. Había persianas limpias en las ventanas; un mantel bordado, extendido sobre la mesa, donde todavía no se habían recogido los restos del almuerzo, y cuadros en las paredes. Incluso había una estantería. Bianca, la querida gran espada de Bartolomeo, no aparecía por ninguna parte. Sobre todo, aquel lugar estaba increíblemente ordenado.

—Espera aquí —dijo Bartolomeo y chasqueó los dedos a un ordenanza para pedirle vino, claramente entusiasmado—. Ahora adivina a quién quiero presentarte.

Ezio volvió a echar un vistazo a la habitación.

—Bueno, he conocido a Bianca…

Bartolomeo hizo un gesto de impaciencia.

—¡No, no! Ahora está en la sala de mapas. Allí es donde vive hoy en día. Prueba de nuevo.

—Bueno, ¿podría ser… tu esposa? —sugirió Ezio con picardía.

Bartolomeo se mostró tan consternado que Ezio casi se arrepintió de haber hecho una deducción tan precisa, aunque le había parecido bastante obvia. Pero el grandullón se animó enseguida y continuó:

—Es un tesoro. No te lo creerías. —Se dio la vuelta en dirección a las habitaciones interiores—. ¡Pantasilea! ¡Pantasilea! —El ordenanza volvió a aparecer con una bandeja con dulces, un decantador y unos vasos—. ¿Dónde está? —preguntó Bartolomeo.

—¿Has mirado debajo de la mesa? —dijo Ezio en tono irónico.

Justo entonces apareció Pantasilea, bajando una escalera que recorría la pared oeste de la habitación.

—¡Aquí está!

Ezio se levantó para saludarla e hizo una reverencia.

—Auditore, Ezio.

—Baglioni, Pantasilea, ahora Baglioni-d'Alviano.

Era joven aún, de unos veintitantos, calculó Ezio. Por su nombre era de familia noble, y su vestido, aunque modesto, era bonito y de buen gusto. Su rostro, ovalado, estaba enmarcado por una fina melena rubia; su nariz era respingona como una flor; sus labios, generosos y divertidos, así como sus inteligentes ojos, de un intenso color marrón oscuro, que eran muy amistosos cuando te miraba, y aun así parecía que se guardaba algo para sí misma. Era alta, le llegaba a Bartolomeo por el hombro, y esbelta, de espalda ancha y caderas estrechas; tenía los brazos largos y delgados, y las piernas, torneadas. Era evidente que Bartolomeo había encontrado un tesoro. Ezio confió en que su amigo se aferrase a ella.

—*Lieta di conoscervi* —estaba diciendo Pantasilea.

—*Altrettanto a lei*.

Miró a un hombre y después al otro.

—Tendremos tiempo de conocernos mejor en otra ocasión —le dijo a Ezio, no con el tono de una mujer que deja a los hombres con sus asuntos, sino de tener ella asuntos propios.

—Quédate un rato, *tesora mia*.

—No, Barto, sabes que tengo que ir a ver al administrativo. De un modo u otro, siempre consigue echar a perder las cuentas. Y algo pasa con el suministro de agua. También debo ocuparme de eso. —A Ezio le dijo—: *Ora, mi scusi, ma*…

—*Con piacere*.

Sonrió a ambos, volvió a subir las escaleras y desapareció.

—¿Qué opinas? —preguntó Bartolomeo.

—Encantadora, desde luego.

Ezio era sincero. También advirtió cómo su amigo se contenía cuando estaba su mujer delante. Se imaginó que habría muy pocas palabrotas en presencia de Pantasilea. Por supuesto, se preguntó qué demonios había visto aquella mujer en su marido, pero lo cierto era que no la conocía en absoluto.

—Creo que haría cualquier cosa por mí.

—¿Dónde la conociste?

—Ya hablaremos de eso en otro momento. —Bartolomeo cogió el decantador y los dos vasos y rodeó los hombros de Ezio con el brazo que tenía libre—. Estoy muy contento de que hayas venido. Acabo de volver de luchar, como debes de saber, y en cuanto me enteré de que estabas en Roma, iba a

enviar a unos hombres para que te localizaran. Sé que te gusta mantener en secreto dónde vives y no te culpo, sobre todo en este nido de víboras, pero por suerte te me has adelantado, estupendo porque quiero hablarte de la guerra. Vamos a la sala de mapas.

—Sé que Cesare está aliado con los franceses —dijo Ezio—. ¿Qué tal va la lucha contra ellos?

—*Bene*. Las compañías que he dejado allí, que estarán luchando bajo el mando de Fabio, se mantienen firmes. Y aquí tengo más hombres a los que entrenar.

Ezio se quedó reflexionando.

—Maquiavelo por lo visto creía que las cosas estaban… peor.

Bartolomeo se encogió de hombros.

—Bueno, ya conoces a Maquiavelo. Él…

Fueron interrumpidos por la llegada de uno de los sargentos de Bartolomeo. Pantasilea estaba a su lado. El hombre estaba aterrorizado mientras que ella estaba muy tranquila.

—Capitano —dijo el sargento con urgencia—. Necesitamos tu ayuda. Los Borgia han lanzado un ataque.

—¿Qué? No lo esperaba tan pronto. Perdona, Ezio. —Bartolomeo le gritó a Pantasilea—: Pásame a Bianca.

Ella enseguida le lanzó la gran espada desde el otro lado de la habitación, se la guardó y salió corriendo de la estancia, seguido de su sargento. Ezio hizo el ademán de seguirles, pero Pantasilea le retuvo, cogiéndole fuerte del brazo.

—¡Espera! —exclamó.

—¿Qué pasa?

Parecía muy preocupada.

—Ezio, deja que vaya directamente al grano. La lucha no va bien, ni aquí ni en la Romaña. Nos han atacado por todos los flancos. Los Borgia están en un lado y los franceses bajo las órdenes del general Octavien en el otro. Pero has de saber que la posición de los Borgia es débil. Si los derrotamos, podremos concentrar nuestras fuerzas en el frente francés. Nos ayudará mucho tomar esta torre. Si alguien pudiera rodearla por detrás…

Ezio inclinó la cabeza.

—Creo que se me ocurre cómo ayudar. Tu información es inestimable. *Mille grazie, madonna d'Alviano*.

La chica sonrió.

—Es lo menos que puede hacer una esposa para ayudar a su marido.

Capítulo 18

Los Borgia habían lanzado un ataque sorpresa al cuartel y habían elegido la hora de la siesta para hacerlo. Los hombres de Bartolomeo les habían combatido usando armas tradicionales, pero mientras retrocedían hacia la torre, Ezio vio a los pistoleros de Cesare concentrándose en las almenas, armados con sus nuevas llaves de rueda, que apuntaban a la multitud de *condottieri* que había abajo.

Bordeó el tumulto para evitar cualquier confrontación con las tropas de los Borgia. Dio la vuelta y se dirigió a la parte trasera de la torre. Tal y como esperaba, todo el mundo tenía centrada la atención en la batalla que tenía lugar delante. Trepó por las paredes exteriores, donde encontró puntos de apoyo fáciles en la piedra tosca con la que se habían construido. Los hombres de Bartolomeo iban armados con arcos y algunos tenían mosquetes, para las distancias largas, pero no serían capaces de resistir el fuego mortal de las nuevas pistolas sofisticadas con llave de rueda.

Ezio llegó arriba, a unos doce metros del suelo, en menos de tres minutos. Se tiró sobre el parapeto de la parte de atrás, con los tendones tensos, y en silencio bajó hacia el tejado de la torre. Se ocultó detrás de los mosqueteros, avanzando paso a paso, sin hacer ruido, cada vez más cerca del enemigo. En silencio, desenfundó su puñal y sacó su hoja oculta. Se acercó sigilosamente a los hombres, y con un repentino frenesí por matar, despachó a cuatro pistoleros con las dos hojas. Fue entonces cuando los tiradores de primera de los Borgia se dieron cuenta de que el enemigo estaba entre ellos. Ezio vio que un hombre le apuntaba con su llave de rueda; todavía estaba a unos cuatro metros de distancia, así que Ezio se limitó a lanzar su puñal. Dio tres vueltas en el aire antes de incrustarse entre los ojos del hombre con un horrible ruido sordo. El hombre cayó, pero no antes de apretar el gatillo de su mosquete. Por suerte para Ezio, el cañón se había desviado, la bala salió hacia la derecha y le dio a su colega más cercano, atravesándole la nuez antes de clavarse en el hombro del pistolero que

había detrás. Ambos murieron, lo que dejó a tan sólo tres soldados de Borgia en el tejado de la torre. Sin detenerse, Ezio saltó de lado y golpeó con la palma de la mano al hombre que tenía más cerca, con tanta fuerza que se cayó por las almenas. Ezio cogió su arma por el cañón cuando el hombre cayó y le dio en la cara con la culata al siguiente soldado. Fue detrás de su compañero, torre abajo, con un grito desesperado. El último hombre alzó las manos como señal de rendición, pero era demasiado tarde, la hoja oculta de Ezio ya le había atravesado las costillas.

Ezio cogió otro rifle y bajó saltando las escaleras al piso de abajo. Allí había cuatro hombres más, disparando por unas estrechas rendijas que había en los muros de piedra. Ezio apretó el gatillo mientras sujetaba el mosquete a la altura de la cintura. El que estaba más lejos cayó por el impacto del disparo y su pecho explotó, cubierto de sangre roja. Ezio dio dos pasos hacia delante, cogió la pistola como un garrote, con el cañón primero esta vez, y le dio a otro hombre en la rodilla, haciéndole perder el equilibrio. Uno de los hombres que quedaban se giró lo suficiente como para intentarlo. Ezio avanzó por instinto con una voltereta y notó el aire caliente cuando una bala le pasó rozando la mejilla y se incrustó en la pared de detrás. La velocidad de Ezio le hizo chocarse con el pistolero, el soldado se tambaleó hacia atrás y su cabeza se golpeó con la almena de gruesa piedra. El último hombre también se había dado la vuelta para enfrentarse a la inesperada amenaza. Bajó la vista cuando Ezio dio un salto en el suelo, pero sólo por un instante, mientras la hoja oculta se ensartaba en la mandíbula del enemigo.

El hombre con la rodilla destrozada se movió e intentó coger su puñal, pero Ezio le dio una patada en la sien y se volvió, impertérrito, para observar la batalla que se desarrollaba abajo. Estaba resultando una derrota aplastante. Al no disponer ya de los apabullantes disparos, los soldados de los Borgia retrocedieron rápidamente y no tardaron en poner pies en polvorosa para salir huyendo y dejar la torre a los *condottieri*.

Ezio bajó por la escalera hacia la puerta principal de la torre, donde se encontró a un puñado de guardias que opusieron una gran resistencia antes de sucumbir a su espada. Se aseguró de que en la torre ya no quedara ningún hombre de los Borgia y abrió la puerta para reunirse con Bartolomeo. La batalla había acabado y Pantasilea estaba con su marido.

—¡Ezio, bien hecho! Justo hemos enviado a esos luridi codardi corriendo a las montañas.

—Sí.

Ezio intercambió una sonrisa secreta, de complicidad, con Pantasilea. Gracias a su buen consejo habían ganado la lucha.

—Esas pistolas modernas… —dijo Bartolomeo—. Conseguimos coger unas cuantas, pero todavía estamos intentando averiguar cómo funcionan. —Sonrió abiertamente—. De todos modos, ahora que los perros del Papa han huido, podré poner a más hombres que luchen a tu lado. Pero antes, y sobre todo después de lo que ha ocurrido, quiero reforzar nuestro cuartel.

—Buena idea. Pero ¿quién va a hacerlo?

Bartolomeo negó con la cabeza.

—No se me dan muy bien estas cosas. Tú eres el que recibió una educación, ¿por qué no apruebas los planos?

—¿Tienes algo preparado?

—Sí. Contraté los servicios de un joven brillante. Un florentino como tú, que se llama Michelangelo Buonarotti.

—No he oído hablar de él, pero *va bene*. A cambio necesito saber cada movimiento de Cesare y Rodrigo. ¿Pueden seguirlos de cerca por mí algunos de tus hombres?

—Lo que no me faltarán dentro de poco son hombres. Al menos, tengo suficientes para proporcionarte un personal decente que reconstruya el edificio y un puñado de expertos exploradores que puedan cubrir a los Borgia.

—¡Excelente!

Ezio sabía que Maquiavelo tenía espías, pero tendía a ser muy reservado y Bartolomeo no. Maquiavelo era una habitación cerrada y Bartolomeo un cielo abierto. Y aunque Ezio no compartía las sospechas de La Volpe, que esperaba que ahora se hubiera disipado, no era malo contemplar la posibilidad.

Pasó el mes siguiente supervisando el fortalecimiento del cuartel, reparando el daño causado en el ataque, construyendo torres de vigilancia más altas y fuertes, y sustituyendo la empalizada por un muro de piedra. Cuando terminaron el trabajo, Bartolomeo y él inspeccionaron cómo había quedado.

—¿No es una belleza?

Bartolomeo sonrió de oreja a oreja.

—Creo que es impresionante.

—Y lo mejor de todo es que cada vez se unen más hombres a nuestras filas conforme pasan los días. Por supuesto, he provocado algo de competencia entre ellos: es bueno para la moral y también para el entrenamiento, para cuando

salgan y luchen de verdad. —Le enseñó a Ezio una gran tabla de madera montada en un caballete, con su emblema en la parte superior—. Como puedes ver, la tabla muestra la clasificación de nuestros mejores guerreros. Cuanto mejor son, más suben en la tabla.

—¿Y yo dónde estoy?

Bartolomeo le lanzó una mirada y señaló en el aire, por encima de la tabla.

—Por aquí, creo.

Un *condottiero* apareció para avisarle de que uno de sus mejores hombres, Gian, había comenzado a luchar en la plaza de armas.

—Si quieres lucirte, tenemos contrincantes para ti también. Ahora, si me perdonas, tengo dinero apostado a este chico.

Se fue riéndose.

Ezio se dirigió a la nueva y mejorada sala de mapas. La luz era más natural y la habitación era más grande para que cupieran mapas más anchos y los caballetes. Estaba estudiando minuciosamente un mapa de la Romaña, cuando apareció Pantasilea.

—¿Dónde está Bartolomeo? —preguntó.

—En la pelea.

Pantasilea suspiró.

—Tiene una visión del mundo muy agresiva. Sin embargo, yo creo que la estrategia es también muy importante. ¿Estás de acuerdo?

—Sí.

—Deja que te enseñe algo.

Le condujo a un amplio balcón que daba al patio interior del cuartel. A un lado había un nuevo palomar de tamaño considerable, lleno de pájaros.

—Son palomas mensajeras —le explicó Pantasilea—. Cada una, enviada por Nicolás Maquiavelo desde la ciudad, me trae el nombre de un agente de Borgia en Roma. Los Borgia se enriquecieron con el jubileo de 1500. Todo ese dinero era de los peregrinos impacientes que querían comprar su absolución. Y a los que no pagaron, les robaron.

La expresión de Ezio se volvió adusta.

—Pero tus diversos ataques han alterado mucho a los Borgia —continuó Pantasilea—. Sus espías rastrean la ciudad en busca de nuestra gente y los desenmascaran en cuanto pueden. Maquiavelo también ha descubierto algunos de sus nombres y me los envía a menudo por paloma mensajera. Entretanto, Rodrigo ha añadido más miembros a la Curia en un intento de mantener su

equilibrio de poder entre los cardenales. Como sabes, tiene décadas de experiencia en la política del Vaticano.

—Desde luego.

—Debes llevar contigo estos nombres cuando vuelvas a la ciudad. Te serán muy útiles.

—Estoy lleno de admiración, *madonna*.

—Atrapa a esta gente, elimínalos si puedes, y todos respiraremos más tranquilos.

—Debo regresar a Roma. Te diré lo que me hace respirar a mí con más tranquilidad.

—¿El qué?

—Lo que acabas de revelar demuestra que Maquiavelo es sin duda uno de nosotros. —Ezio vaciló—. Aun así…

—¿Qué?

—Tengo un plan similar con Bartolomeo. Dame una semana, luego pídele que vaya a la isla Tiberina para contarme lo que ha averiguado sobre Rodrigo y Cesare. El ya conoce el lugar y me atrevería a decir que tú también.

—¿Aún dudas de Maquiavelo?

—No, pero estoy seguro de que estás de acuerdo en que es mejor comprobar dos veces toda la información que uno obtiene, sobre todo en tiempos como éstos.

Una sombra pareció cruzarle el rostro, pero entonces sonrió y dijo:

—Allí estará.

Capítulo 19

De vuelta en Roma, Ezio hizo su primera parada en el burdel que Maquiavelo había mencionado como otra de las fuentes de información. Tal vez venían de allí algunos de los nombres que le mandaba a Pantasilea por paloma mensajera. Tenía que verificar cómo reunían las chicas la información, pero decidió ir de incógnito. Si sabían quién era, quizá le dijeran lo que ellas creían que él quería oír.

Llegó a la dirección y miró el cartel: La Rosa in Fiore. No cabía duda y aun así no parecía la clase de sitio que la nomenclatura Borgia frecuentara, a menos que fueran allí a visitar los barrios bajos. Estaba claro que no tenía ni punto de comparación con el local de Paola en Florencia, al menos por fuera. Además, el negocio de Paola tenía una tienda bastante discreta en la parte delantera. Llamó con recelo a la puerta.

La abrió enseguida una chica rellenita y atractiva de unos dieciocho años, que llevaba un vestido de seda desgastado.

Le dedicó una sonrisa profesional.

—Bienvenido, extraño. Bienvenido a La Rosa in Fiore.

—Salve —dijo, cuando le dejó paso.

El vestíbulo era mucho mejor, pero aun así el lugar tenía un aire de abandono.

—¿Qué tenías pensado hacer hoy? —preguntó la chica.

—¿Serías tan amable de ir a buscar a tu jefa?

Sus ojos se convirtieron en meras rendijas.

—*Madonna* Solari no está.

—Ya veo. —Hizo una pausa, sin estar muy seguro de qué hacer—. ¿Sabes dónde está?

—Fuera.

Ahora la chica se mostraba claramente menos amistosa.

Ezio le ofreció su sonrisa más encantadora, pero ya no era joven y vio que no cortaba el hielo con ella. Creía que era un oficial de algún tipo. ¡Maldita sea! Bueno, si quería conseguir algo, tenía que fingir ser un cliente. Y si el hecho de fingirlo significaba serlo, pues que así fuera.

Acababa de decidir seguir aquel procedimiento, cuando la puerta de la calle de pronto se abrió de par en par y otra chica entró corriendo, despeinada y con el vestido mal puesto. Estaba consternada.

—*Aiuto! Aiuto!* —gritó con urgencia—. Madonna Solari… —sollozó, incapaz de continuar.

—¿Qué pasa, Lucía? Cálmate. ¿Qué estás haciendo aquí de vuelta tan temprano? Creía que habías salido con *madonna* y algunos clientes.

—Esos hombres no eran clientes, Agnella. Nos… nos… dijeron que nos llevaban a un sitio que conocían por el Tíber, pero había un barco y empezaron a abofetearnos y sacaron unos cuchillos. Se llevaron a *madonna* Solari y la encadenaron.

—¡Lucía! *Dio mio!* ¿Cómo escapaste?

Agnella rodeó a su amiga con un brazo y la llevó hasta el banco que había junto a la pared. Sacó un pañuelo y lo llevó al verdugón rojo que estaba empezando a hincharse en la mejilla de Lucía.

—Me soltaron para enviarme con un mensaje. Son traficantes de esclavos, Agnella. Dicen que sólo la dejarán libre si la compramos. De lo contrario, la matarán.

—¿Cuánto quieren? —preguntó Ezio.

—Mil ducados.

—¿Cuánto tiempo tenemos?

—Esperarán una hora.

—Entonces tenemos tiempo. Espera aquí. La iré a buscar.

«*Cazzo!* —pensó Ezio—. Esto tiene muy mala pinta. Necesito hablar con esa mujer».

—¿Dónde están?

—Hay un embarcadero, *messere*. Cerca de *isola* Tiberina. ¿Conocéis el sitio?

—Muy bien.

Ezio se apresuró. No había tiempo de ir al banco de Chigi y ninguna de sus tres sucursales estaba de camino, así que recurrió a un prestamista, que sabía cómo conseguir lo que quería, pero le sirvió a Ezio para sumar la cantidad que necesitaba. Con todo aquello encima, pero decidido a no desprenderse ni de una

moneda si lo podía evitar, y maldiciendo que aquellos cabrones se hubieran llevado justo a la persona con la que más le interesaba hablar, alquiló un caballo y cabalgó de forma temeraria por las calles hacia el Tíber, dispersando a la gente, a las gallinas y a los perros que se agolpaban a su paso.

Encontró la barca, más bien un barco pequeño, sin dificultad, gracias a Dios, y desmontó, corrió hacia el final del embarcadero donde estaba amarrado y gritó el nombre de *madonna* Solari.

Los que la retenían estaban preparados. Había dos hombres ya en la cubierta y le apuntaban con pistolas. Ezio entrecerró los ojos. ¿Pistolas? ¿En manos de unos granujillas baratos como aquéllos?

—No te acerques más.

Ezio retrocedió, pero mantuvo el dedo sobre el dispositivo que soltaba la hoja oculta.

—Has traído el puto dinero, ¿verdad?

Ezio, con la otra mano, sacó lentamente la bolsa que contenía los mil ducados.

—Bien. Veamos si el capitán está de buen humor para no cortarle el puto cuello.

—¡El capitán! ¿Quién coño os creéis que sois? ¡Sácala! ¡Sácala ya!

La cólera en la voz de Ezio dominó al traficante de esclavos que había hablado. Se dio la vuelta ligeramente y llamó a alguien que estaba bajo cubierta. Debían de estar oyendo la conversación porque había dos hombres subiendo por la escalera de cámara y llevaban consigo a una mujer de unos treinta y cinco años. Su maquillaje estaba muy corrido, tanto por las lágrimas como por el maltrato, y tenía unos morados horribles en la cara, en los hombros y en los pechos, al descubierto al haberle roto el vestido lila que llevaba y descubrir el corpiño. Había manchas de sangre en su vestido, más abajo, e iba esposada de pies y manos.

—Aquí está el pequeño tesoro —dijo con sorna el traficante que había hablado antes.

Ezio respiró profundamente. Aquélla era una curva solitaria del río, pero podía ver la isla Tiberina a tan sólo 50 metros de distancia. Ojalá pudiera decirle algo a sus amigos. Si hubieran oído algo, habrían supuesto que se trataba tan sólo de un puñado de marineros borrachos; todo el mundo sabía que había bastantes por toda la ribera, y si Ezio alzaba la voz o pedía ayuda, la Solari estaría muerta al instante, y él también, a menos que los pistoleros no tuvieran

mucha puntería, puesto que la distancia era insignificante.

Cuando los ojos desesperados de la mujer se encontraron con los de Ezio, un tercer hombre, vestido de cualquier forma con los tristes restos de la chaqueta de un capitán naval, subió por la escalera. Miró a Ezio y luego a la bolsa de dinero.

—Lánzala —dijo con voz ronca.

—Primero entrégamela y quítale esas esposas.

—¿Estás sordo? Tira la puta bolsa. ¡El dinero, joder!

Ezio avanzó involuntariamente. Al instante, las pistolas se elevaron de forma amenazadora, el capitán sacó una falcata y los otros dos sujetaron con fuerza a la mujer, que se quejó con expresión de dolor.

—No te acerques más. Acabaremos con ella si lo haces.

Ezio se detuvo, pero no retrocedió. Calculó con la vista la distancia que le separaba de la cubierta. Su dedo tembló sobre el botón que accionaba la hoja oculta.

—Tengo el dinero, está todo aquí —dijo, mostrando la bolsa y acercándose un paso más sin quitarle los ojos de encima.

—Quédate dónde estás. No me pongas a prueba. Como des un paso más, la mato.

—Entonces no tendréis el dinero.

—¿Ah, no? Somos cinco contra uno. No creo que pongas ni un puto dedo a bordo antes de que mis amigos te disparen en la boca y en las pelotas.

—Entrégamela antes.

—Mira, ¿eres imbécil o qué? ¡Nadie se va a acercar a este puto barco a menos que quieras a esta *puttana* muerta!

—*Messere! Aiutateme!* —gimoteó la desdichada.

—¡Cállate de una puta vez, zorra! —soltó uno de los hombres que la sujetaban y la golpeó en los ojos con el mango de su puñal.

—¡Vale! —gritó Ezio cuando vio que salía sangre a borbotones de la cara de la mujer—. Ya basta. Soltadla. Ya.

Le lanzó la bolsa de dinero al capitán para que cayera a sus pies.

—Eso está mejor —dijo el traficante de esclavos—. Ahora terminemos este asunto.

Antes de que Ezio pudiera reaccionar, colocó la hoja de su espada en el cuello de la mujer y se la clavó profundamente, separándole prácticamente la cabeza del cuerpo.

—Si tienes alguna objeción, pídele cuentas a messer Cesare —dijo con sorna

el capitán, mientras el cuerpo se desplomaba sobre la cubierta bajo una fuente de sangre.

Casi de manera imperceptible, les hizo una señal a los dos hombres armados con pistolas.

Ezio sabía lo que venía a continuación y estaba preparado. Como un rayo, esquivó ambas balas y en el mismo instante en el que saltó al aire, accionó la hoja oculta. Con ella apuñaló en el ojo izquierdo al primero de los hombres que había estado sujetando a la prisionera. Incluso antes de que el hombre hubiera caído al suelo, Ezio esquivó un golpe oscilante de la falcata del capitán y, desde abajo, hundió la hoja en la barriga del otro hombre, desgarrándosela con la fuerza de su empujón. La hoja no estaba diseñada para cortar y si se torcía un poco, rasgaba más que otra cosa, pero no importaba.

Los siguientes serían los pistoleros. Tal y como esperaba, estaban intentando desesperadamente recargar sus armas, pero el pánico les hacía más torpes. Enseguida retiró la hoja y desenfundó su pesado puñal. La pelea era demasiado próxima como para poder usar la espada y necesitaba la punta en sierra que tenía aquel potente puñal. Cortó la mano que sujetaba el arma de uno de los pistoleros y luego le clavó con fuerza la punta en el costado. No le dio tiempo a terminar la faena porque el otro pistolero se le acercó por detrás y le golpeó con la culata de su pistola. Por suerte el golpe no alcanzó su objetivo y Ezio, que sacudió la cabeza para aclarársela, se dio la vuelta y llevó su puñal hasta el pecho del hombre mientras levantaba los brazos para intentar golpearle de nuevo.

Miró a su alrededor. ¿Dónde estaba el capitán?

Ezio le vio caminando a trompicones por la ribera, agarrando la bolsa bien fuerte para que no se cayeran las monedas.

«¡Qué tonto! —pensó Ezio—. Debería haber cogido el caballo».

Salió corriendo tras él y le alcanzó con facilidad puesto que la bolsa pesaba mucho. Agarró al capitán por el pelo y le dio una patada en las piernas para obligarle a arrodillarse con la cabeza echada hacia atrás.

—Ahora vas a probar tu propia medicina —dijo, y le cortó la cabeza al capitán exactamente igual que él había hecho con *madonna* Solari.

Dejó que el cuerpo cayera al suelo, recogió la bolsa y de vuelta al barco, buscó las monedas que se habían caído. El traficante de esclavos herido se retorcía en la cubierta. Ezio le ignoró y se dirigió abajo para saquear el diminuto camarote, donde enseguida localizó una pequeña caja fuerte, que abrió con la hoja ensangrentada de su puñal. Estaba llena de diamantes.

—Esto servirá —dijo Ezio para sus adentros.

Se metió la caja debajo del brazo y subió de nuevo corriendo por la escalerilla. Colocó la bolsa del dinero y la caja de diamantes en las alforjas de su caballo, junto a las pistolas, luego volvió al hombre herido, y casi se resbaló con la sangre en la que se deslizaba el traficante de esclavos. Ezio se agachó y cortó uno de los ligamentos de la corva del hombre mientras le tapaba la boca con una mano para que dejara de dar alaridos. Eso debería ralentizarlo. Para siempre.

Acercó la boca al oído de aquel hombre.

—Si sobrevives —dijo— y vuelves a ver a ese canalla sifilítico al que llamas tu señor, dile que todo esto ha sido gentileza de Ezio Auditore. Si no, *requiescat in pace*.

Capítulo 20

Ezio no volvió inmediatamente al burdel. Era tarde. Devolvió el caballo, le compró un saco al mozo de cuadra por unas cuantas monedas, y metió allí dentro su botín y el dinero. Se echó el saco al hombro y fue a ver al prestamista, que parecía sorprendido y decepcionado al verle regresar tan pronto y tenerle que devolver lo que le debía. Luego, de vuelta a su alojamiento, procuró mezclarse con la muchedumbre de la noche cada vez que veía guardias de Borgia.

Una vez allí, hizo que le llevaran agua para bañarse, se desnudó y se lavó, cansado, deseando que Caterina volviera a aparecer una vez más por la puerta y le sorprendiera. En aquella ocasión no le interrumpió nadie de aquella manera tan agradable. Se puso ropa limpia y metió en el saco la que había llevado hasta entonces, destrozada después del trabajo del día. Se desharía de ella más tarde. Limpió las pistolas y las metió en una cartera. Pensó en quedárselas, pero eran demasiado pesadas y difíciles de manejar, así que decidió dárselas a Bartolomeo. La mayoría de los diamantes también se los regalaría a Bartolomeo, pero tras examinarlos, Ezio escogió cinco de los mejores y más grandes, y los guardó en su propio monedero. Al menos, le asegurarían no tener que estar perdiendo el tiempo preocupándose de dónde sacar dinero durante una temporada.

Todo lo demás se lo daría a La Volpe para enviarlo al cuartel. Si no podía fiarse de un amigo ladrón, ¿en quién iba a confiar entonces?

No tardó en estar preparado para salir de nuevo. La cartera colgaba de su hombro y tenía la mano sobre el pestillo, cuando sintió un agotamiento terrible. Estaba cansado de matar; cansado de la codicia, de las ansias de poder, y también del sufrimiento al que conducía todo aquello.

Estaba también casi harto de tanta lucha.

Dejó caer la mano que sujetaba la puerta y descolgó la cartera para dejarla sobre la cama. Cerró la puerta con llave, volvió a desvestirse y después de apagar la vela, se tiró en la cama. Tan sólo tuvo tiempo de recordar poner un

brazo protector alrededor de la bolsa antes de quedarse dormido.

Sabía que aquel descanso no duraría mucho.

Ezio entregó la cartera en El Zorro Durmiente con instrucciones detalladas. No quería delegar aquel trabajo, pero le necesitaban en otro sitio. Le habían llegado pocos informes de los espías de La Volpe, pero los resultados coincidían con los que Maquiavelo le había enviado a Pantasilea por paloma mensajera, lo que mitigaba la mayoría de las dudas que le quedaban a Ezio sobre su amigo, aunque La Volpe tenía sus reservas. Ezio podía entenderlo. Maquiavelo resultaba distante, incluso frío. Aunque ambos eran florentinos y Florencia no se llevaba muy bien con Roma, y menos aún con los Borgia, parecía que La Volpe, a pesar de que todo apuntaba lo contrario, todavía albergaba sus dudas.

—Es una corazonada —fue lo único que dijo, con aspereza, cuando Ezio sacó el tema.

No había noticias de la Manzana, salvo que seguía en manos de los Borgia, aunque no se sabía con seguridad si la tenía Cesare o Rodrigo. Rodrigo conocía muy bien su potencial, aunque a Ezio le parecía poco probable que confiara a su hijo lo que sabía, dada la tensión que existía entre ambos. En cuanto a Cesare, era la última persona vista con el artefacto, pero no había ningún indicio de que estuviera utilizándolo. Ezio rezó para que a quienquiera que se la hubiera dado para estudiarla, si es que en realidad había hecho eso, no supiera descubrir sus misterios o los ocultara a su señor.

A Maquiavelo no le encontraba por ninguna parte. No había dado señales de vida ni siquiera en el cuartel general secreto de los Asesinos en la isla Tiberina. La única información que Ezio obtuvo era que estaba «fuera», pero tampoco le habían avisado de que estuviera en Florencia. Los dos jóvenes amigos que estaban temporalmente en Roma en aquel momento —Baldassare Castiglione y Pietro Bembo— y llevaban la guarida, eran de confianza y miembros asociados de la Hermandad, en especial porque uno tenía contacto con Cesare y el otro, con Lucrezia. Ezio pensó que era una lástima que el primero tuviera que regresar pronto a Mantua y el segundo, a Venecia. Se consoló con la idea de que le serían útiles de todas maneras en sus ciudades natales.

Contento por haber hecho todo lo posible en aquellos frentes, Ezio volvió a pensar en La Rosa in Fiore.

Esta vez, cuando visitó el burdel, la puerta estaba abierta. El local parecía de

algún modo más aireado e iluminado. Recordaba el nombre de las chicas que había conocido el día que habían raptado a *madonna* Solaris y después de decírselo a una mujer mayor y más sofisticada que había en el vestíbulo, que, según había advertido, tenía haciendo guardia a dos jóvenes bien vestidos y educados, pero con pinta de bravucones, le acompañaron hasta el patio interior, donde le indicaron dónde encontrar a las chicas.

Se halló en un jardín de rosas, rodeado por unas altas paredes de ladrillo rojo. Una pérgola, casi oculta bajo las exuberantes rosas trepadoras, ocupaba una pared y en el centro había una pequeña fuente con bancos de mármol blanco a su alrededor. Las chicas a las que buscaba estaban en grupo hablando con dos mujeres mayores que se hallaban de espaldas a él. Se volvieron cuando se acercó.

Estaba a punto de presentarse —había decidido probar otra táctica esta vez—, cuando se quedó boquiabierto.

—¡Madre! ¡Claudia! ¿Qué estáis haciendo aquí?

—Esperándote. Ser Maquiavelo, antes de marcharse, nos dijo que a lo mejor te encontrábamos aquí.

—¿Dónde está? ¿Le habéis visto en Florencia?

—No.

—Pero ¿qué estáis haciendo aquí, en Roma? —repitió como un tonto. Estaba sorprendido y preocupado a un tiempo—. ¿Han atacado Florencia?

—No, no es nada de eso —respondió María—. Pero los rumores eran ciertos: nuestro palazzo está destruido. Allí no queda nada para nosotras.

—Y aunque no estuviera en ruinas, no volvería jamás a la rocca de Mario en Monteriggioni —terció Claudia.

Ezio la miró y asintió. Comprendía lo duro que resultaría ese regreso para una mujer como ella, pero en el fondo estaba preocupado.

—Así que hemos venido aquí. Hemos cogido una casa en Roma —continuó María—. Nuestro sitio está contigo.

Los pensamientos se agolpaban en la cabeza de Ezio. En lo más recóndito de su corazón, aunque apenas lo admitía en su mente consciente, aún sentía que podía haber impedido la muerte de su padre y de sus hermanos. Les había fallado. María y Claudia era todo lo que le quedaba de su familia. ¿No les fallaría de la misma manera? No quería que dependieran de él.

El atraía al peligro. Si estaban cerca, ¿no correrían peligro también? No quería ser responsable de sus muertes. Estaban mejor en Florencia, donde tenían

amigos, donde su seguridad estaría garantizada, en una ciudad que había recuperado la estabilidad bajo el sabio gobierno de Piero Soderini.

—Ezio —dijo Claudia, interrumpiendo sus pensamientos—. Queremos ayudar.

—Buscaba poneros a salvo al enviaros a *Firenze*.

Trató de mantener su voz libre de impaciencia, pero estaba hablando con brusquedad. María y Claudia parecían sorprendidas y, aunque a María se le pasó enseguida, Ezio se dio cuenta de que Claudia estaba dolida y molesta. ¿Había captado algo de lo que se le pasaba por la cabeza?

Por suerte fueron interrumpidos por Agnella y Lucía.

—Messer, disculpad, pero estamos impacientes. Seguimos sin tener noticias de madonna Solari. ¿Sabéis qué ha sido de ella?

Ezio seguía pensando en Claudia y en la expresión de sus ojos, pero su atención se desvió a la pregunta. Cesare debía de haber hecho un buen trabajo de encubrimiento. Pero se encontraban cadáveres en el Tíber prácticamente todos los días y algunos incluso llevaban allí tiempo.

—Está muerta —contestó bruscamente.

—¿Qué? —gritó Lucía.

—*Merda* —espetó Agnella de forma sucinta.

La noticia se difundió enseguida entre las chicas.

—¿Qué haremos ahora? —preguntó una.

—¿Tendremos que cerrar? —preguntó otra.

Ezio dedujo el trasfondo de su preocupación. Con madonna Solari, a pesar de lo incompetente que Maquiavelo decía que era, aquellas chicas habían estado recopilando información para los Asesinos. Sin protección, y, como sugería la muerte de Solari, si Cesare sospechaba de La Rosa in Fiore, ¿cuál sería su destino? Por otro lado, si pensaba que Solari no era la única espía de aquel lugar, ¿no habría actuado ya?

Estaba claro, todavía quedaba esperanza.

—No podéis cerrar —les dijo—. Necesito vuestra ayuda.

—Pero *messere*, sin nadie que lleve el local, estamos acabadas.

Una voz junto a él dijo, decidida:

—Yo me encargaré.

Era Claudia.

Ezio se volvió hacia ella.

—¡Éste no es lugar para ti, hermana!

—Sé cómo llevar un negocio —replicó—. Dirigí durante años las fincas que el tío Mario tenía en la Conchinchina.

—Esto es distinto.

La voz tranquilizante de su madre intervino.

—¿Qué alternativa te queda, Ezio? Necesitas a alguien ya, sin duda, y sabes que puedes confiar en tu hermana.

Ezio lo encontró lógico, pero significaba poner a Claudia en primera línea, el sitio en el que más temía que estuviera. La fulminó con la mirada y ella le miró con desafío.

—Si lo haces, Claudia, estarás sola. No tendrás ninguna protección especial por mi parte.

—Me las he arreglado perfectamente sin ti estos veinte años —dijo con desdén.

—Muy bien —respondió con mucha frialdad—. Pues será mejor que te pongas a trabajar. Antes que nada, quiero este lugar bien limpio, redecorado y mejorado en todos los sentidos. Hasta hace falta trabajar a fondo en este jardín. Quiero que este local sea el mejor de toda la ciudad. ¡Y sabe Dios que tenéis competencia! Quiero a las chicas limpias. Nadie sabe mucho de esa nueva enfermedad. Se extiende por todos los puertos y las ciudades más grandes, así que ya sabemos lo que significa.

—Nos ocuparemos de eso —respondió Claudia con frialdad.

—Más os vale. Y hay otra cosa. Mientras estés aquí, quiero que tus cortesanas averigüen dónde está Caterina Sforza.

Continuó con la expresión inmutable.

—Puedes contar con nosotras.

—Ahora estás metida en esto, Claudia. Cualquier error será responsabilidad tuya.

—Puedo cuidarme de mí misma, hermano.

—Eso espero —gruñó Ezio y giró sobre sus talones.

Capítulo 21

Ezio estuvo ocupado las siguientes semanas, consolidando las fuerzas restantes de la Hermandad que estaban reunidas en Roma, y decidiendo qué uso hacer de la información inicial que había obtenido de La Volpe y de los informes anteriores que le había enviado Bartolomeo. No podía esperar que la marea se estuviera volviendo ya contra los Borgia, pero podía ser que estuviera viendo el principio del fin. No obstante, recordaba el viejo dicho de que era más fácil enfrentarse a un león joven que acercarse a uno viejo con experiencia. En contra de su cauto optimismo estaba el hecho de que Cesare tenía bien cogida la Romaña, mientras que los franceses tenían Milán. Además, los franceses seguían apoyando al comandante papal. Años antes, el cardenal de San Pedro ad Vincula, Giuliano della Rovere, el gran enemigo del Papa, había intentado volver a los franceses en contra de los Borgia y derrocar a Alejandro, pero Alejandro le había burlado. ¿Cómo iba a tener éxito Ezio si della Rovere había fracasado? Por lo menos nadie había envenenado al cardenal —era demasiado poderoso para eso — y seguía siendo la mejor carta de Ezio.

Ezio también había decidido, aunque lo mantenía en secreto, que su misión debería ser animar a la Hermandad para que trasladara su sede permanentemente a Roma. Roma era el centro de los asuntos internacionales y de la corrupción. ¿Dónde iban a estar mejor, sobre todo ahora que Monteriggioni ya no era una opción viable? Ezio tenía planes para un centro de distribución de los fondos de la Hermandad, en respuesta a las misiones completadas con éxito de algunos Asesinos. Aquellos diamantes que les había quitado a los traficantes de esclavos habían venido muy bien y se habían convertido en un añadido a los fondos de la campaña.

Un día…

Pero para ese día aún quedaba mucho. La Hermandad seguía sin elegir a un líder, aunque por acuerdo común y por la efectividad de sus acciones,

Maquiavelo y él se habían convertido en los jefes provisionales. Sin embargo, esto era sólo temporal y nada se había ratificado en un consejo formal.

Caterina todavía le preocupaba.

Había dejado que Claudia supervisara la renovación de La Rosa in Fiore sin ninguna intromisión. La había dejado que se hundiera o nadara en su propia confianza desmesurada. No sería culpa suya si no salía a flote. El burdel era un eslabón importante en su red, pero reconocía que si no hubiera tenido fe en su hermana, tal vez no habría aceptado su ayuda. Había llegado el momento de ponerla a prueba, de saber qué había conseguido.

Cuando regresó a La Rosa in Fiore, estaba tan sorprendido como satisfecho. Había resultado como sus otras transformaciones en la ciudad y en el cuartel de Bartolomeo, aunque era lo bastante modesto y realista para no llevarse todo el mérito. Escondió su deleite mientras disfrutaba de las suntuosas habitaciones en las que colgaban costosos tapices, donde había amplios sofás, suaves cojines de seda y vino blanco enfriado con hielo, un lujo caro.

Las chicas parecían damas, no putas, y por sus modales, no cabía duda de que alguien les había enseñado a comportarse de manera refinada. En cuanto a la clientela, lo poco que podía deducir era que el negocio estaba en auge, y aunque antes tenía sus reservas sobre la naturaleza de su reputación, ahora estaba claro. Echó un vistazo al salón central y vio al menos una docena de cardenales y senadores, así como algunos miembros de la Cámara Apostólica y otros oficiales de la Curia.

Todos estaban divirtiéndose, todos estaban relajados y esperaba que ninguno sospechara nada. Pero la prueba de que todo funcionaba bien recaería en el valor de la información que las cortesanas de Claudia pudieran extraer de aquella panda de vagos corruptos.

Vio a su hermana, vestida con pudor —lo que le alegró—, hablando demasiado cariñosamente a su parecer con Ascanio Sforza, el antiguo vicecanciller de la Curia, que ahora estaba en Roma de nuevo tras su breve desgracia, intentando volver a ganarse el favor papal. Cuando Claudia vio a Ezio, le cambió la expresión. Se excusó ante el cardenal y se acercó a él con una sonrisa crispada en la cara.

—Bienvenido a La Rosa in Fiore —dijo.

—Y que lo digas.

No sonrió.

—Como puedes ver, es el burdel más popular de Roma.

—La corrupción continúa siendo corrupción, aunque se vista de seda.

Su hermana se mordió el labio.

—Lo hemos hecho bien. No olvides por qué existe este lugar.

—Sí —contestó—. El dinero de la Hermandad parece que se ha invertido bien.

—Eso no es todo. Ven a mi despacho.

Para sorpresa de Ezio, se encontró allí a María, haciendo algo de papeleo con un contable. Madre e hijo se saludaron cautelosamente.

—Quiero enseñarte esto —dijo Claudia mientras sacaba un libro—. Aquí guardo una lista de todas las habilidades que les he enseñado a mis chicas.

—¿Tus chicas? —Ezio no pudo evitar el sarcasmo en su voz. Su hermana parecía nadar como pez en el agua.

—¿Por qué no? Echa un vistazo.

Su propia actitud se había vuelto más rígida.

Ezio hojeó el libro que le habían ofrecido.

—No les estás enseñando mucho.

—¿Crees que podrías hacerlo mejor? —respondió con sorna.

—*Nessun problema* —dijo Ezio de forma desagradable.

Al notar el conflicto, María dejó a su contable y se acercó a ellos.

—Ezio —dijo—, los Borgia se lo han puesto muy difícil a las chicas de Claudia. No se han metido en líos, pero cuesta mucho no levantar sospechas. Hay varias cosas que podrías hacer para ayudarlas…

—Lo tendré en cuenta. Luego me lo apunto. —Ezio volvió su atención a Claudia—. ¿Algo más?

—No. —Hizo una pausa y luego añadió—: ¿Ezio?

—¿Qué?

—Nada.

Ezio se dio la vuelta para marcharse y después dijo:

—¿Has encontrado a Caterina?

—Estamos trabajando en ello —respondió con frialdad.

—Me alegro de saberlo. Bene. Ven a verme a la isola Tiberina en cuanto averigües exactamente dónde la retienen. —Inclinó la cabeza hacia las risas que venían del salón central—. Con todo lo que tenéis aquí para exprimir, no debería resultaros tan difícil.

Se marchó.

Fuera, en la calle, se sintió culpable por cómo se había comportado. Parecían

estar haciendo un trabajo magnífico. Pero ¿sería capaz Claudia de defenderse?

Se encogió de hombros por dentro. Tuvo que reconocer una vez más que la verdadera fuente de su enfado residía en su propia preocupación por su capacidad para proteger a aquellos que más quería. Sabía que los necesitaba, pero era consciente de que el miedo por su seguridad le hacía vulnerable.

Capítulo 22

La reunión con Maquiavelo que Ezio esperaba hacía tanto tiempo por fin tuvo lugar en la isla Tiberina poco después del encuentro en el burdel. Ezio estuvo reservado al principio —no le gustaba que nadie de la Hermandad desapareciera sin que él supiera dónde habían ido—, pero en el fondo de su corazón admitió que por Maquiavelo haría una excepción. La Hermandad en sí misma era una asociación de almas librepensadoras y de espíritus libres que actuaban juntos no por coerción u obediencia, sino por una preocupación y un interés comunes. No era dueño de ellos, ni tampoco tenía ningún derecho a controlarlos.

Serio y decidido, le estrechó la mano a su compañero, puesto que Maquiavelo evitaba el afecto de un abrazo.

—Tenemos que hablar —dijo.

—Sin duda. —Maquiavelo le miró—. Tengo entendido que conoces mi pequeño acuerdo con Pantasilea.

—Sí.

—Bien. Esa mujer tiene más estrategias en su meñique que su marido en todo el cuerpo. Y con ello no pretendo insinuar que no sea el mejor en lo suyo. —Hizo una pausa—. He podido conseguir algo de gran valor de uno de mis contactos. Ahora tenemos los nombres de nuevos agentes Templarios importantes que Cesare ha reclutado para aterrorizar Roma.

—Dime cómo puedo encontrarlos.

Maquiavelo lo consideró.

—Te sugiero que busques señales de sufrimiento en cualquier zona de la ciudad. Visita a sus habitantes. Quizá descubras personas que puedan indicarte la dirección correcta.

—¿Has obtenido esta información de un oficial de Borgia?

—Sí —contestó Maquiavelo con cuidado, tras una pausa—. ¿Cómo lo sabes?

Ezio, al pensar en el encuentro que había presenciado con La Volpe en la plaza del mercado, se preguntó si aquél no sería el contacto inicial. Maquiavelo debía de estar siguiéndole desde el principio.

—Lo he acertado por pura casualidad —respondió—. Grazie.

—Mira, Claudia, Bartolomeo y La Volpe te están esperando en la habitación interior que hay ahí. —Hizo una pausa—. Eso sí que ha sido pura casualidad.

—*Virtú*, querido Nicolás, eso es todo —dijo Ezio, a la cabeza.

«¿Virtud?», se dijo Maquiavelo para sus adentros mientras le seguía.

Sus compañeros de la Hermandad se levantaron cuando entró en la guarida santuario. Tenían las caras tristes.

—*Buona sera* —saludó Ezio y fue directo al grano—. ¿Qué habéis descubierto?

Bartolomeo habló primero.

—Hemos verificado que ese bastardo de Cesare está ahora en el Castel Sant'Angelo con el Papa.

La Volpe añadió:

—Y mis espías han confirmado que es cierto que le han dado la Manzana a alguien para que la estudie en secreto. Estoy tratando de averiguar su identidad.

—¿Tenemos alguna suposición?

—Las conjeturas no son buenas. Debemos saberlo con seguridad.

—Tengo noticias de Caterina Sforza —intervino Claudia—. La semana que viene la trasladarán a la prisión que hay dentro del castillo. El jueves al anochecer.

A Ezio le dio un vuelco el corazón al oír aquello, pero todo eran buenas noticias.

—*Bene* —dijo Maquiavelo—. Pues iremos al castillo. Roma se curará en cuanto Cesare y Rodrigo ya no estén.

Ezio levantó una mano.

—Tan sólo si surge la oportunidad perfecta para asesinarlos, la aprovecharé.

Maquiavelo parecía molesto.

—No repitas el mismo error que en la cripta. Ahora tendrás que matarlos.

—Estoy de acuerdo con Nicolás —dijo Bartolomeo—. No deberíamos esperar.

—Bartolomeo tiene razón —afirmó La Volpe.

—Deben pagar por la muerte de Mario —terció Claudia. Ezio los calmó.

—No os preocupéis, amigos míos; morirán. Tenéis mi palabra.

Capítulo 23

El día señalado para el traslado de Caterina al Castel Sant'Angelo, Ezio y Maquiavelo se unieron a la muchedumbre que se había congregado delante de un magnífico carruaje con las persianas de las ventanas cerradas y cuyas puertas llevaban el emblema de los Borgia. Los guardias que rodeaban el carruaje alejaban a la gente y no era de extrañar, porque el humor de la multitud no era unánimemente entusiasta. Uno de los cocheros saltó de su cabina, dio la vuelta, se apresuró a abrir la puerta del lado derecho, sacó la escalera y se dispuso a ayudar a bajar a los ocupantes del carruaje.

Al cabo de un rato, salió la primera figura, que llevaba un vestido azul oscuro con un corpiño blanco. Ezio reconoció enseguida a la hermosa rubia con labios crueles. La última vez que la había visto de cerca había sido durante el saqueo de Monteriggioni, pero era un rostro que jamás podría olvidar. Lucrezia Borgia. Bajó al suelo con toda dignidad, pero se perdió al regresar al carruaje para coger algo —o a alguien— de lo que estiró con fuerza.

Sacó a Caterina Sforza por el pelo y la tiró al suelo ante ella. Despeinada y encadenada, con un vestido ordinario de color marrón, Caterina, derrotada, aún tenía mayor presencia y temple de los que jamás conocería su captora. Maquiavelo tuvo que contener a Ezio agarrándole por el brazo cuando empezó a caminar automáticamente. Ezio había visto ya bastantes seres queridos maltratados, pero ahora tenía que reprimirse. Un intento de rescate en aquel momento estaría condenado al fracaso.

Lucrezia, con un pie en su víctima postrada, empezó a hablar:

—*Salve, cittadini de Roma*. Salve, ciudadanos de Roma. Contemplad qué vista más espléndida. ¡Cateriza Sforza, la puta de Forli!

Mucho tiempo lleva ya desafiándonos. Ahora por fin la hemos hecho entrar en vereda.

Apenas hubo reacción por parte de la muchedumbre al oír sus palabras y en

el silencio, Caterina alzó la cabeza y gritó:

—¡Ja! Nadie llega tan bajo como Lucrezia Borgia. ¿Quién te ha hecho hacer esto? ¿Ha sido tu hermano? ¿O tu padre? ¿Tal vez los dos? Al mismo tiempo, ¿eh? Al fin y al cabo, todos estáis en la misma pocilga.

—*Chiudi la bocca!* ¡Cállate! —gritó Lucrezia y le dio una patada—. Nadie habla mal de los Borgia. —Se agachó, puso a Caterina de rodillas y la abofeteó tan fuerte que volvió a caer en el barro. Alzó la cabeza, con orgullo—. Lo mismo le ocurrirá a cualquiera, y digo a cualquiera, que se atreva a desafiarnos.

Le hizo unas señas a los guardias, que cogieron a la desafortunada Caterina, la pusieron de pie y la movieron a pulso hacia las puertas del castillo. Aun así, Caterina logró chillar:

—Buena gente de Roma, sed fuertes. Llegará vuestro momento. Se os librará de este yugo, lo juro.

Mientras desaparecía y Lucrezia volvía a su carruaje para continuar, Maquiavelo se volvió hacia Ezio.

—Bueno, la contessa no ha perdido su temperamento.

Ezio se sentía agotado.

—Van a torturarla.

—Es mala suerte que Forli haya caído. Pero la recuperaremos y también a Caterina. Pero tenemos que concentrarnos. Ahora estás aquí por Cesare y Rodrigo.

—Caterina es una aliada poderosa, es una de los nuestros. Si la ayudamos ahora, mientras está débil, nos devolverá el favor.

—Tal vez. Pero primero mata a Cesare y Rodrigo.

La muchedumbre estaba empezando a dispersarse y, excepto los centinelas de la puerta, los guardias de los Borgia se retiraron al castillo. Pronto no quedaron más que Ezio y Maquiavelo, de pie entre las sombras.

—Déjame, Nicolás —dijo Ezio cuando las sombras se alargaron—. Tengo trabajo que hacer.

Miró los escarpados muros de la antigua estructura circular del Mausoleo del emperador Adriano, construido hacía más de mil años, y que ahora era una fortaleza inexpugnable. Sus pocas ventanas eran altas y sus muros empinados. Conectado con la Basílica de San Pedro por un pasillo de piedra fortificado, había sido una gran fortaleza papal durante casi doscientos años.

Ezio estudió las paredes. Nada era totalmente impenetrable. Por la luz de las antorchas que parpadeaban en sus apliques, mientras caía la noche, sus ojos

comenzaron a trazar los ligeros resaltos, las fisuras y las imperfecciones que, aunque pequeñas, le permitirían escalar. Una vez que planificó su ruta, saltó como un gato al primer lugar donde asirse con manos y pies. Hundió los dedos, estabilizó su respiración y después, empezó a escalar la pared tranquila y lentamente, evitando la luz que proyectaban las antorchas.

A medio camino se encontró con una abertura, una ventana sin cristales en un marco de piedra, bajo la que había, en la parte interior de la pared, un pasillo para los guardias. Miró a ambos lados, pero estaba desierto. En silencio, se colgó y miró hacia abajo, hacia el otro extremo del pasillo, por encima de la barandilla, y enseguida vio los establos. Había cuatro hombres caminando a los que reconoció de inmediato. Cesare estaba celebrando algún tipo de reunión con tres de sus tenientes principales: el general francés, Octavien de Valois; el banquero personal de Cesare y su socio cercano, Juan de Borgia Lanzol de Romaní; y un hombre delgado, vestido de negro, con una cara cruel y llena de cicatrices: Micheletto da Corella, la mano derecha de Cesare y su asesino de mayor confianza.

—Olvídate del Papa —estaba diciendo Cesare—, responde sólo ante mí. Roma es el pilar que levanta toda nuestra empresa. No puede tambalearse. Lo que significa que vosotros tampoco.

—¿Y qué hay del Vaticano? —preguntó Octavien.

—¿Qué? ¿Ese club de ancianos cansados? —respondió Cesare con desprecio —. De momento, utilizamos a los cardenales, pero pronto ya no les necesitaremos.

Al acabar aquella frase, atravesó una puerta para salir del patio de los establos y dejar a los otros tres solos.

—Bueno, por lo visto nos deja Roma a nosotros —dijo Juan después de una pausa.

—Entonces la ciudad estará en buenas manos —dijo Micheletto sin alterarse.

Ezio les escuchó un rato más, pero no dijeron nada que él no supiera ya, así que continuó trepando por la pared, en busca de Caterina. Vio que salía luz de otra ventana, con cristales esta vez, pero abierta al aire de la noche, y con un alféizar exterior, sobre el que podía en parte apoyarse. Al hacerlo, se asomó con cautela hacia el pasillo iluminado con velas y de paredes lisas de madera. Lucrezia estaba allí, sentada en un banco tapizado, escribiendo en su cuaderno, pero de vez en cuando levantaba la vista, como si estuviera esperando a alguien.

Unos minutos más tarde, Cesare apareció por una puerta al otro lado del

pasillo y se acercó corriendo a su hermana.

—Lucrezia —dijo y la besó de manera muy poco fraternal.

Tras saludarse, se quitó las manos de su hermana del cuello, y aún sujetándolas y mirándola a los ojos, le dijo:

—Espero que estés tratando a nuestra invitada con amabilidad.

Lucrezia hizo una mueca.

—Esa boca que tiene… ¡Cuánto me gustaría coserla para cerrársela!

Cesare sonrió.

—Yo la prefiero abierta.

—¿Ah, sí?

Ignoró su malicia y continuó:

—¿Has hablado con nuestro padre sobre los fondos que le ha pedido mi banquero?

—El Papa ahora mismo está en el Vaticano, pero puede que cuando vuelva necesite más convencimiento. Así como su banquero. Ya sabes lo cauto que es Agostino Chigi.

Cesare se rio brevemente.

—Bueno, está claro que no se hizo rico siendo un imprudente. —Hizo una pausa—. Pero eso no debería ser un problema, ¿no?

Lucrezia abrazó a su hermano por el cuello y se acurrucó contra él.

—No, pero… a veces estoy muy sola aquí sin ti. Últimamente no pasamos mucho tiempo juntos, tan ocupado como estás con tus otras conquistas.

Cesare la sostuvo contra él.

—No te preocupes, gatita. Pronto, en cuanto me asegure el trono de Italia, serás mi reina, y tu soledad será cosa del pasado.

Se retiró un poco para mirarle a los ojos.

—No puedo esperar.

Cesare le pasó la mano por sus finos cabellos rubios.

—Compórtate mientras estoy fuera.

Entonces, tras otro beso prolongado, se marchó por la puerta por la que había entrado mientras Lucrezia, que parecía alicaída, se iba en dirección opuesta.

¿Adónde iba Cesare? ¿Se marchaba de inmediato? Por su despedida, eso parecía. Rápidamente, Ezio rodeó la circunferencia de la pared hasta que estuvo en una posición desde la que podía ver la puerta principal del Castel.

Estuvo el tiempo suficiente, puesto que mientras observaba, la puerta se abrió en medio de los gritos de los guardias:

—¡Atención! ¡El capitán general parte hacia Urbino!

Y poco después, sobre un caballo negro, Cesare salió cabalgando, acompañado de un pequeño séquito.

—¡*Buona fortuna, padrone* Cesare! —gritó uno de los oficiales de la guardia.

Ezio observó cómo su archienemigo se adentraba en la noche.

«Ha sido una visita relámpago —pensó para sus adentros—, y no he tenido la oportunidad de matarlo. Nicolás estará muy decepcionado».

Capítulo 24

Ezio volvió a centrar su atención en la tarea que tenía entre manos: encontrar a Caterina. Arriba, en la parte occidental del castillo, distinguió una ventanita hundida en la pared, de la que salía una luz débil. Se dirigió hacia allí. Cuando la alcanzó, vio que no había alféizar sobre el que descansar, pero en su lugar había un estrecho travesaño que salía de la ventana de arriba, al que podía agarrarse bien con una mano.

Miró en la habitación. Estaba vacía, aunque ardía una antorcha en la pared y su aspecto de calabozo le hizo pensar a Ezio que estaba en el camino correcto.

Más adelante, a la misma altura, había una ventana similar. Ezio se acercó y se asomó entre los barrotes, aunque no tenían ningún sentido. Nadie era lo bastante delgado como para escapar por aquella ventana, bajar cuarenta y cinco metros hasta el suelo y seguir por el río hacia algún lugar seguro. La luz era más tenue, pero Ezio vio de inmediato que era una celda.

De repente, respiró hondo. ¡Allí, aún encadenada, estaba Caterina! Se hallaba sentada en un banco áspero contra una pared, pero Ezio no podía ver si estaba atada a él. Tenía la cabeza hacia abajo y Ezio no sabía si estaba despierta o dormida.

Dormida o no, la mujer levantó la cabeza al oír el atronador golpe de la puerta.

—¡Abrid! —oyó Ezio que gritaba Lucrezia.

Uno de los dos guardias de afuera que estaban durmiendo se apresuró a obedecer.

—Sí, *Altezza*. Enseguida, *Altezza*.

En cuanto entró en la celda, seguida de uno de los guardias, Lucrezia no perdió el tiempo. De la conversación que Ezio había oído, podía suponer el motivo de su enfado: celos. Lucrezia creía que Caterina y Cesare se habían hecho amantes. Él no podía creer que fuera cierto. Su mente se negaba a aceptar

la idea de que aquel monstruo depravado hubiera deshonrado a Caterina.

Lucrezia cruzó la celda como una flecha y puso a Caterina de pie estirándola de los pelos para acercar la cara de la prisionera a la suya.

—¡Zorra! ¿Qué tal viaje tuviste de Forli a Roma? ¿Fuiste en el carruaje privado de Cesare? ¿Qué hicisteis?

Caterina la miró a los ojos.

—Eres patética, Lucrezia. Y más patética eres aún si crees que vivo bajo tus mismos parámetros.

Enfurecida, Lucrezia la tiró al suelo.

—¿Qué te dijo? ¿Te contó los planes que tiene para Nápoles? —Hizo una pausa—. ¿Te… gustó?

Caterina se limpió la sangre de la cara y dijo:

—La verdad es que no me acuerdo.

Su sosegada indolencia hizo que Lucrezia montara en cólera. Apartó al guardia de un empujón, cogió la barra de hierro que se usaba para asegurar la puerta y la llevó con fuerza hacia la espalda de Caterina.

—¡A lo mejor sí te acordarás de esto!

Caterina gritó por el intenso dolor y Lucrezia retrocedió, satisfecha.

—Bien. Eso por fin te ha puesto en tu lugar.

Tiró al suelo la barra de hierro y salió de la celda a grandes zancadas. El guardia la siguió y la puerta se cerró de un portazo. Ezio se dio cuenta de que tenía un enrejado.

—Cierra y dame la llave —ordenó Lucrezia desde afuera.

Se oyó un repiqueteo y un chirrido oxidado cuando giró la llave, y luego hizo ruido una cadena cuando le entregó la llave.

—Aquí tenéis, *Altezza*.

Al hombre le temblaba la voz.

—Bien. Si vuelvo y te pillo durmiendo en tu puesto, te haré azotar. Cien latigazos. ¿Entendido?

—Sí, *Altezza*.

Ezio escuchó los pasos de Lucrezia, cada vez más débiles. La mejor manera de llegar a la celda sería desde arriba.

Trepó hasta que llegó a otra abertura, que daba a un puente de vigilancia. Esta vez se encontró a unos centinelas de guardia, pero por lo visto sólo eran dos y patrullaban juntos. Calculó que debían de tardar cinco minutos en completar el circuito, así que esperó hasta que pasaron y entró otra vez de un salto.

Agachado, Ezio siguió a los guardias de lejos hasta que llegó a una entrada en la pared desde donde unos peldaños de piedra conducían al piso de abajo. Sabía que había subido dos plantas más por encima de donde estaba la celda de Caterina, así que tras bajar dos tramos de escalera se encontró en un pasillo similar a aquel donde había presenciado el encuentro entre Cesare y Lucrezia, sólo que en esta ocasión estaba revestido de piedra, no de madera. Volvió sobre sus pasos hacia la celda de Caterina. No se encontró con nadie, pero sí pasó por varias puertas pesadas, con rejas, que sugerían que eran celdas. Cuando la pared describió una curva, siguiendo la línea del castillo, oyó voces más adelante y reconoció el acento piamontés del guardia que había hablado con Lucrezia.

—Este no es sitio para mí —estaba refunfuñando—. ¿Has oído cómo me ha hablado? Ojalá estuviera de vuelta en el puto Torino.

Ezio se inclinó hacia delante. Los guardias estaban de cara a la puerta cuando Caterina se asomó a la reja. Vio a Ezio detrás de ellos, ocultándose entre las sombras.

—Oh, mi pobre espalda —les dijo a los guardias—. ¿Podéis darme un poco de agua?

Había una jarra de agua en la mesa junto a la puerta, ante la que los dos guardias se hallaban sentados. Uno de ellos la cogió y la acercó a la reja.

—¿Necesitáis algo más, princesa? —preguntó con sarcasmo.

El guardia de Turín se rio por lo bajo.

—Venga, ten piedad —dijo Caterina—. Si abres la puerta, puede que te enseñe algo que valga la pena.

Los guardias de inmediato se pusieron más formales.

—No hay necesidad de eso, contessa. Tenemos órdenes. Tened.

El guardia con la jarra de agua descorrió el pestillo de la reja, se la pasó a Caterina y volvió a cerrar la reja otra vez.

—Es la hora del relevo, ¿no? —dijo el guardia piamontés.

—Sí, Luigi y Stefano ya deberían estar aquí.

Se miraron el uno al otro.

—¿Crees que esa zorra de Lucrezia volverá pronto?

—No creo.

—Entonces ¿por qué no vamos a echar un vistazo al cuarto de guardia para averiguar qué les retiene?

—De acuerdo. Tan sólo serán un par de minutos.

Ezio observó cómo desaparecían al girar por la curva de la pared y después

fue hasta la reja.

—Ezio —susurró Caterina—. ¿Qué demonios estás haciendo aquí?

—Visitando a mi sastre. ¿Tú qué crees?

—Por Dios santo, Ezio, ¿crees que tenemos tiempo para bromas?

—Voy a sacarte. Esta noche.

—Si lo haces, Cesare te dará caza como a un perro.

—Ya va detrás de mí, pero, a juzgar por esos dos, sus hombres no parecen tan fanáticos. ¿Sabes si los guardias tienen otra llave?

—No lo creo. Le han dado la suya a Lucrezia. Me ha hecho una visita.

—Ya lo sé. La he visto.

—¿Y por qué no has hecho nada para detenerla?

—Estaba al otro lado de la ventana.

—¿Ahí fuera? ¿Estás loco?

—Soy atlético. Bueno, si Lucrezia tiene la única llave, será mejor que vaya a buscarla. ¿Sabes dónde está?

Caterina reflexionó.

—Le oí mencionar que sus aposentos están arriba del todo del Castel.

—Excelente. La llave ya es mía. Quédate aquí hasta que vuelva.

Caterina le lanzó una mirada, le echó un vistazo a las cadenas y luego a la puerta de la celda.

—Vaya, ¿adónde crees que podría ir? —dijo con una seca sonrisa.

Capítulo 25

Ya se estaba acostumbrando a las curvas de las paredes exteriores del Castel Sant'Angelo y descubrió que, cuanto más alto subía, más fácil era encontrar puntos de agarre. Pegado como una lapa, con su capa ligeramente hinchada por la brisa, no tardó en estar a la misma altura que el parapeto más alto y en silencio se impulsó hacia él.

No había mucha caída por el otro lado, tan sólo un metro hasta una estrecha pasarela de ladrillo, desde la que bajaban unas escaleras, a intervalos aislados, hasta un jardín de azotea en el centro de lo que era un edificio de piedra, de una planta, con un tejado plano. El edificio tenía amplias ventanas, así que no era una fortificación adicional, y la luz de muchas velas, que brillaba en el interior, revelaba unas habitaciones de gran opulencia y decoradas con buen gusto.

La pasarela estaba desierta, pero el jardín, no. En un banco, bajo un mangle, estaba sentada Lucrezia con recato, cogida de la mano de un joven apuesto que Ezio reconoció como uno de los actores románticos más destacados de Roma, Pietro Benintendi. ¡Cesare no estaría muy contento si se enterara de aquello! Ezio, una mera silueta, reptó por la pasarela hasta acercarse a la pareja lo máximo que se atrevió, agradecido por la luna que ya había salido, no sólo por la luz que daba sino por los focos de sombra confusos y camuflantes.

—Te quiero tanto que quiero cantarlo al cielo —dijo Pietro ardientemente.

Lucrezia hizo que se callara.

—Por favor, debes susurrarlo sólo para tus adentros. Si Cesare se entera, quién sabe lo que podría hacer.

—Pero estás libre, ¿no? Desde luego he oído lo de tu último marido y lo siento muchísimo, pero…

—¡Cállate, tonto! —Los ojos color avellana de Lucrezia brillaron—. ¿No sabes que Cesare mandó asesinar al duque de Bisceglie? ¡Estrangularon a mi marido!

—¿Qué?

—Es cierto.

—¿Qué ocurrió?

—Amaba a mi marido y Cesare se puso cada vez más celoso. Alfonso era un hombre apuesto y Cesare era consciente de los cambios que la Nueva Enfermedad le había producido en su cara, aunque sabe Dios que son leves. Hizo que sus hombres detuvieran a Alfonso y le dieran una paliza. Pero Alfonso no era un títere. Le devolvió el golpe cuando aún se estaba recuperando del ataque y ordenó que sus propios hombres contraatacaran. ¡Cesare tuvo suerte de escapar al destino de San Sebastián! Pero entonces ese hombre cruel hizo que Micheletto da Corella fuera a sus aposentos donde estaba tumbado para recuperarse de sus heridas y le estranguló allí mismo.

—No es posible.

Pietro parecía nervioso.

—Quería a mi esposo. Ahora miento a Cesare para disipar sus dudas, pero es una serpiente; siempre alerta, siempre venenosa. —Miró a los ojos de Pietro—. Gracias a Dios que te tengo para consolarme. Cesare siempre ha tenido celos de a quien le ofrezco mis atenciones, pero eso no debería disuadirnos. Además, se ha marchado a Urbino para continuar su campaña. No hay nada que nos estorbe.

—¿Estás segura?

—Mantendré nuestro secreto, si quieres —dijo Lucrezia apasionadamente. Soltó una mano de entre las suyas para moverla a su muslo.

—¡Oh, Lucrezia —suspiró Pietro—, cómo me llaman tus labios!

Se besaron, con delicadeza al principio, y luego cada vez con más pasión. Ezio cambió un poco de posición y sin querer le dio a un ladrillo suelto, que cayó al jardín. Se quedó inmóvil.

Lucrezia y Pietro se separaron de un salto.

—¿Qué ha sido eso? —dijo—. No se le permite a nadie el acceso a mi jardín ni a mis aposentos sin que yo lo sepa. ¡A nadie!

Pietro ya se había puesto de pie y miraba a su alrededor con miedo.

—Será mejor que me vaya —dijo a toda prisa—. Tengo que prepararme para mi ensayo y medir mis versos para mañana. Debo marcharme. —Se inclinó para darle a Lucrezia un último beso—. Adiós, mi amor.

—Quédate, Pietro. Estoy segura de que no ha sido nada.

—No, es tarde. Debo irme.

Con una expresión melancólica, se escabulló del jardín y desapareció por una

puerta que había en la pared del otro extremo.

Lucrezia esperó un momento, luego se levantó y chasqueó los dedos. Detrás del refugio de unos altos arbustos que crecían por allí cerca, uno de sus guardias personales salió e hizo una reverencia.

—He oído toda la conversación, *mia signora*, y puedo dar fe de ella.

Lucrezia frunció la boca.

—Bien. Cuéntaselo a Cesare. Veremos cómo se siente ahora que se han cambiado las tornas.

—Sí, *signora*.

El guardia hizo otra reverencia y se retiró.

Una vez que se quedó a solas, Lucrezia cogió una margarita de un macizo de flores que crecía por allí y comenzó a quitarle los pétalos uno a uno.

—Me quiere, no me quiere, me quiere, no me quiere…

Ezio se escabulló por la escalera más cercana y se acercó a ella. Se había vuelto a sentar y le miró al ver que se aproximaba, pero no mostró ningún miedo, tan sólo cierta sorpresa. Bueno, si tenía más guardias escondidos en el jardín, Ezio se desharía de ellos.

—Por favor, continúa. No pretendía interrumpirte —dijo Ezio, que le hizo una reverencia, aunque en su caso era con ironía.

—Vaya, vaya, Ezio Auditore da Firenze. —Le ofreció su mano para que se la besara—. Qué alegría conocerte por fin como es debido. He oído hablar mucho de ti, sobre todo últimamente. Bueno, me imagino que no hay nadie más responsable de los pequeños disgustos que hemos vivido en Roma. —Hizo una pausa—. Es una pena que Cesare ya se haya marchado. Hubiera disfrutado mucho con esto.

—No tengo nada personal en contra de ti, Lucrezia. Libera a Caterina y me retiraré.

Su voz se endureció un poco.

—Me temo que es imposible.

Ezio extendió las manos.

—Entonces no me dejas otra opción.

Salvó las distancias entre ambos, pero con cautela. Aquella mujer tenía las uñas largas.

—¡Guardias! —gritó y dejó al instante de ser una aristócrata para convertirse en una arpía con la intención de arañarle los ojos, pero él la agarró a tiempo por las muñecas.

Sacó un trozo de cuerda de su bolsa de cuero y le ató rápidamente las muñecas a la espalda antes de tirarla al suelo y colocarle con firmeza un pie sobre un pliegue de su vestido para que así no pudiera levantarse y salir corriendo. Después, desenvainó su espada y su puñal, sin ceder terreno, preparado para enfrentarse a los cuatro o cinco guardias que venían corriendo desde las estancias. Por suerte para Ezio, apenas iban armados y tampoco eran muy corpulentos, ni siquiera llevaban cota de malla. Aunque no pudo cambiar de posición, puesto que por encima de todo no podía permitir que Lucrezia se escapara, aunque estuviera tratando de morderle el tobillo a través de la bota, se agachó bajo la hoja oscilante del primer guardia y le cortó al hombre en su costado desprotegido. Uno menos. El segundo guardia fue más precavido, pero al ser consciente de que Lucrezia gruñía en el suelo, avanzó para atacar a Ezio. Arremetió contra el pecho de Ezio, pero éste esquivó el golpe, bloqueando las dos hojas de los guardias, y con su mano izquierda, la del puñal, le cortó la cabeza. Dos menos. El último, que quería aprovecharse de que las dos hojas de Ezio estaban ocupadas, salió disparado hacia delante. Ezio retiró el brazo derecho con fuerza y envió en espiral la hoja clavada en el segundo guardia hacia su nuevo enemigo. El último guardia tuvo que levantar su espada para desviar el golpe, pero fue demasiado tarde porque la hoja voladora le alcanzó el bíceps. Hizo una mueca de dolor y volvió a arremeter con la espada. Ezio había recuperado su posición, desvió el ataque con el puñal y se libró de la espada para acuchillar brutalmente al hombre en el torso. Se había acabado. Los guardias estaban muertos a su alrededor y Lucrezia permanecía en silencio por primera vez. Ezio, que respiraba con dificultad, puso de pie a su cautiva.

—Vamos —dijo— y no chilles. Si lo haces, me veré obligado a cortarte la lengua.

La arrastró hacia la puerta por la que Pietro se había marchado y, una vez en el pasillo, medio a empujones y medio a rastras, Lucrezia volvió a la torre, en dirección a las celdas.

—¿Ahora te dedicas a rescatar princesas de castillos? ¡Qué romántico! —soltó Lucrezia.

—Cállate.

—Supongo que crees que estás consiguiendo grandes cosas atacando, creando el caos y matando a quien te da la gana, ¿no?

—He dicho que te calles.

—Pero ¿tienes algún plan? ¿Qué crees que vas a conseguir? ¿No sabes lo

fuertes que somos?

Ezio vaciló ante una escalera que llevaba al piso de abajo.

—¿Por dónde? —le preguntó.

Ella se rio y no contestó.

Ezio la zarandeó.

—¿Por dónde?

—A la izquierda —respondió con resentimiento.

Se quedó callada un rato y luego volvió a empezar. Esta vez Ezio dejó que divagara. Ahora estaba seguro de dónde se encontraban. La mujer se retorció para intentar soltarse, pero él estaba concentrado en dos cosas: sujetarla con fuerza y estar alerta por si hubiera una emboscada de los guardias del castillo.

—¿Sabes qué fue de los restos de la familia Pazzi en Florencia en cuanto los pusisteis de rodillas? Tu querido amigo Lorenzo, al que llamaban Magnífico, les quitó todas sus posesiones y los metió en la cárcel. ¡A todos! Incluso a aquellos que no formaban parte de la conspiración contra él.

A regañadientes, Ezio recordó la venganza de Caterina tras la rebelión de Forli en su contra. Sus medidas habían sobrepasado las de Lorenzo; de hecho, las hacían parecer suaves a su lado. Sacudió la cabeza para deshacerse de aquel pensamiento.

—Se prohibió casarse a las mujeres y se borraron las lápidas de la familia —continuó Lucrezia—. Se eliminaron de los libros de historia. ¡Puf! ¡Así como así!

Pero no les torturaron ni les mataron, pensó Ezio. Bueno, era posible que Caterina creyera entonces que sus acciones estaban justificadas. Aun así, su crueldad le había costado parte de la lealtad con la que siempre había contado antes, y tal vez por ese motivo Cesare por fin se hizo con Forli.

Aunque todavía era una importante aliada y eso era lo que Ezio debía recordar. Y tenía que contener los sentimientos —reales o imaginados— que pudiera tener hacia ella.

—Tú y tus amigos Asesinos ignorasteis las consecuencias de vuestras acciones. Estabais contentos de poner las cosas en movimiento, pero nunca las llevasteis a cabo. —Lucrezia hizo una pausa para recuperar el aliento y Ezio tiró de ella con fuerza, pero no la detuvo—. A diferencia de ti, Cesare terminará lo que empezó y traerá la paz a Italia. Mata por un propósito superior. Como ya he dicho, sois muy distintos.

—El ignorante y el pasivo se convierten en fáciles objetivos —replicó Ezio.

—Di lo que quieras —contestó Lucrezia al darse cuenta de que le había puesto el dedo en la llaga—. De todos modos, estoy malgastando saliva, *ipocrita*.

Ya habían llegado a las celdas.

—Recuerda —dijo Ezio y sacó su puñal—, si intentas avisar a tus guardias, te cortaré…

Lucrezia respiró con dificultad, pero en silencio. Atento, Ezio avanzó lentamente. Los dos guardias nuevos estaban sentados a la mesa, jugando a las cartas. Tiró a Lucrezia al suelo, delante de él, saltó hacia ellos y los despachó antes de que les diera tiempo a reaccionar. Después, se dio la vuelta y fue a por Lucrezia, que se había puesto de pie y había echado a correr por donde habían venido mientras gritaba en busca de ayuda. La alcanzó con dos brincos, le puso una mano sobre la boca y la atrajo hacia él con el otro brazo para hacerla dar la vuelta y dirigirse hacia la celda de Caterina. La mujer mordió y rasgó la mano enguantada que le tapaba la boca y al ver que no podía hacer nada, pareció rendirse y relajó los músculos.

Caterina ya estaba en la reja y Ezio descorrió el pestillo.

—*Salute*, Lucrezia —dijo Caterina y sonrió de manera desagradable—. Cuánto te he echado de menos.

—*Vaí a farti fottere, troia*. ¡Que te den, puta!

—Tan encantadora como siempre —dijo Caterina—. Ezio, acércamela. Yo cogeré la llave.

Alargó la mano y Ezio obedeció sus órdenes. Advirtió que Caterina acariciaba los pechos de Lucrezia mientras buscaba entre ellos y sacaba la llave, que colgaba de un cordón negro de seda.

Caterina le pasó la llave a Ezio, que enseguida abrió la puerta. La misma llave servía para el candado de las cadenas —después de todo, no habían encadenado a Caterina a la pared—, y mientras Caterina se las quitaba, Ezio empujó a Lucrezia al interior de la celda.

—¡Guardias! ¡Guardias! —gritó Lucrezia.

—¡Cállate! —ordenó Caterina, que cogió un trapo sucio de la mesa de los guardias y lo usó para amordazar a su enemiga.

Luego Ezio cogió algo más de cuerda y ató los tobillos de Lucrezia antes de cerrar la puerta con llave para asegurarse de que no escapara.

Ezio y Caterina se miraron el uno al otro.

—Mi héroe —dijo con sequedad.

Ezio la ignoró.

—¿Puedes caminar?

Caterina lo intentó, pero dio un traspié.

—No creo que pueda. Los grilletes que me han puesto han debido de hacerme daño.

Ezio suspiró y la cogió en brazos. Si los guardias los sorprendían, tendría que dejarla tirada como un saco para poder usar sus armas enseguida.

—¿Por dónde? —preguntó Caterina.

—Vamos primero a los establos y luego por el camino más rápido para salir de aquí.

—¿Por qué me has salvado, Ezio? En serio. Ahora que se han quedado Forli, no te sirvo de nada.

—Aún tienes familia.

—No es tu familia.

Ezio continuó andando. Recordaba dónde debían de estar los establos. Era una suerte que al parecer Caterina fuera la única prisionera en aquella zona, por lo que no había más guardias por allí. Aun así, caminó con cuidado y se movió deprisa, pero no tan rápido como para caer en una trampa. De vez en cuando se paraba y escuchaba. Caterina no pesaba y a pesar del encarcelamiento, su pelo todavía olía a vainilla y rosas, y le recordaba la época feliz que habían pasado juntos.

—Escucha, Ezio, aquella noche en Monteriggioni, cuando… nos bañamos juntos…, tenía que asegurar tu alianza. Para proteger Forli. Le interesaba tanto a la Hermandad de los Asesinos como a mí, pero… —Se interrumpió—. ¿Lo entiendes, Ezio?

—Si hubieras querido tenerme como aliado, lo único que tenías que hacer era pedirlo.

—Te necesitaba a mi lado.

—Mi lealtad y mi espada de tu parte no eran suficiente. También querías asegurarte de que mi corazón estuviera contigo. —Ezio siguió caminando y se la cambió de lado—. Pero *é la política*. Claro, lo sabía. No hace falta que me des explicaciones.

Era como si su corazón hubiera caído en un pozo sin fondo. ¿Cómo podía tener aún los cabellos perfumados?

—Caterina, ¿te…? —preguntó con la garganta seca—. ¿Cesare te…?

Ella percibió, aunque débilmente, lo que él sentía y sonrió; pero él se dio

cuenta de que sólo era con los labios, no con los ojos.

—No pasó nada. Mi nombre aún tiene algo de valor. No me… mancillaron.

Habían llegado a la puerta principal de los establos. No estaba vigilada, pero sí bien cerrada. Ezio bajó a Caterina.

—Intenta caminar un poco. Tienes que devolverles la fuerza a tus tobillos.

Miró a su alrededor, buscando cómo abrir la puerta, que no tenía pestillo ni pomo. Tenía que haber un modo…

—Prueba por ahí —dijo Caterina—. ¿No es una palanca de algún tipo?

—Espera —dijo Ezio.

—Como si me quedara otra opción.

Fue hacia la palanca y, al acercarse, advirtió un hueco cuadrado en el suelo con una trampilla abierta encima. Por el olor de abajo, debía de haber sido alguna clase de almacén de grano. Y al echar un vistazo, distinguió un gran número de sacos y también de cajas, cajas de lo que parecía pólvora.

—Deprisa —dijo Caterina.

Cogió la palanca con las manos y tiró de ella. Al principio estaba rígida, pero bajo la presión de sus músculos cedió, primero lentamente, después se movió sin problema al mismo tiempo que se abría la puerta.

Había un par de guardias en el establo, que se dieron la vuelta al oír las bisagras de la puerta y corrieron hacia ella mientras desenvainaban sus espadas.

—¡Ezio! *Aiuto!*

Salió como una flecha hacia Caterina, la cogió en brazos y la llevó hacia el agujero del suelo.

—¿Qué estás haciendo?

La sostuvo sobre el agujero.

—¡No te atreverás!

La tiró allí abajo y fue incapaz de contener una risita al oír su grito de pánico. No era muy hondo y le dio tiempo a ver cómo caía a salvo sobre unos sacos blandos antes de volverse hacia los guardias. La pelea fue corta e intensa puesto que los guardias estaban agotados y les habían pillado por sorpresa. No podían igualar las técnicas de Ezio con la espada. Uno de ellos se las apañó para darle de refilón, pero tan sólo cortó la tela de su jubón y no llegó a la carne. El mismo Ezio se estaba cansando.

Cuando acabó, Ezio se agachó y sacó a Caterina del agujero.

—*Figlio di puttana* —le insultó mientras se sacudía el polvo—. Nunca vuelvas a hacerme algo así.

Se dio cuenta de que parecía caminar al menos un poco mejor.

Rápidamente, eligió los caballos y no tardaron en tenerlos ensillados y preparados. La ayudó a subirse a uno y él saltó a la silla del otro. Un arco salía de los establos y al otro lado veía la puerta principal del Castel. Estaba custodiada, pero abierta. Se acercaba el alba y sin duda esperaban que los comerciantes de la ciudad hicieran sus entregas.

—Cabalga como el viento —le dijo Ezio—, antes de que les dé tiempo a darse cuenta de lo que está sucediendo. Cruza el puente y sigue hasta la isla Tiberina. Allí estarás a salvo. Encuentra a Maquiavelo. El me estará esperando.

—Pero tenemos que huir de aquí los dos.

—Yo te seguiré. Pero de momento debo quedarme para ocuparme de los guardias restantes, distraerlos, retrasarlos… algo.

Caterina estiró de las riendas del caballo para que se pusiera a dos patas.

—Vuelve de una pieza —dijo—. ¡O nunca te perdonaré!

Ezio deseó que lo dijera de verdad mientras contemplaba cómo espoleaba al caballo para salir al galope. Pasó a toda velocidad junto a los guardias de la puerta principal y los dispersó. En cuanto vio que estaba fuera de peligro, volvió con su caballo al establo, al almacén de grano y pólvora, y al pasar cogió una antorcha de su aplique. La lanzó en el agujero, se dio la vuelta y salió al galope por donde había venido, con la espada desenvainada.

Los guardias habían formado un cordón y le estaban esperando, con las alabardas levantadas. Ezio no conocía al caballo, pero sabía lo que hacer: cabalgó recto hacia la hilera de guardias y en el último momento estiró fuerte de las riendas y al inclinar la silla hacia delante, clavó sus talones. Al mismo tiempo que el caballo avanzaba al galope, hubo un estallido tremendo cerca del establo. Tenía razón, era pólvora. El suelo tembló de la explosión y los guardias se agacharon por instinto. El caballo, que también se quedó estupefacto por el ruido, estaba aún más decidido a saltar. Voló por los aires y saltó por encima de la fila de guardias con tanta facilidad como si hubiera saltado una valla.

Dejó el pánico y la confusión atrás y cabalgó en dirección al sol naciente. Se le hinchó el corazón en su interior. ¡Había salvado a Caterina!

Capítulo 26

En cuanto se aseguró de que se había deshecho de cualquier posible perseguidor, Ezio dio su caballo. Se resistía a perder un animal tan bueno, pero lo llevó a los establos donde él y Maquiavelo habían alquilado aquellos caballos hacía lo que para él era una eternidad, y se lo entregó al encargado de las cuadras. Los establos estaban limpios y arreglados, sin duda el negocio iba bien, y se hallaban en una zona que parecía estar fuera del control de los Borgia; al menos de momento, mantenía su independencia. Después se dirigió de vuelta a la isla Tiberina, a pie. La barca secreta de los Asesinos le estaba esperando en la orilla y, una vez en la isla, se apresuró hasta llegar a la guarida.

Dentro, comprobó que Caterina había llegado a salvo. Estaba tumbada en una cama improvisada, cerca de la puerta, y la atendía un médico. Sonrió al verle e intentó levantarse, pero el doctor la contuvo con cuidado.

—¡Ezio! ¡Qué alivio verte a salvo!

La cogió de la mano y se la apretó.

—¿Dónde está Maquiavelo?

No le devolvió el gesto, pero tal vez estaba demasiado débil.

—No lo sé.

La Volpe salió de entre las sombras al final de la habitación.

—¡Ezio! ¡Me alegro de verte otra vez! —Abrazó al que era más joven que él —. He traído aquí a tu *contessa*. En cuanto a Maquiavelo…

Justo entonces se abrió la puerta y entró Maquiavelo. Parecía demacrado.

—¿Dónde has estado? —preguntó La Volpe.

—Buscando a Ezio, aunque no tengo que darte cuentas —respondió Maquiavelo. Ezio se entristeció al notar la tensión que aún existía entre sus dos amigos. Maquiavelo se volvió hacia Ezio y, sin ceremonias, le preguntó—: ¿Qué hay de Cesare y Rodrigo?

—Cesare se marchó casi inmediatamente a Urbino. En cuanto a Rodrigo,

está en el Vaticano.

—¡Qué extraño! —exclamó Maquiavelo—. Rodrigo debería haber estado en el Castel.

—Sí, muy extraño —terció La Volpe sin alterarse.

Si Maquiavelo había captado la indirecta, la ignoró.

—Qué manera de desaprovechar una oportunidad —reflexionó y al recobrar la compostura, le dijo a Caterina—: No te ofendas, *contessa*. Nos alegramos de verte a salvo.

—No me ofendo —contestó ella.

—Ahora que Cesare se ha ido a Urbino, debemos concentrarnos en reunir aquí nuestras fuerzas.

Maquiavelo levantó las cejas.

—¡Pero creía que teníais la intención de atacar ahora! Deberíamos ir tras él y matarle donde esté.

—Eso sería imposible —dijo Caterina—. He visto a su ejército. Es enorme. Nunca estaríais a su nivel.

Ezio dijo:

—Yo estoy de acuerdo en que trabajemos aquí, en Roma. Ya que hemos empezado, deberíamos continuar debilitando la influencia de los Borgia mientras restablecemos la nuestra. De hecho, quiero comenzar de inmediato.

—Hablas como si fueras nuestro líder —dijo Maquiavelo—, pero no se ha discutido aún el puesto, por no hablar de que nuestro consejo no lo ha ratificado.

—Y yo digo que necesitamos un líder y lo necesitamos enseguida —rebatió La Volpe—. No tenemos tiempo para consejos ni ratificaciones. Necesitamos consolidar la Hermandad otra vez y, para mí, Ezio es el hombre perfecto para el puesto. Maquiavelo, te lo pido. Tú y yo somos los dos Asesinos de rango superior que quedamos. Bartolomeo está obligado a aceptar. Tomemos ahora esta decisión (mantenla en secreto si quieres) y más tarde podemos hacer la votación formal.

Maquiavelo parecía estar a punto de hablar, pero entonces desistió y se encogió de hombros.

—No te fallaré —dijo Ezio—. Gilberto, me gustaría que trajeras aquí a Bartolomeo y a mi hermana Claudia. Hay asuntos que tratar. Nicolás, por favor, ven conmigo.

Al salir, Ezio se detuvo junto a la cama de Caterina.

—Cuidadla —le dijo al médico.

—¿Adónde vamos? —preguntó Maquiavelo cuando volvieron al centro de la ciudad.

—Quiero enseñarte algo.

Le condujo a la plaza del mercado más cercana. La mitad de los tenderetes estaban abiertos; había un panadero, un carnicero estaba espantando las moscas de su mercancía y un verdulero tenía a la venta una selección de productos con aspecto bastante mustio. A pesar de lo temprano que era, los puestos de vino eran los que más vendían. Y, tal y como Ezio esperaba, un puñado de guardias Borgia le daba una paliza al desafortunado propietario del puesto de artículos de piel.

—Mira —señaló Ezio cuando se mezclaron con el pequeño grupo de compradores.

—Sé lo que está pasando —dijo Maquiavelo.

—Sé que lo sabes, Nicolás —dijo Ezio—. Perdona, pero ya ves el panorama. Entiendes lo que se tiene que hacer políticamente para poner fin a los Borgia y no dudo de tu sinceridad en esto. —Hizo una pausa—. Pero debemos empezar a un nivel más básico. Los Borgia cogen lo que quieren del pueblo con total impunidad, para mantener su poder.

Observaron cómo los guardias empujaban al hombre al suelo; luego, se rieron, cogieron del tenderete lo que les vino en gana y siguieron. El hombre se puso de pie, contempló cómo se marchaban, lleno de impotencia, y luego, al borde de las lágrimas, empezó a ordenar sus artículos. Una mujer se acercó para consolarle, pero se la quitó de encima. No obstante, ella se quedó por allí cerca, con preocupación en los ojos.

—¿Por qué no le has ayudado? —preguntó Maquiavelo—. ¿Y los has mandado a freír espárragos?

—Mira —dijo Ezio—. Ayudar a un hombre está bien, pero no resolverá el problema. Volverán cuando no estemos y harán lo mismo una y otra vez. Mira la calidad de las cosas que ofrecen aquí. Las verduras están pasadas, la carne está en mal estado y no cabe duda de que el pan está duro. Lo mejor se lo llevan los Borgia. ¿Por qué crees que hay tanta gente bebiendo?

Maquiavelo respondió:

—No lo sé.

—Porque sufren —contestó Ezio—. No tienen esperanza y se sienten oprimidos. Quieren olvidarse de todo. Pero podemos cambiarlo.

—¿Cómo?

—Reclutándoles para nuestra causa. —Extendió los brazos—. Estas personas…, éstos son los que formarán el eje de nuestra resistencia a los Borgia.

—Ya hemos hablado de esto —dijo Maquiavelo con acritud—. No puedes decirlo en serio.

—Voy a empezar con este vendedor. Nicolás, para ganar esta guerra necesitamos soldados que luchen por nosotros. Debemos sembrar las semillas de la rebelión en sus mentes. —Hizo una pausa y continuó con seriedad—: Si reclutamos a aquellos a quienes el acoso ha convertido en sus enemigos, armaremos a la gente que fue desarmada por los Borgia.

Maquiavelo se quedó contemplando a su amigo con dureza.

—Pues ve —dijo—. Ve y recluta a nuestros primeros novicios.

—Oh, ésa es mi intención —dijo Ezio—. Y verás que del grupo de mujeres y hombres decididos que reuniré a nuestro alrededor, forjaré una espada capaz de cortar los miembros y la cabeza del tronco de los Borgia… Y de los mismos Templarios.

Capítulo 27

Ezio regresó solo al centro de operaciones de los Asesinos en la isla Tiberina. Había tenido un buen día de trabajo al haber convertido a su causa, con discreción, a cierto número de ciudadanos resentidos. A excepción de los fieles guardias, que trabajaban vigilando el lugar, éste estaba desierto, y Ezio estaba deseando un poco de tranquilidad para pensar en un plan; pero conforme se acercaba, descubrió que tenía compañía. Era alguien que quería estar seguro de que no advirtieran su presencia y, por lo tanto, esperó hasta que el personal se hubo marchado a otra parte del edificio antes de anunciarse.

—¡Psst! ¡Ezio! ¡Aquí!

—¿Quién anda ahí?

Ezio se puso alerta al instante, aunque le parecía conocer la voz. Unos arbustos altos crecían a cada lado del camino que llevaba al cuartel general, que nadie conocía, salvo los miembros de la organización. Si por casualidad se había revelado el secreto…

—¡Ven aquí!

—¿Quién es?

—¡Soy yo!

Leonardo da Vinci, acicalado y extravagante como siempre, salió de su escondite hacia el sendero.

—¡Leo! ¡Dios mío!

Ezio, al recordar quién era ahora el nuevo señor de Leonardo, controló el impulso inicial de ir corriendo y abrazar a su viejo amigo.

Leonardo captó su reacción. Parecía un poco más viejo, pero no había perdido ni pizca de su ímpetu o de su vigoroso entusiasmo. Dio un paso hacia delante, pero mantuvo la cabeza agachada.

—No me sorprende que no muestres demasiado entusiasmo al volver a verme.

—Bueno, Leo, debo admitir que me has decepcionado.

Leonardo extendió las manos.

—Sabía que estabas detrás del allanamiento del Castel. Sólo podías haber sido tú. Así supe que seguías vivo.

—¿Estás seguro de que no han sido tus nuevos señores los que te han contado eso?

—No me cuentan nada. No soy más que un esclavo para ellos. —Se distinguió un ligero brillo en los ojos de Leonardo—. Pero tienen que confiar en mí.

—Mientras cumplas.

—Creo que soy lo bastante listo como para ir un paso por delante de ellos. —Leonardo dio otro paso hacia Ezio, con los brazos medio extendidos—. Me alegro de volver a verte, amigo mío.

—Has diseñado armas para ellos. Unas pistolas nuevas que nos cuesta igualar.

—Lo sé, pero si dejas que me explique…

—¿Y cómo has encontrado este lugar?

—Puedo explicarme…

Leonardo parecía muy arrepentido, muy desdichado y tan sincero que el corazón de Ezio se ablandó, a su pesar. También pensó que, al fin y al cabo, Leonardo había ido a verle y no cabía duda del peligro que había corrido. Y si buscaba un acercamiento, sería un líder muy tonto si rechazaba la amistad y el compañerismo de un hombre como aquél.

—¡Ven aquí! —gritó Ezio y extendió bien los brazos.

—¡Oh, Ezio!

Leonardo se acercó a él enseguida y los dos hombres se abrazaron con afecto.

Ezio condujo a su amigo al cuartel general de los Asesinos, donde se sentaron juntos. Ezio sabía que habían trasladado a Caterina a una habitación interior, donde podía acabar de recuperarse en paz y tranquilidad, y el médico había dado instrucciones de que no la molestaran. Estuvo tentado de desobedecer, pero ya habría tiempo de hablar con ella más tarde. Además, la aparición de Leonardo dictaba un cambio de prioridades.

Ezio hizo que les trajeran vino y pasteles.

—Cuéntamelo todo —dijo Ezio.

—Te lo contaré. Antes que nada, tienes que perdonarme. Los Borgia

reclutaron mis servicios, pero bajo coacción. Si me hubiera negado a servirles, me habrían sometido a una muerte larga y dolorosa. Me describieron lo que iban a hacerme si me negaba a ayudarles. Incluso ahora no puedo pensar en ello sin temblar.

—Ahora estás totalmente a salvo.

Leonardo negó con la cabeza.

—¡No! Debo regresar. Te seré muchísimo más útil si creen que aún trabajo para ellos. Me he esforzado al máximo por crear el mínimo número posible de nuevos inventos para satisfacerlos. —Ezio estaba a punto de interrumpirle, pero Leonardo alzó una mano nerviosa—. Por favor, esto es una especie de confesión y me gustaría terminarla. Luego puedes juzgarme como creas conveniente.

—Nadie te está juzgando, Leonardo.

La actitud de Leonardo se hizo más intensa. Ignoró los refrigerios y se inclinó hacia delante.

—He dicho que he trabajado para ellos bajo coerción —continuó—, pero es algo más que eso. Sabes que me mantengo al margen de la política (no me gusta meterme en líos), pero los hombres que ansían el poder me buscan porque saben lo que puedo hacer por ellos.

—Eso ya lo sé.

—Coopero para mantenerme vivo. ¿Y por qué quiero seguir vivo? ¡Porque tengo mucho que hacer! —Cogió aire—. ¡Ni te imaginas, Ezio, lo lleno que tengo el cerebro! —Hizo un gesto que parecía indicar que lo abarcaba todo y a la vez que estaba desesperado—. ¡Queda mucho por descubrir!

Ezio estaba en silencio. Eso también lo sabía.

—Bueno —concluyó Leonardo—, ahora ya lo sabes.

—¿Por qué has venido hasta aquí?

—Para hacer las paces. Tenía que asegurarte que mi corazón no está con ellos.

—¿Y qué quieren de ti?

—Todo lo que puedan obtener. Las máquinas de guerra son lo principal. Saben de lo que soy capaz.

Leonardo sacó un paquete de papeles y se lo entregó.

—Aquí tienes algunos de los diseños que he hecho para ellos. Mira, aquí hay un vehículo armado capaz de moverse por todos los terrenos, si se construye correctamente, y los hombres escondidos en su interior pueden disparar armas, armas grandes, mientras están completamente protegidos de los ataques. Lo

llamo «tanque».

Ezio palideció al echarle un vistazo a los dibujos.

—Y… ¿lo están construyendo?

Leonardo puso cara de astuto.

—He dicho si se construye correctamente. Por desgracia, tal y como está el diseño, esta cosa tan sólo gira sobre su propio eje.

—Ya veo.

Ezio sonrió.

—Y mira esto.

Ezio examinó el dibujo de un jinete que llevaba dos caballos con arreos a ambos lados. Pegados a su rastro, había unos largos postes horizontales, por delante y por detrás, con ruedas, y rotaban unos artefactos parecidos a una guadaña, que se usaban para cortar a cualquier enemigo con el que el jinete se encontrara.

—Es un artefacto diabólico —dijo.

—Sí, pero por desgracia el jinete está… está totalmente al descubierto.

Los ojos de Leonardo volvieron a brillar.

La sonrisa de Ezio se ensanchó y luego se desvaneció.

—¿Y qué hay de las pistolas que les has dado?

Leonardo se encogió de hombros.

—Hay que darle algo al enemigo para acallarlo —dijo—. Tenía que entregarles algo que les fuera útil o levantaría sospechas.

—Pero son pistolas muy eficaces.

—Claro que sí, pero no son ni la mitad de eficaces que aquella pistola que hice para ti una vez, hace años, basada en el diseño de la página del Códice. Una pena, la verdad. Me costó reprimirme.

Ezio pensó con tristeza en las armas del Códice que había perdido, pero volvería a por ellas.

—¿Qué más hay en el paquete de papeles?

Aunque estaban solos, Leonardo bajó la voz.

—He copiado los planos no sólo de las máquinas más grandes, sino también de las que usan en las batallas. —Extendió las manos con ironía—. Hala, así no deberían ser tan eficaces.

Ezio miró a su viejo amigo con admiración. Ese era el hombre que había diseñado un submarino para que los venecianos lo utilizaran en contra de las galeras turcas. Si hubiera decidido construir aquellos diseños sin defectos, no

habrían tenido ninguna oportunidad contra los Borgia. Qué contento estaba de haber recibido así a Leonardo. Aquel hombre valía más que dos ejércitos.

—¡Por Dios santo, Leo, bebe al menos un vaso de vino! Sé que nunca podré recompensarte por todo esto.

Pero Leonardo rechazó el vaso que le ofrecía.

—Hay noticias más graves. ¿Sabes que tienen la Manzana?

—Claro.

—Me la han dado para que la estudie. Tú y yo ya sabemos algo del alcance de sus poderes. Rodrigo sabe un poco menos, pero tiene más inteligencia que Cesare, aunque Cesare es al que hay que vigilar.

—¿Cuánta información sobre la Manzana les has dado?

—La mínima posible, pero tengo que decirles algo. Por suerte, Cesare parece satisfecho, hasta ahora, con las aplicaciones limitadas que le he concedido. Pero Rodrigo sabe que hay más y su impaciencia aumenta. —Hizo una pausa—. Me he planteado varias maneras de robarla, pero la guardan bajo continua vigilancia y sólo me permiten acceder a ella bajo la más estricta supervisión. Aunque pude usar sus poderes para localizarte. Ya sabes que tiene esa facultad. ¡Fascinante!

—¿Y les enseñaste ese truco?

—¡Por supuesto que no! Lo único que quiero es devolvérsela a su legítimo dueño.

—No temas, Leo. La recuperaremos. Entretanto, retrásalos todo lo que puedas y, si es posible, mantenme informado de lo que les revelas.

—Lo haré.

Ezio hizo una pausa.

—Hay algo más.

—Dime.

—He perdido todas las armas del Códice que creaste para mí.

—Entiendo.

—Salvo la hoja oculta original. No tengo ni la pistola, ni la daga venenosa, ni la daga de doble filo, ni la muñequera milagrosa.

—Hmm —dijo Leonardo y luego sonrió—. Bueno, no será ningún problema volver a crearlas para ti.

—¿En serio?

Ezio apenas podía creérselo.

—Los diseños que me dejaste siguen en Florencia, bien escondidos con mis antiguos ayudantes Agniolo e Innocento. Los Borgia nunca los conseguirán. Si

alguna vez toman Florencia, ¡Dios no lo quiera!, o incluso si lo hicieran los franceses, Agniolo tiene órdenes estrictas de destruirlos, y ni siquiera él e Innocento (y no es que no confíe en ellos completamente) serían capaces de reproducirlos sin mi presencia. Pero yo… nunca olvido un diseño. No obstante… —Vaciló, casi avergonzado—. Tendrás que pagarme las materias primas que necesite. Por adelantado.

Ezio estaba asombrado.

—¿De verdad? ¿No te pagan en il Vaticano?

Leonardo tosió.

—Muy… muy poco. Supongo que creen que mantenerme vivo ya es suficiente remuneración. Y no soy tan tonto como para pensar que en cuanto mis servicios sean… innecesarios, no me matarán como a un perro.

—Ya me imagino —dijo Ezio—. Preferirían que estuvieras muerto a que trabajaras para otra persona.

—Sí, he estado pensando lo mismo —afirmó Leonardo— y lo cierto es que no hay vía de escape. No es que no quiera. Quiero ver a los Borgia aplastados. Me acabo de meter en política al decir eso, pero mi querido Milán está en manos francesas —empezó a cavilar—. Tal vez… más tarde, cuando todo haya terminado…, puede que pruebe suerte en Francia. Dicen que es un país civilizado…

Era hora de traerle de vuelta a la realidad. Ezio fue hacia un arcón de hierro y de allí sacó una bolsa de piel, repleta de ducados. Se la dio a Leonardo.

—Aquí tienes el pago a cuenta por las armas del Códice —dijo con energía —. ¿Cuándo podrás tenerlas listas?

Leonardo se quedó reflexionando.

—No será tan fácil como la última vez —respondió—. Tengo que trabajar en secreto, y solo, puesto que no puedo confiar del todo en los ayudantes que trabajan para mí allí. —Hizo una pausa—. Me volveré a poner en contacto contigo. Tan pronto como sea posible, te lo prometo. —Sopesó la pesada bolsa que tenía en la mano—. Y quién sabe, por este dinero a lo mejor puedo incluir un par de armas nuevas. Serán un invento mío, claro, pero esta vez creo que lo encontrarás efectivo.

—Ganarás mi eterna gratitud y mi protección, estés donde estés, a cambio de lo que hagas para ayudarnos —declaró Ezio. Apuntó en su mente delegar a un puñado de nuevos reclutas, en cuanto acabaran su entrenamiento, para que le echaran un vistazo a Leonardo y le informaran con regularidad—. Bueno, ¿y

cómo mantendremos contacto?

Leonardo contestó:

—Ya he pensado en eso.

Cogió un trozo de tiza y, sobre la mesa que había entre ambos, dibujó la mano derecha de un hombre, señalando.

—Qué bonito —dijo Ezio.

—Gracias. Es tan sólo un boceto de una parte de un dibujo que estoy pensando hacer, de San Juan Bautista. Si alguna vez tengo tiempo. Ve y siéntate donde apunta.

Ezio obedeció.

—Eso es —dijo Leonardo—. Dile a tus hombres que mantengan los ojos bien abiertos. Si ven uno de éstos (a los demás les parecerá tan sólo un graffiti), diles que te avisen y sigue la dirección que indique. Así es como nos encontraremos.

—Espléndido —dijo Ezio.

—No te preocupes, me aseguraré de que te avisen. En caso de que estés pensando en salir volando a una misión u otra.

—Gracias.

Leonardo se levantó.

—Debo irme, si no, me echarán en falta. Pero antes…

—¿Antes qué?

Leonardo sonrió abiertamente y agitó la bolsa de dinero.

—Antes me voy de compras.

Capítulo 28

Ezio se fue de la guarida poco después que Leonardo, para continuar con su labor de reclutamiento, pero también para mantenerse ocupado. Estaba impaciente por tener las nuevas armas del Códice en sus manos.

Cuando, más avanzado el día, regresó para una reunión concertada de antemano, se encontró con que Maquiavelo le había precedido. Caterina estaba con él, sentada en una silla, con las piernas tapadas con una manta de pelo. Como de costumbre, Maquiavelo no fue muy ceremonioso.

—¿Dónde has estado? —preguntó.

A Ezio no le gustó su tono.

—Todos tenemos nuestros secretos —respondió, manteniendo la voz al mismo nivel—. ¿Puedo preguntarte en qué has estado tú metido?

Maquiavelo sonrió.

—He estado perfeccionando nuestro sistema de palomas mensajeras. Ahora podemos usarlas para enviar órdenes a los nuevos reclutas esparcidos por la ciudad.

—Excelente. Gracias, Nicolás.

Se miraron el uno al otro. Maquiavelo era casi diez años menor que Ezio, aun así no había duda de la independencia y la ambición tras aquellos ojos enmascarados. ¿Le molestaba el liderazgo de Ezio? ¿Esperaba que hubiera recaído en él? Ezio apartó aquella idea de su cabeza. Estaba seguro de que aquel hombre era un teorizador, un diplomático, un animal político. Y no cabía duda de su utilidad, o de su lealtad, a la Hermandad. Ojalá Ezio pudiera convencer a La Volpe de eso.

Como si estuviera preparado, La Volpe entró en la guarida, acompañado de Claudia.

—¿Qué hay de nuevo? —le preguntó Ezio después de que ambos se hubieran saludado.

—Bartolomeo siente mucho no poder asistir. Por lo visto el general Octavien ha intentado atacar otra vez el cuartel.

—Entiendo.

—Intensificaron el ataque, pero no cedemos terreno.

—Bien. —Ezio se volvió hacia su hermana con frialdad—. Claudia —dijo, inclinando la cabeza.

—Hermano —replicó ella con la misma frialdad.

—Por favor, sentaos todos —dijo Ezio.

En cuanto estuvieron acomodados, continuó:

—He preparado un plan para luchar contra los Borgia.

—Sugiero —intervino Maquiavelo enseguida— que vayamos a por sus suministros o a por los seguidores de Cesare.

—Gracias, Nicolás —dijo Ezio sin alterarse—. Mi plan contiene ambas cosas. Si conseguimos cortar sus fondos, Cesare perderá su ejército y regresará sin sus hombres. ¿De dónde obtiene el dinero?

La Volpe dijo:

—Sabemos que depende de Rodrigo para la mayor parte de su dinero, y el banquero de Rodrigo es Agostino Chigi. Pero Cesare también tiene su propio banquero, cuya identidad aún no se ha confirmado, aunque tenemos nuestras sospechas.

Ezio decidió, de momento, guardarse su opinión al respecto. Sería mejor, si era posible, que los hombres de La Volpe lo confirmaran.

—Conozco a alguien, un cliente nuestro en La Rosa in Fiore, que le debe dinero a ese banquero. El senador Egidio Troche se pasa el día quejándose de los intereses.

—*Bene* —dijo Ezio—, entonces debemos seguir esa pista.

—Hay algo más —dijo Maquiavelo—. Nos ha llegado la noticia de que están planeando emplazar tropas francesas en el camino que lleva al Castel Sant'Angelo. Vuestro ataque debe de haberlos puesto nerviosos. Y por lo visto, Cesare tiene pensado regresar a Roma. De inmediato. No sé por qué tan pronto, pero lo averiguaré. De todas maneras, cuando llegue, estará tan bien protegido que nunca le alcanzaréis. Nuestros espías nos han dicho que tiene la intención de mantener en secreto su regreso, al menos de momento.

—Tiene un as escondido en la manga —dijo La Volpe.

—No me digas —dijo Maquiavelo, y los dos hombres intercambiaron una mirada que no era amistosa.

Ezio lo tuvo en cuenta.

—Nuestro mejor procedimiento parece ser acorralar a ese general francés suyo, Octavien, y matarlo. Una vez que nos lo quitemos de en medio, Bartolomeo tendrá a los franceses a la defensiva y abandonarán su servicio de guardia en el Castel.

Caterina habló por primera vez:

—Aunque se retiren esas tropas, Ezio, la guardia papal continuará protegiendo el puente y la puerta principal.

—Ah —dijo La Volpe—, pero hay una entrada lateral. El último juguete de Lucrezia, el actor Pietro Benintendi, tiene la llave.

—¿Ah, sí? —dijo Ezio—. Le vi con ella en el Castel.

—Les diré a mis hombres que averigüen dónde se encuentra —prometió La Volpe—. No debería ser muy difícil.

Caterina sonrió.

—Parece una buena idea. Me gustaría ayudar. Tenemos que conseguir quitarle la llave y que deje de seguir viendo a Lucrezia. Será un placer robarle lo que sea a esa zorra.

—*Momentino, contessa* —dijo Maquiavelo—. Tendremos que hacerlo sin tu ayuda.

Caterina le miró, sorprendida.

—¿Por qué?

—Porque vamos a tener que sacarte de la ciudad, y tal vez llevarte a Florencia, hasta que podamos recuperar Forli por ti. Tus hijos ya están a salvo. —Miró a su alrededor—. El hecho de que Ezio te rescatara ha tenido sus consecuencias. Hay heraldos por toda la ciudad que proclaman una generosa recompensa por la captura de la *contessa*, viva o muerta. Y ningún soborno podrá callarles.

Se hizo un silencio. Luego Caterina se levantó y dejó que la manta cayera al suelo.

—Entonces parece que he abusado de vuestra hospitalidad —dijo—. Disculpadme.

—¿De qué estás hablando? —exclamó Ezio, alarmado.

—Pues de que aquí estoy en peligro…

—¡Te protegeremos!

—Y, lo que es más importante, tenemos una deuda contigo. —Estaba mirando a Maquiavelo mientras hablaba—. ¿No es así, Nicolás?

Maquiavelo se quedó callado.

—Ya me has contestado —dijo Caterina—. Me prepararé enseguida.

Capítulo 29

—Estás segura de que puedes montar? —le preguntó Ezio.

—Ya monté desde el Castel cuando me salvaste, ¿no?

—Sí, pero entonces no quedaba más remedio.

—¿Acaso hay otra opción ahora?

Ezio se calló. Era la mañana siguiente y Ezio observaba cómo Caterina y sus dos ayudantes femeninas guardaban la poca ropa y las provisiones que Claudia les había preparado para el viaje. Se marcharía al día siguiente antes del alba. Una pequeña escolta de hombres de Ezio la acompañaría parte del camino, para comprobar que salía de Roma a salvo. Ezio se ofreció a ir con ellos, pero Caterina se negó.

—No me gustan las despedidas —había dicho— y cuanto más largas, peores.

La observó mientras iba de un lado para otro con su equipaje. Pensó en los momentos que habían pasado juntos, hacía mucho tiempo, en Forli, y luego en lo que ingenuamente había creído que era un reencuentro en Monteriggioni. La Hermandad de los Asesinos parecía haber absorbido su vida y se había quedado solo.

—Ojalá te quedaras —dijo.

—Ezio, no puedo. Sabes que no puedo.

—Haz que se retiren tus mujeres.

—Tengo prisa.

—Haz que se retiren. No tardaré mucho.

Le hizo caso, pero él advirtió que con renuencia, e incluso dijo:

—Aseguraos de volver en cinco minutos del reloj de agua.

Una vez que se quedaron a solas, no supo por dónde empezar.

—¿Y bien? —dijo con más tacto y vio preocupación en sus ojos, aunque supo por qué.

—Te… te salvé —dijo con convicción.

—Así es y te estoy agradecida. Pero ¿no les dijiste a los demás que lo hiciste meramente porque aún soy un útil aliado, incluso sin Forli?

—Recuperaremos Forli.

—Y entonces tendré que volver allí.

Ezio se quedó callado de nuevo. Tenía el corazón vacío.

Ella se acercó a él y le puso las manos en los hombros.

—Escucha, Ezio. No le sirvo de nada a nadie sin Forli. Si me marcho ahora, es para estar a salvo y con mis hijos. ¿No quieres eso para mí?

—Sí.

—Bueno, entonces…

—No te salvé porque fueras valiosa para la causa.

Ahora le tocaba a ella quedarse callada.

—Sino porque…

—No lo digas, Ezio.

—¿Por qué no?

—Porque no puedo decirte lo mismo.

Ninguna arma podía haberle herido tan profundamente como aquellas palabras.

—Entonces, ¿me utilizaste?

—Eso suena bastante duro.

—¿Qué otras palabras quieres que use?

—Ya intenté explicártelo antes.

—Eres una mujer despiadada.

—Soy una mujer que tiene un trabajo que hacer y obligaciones.

—Todo lo que sirva para tu causa está bien.

Se quedó callada de nuevo y después dijo:

—Ya he tratado de explicártelo. Debes aceptarlo.

Había quitado las manos de sus hombros. Él advirtió que su mente había vuelto al viaje y que estaba mirando las cosas que quedaban por guardar.

«¡A la mierda con la Hermandad! ¡Sé lo que quiero! ¿Por qué no vivo para mí por una vez en la vida?», pensó imprudentemente.

—Me voy contigo —dijo.

Se volvió hacia él con los ojos serios.

—Escucha, Ezio. Quizás estás eligiendo, pero es demasiado tarde. Quizá yo he hecho lo mismo. Pero ahora eres el líder de los Asesinos. No dejes el trabajo que has empezado, el gran trabajo de reconstrucción tras el desastre de

Monteriggioni. Sin ti todo se desbaratará de nuevo y entonces, ¿quién estará ahí para salvarnos?

—Pero tú nunca me has querido.

Se la quedó mirando. Aún estaba allí, en la habitación con él, pero su espíritu se había marchado hacía mucho rato. No sabía hacía cuánto, tal vez nunca había estado allí de verdad. Tal vez sólo había esperado que así fuera o se lo había imaginado. En aquel momento, sintió que estaba mirando el cadáver del amor, aunque se negaba a creer que estuviera muerto. Pero como cualquier otra muerte, vio que no le quedaba más remedio que acostumbrarse a la realidad.

Alguien llamó a la puerta.

—Adelante —dijo Caterina y sus ayudantes volvieron.

Ezio las dejó preparando el equipaje.

A la mañana siguiente, Ezio se resistía a despedirse de Caterina, pero tenía que hacerlo. Hacía frío y cuando llegó a la plaza señalada, en una zona segura de la ciudad, ya estaban montadas sobre unos caballos inquietos. Tal vez, ahora, en ese último instante, se ablandara. Pero sus ojos, aunque amables, eran distantes. Pensó que podría haberlo soportado mejor si no le hubiera mirado con aquella ternura. Una ternura que casi era humillante.

Lo único que pudo decir fue:

—*Buona fortuna, contessa*, y… adiós.

—Esperemos que no sea un adiós definitivo.

—Oh, yo creo que sí.

Le miró una vez más.

—Bueno, pues *buona fortuna*, mi príncipe; y *Vittoria agli Assassini!*

Dio la vuelta con el caballo y, sin más palabras, ni siquiera una última mirada, al frente de su séquito custodio, salió de la ciudad al galope, hacia el norte y fuera de su vida. Se los quedó observando hasta que no fueron más que meras motas en la distancia, un hombre solitario, de mediana edad, que le había dado una oportunidad al amor y lo había perdido.

—*Vittoria agli Assassini* —murmuró Ezio en tono apagado para sus adentros mientras se daba la vuelta y volvía a la ciudad que aún dormía.

Capítulo 30

Con el inminente regreso de Cesare, Ezio tuvo que apartar su dolor personal y continuar con el trabajo que el Destino le había dado. En su intento de desproveer a Cesare de sus fondos, el primer paso era encontrar y neutralizar a su banquero, y la pista principal de quién podía ser venía de La Rosa in Fiore.

—¿Qué quieres?

Claudia no podía haber sido menos simpática aunque lo hubiese intentado.

—Hablaste de un senador en la reunión.

—Sí. ¿Por qué?

—Dijiste que le debía dinero al banquero de Cesare. ¿Está aquí?

Se encogió de hombros.

—Probablemente le encuentres en Campidoglio. Estoy segura de que no necesitas mi ayuda para eso.

—¿Qué aspecto tiene?

—Oh, veamos, ¿como todos?

—No juegues conmigo, hermana.

Claudia cedió un poco.

—Puede que tenga unos sesenta años, es delgado, con cara de preocupación, va bien afeitado, tiene el pelo canoso y es de tu estatura o un poco más bajo. Se llama Egidio Troche. Es un tipo testarudo, Ezio, un pesimista, está acostumbrado a hacer las cosas a su manera. Te va a costar intentar convencerle.

—Gracias. —Ezio la miró con dureza—. Bueno, tengo la intención de localizar a este banquero y matarlo. Tengo una idea bastante aproximada de quién es, pero necesito averiguar dónde vive. Ese senador podría llevarme hasta él.

—El banquero está muy seguro. Como lo estarías tú en su lugar.

—¿Crees que yo no lo estoy?

—Como si me importara.

—Escucha, Claudia, si soy duro contigo es porque me tienes preocupado.

—Ahórratelo.

—Lo estás haciendo bien…

—Gracias, amable señor…

—Pero necesito que organices algo grande para mí. En cuanto tenga neutralizado a este banquero, necesito que tus chicas lleven su dinero a un lugar seguro.

—Avísame cuando lo hayas conseguido, si es que tienes éxito.

—Tan sólo estate alerta.

Con un humor sombrío, Ezio se dirigió a la Colina Capitolina, el centro administrativo de Roma, donde le recibió una escena de mucho movimiento. Había varios senadores tratando sus asuntos en una amplia plaza alrededor de la que estaban dispuestos los edificios del gobierno, acompañados por secretarios y ayudantes, que llevaban papeles en carpetas de cuero e iban de aquí para allá, detrás de sus señores, mientras se movían de un edificio a otro, todos ellos tratando de parecer lo más ocupados e importantes posible. En la medida de lo posible, Ezio se mezcló con el tumulto, atento a cualquier hombre que respondiera a la descripción que Claudia le había dado. Mientras se movía entre la muchedumbre, aguzó el oído para ver si captaba alguna pista sobre su presa. Estaba claro que no había ni rastro de Egidio entre los senadores allí presentes, aunque parecía estar ofreciéndoles a sus colegas un animado tema de conversación.

—Egidio ha estado pidiendo dinero otra vez —dijo uno.

—¿Cuándo? ¿Para qué era esta vez?

—Oh, una propuesta para reducir el número de ejecuciones en público.

—¡Ridículo!

Ezio se colocó junto a otro grupo de senadores y allí recogió más información. No estaba seguro de lo que había oído, si Egidio era un reformista liberal militante (y por lo tanto estúpido), o más bien un estafador torpe.

—Egidio está pidiendo que pongan fin a la tortura de testigos en los tribunales penales —estaba diciendo el miembro destacado del siguiente grupo.

—¡No tiene ninguna posibilidad! —dijo el hombre de aspecto agobiado con el que estaba hablando—. De todos modos, es una fachada. Lo único que quiere es el dinero para pagar sus deudas.

—Y quiere librarse de los permisos de exención.

—¡Por favor, como si algo así fuera a pasar! Deberían permitir a todos los

ciudadanos que se sienten maltratados por nuestras leyes que pagaran por una exención. Es nuestro deber. Al fin y al cabo, es nuestro propio Santo Padre quien introdujo los permisos de exención y está siguiendo el ejemplo de Cristo. ¡Benditos sean los Misericordiosos!

«Otro chanchullo de los Borgia para hacer dinero», pensó Ezio, mientras el otro senador replicaba:

—¿Por qué le damos dinero a Egidio? Todo el mundo sabe qué hace con él.

Los dos hombres se rieron y siguieron ocupándose de sus asuntos.

Entonces atrajo la atención de Ezio un pequeño grupo de guardias Borgia, con el emblema personal de Cesare, dos toros rojos con flores de lis, cosido en sus jubones. Como aquello siempre significaba problemas, se dirigió a ellos y vio, al acercarse, que habían rodeado a uno de los senadores. Los demás continuaron como si no pasara nada fuera de lo normal, pero Ezio advirtió que habían dejado bastante espacio entre los guardias y ellos.

El senador desafortunado respondía perfectamente a la descripción de Claudia.

—No más discusiones —estaba diciendo el sargento de los guardias.

—Tienes que hacer efectivo el pago —añadió su cabo—. Y una deuda es una deuda.

Egidio había abandonado toda pretensión de dignidad y estaba suplicando.

—Haced una excepción por un anciano —dijo con voz trémula—. Os lo ruego.

—No —gruñó el sargento e hizo una seña con la cabeza a dos de sus hombres para que cogieran a Egidio y lo tiraran al suelo—. El banquero nos ha enviado a cobrar y ya sabes qué significa eso.

—Mira, dadme hasta mañana, ¡hasta esta noche! Tendré para entonces el dinero.

—No puede ser —respondió el sargento y le dio una patada al senador en el estómago.

Se retiró y el cabo y los otros dos guardias se pusieron a apalear al anciano postrado.

—Eso no os hará conseguir vuestro dinero —dijo Ezio al dar un paso adelante.

—¿Quién eres tú? ¿Un amigo suyo?

—Soy un transeúnte preocupado.

—Bueno, ¡pues llévate tu puta preocupación y ocúpate de tus propios

asuntos!

El sargento, tal y como Ezio había esperado, se colocó demasiado cerca y con la facilidad de un experto Ezio corrió el pestillo de su hoja oculta, levantó el brazo y lo pasó por el cuello al descubierto del guardia, justo encima de la gorguera que llevaba. Los otros guardias observaban petrificados, llenos de asombro, mientras su líder caía de rodillas, con sus manos tapando en vano la herida, intentando contener la fuente de sangre. Antes de que pudieran reaccionar, Ezio estaba encima de ellos, y unos segundos más tarde, los tres se habían reunido con su sargento en el Otro Lado, todos degollados. La misión de Ezio no dejaba tiempo para el uso de la espada, tan sólo mataría de forma rápida y eficiente.

Durante la refriega, la plaza se había vaciado como por arte de magia. Ezio ayudó a levantarse al senador. Había sangre en la ropa del hombre y parecía, de hecho lo estaba, en un estado de shock mezclado con alivio.

—Será mejor que salgamos de aquí —le dijo Ezio.

—Conozco un sitio. Sígueme —respondió Egidio y salió a una velocidad extraordinaria hacia un callejón entre dos de los edificios gubernamentales más grandes. Corrieron por él, giraron a la izquierda y luego bajaron algunas escaleras hacia una zona subterránea que contenía una puerta. El senador la abrió enseguida y condujo a Ezio a una estancia pequeña y oscura, pero de aspecto acogedor.

—Es mi refugio —dijo Egidio—. Es útil cuando tienes tantos acreedores como yo.

—Y sobre todo cuando uno de ellos es muy grande.

—Mi error fue consolidar todas mis deudas con el banquero. No me di cuenta de sus contactos exactos en aquel momento. Debería haberme quedado con Chigi. Al menos él es honesto. ¡Hasta donde puede serlo un banquero! —Egidio hizo una pausa—. ¿Y tú quién eres? ¿Un buen samaritano de Roma? Creía que eran una especie en extinción.

Ezio ignoró aquel comentario.

—¿Eres el *senatore* Egidio Troche?

Egidio parecía asustado.

—¡No me digas que también te debo dinero!

—No, pero puedes ayudarme. Estoy buscando al banquero de Cesare.

El senador sonrió con frialdad.

—¿Al banquero de Cesare Borgia? ¡Ja! ¿Y tú eres?

—Digamos que soy un amigo de la familia.

—Cesare tiene ahora muchos amigos. Por desgracia, yo no soy uno de ellos. Así que si me disculpas, tengo que empaquetar unas cosas.

—Puedo pagarte.

Egidio dejó de parecer nervioso.

—¡Ah! ¿Puedes pagarme? Ma che meraviglia! ¡Lucha por mí y me ofrece dinero! Dime, ¿dónde has estado toda mi vida?

—Bueno, no he caído del cielo. Si me ayudas, yo te ayudo. Es tan sencillo como eso.

Egidio se lo planteó.

—Iremos a casa de mi hermano. Con él no tienen discrepancias. Aquí no podemos quedarnos, es demasiado deprimente y está demasiado cerca de mis enemigos. ¿O debería decir «nuestros»?

—Pues vamos.

—Pero tendrás que protegerme. Ahí fuera habrá más guardias de Cesare detrás de mí y no serán especialmente simpáticos, ya sabes a lo que me refiero…, sobre todo después del espectáculo que has montado en la plaza.

—Vamos.

Egidio salió delante con cuidado, asegurándose de que no había moros en la costa antes de comenzar la ruta laberíntica de callejones y caminos de mala muerte para después cruzar la pequeña *piazze* y bordear el mercado. Se encontraron dos veces con una pareja de guardias y las dos veces Ezio tuvo que luchar con ellos, esta vez usando la espada para un efecto completo. Parecía que la ciudad entera estaba en alerta en busca de los dos hombres y ambos, volando, demostraron ser demasiado buenos para los secuaces de Borgia. El tiempo no estaba de parte de Ezio, así que cuando apareció la siguiente pareja de guardias al otro lado de la pequeña plaza, se limitaron a salir corriendo, y Ezio, incapaz de subirse a los tejados con el senador a la zaga, tuvo que depender del aparentemente exhaustivo conocimiento de Egidio de las calles secundarias de Roma. Por fin llegaron a la parte trasera de una nueva y espléndida villa, construida en su propio patio amurallado, a unas manzanas de San Pedro. Egidio le condujo hacia el patio y sacó una llave para cruzar una pequeña puerta de hierro que había en una de las paredes.

Una vez dentro, ambos respiraron con más facilidad.

—Alguien tiene muchas ganas de verte muerto.

—Aún no. Antes quieren que pague.

—¿Por qué no les das de una vez su dinero? Por lo que he oído eres como una vaca lechera para ellos.

—No es tan simple. La cuestión es que he sido un tonto. No soy amigo de los Borgia, aunque me hayan prestado el dinero, pero hace poco me enteré de una información y eso me dio la oportunidad de estafarles un poco.

—¿Y de qué te enteraste?

—Hace unos meses, mi hermano Francesco, que es el chambelán de Cesare (lo sé, lo sé, no empecemos), me contó gran parte de los planes que tenía Cesare para la Romaña. Tiene pensado crear un mini reino allí, desde el que tiene la intención de conquistar el resto del país y hacer que entre en vereda. Como la Romaña hace frontera con los territorios venecianos, Venecia está descontenta con los avances que está haciendo allí Cesare.

—¿Y qué hiciste?

Egidio extendió las manos.

—Escribí al embajador veneciano y le di toda la información que Francesco me había facilitado. Le avisé. Pero debieron de interceptar una de mis cartas.

—¿No implicó eso a tu hermano?

—Hasta ahora se las ha arreglado para mantenerse fuera de peligro.

—Pero ¿qué te indujo a hacer tal cosa?

—Tenía que hacer algo. El Senado no tiene nada que hacer en la actualidad, en serio, salvo dar el visto bueno a todos los decretos de los Borgia. Si no lo hiciera, dejaría de existir. No hay independencia. ¿Sabes lo que es no tener un cazzo que hacer? —Egidio negó con la cabeza—. Te cambia. He de admitir que incluso he empezado a jugar y a beber…

—Y a ir de putas.

El senador le miró.

—Oh, eres bueno. Eres muy bueno. ¿Qué me ha delatado? ¿El aroma a perfume en mi manga?

Ezio sonrió.

—Algo así.

—Hmm. Bueno, como iba diciendo, los senadores antes hacían lo que se supone que hacen los senadores: hacer peticiones reales, como, por ejemplo (¡oh, no sé por dónde empezar!), la crueldad ilegal, los niños abandonados, el crimen en las calles, los tipos de interés o tener un poco de control sobre Chigi y los otros banqueros. Ahora la única legislación que nos permiten redactar independientemente tiene que ver con cosas semejantes al ancho apropiado de

las mangas en los vestidos de las mujeres.

—Pero no en tu caso. Has intentado recaudar dinero para causas falsas porque lo necesitabas para pagar tus deudas con el juego.

—No son causas falsas, chico. En cuanto volvamos a tener un gobierno como es debido, y en cuanto yo vuelva a tener estabilidad económica, tengo la intención de luchar por ellas enérgicamente.

—¿Y cuándo crees que será eso?

—Debemos tener paciencia. La tiranía es insoportable, pero no dura para siempre. Es demasiado frágil.

—Ojalá pudiera creerlo.

—Por supuesto, hay que alzarse contra ella, pase lo que pase. Sin duda hay que hacerlo. —Hizo una pausa—. Lo más seguro es que tenga, ¿qué?, diez o quince años más que tú. Tengo que aprovechar al máximo el tiempo. ¿O es que nunca has mirado una tumba y has pensado: esto es lo más importante que habré hecho en toda mi vida, morir?

Ezio se quedó callado.

—No —continuó Egidio—, supongo que no. —Se encerró en sí mismo—. ¡*Maledette* cartas! No debería habérselas mandado nunca al embajador. Ahora Cesare me matará en cuanto tenga oportunidad, haya deudas o no, a menos que gracias a algún milagro decida desatar su ira sobre otra persona. Sabe Dios que es un caprichoso.

—¿Sobre otra persona? ¿Cómo tu hermano?

—Nunca me perdonaré a mí mismo.

—¿Por qué no? Eres político.

—No somos todos malos.

—¿Dónde está tu hermano?

—No tengo ni idea. Aquí no está, gracias a Dios. No hemos hablado desde que descubrió lo de las cartas y soy una especie de lastre para él. Si te viera…

—¿Podemos volver a lo nuestro? —dijo Ezio.

—Claro. Un favor y luego… ¿Qué me has dicho que querías?

—Quiero saber quién es el banquero de Cesare. Dónde trabaja y dónde vive.

Egidio de repente se animó.

—Sí, ¿y el dinero? —Volvió a extender las manos—. El problema es que no tengo.

—Ya te dije que lo conseguiría. Tú sólo dime cuánto y dónde te vas a encontrar con ese banquero.

—No lo sabré hasta que esté allí. Normalmente voy a tres de los sitios preestablecidos. Sus socios se reúnen conmigo y me llevan hasta él. Le debo diez mil ducados.

—No hay problema.

—*Sul serio?*—Egidio casi sonrió de oreja a oreja—. Tienes que detener esto. Puede que incluso me des esperanza.

—Quédate aquí. Volveré con el dinero al atardecer.

A última hora de la tarde, Ezio volvió a ver a un Egidio cada vez más incrédulo y depositó dos bolsas pesadas de cuero en las manos del senador.

—¡Has vuelto! ¡Has vuelto de verdad!

—Me has esperado.

—Soy un hombre desesperado. No creía que lo hicieras…

—Hay una condición.

—Lo sabía.

—Escucha —dijo Ezio—, si sobrevives, y espero que lo hagas, quiero que vigiles qué ocurre políticamente en esta ciudad. Y quiero que informes de todo lo que descubras… —vaciló y luego añadió—: a madonna Claudia, del burdel que llaman La Rosa in Fiore. Sobre todo cualquier cosa de la que te enteres sobre los Borgia. —Ezio sonrió por dentro—. ¿Conoces el sitio?

Egidio tosió.

—Te… tengo un amigo que lo frecuenta.

—Bien.

—¿Qué harás con esa información? ¿Harás desaparecer a los Borgia?

Ezio sonrió.

—Tan sólo… te estoy reclutando.

El senador miró las bolsas de dinero.

—Odio tener que darles esto. —Cayó en un pensativo silencio y luego dijo—: Mi hermano me ha guardado las espaldas porque somos familia. Odio al pezzo di merda, pero aún es mi hermano.

—Trabaja para Cesare.

Egidio se calmó.

—*Va bene*. Me avisaron del lugar de encuentro esta tarde mientras estabas fuera. Es el momento perfecto. Están impacientes por recibir el dinero, así que nos reuniremos esta noche. ¿Sabes? He sudado sangre cuando le he dicho al

mensajero que tendría el dinero preparado. —Volvió a hacer una pausa—. Deberíamos marcharnos pronto. ¿Qué haremos? ¿Me sigues?

—No quedaría bien que fueras acompañado.

Egidio asintió.

—Bien. Aún da tiempo a un vaso de vino antes de salir. ¿Quieres uno?

—No.

—Bueno, yo sí necesito beber algo.

Capítulo 31

Ezio siguió al senador a través de otro laberinto de calles, aunque éstas conducían al Tíber y le eran más familiares. Pasaron por monumentos, plazas y fuentes que conocía, así como edificios en construcción; los Borgia gastaban generosamente el dinero en *palazzi*, teatros y galerías en su búsqueda de su autoengrandecimiento. Por fin Egidio se detuvo en una plaza atractiva, formada por cuatro grandes casas privadas en dos de los lados y una fila de tiendas caras en el tercero. En el cuarto lado había un pequeño parque bien cuidado que llegaba hasta el río. Aquél era el destino de Egidio. Escogió un banco de piedra, se colocó junto a él en la creciente penumbra y miró a izquierda y derecha, al parecer sereno. Ezio admiró su aplomo, que también resultaba muy útil. Cualquier señal de nerviosismo podría haber puesto en guardia a los subordinados del banquero.

Ezio se colocó junto a un cedro y esperó. No tuvo que esperar mucho. Unos minutos después de la llegada de Egidio, se le acercó un hombre alto, vestido con una librea que no reconocía. Una insignia en su hombro mostraba un emblema; en una mitad había un toro rojo en un campo dorado, mientras que en la otra había dibujadas unas rayas horizontales negras y doradas. Ezio seguía sin saber a quién pertenecía.

—Buenas noches, Egidio —saludó el recién llegado—. Parece que estás listo para morir como un caballero.

—No es muy simpático por tu parte, capitano —respondió Egidio—, puesto que traigo el dinero.

El hombre alzó una ceja.

—¿En serio? Bueno, eso es distinto. El banquero estará muy contento. Confío en que vengas solo.

—¿Ves a alguien más aquí?

—Sígueme, *furbacchione*.

Se marcharon, volviendo sobre sus pasos hacia el este, y atravesaron el Tíber. Ezio les siguió a una distancia discreta, pero desde la que podía oírles.

—¿Hay noticias de mi hermano, *capitano*? —preguntó Egidio mientras caminaban.

—Tan sólo puedo decirte que el duque Cesare tiene muchísimas ganas de interrogarlo. Bueno, en cuanto venga de la Romaña.

—Espero que esté bien.

—Si no tiene nada que ocultar, no tiene nada que temer.

Continuaron en silencio, y en la iglesia de Santa María sopra Minerva giraron al norte, en dirección al Panteón.

—¿Qué pasará con mi dinero? —preguntó Egidio.

Ezio advirtió que estaba sacando de quicio al capitán para beneficiar a Ezio. Un hombre listo.

—¿Con tu dinero? —El capitán se rio por lo bajo—. Espero que esté ahí todo el interés.

—Así es.

—Será mejor que así sea.

—¿Y bien?

—Al banquero le gusta ser generoso con sus amigos. Les trata bien. Se lo puede permitir.

—Os trata bien, ¿eh?

—Me gustar creer que es así.

—Es tan generoso… —observó Egidio con tal sarcasmo que hasta el capitán lo captó.

—¿Qué has dicho? —preguntó de forma amenazante y dejó de caminar.

—Eeeh… Nada.

—Vamos, ya estamos llegando.

La gran mole del Panteón se alzaba en la penumbra en aquella estrecha plaza. El alto pórtico corintio del edificio de mil quinientos años, construido como templo de todos los dioses romanos, pero consagrado hacía ya mucho tiempo como iglesia que estaba por encima de ellos, levantaba una sombra bajo la que esperaban tres hombres. Dos iban vestidos de forma similar al capitán, mientras que el tercero iba de civil: un hombre alto, cuyas finas vestiduras no casaban con su cuerpo atrofiado. Saludaron al capitán y el civil le hizo un gesto frío con la cabeza a Egidio.

—¡Luigi! ¡Luigi Torcelli! —gritó Egidio, de nuevo para que Ezio se enterara

—. Me alegro de volver a verte. Veo que sigues siendo el representante del banquero. Pensaba que ya te habrían ascendido. Que estarías en un despacho o algo así.

—Cállate —dijo el hombre atrofiado.

—Tiene el dinero —anunció el capitán.

A Torcelli le brillaron los ojos.

—¡Vaya, vaya! Eso pondrá de buen humor a mi señor. Da una fiesta bastante especial esta noche, así que voy a entregarle personalmente tu pago, en su palazzo. Tengo que darme prisa, el tiempo es oro, así que dámelo.

Egidio odiaba tener que obedecerle, pero los guardias subordinados alzaron las alabardas hacia él y tuvo que darles las bolsas.

—¡Uf! —exclamó—. ¡Cómo pesan! Me alegro de deshacerme de ellas.

—Cállate —repitió el representante y les dijo a los guardias—: Retenedlo aquí hasta que regrese.

Con aquellas palabras desapareció en la desierta y tenebrosa iglesia, y cerró las enormes puertas con firmeza.

Ezio tenía que seguirle, pero no había modo de cruzar aquellas puertas y, de todas formas, antes tenía que pasar por los guardias sin que le descubrieran. Egidio debía de haberlo supuesto porque empezó a bromear con los hombres de uniforme para irritarlos, pero también para distraerles.

—¿Por qué no dejáis que me marche? Ya os he pagado —dijo, indignado.

—¿Y si nos has timado? —respondió el capitán—. Antes tienen que contar el dinero. Seguro que lo entiendes.

—¿Qué? ¿Diez mil ducados? ¡Tardarán toda la noche!

—Lo tienen que hacer.

—Si Luigi llega tarde, le darán una paliza. ¡Ya me imagino el tipo de hombre que debe de ser ese banquero!

—Cállate.

—Tenéis un vocabulario muy reducido. Mirad, pensad en el pobre Torcelli. Si no llega pronto con el dinero, lo más seguro es que el banquero no le deje unirse a la fiesta. ¿Deja que sus lacayos vayan de fiesta?

Impaciente, el capitán le dio un golpe al senador y Egidio se calló, aunque continuaba riendo. Había visto a Ezio pasar disimuladamente y empezar a trepar por la fachada del edificio en dirección a la cúpula que había detrás.

Una vez en el tejado del edificio circular, que la fachada clásica ocultaba parcialmente, Ezio se dirigió hacia la abertura redonda —el óculo— que sabía

que era el centro. Sería la prueba definitiva de sus habilidades para escalar, pero en cuanto entrara, encontraría al representante y pondría en marcha la siguiente fase del plan, que enseguida se formó en su mente. El representante era de su tamaño, aunque mucho menos musculoso, y su larga y suelta túnica escondería el físico de Ezio, si todo iba bien.

La parte más peliaguda era bajar por la abertura en la cúspide de la cúpula y luego encontrar cómo descender desde allí. Había estado antes en la iglesia y sabía que los incensarios que colgaban hasta abajo estaban suspendidos por unas cadenas sujetas al techo. Si pudiera llegar hasta una de ellas… Si aguantara su peso…

Bueno, no había otro modo. Ezio sabía muy bien que, aunque no pudiera cruzar como una mosca la curva interior de la cúpula, de techo artesonado, había 42 metros hasta el frío suelo de losas grises.

Se inclinó sobre el borde del óculo y observó detenidamente la oscuridad de abajo. Un puntito de luz lejano le mostró dónde estaba el representante, sentado en un banco que recorría la pared. Tendría el dinero junto a él y estaría contándolo a la luz de una vela. Luego, Ezio buscó las cadenas que sujetaban los incensarios. Ninguna estaba a su alcance, pero si pudiera…

Cambió de posición y bajó las piernas por el borde de la abertura circular, agarrándose a ella con ambas manos. Era un riesgo enorme, pero las cadenas parecían antiguas y sólidas, y mucho más pesadas de lo que había esperado. Miró cómo estaban enganchadas al techo y por lo que vio, estaban agarradas firmemente a la piedra maciza.

No quedaba más remedio. Se impulsó fuerte con las manos y se lanzó de lado hacia el vacío.

Por un momento pareció que estaba suspendido en el aire, como si el aire mismo lo estuviera sosteniendo, como hace el agua con un nadador, pero entonces comenzó a caer.

Sus brazos se agitaron hacia delante, deseó que su cuerpo se acercara a la cadena más próxima y la cogió. Los eslabones se resbalaron por sus guantes y se deslizó unos cuantos metros antes de poder asirse con firmeza; entonces se encontró columpiándose en la oscuridad. Escuchó. No había oído nada y estaba demasiado oscuro para que el representante viera la cadena oscilando desde donde estaba sentado, allí abajo. Ezio miró hacia la luz. Seguía ardiendo y no había señal de alarma.

Fue bajando a ritmo constante hasta que estuvo a unos seis metros del suelo.

Estaba muy cerca del representante y veía su silueta encorvada sobre las bolsas de dinero, mientras las monedas de oro resplandecían a la luz de la vela. Ezio podía oír al hombre murmurando y el suave chasquido rítmico del ábaco.

De repente, hubo un terrible ruido que procedía de arriba, de algo que se rompía. La cadena ya no podía aguantar más su peso y se había soltado. Ezio saltó de la cadena que se deslizó en sus manos y se lanzó hacia la vela. Mientras volaba por los aires oyó que el representante, asustado, decía «¿quién anda ahí?» y un ruido que parecía interminable mientras la cadena de cuarenta y dos metros caía serpenteando hacia el suelo. Gracias a Dios, las puertas de la iglesia estaban cerradas y su grosor amortiguaría cualquier sonido del interior.

Ezio cayó sobre el representante con todo su peso, le dejó sin respiración, y ambos quedaron despatarrados en el suelo, el representante con los brazos y las piernas abiertos debajo de Ezio.

Se retorció para librarse de él, pero Ezio lo tenía agarrado por el brazo.

—¿Quién eres? ¡Dios, protégeme! —exclamó el representante, aterrorizado.

—Lo siento, amigo —dijo Ezio mientras sacaba la hoja oculta.

—¿Qué? ¡No! ¡No! —farfulló—. ¡Mira, coge el dinero! ¡Es tuyo! ¡Es tuyo!

Ezio le sujetó con fuerza y lo atrajo hacia él.

—¡Aléjate de mí!

—*Requiescat in pace* —dijo Ezio.

Ezio enseguida le quitó la túnica, se la puso encima de su ropa, se cubrió la cara con un pañuelo y se caló bien su gorro. La túnica era un poco ceñida, pero no le quedaba del todo mal. Después, terminó de traspasar el dinero de las bolsas a una caja metálica que el representante había llevado para aquel propósito y donde ya había guardado la mayor parte de las monedas. Añadió el libro de cuentas, dejó allí el ábaco y las bolsas de cuero, y se metió la caja metálica debajo del brazo para salir por la puerta. Había oído hablar bastante tiempo al representante para saber cómo imitarlo de manera aceptable, o al menos eso esperaba. De todas maneras, tenía que arriesgarse.

Al acercarse a la puerta, se abrió y el capitán dijo:

—¿Va todo bien ahí dentro?

—Ya he acabado.

—Bien, date prisa, Luigi o llegaremos tarde.

Ezio salió hacia el pórtico.

—¿Está todo?

Ezio asintió.

—*Va bene* —dijo el capitán. Luego se volvió a los hombres que sujetaban a Egidio y les ordenó resueltamente—: Matadlo.

—¡Espera! —dijo Ezio.

—¿Qué?

—No le matéis.

El capitán parecía sorprendido.

—Pero ése es… ése es el procedimiento habitual, ¿no, Luigi? Además, ¿sabes lo que ha hecho este tío?

—Tengo órdenes del mismo banquero de que a este hombre se le perdone la vida.

—¿Puedo preguntar por qué?

—¿Cuestionas las órdenes del banquero?

El capitán se encogió de hombros y les hizo una señal a los guardias con la cabeza para que soltaran al senador.

—Tienes suerte —le dijo a Egidio, que tuvo el sentido común de no mirar a Ezio antes de salir corriendo sin mediar más palabra.

El capitán se volvió hacia Ezio.

—Muy bien, Luigi. Tú delante.

Ezio vaciló. No sabía qué hacer porque no tenía ni idea de adónde ir. Sopesó la caja.

—Esto pesa mucho. Los guardias deberían llevarla entre los dos.

—Sin duda.

Les pasó la caja, pero siguió sin moverse.

Los guardias esperaron.

—*Ser* Luigi —dijo el capitán al cabo de un rato—, con todo el respeto, debemos llevarle esto a tiempo al banquero. Desde luego, no estoy cuestionando tu autoridad… pero ¿no deberíamos darnos prisa?

¿De qué servía ganar tiempo para pensar? Ezio sabía que tenía que basarse en una corazonada. Era muy probable que el banquero viviera en los alrededores del Castel Sant'Angelo o del Vaticano. Pero ¿dónde? Optó por el Castel Sant'Angelo y comenzó a caminar hacia el oeste. Los miembros de su destacamento de seguridad se miraron entre ellos, pero le siguieron. Aun así, sentía su inquietud y, de hecho, después de llevar caminando un rato, oyó que los dos guardias susurraban:

—¿Es esto algún tipo de prueba?

—No estoy seguro.

—A lo mejor estamos dando un rodeo adrede por algún motivo.

Al final el capitán le dio unos golpecitos en el hombro y dijo:

—Luigi, ¿estás bien?

—Por supuesto que sí.

—Entonces, de nuevo con respeto, ¿por qué nos llevas al Tíber?

—Por razones de seguridad.

—Ah, sólo preguntaba. Normalmente vamos directos.

—Éste es un envío muy importante —dijo Ezio, esperando que lo fuera.

El capitán no pestañeó. Mientras estaban parados hablando, uno de los guardias le murmuró al otro:

—¡Qué tontería! Estas chorradas son las que me hacen pensar que más me valía haberme quedado de herrero.

—Me muero de hambre. Me quiero ir a casa —masculló el otro—. ¡Que le den a la seguridad! Tan sólo está a un par de manzanas al norte.

Al oír esto, Ezio suspiró aliviado, puesto que su mente le había mostrado la ubicación del *palazzo* del otro banquero, Agostino Chigi, que se encargaba de los asuntos del Papa. Aquello estaba un poco al noreste de donde estaban ellos en aquel instante. Era lógico que la casa del banquero de Cesare no estuviera muy lejos, en la zona de negocios. Qué tonto había sido al no ocurrírsele antes, pero había sido un día muy ajetreado.

—Ya hemos dado bastante rodeo —dijo con decisión—. Ahora iremos directos.

Se dirigió hacia el Palazzo Chigi y se tranquilizó al notar el alivio de sus compañeros. Al cabo de un rato, el capitán decidió ponerse al frente. Adoptaron un paso rápido y no tardaron en llegar a una zona de calles amplias y limpias. El gran edificio de mármol, bien iluminado, al que se dirigían estaba vigilado por unos guardias distintos, situados al pie de los escalones de la entrada y delante de la imponente puerta doble que había enfrente.

Obviamente esperaban al grupo de Ezio.

—Ya era hora —dijo el líder de los nuevos guardias, que sin duda estaba por encima del capitán. Se volvió hacia Ezio y añadió—: Entrégale la caja a mis hombres, Luigi. Me encargaré de que el banquero la reciba. Sería preferible que tú también vinieras. Hay alguien aquí que quiere hablar contigo. —Miró a su alrededor—. ¿Dónde está el senador Troche?

—Hicimos lo que nos ordenaron —respondió Ezio antes de que nadie más pudiera hacerlo.

—Bien —dijo el guardia al mando con aspereza.

Ezio siguió a la caja, que ahora estaba en manos de los nuevos guardias, al final de los escalones. Detrás de él, el capitán hizo el gesto para acompañarles.

—Vosotros no —dijo el guardia al mando.

—¿No podemos entrar?

—Esta noche no. Tú y tus hombres estaréis aquí de patrulla. Podrías enviar a uno de ellos a buscar otro destacamento. Estamos a plena seguridad. Son órdenes del duque Cesare.

—*Porco puttana* —gruñó uno de los guardias de Ezio a su compañero.

Ezio aguzó el oído.

«¿Cesare? ¿Está aquí?», pensó y su mente empezó a dar vueltas mientras atravesaba las puertas abiertas para entrar en el vestíbulo, que resplandecía de luz y, por suerte, estaba abarrotado de gente.

El capitán y el guardia al mando estaban aún discutiendo sobre la patrulla extra cuando un grupo de policía papal de la ciudad se acercó a ellos a paso ligero. Les faltaba el aliento y sus rostros reflejaban preocupación.

—¿Qué ocurre, sargento? —preguntó el guardia al mando a su comandante.

—*Perdonate, colonnello,* pero estábamos de ronda por el Panteón, las puertas estaban abiertas…

—¿Y?

—Así que investigamos. Envié algunos hombres adentro…

—Suéltalo ya, hombre.

—Encontramos a *messer* Torcelli, señor. Asesinado.

—¿A Luigi? —El guardia al mando se volvió para mirar hacia la puerta principal por la que Ezio acababa de desaparecer—. ¡Qué tontería! Llegó hace unos minutos con el dinero. Debe de haber un error.

Capítulo 32

Ezio, tras haberse despojado rápida y discretamente de las prendas de ropa de Luigi y haberlas escondido detrás de una columna, se abrió camino entre la multitud de huéspedes bien vestidos, la mayoría de los cuales llevaban máscara, y no les quitó el ojo de encima a los guardias que llevaban la caja del dinero. Se acercó aún más a ellos mientras se aproximaban a un ayudante vestido con una elegante librea, a quien se la entregaron.

—Para el banquero —dijo uno de los guardias.

El ayudante asintió, cogió la caja sin problemas y se dio la vuelta para marcharse del salón. Ezio estaba a punto de seguirle, cuando tres chicas pasaron rozándole. Sus vestidos eran tan opulentos como los de los demás invitados, pero sus escotes dejaban muy poco a la imaginación. Con sorpresa y placer, Ezio reconoció a las cortesanas de La Rosa in Fiore. Sin duda había subestimado a su hermana. No le extrañaba que estuviera enfadada con él.

—Déjanoslo a nosotras, Ezio —dijo una de las chicas.

—No te conviene acercarte tanto —dijo la segunda—. Pero no nos pierdas de vista.

Salieron pavoneándose detrás del ayudante, pronto le alcanzaron y una de ellas ya había empezado a entablar conversación.

—Hola —dijo.

—Hola —contestó el hombre con cautela.

Pero no era muy divertido estar en una fiesta y seguir de servicio.

—¿Te importa que camine contigo? ¡Toda esta gente! Cuesta pasar por aquí un poco rápido.

—Sí. Bueno, quiero decir que no me importa que me acompañes.

—No había estado aquí antes.

—¿De dónde eres?

—De Trastevere. —Se estremeció de forma exagerada—. Tienes que pasar

por algunas de las ruinas antiguas para llegar hasta esta zona. Me ponen nerviosa.

—Aquí estás a salvo.

—¿Contigo?

El ayudante sonrió.

—Podría protegerte, si es necesario.

—Seguro que sí. —Miró la caja—. ¡Vaya, qué cofre que llevas ahí!

—No es mío.

—Oh, pero lo sujetas con esos brazos tan fuertes. ¡Menudos músculos debes de tener!

—¿Quieres tocarlos?

—¡Santo cielo! Pero ¿qué le diré al sacerdote que me confiese?

Para entonces ya habían llegado a una puerta de hierro flanqueada por dos guardias. Ezio observó cómo uno de ellos llamaba. Un instante después, la puerta se abrió y una figura vestida con la túnica roja de un cardenal apareció en la entrada, con un ayudante vestido de forma similar al primero.

—Aquí está el dinero que estaba esperando, Su Eminencia —dijo el portador de la caja y se la ofreció al segundo ayudante.

Ezio contuvo la respiración, se había confirmado su sospecha. El banquero no era otro sino Juan Borgia, el Mayor, arzobispo de Monreale y cardenal-sacerdote de Santa Susana. ¡El mismísimo hombre que había visto en compañía de Cesare en Monteriggioni y en los establos del Castel Sant'Angelo!

—Bien —dijo el banquero, cuyos ojos negros brillaban en su rostro cetrino. Estaba observando a la chica, que estaba cerca del primer ayudante—. A ella creo que también me la quedo.

La agarró por el brazo para atraerla hacia él, mientras se dirigía al primer ayudante:

—En cuanto a ti, puedes retirarte.

—*Onoratissima!* —exclamó la chica, arrimándose de buen grado al banquero mientras el ayudante intentaba controlar la expresión de su cara.

El segundo ayudante desapareció en la habitación por la puerta y la cerró, mientras el banquero conducía a la chica de vuelta a la fiesta.

El primer ayudante observó cómo se marchaban y luego suspiró, resignado. Se dispuso a marcharse, pero entonces se detuvo, para buscar algo que le faltaba.

—¡Mi monedero! ¿Dónde está? —masculló y luego miró hacia donde el banquero se había ido con la chica. Estaban rodeados de invitados que se reían,

entre los que pasaban ágiles sirvientes con bandejas de plata cargadas de comida y bebida—. ¡Oh, mierda! —dijo para sus adentros y volvió a la puerta principal, que cerró tras cruzarla. Obviamente habían llegado todos los invitados.

Ezio observó cómo se marchaba y pensó: «Si continúan tratando a la gente de esa manera, no debería tener problemas en conseguir todos los reclutas que necesite».

Ezio se dio la vuelta y se abrió camino hasta colocarse cerca del banquero, justo cuando un heraldo apareció en la galería y un trompetista tocó una corta fanfarria para que los demás guardaran silencio.

—*Eminenze, signore, signori* —anunció el heraldo—. Nuestro estimado señor, y el invitado de honor, el duque de Valencia y de la Romaña, el capitán general de las *forze armate* papales, príncipe de Andria y Venafro, conde de Dyois y señor de Piombino, Camerino y Urbino, Su Gracia *messer* Cesare Borgia, está a punto de honrarnos con un discurso en la Gran Cámara Interior.

—Vamos, querida, siéntate a mi lado —le dijo el banquero a la cortesana de La Rosa in Fiore, con su mano huesuda serpenteando su trasero.

Ezio se unió a las personas que rápidamente se movieron con obediencia hacia la puerta doble que llevaba a la cámara interior. Advirtió que las otras dos chicas no estaban lejos, pero le ignoraban con sensatez. Se preguntó cuántas aliadas más había logrado su hermana infiltrar en aquella reunión. Si tenía éxito en todo lo que le había pedido hacer, tendría que hacer algo más que morder el polvo, pero también se sentía orgulloso y tranquilo.

Ezio tomó asiento en un pasillo, junto al centro de los congregados. Unos guardias papales bordeaban la sala y había otra fila delante de la tarima que se había colocado en un extremo. En cuanto estuvieron todos acomodados, las mujeres comenzaron a abanicarse a causa del calor, y una figura familiar, vestida de negro, subió a la tarima. Ezio advirtió que iba acompañado de su padre, aunque Rodrigo se limitó a sentarse detrás de él. Para su alivio, no se veía a Lucrezia por ninguna parte, aunque ya deberían haberla soltado.

—Bienvenidos, amigos míos —dijo Cesare, sonriendo un poco—. Sé que nos queda mucha noche por delante. —Hizo una pausa para las risas y aplausos aislados—. Pero no os entretendré demasiado. Amigos míos, es un honor para mí que el cardenal de Santa Susana se haya tomado tantas molestias para ayudarme a celebrar mis recientes victorias.

Aplausos.

—¿Y qué mejor modo de celebrarlas que uniéndome a la hermandad del

Hombre? Pronto nos volveremos a reunir aquí para una fiesta aún mayor que celebre una Italia unificada. Entonces, amigos míos, el festín y el jolgorio no durarán una noche ni dos, ni tampoco cinco, seis o siete, ¡estaremos cuarenta días y noches de fiesta!

Ezio vio que el Papa se ponía tenso al oír aquello, pero Rodrigo no dijo nada, no interrumpió. El discurso, como Cesare había prometido, fue corto y siguió con una lista de las nuevas ciudades estado que estaban bajo su influjo, y un vago resumen de sus planes para futuras conquistas. Cuando terminó, en medio de fuertes gritos de aprobación y aplausos, Cesare se dio la vuelta para marcharse, pero le cerró el paso Rodrigo, que sin duda estaba haciendo un esfuerzo por contener su furia. Ezio avanzó para escuchar la seca conversación que habían comenzado en voz baja padre e hijo. En cuanto a los demás juerguistas, habían empezado a moverse hacia el salón principal y sus mentes ya estaban concentradas en los placeres de la fiesta que habría a continuación.

—No acordamos conquistar toda Italia —estaba diciendo Rodrigo con la voz llena de rencor.

—Pero, *caro padre*, si tu brillante capitán general dice que podemos hacerlo, ¿por qué no alegrarnos y dejar que ocurra?

—¡Tus riesgos lo arruinarán todo! Puede que alteres el delicado equilibrio de poder que nos hemos esforzado tanto por mantener.

Cesare torció el gesto.

—Por supuesto que aprecio todo lo que has hecho por mí, caro padre, pero no olvides que ahora controlo el ejército y eso significa que yo tomo las decisiones. —Hizo una pausa para que asimilara sus palabras—. No estés tan apesadumbrado. ¡Diviértete!

Después de aquellas palabras Cesare bajó de la tarima y atravesó una puerta con cortina que había en un lateral. Rodrigo observó durante un momento cómo se marchaba y luego, tras refunfuñar, le siguió.

«Pavonéate todo lo que quieras ahora, Cesare —pensó Ezio—, porque acabaré contigo. Entretanto, tu banquero deberá pagar el precio por relacionarse contigo».

Adoptando el aire de cualquier otro invitado a la fiesta, fue como si tal cosa en la misma dirección que los demás. Durante el discurso, habían transformado el salón principal colocando camas y sofás bajo pesados doseles, y cubriendo el suelo de cojines de damasco y gruesas alfombras persas. Los criados aún pasaban entre los huéspedes y les servían vino, pero los invitados ahora estaban

más interesados los unos en los otros. Por toda la sala, hombres y mujeres se despojaban de sus ropas, en parejas, en grupos de tres, de cuatro o más. El olor a sudor se elevaba con el calor.

Varias mujeres y no menos hombres, algunos de los cuales no se habían entregado aún a la diversión, miraron a Ezio, pero ninguno le prestó especial atención mientras usaba las columnas de la sala para esconderse y continuaba andando hacia el banquero, que se había quitado su birrete, su espléndido ferraiolo y su sotana para revelar una larguirucha figura con una camisa de algodón y unos calzones largos de lana. El y la chica estaban medio sentados, medio tumbados en un sofá con dosel en un hueco, más o menos oculto a la vista del resto de los invitados. Ezio se acercó aún más.

—¿Te lo estás pasando bien, querida? —preguntaba el banquero, que toqueteaba torpemente con sus manos nudosas las ballenas de su vestido.

—Sí, *Eminenza,* mucho. Hay mucho que mirar.

—Oh, bien. No he reparado en gastos, ¿sabes?

Le besuqueó el cuello con los labios. Mordió y chupó mientras bajaba cada vez más su mano.

—No lo dudo —respondió.

Los ojos de la chica se encontraron con los de Ezio por encima del hombro del banquero y le avisaron de que se mantuviera al margen de momento.

—Sí, cariño, las mejores cosas de la vida hacen que el poder resulte gratificante. Si veo una manzana creciendo en un árbol, la arranco. Nadie puede detenerme.

—Bueno —dijo la chica—, supongo que depende un poco de quién sea el árbol.

El banquero se rio socarronamente.

—Por lo visto no lo entiendes: yo soy el dueño de todos los árboles.

—Del mío no, querido.

El banquero se retiró un poco y cuando volvió a hablar, su voz fue gélida.

—Al contrario, *tesora*, te he visto cómo le robabas el monedero a mi ayudante. Creo que me lo he ganado por tu penitencia. De hecho, me lo voy a cobrar toda la noche.

—¿A cobrar?

Ezio esperó que la chica no estuviera tentando su suerte. Miró alrededor de la sala. Había unos guardias colocados en su perímetro a una distancia el uno del otro de unos cuatro metros, pero ninguno estaba cerca. El banquero, en su propio

terreno, estaba muy seguro de sí mismo. Tal vez demasiado seguro.

—Eso es lo que he dicho —contestó el banquero, con un rastro de amenaza en su tono. Entonces se le ocurrió una idea nueva—. Por casualidad, ¿no tendrás una hermana?

—No, pero tengo una hija.

El banquero se lo planteó.

—¿Trescientos ducados?

—Setecientos.

—Sabes cómo conseguir lo que quieres, pero… hecho. Es un placer hacer negocios contigo.

Capítulo 33

Según avanzaba la noche, Ezio escuchaba las voces a su alrededor.

—¡Hazlo otra vez!

—¡No, me haces daño!

—No, no puedes hacer eso. ¡No lo permitiré!

Y todos los sonidos de dolor y placer. El dolor real y el placer fingido.

El banquero no perdía ímpetu, por desgracia, y al perder la paciencia con la chica, empezó a romperle el vestido para quitárselo. Sus ojos seguían implorándole a Ezio que se mantuviera al margen.

—Puedo ocuparme de esto —parecía que le estuvieran diciendo.

Volvió a observar la sala. Algunos de los criados y la mayoría de los guardias habían sido inducidos por los invitados a unirse a la diversión, y se dio cuenta de que había gente blandiendo consoladores de hierro y madera, y pequeños látigos negros.

Pronto…

—Ven aquí, querida —decía el banquero para que la chica volviera al sofá. Se sentó a horcajadas sobre ella y comenzó a empujarla.

Sus manos se acercaron al cuello y empezó a estrangularla. Con el ahogo, intentó soltarse, pero se desmayó.

—¡Oh, sí! ¡Me gusta! —exclamó jadeando, con las venas del cuello hinchadas, y sus dedos apretaron el cuello de la chica—. Esto debería aumentar tu placer y desde luego aumenta el mío.

Un minuto más tarde ya había terminado y yacía con todo su peso sobre su cuerpo, resbalándose en su sudor mientras recuperaba el aliento.

No había matado a la chica. Ezio veía cómo se le movía el pecho con la respiración.

El banquero se puso en pie y dejó la figura postrada de la joven medio fuera del sofá.

Soltó una orden a un par de criados que había por allí cerca y aún estaban de servicio:

—Deshaceos de ella.

Mientras el banquero se movía hacia la orgía principal, Ezio y los criados contemplaron cómo se marchaba. En cuanto estuvo a una distancia prudencial y ocupado, los sirvientes levantaron con cuidado el cuerpo de la chica hasta colocarla en el sofá, dejaron una botella de agua junto a ella y la taparon con una manta de piel. Uno de ellos advirtió la presencia de Ezio. Ezio se llevó un dedo a los labios y el hombre sonrió y asintió. Al menos había algo de bondad en aquel antro fétido.

Ezio siguió de cerca al banquero mientras se subía los calzones e iba de grupo en grupo, murmurando sus apreciaciones como un entendido en una galería de arte.

—Oh, *bellissima* —decía de vez en cuando. Se detuvo a mirar y luego se dirigió a la puerta de hierro por la que al principio había aparecido y llamó. La abrió desde dentro el segundo ayudante, que había estado todo aquel tiempo comprobando las nuevas cuentas.

Ezio no les dejó cerrar la puerta. Saltó y empujó a los dos hombres adentro. Cerró la puerta y se enfrentó a ellos. El ayudante, un hombrecillo en mangas de camisa, habló atropelladamente, cayó de rodillas y una mancha oscura salió de entre sus piernas antes de que se desmayara. El banquero se puso de pie.

—¡Tú! —exclamó—. *Assassino!* Pero no por mucho tiempo. —Su brazo intentó tocar una campana, pero Ezio fue más rápido. La hoja oculta salió y cortó los dedos de la mano que el banquero había extendido. El banquero se agarró la mano mutilada cuando los dedos cayeron esparcidos sobre la alfombra—. ¡No te acerques! —gritó—. No conseguirás nada bueno matándome. Cesare acabará contigo. Pero…

—¿Sí?

El hombre puso una cara maliciosa.

—Si me perdonas la vida…

Ezio sonrió. El banquero comprendió y atendió su mano arruinada.

—Bueno —dijo, aunque de sus ojos empezaban a brotar unas lágrimas de dolor y rabia—. Al menos he vivido. Las cosas que he visto, sentido y saboreado. No me arrepiento de nada. No me arrepiento de ningún instante de mi vida.

—Has jugado con las baratijas que da el poder. Un hombre con fuerza de

verdad hubiera despreciado tales cosas.

—Le he dado a la gente lo que quería.

—Te has engañado.

—Perdóname.

—Tenéis que pagar vuestra deuda, *Eminenza*. El placer inmerecido se consume.

El banquero se puso de rodillas y farfulló unas oraciones que recordaba a medias.

Ezio alzó la hoja oculta.

—*Requiescat in pace* —dijo.

Dejó la puerta abierta cuando se marchó. La orgía se había convertido en un manoseo aletargado y oloroso. Un par de invitados, ayudados por los criados, vomitaban, mientras que otro par de sirvientes sacaban un cadáver: era evidente que había sido demasiado para el corazón de alguien. No quedaba nadie de guardia.

—Estamos preparadas —dijo una voz a sus espaldas.

Se dio la vuelta y vio a Claudia. Por la sala, una docena de chicas se levantaron. Entre ellas, vestida de nuevo, un poco consternada, pero bien, estaba la chica de la que el banquero había abusado de forma tan repugnante. Los criados que la habían ayudado estaban a su lado. Eran más reclutas.

—Lárgate de aquí —dijo Claudia—. Recuperaremos el dinero. Con intereses.

—¿Puedes…?

—Esta vez…, sólo por esta vez, confía en mí, Ezio.

Capítulo 34

Aunque su mente dudaba sobre la opción de dejar a su hermana al mando, Ezio admitió para sus adentros que, después de todo, él le había pedido que hiciera aquel trabajo. Había muchas cosas en juego, pero era mejor que la obedeciera y confiara en ella.

Hacía frío a primera hora del día y se puso la capucha al pasar ante los guardias adormilados que había en el exterior del *palazzo* del banquero. Las antorchas se habían consumido y la casa en sí misma, que ya no resplandecía desde el interior por la iluminación, parecía vieja, gris y cansada. Le dio vueltas a la idea de ir tras Rodrigo, a quien no había visto desde su furiosa salida de la tarima después del discurso de Cesare, que, sin duda, no había elegido quedarse en la fiesta; pero descartó esa idea. No iba a irrumpir en el Vaticano él solo y además estaba cansado.

Ezio regresó a la isla Tiberina para lavarse y refrescarse, pero no se entretuvo. Tenía que averiguar, lo antes posible, cómo le había ido a Claudia; sólo entonces podría relajarse de verdad.

El sol estaba saliendo por el horizonte y bañaba de luz dorada los tejados de Roma, mientras Ezio se deslizaba sobre ellos en dirección a La Rosa in Fiore. Desde su posición estratégica, vio un buen número de patrullas de Borgia corriendo por la ciudad en un estado de excitación e inquietud, pero el burdel estaba bien escondido y sus clientes mantenían en secreto su ubicación, puesto que estaba claro que no querrían rendirle cuentas a Cesare si se enteraba de su existencia. Así que Ezio no se sorprendió al no encontrar uniformes Borgia a su alrededor. Bajó en una calle no muy lejana y caminó hacia el burdel, tratando de no correr.

Sin embargo, al acercarse, se puso tenso. Fuera, había signos de lucha y el pavimento estaba manchado de sangre. Desenvainó la espada y, con el corazón latiendo fuertemente en su pecho, se dirigió a la puerta, que se encontró

entreabierta.

Los muebles de recepción estaban por el suelo y el lugar patas arriba. En el suelo había unos jarrones rotos y los cuadros de las paredes, ilustraciones de buen gusto de algunos de los episodios más jugosos de Boccaccio, estaban torcidos. Pero aquello no era todo. Los cadáveres de tres guardias Borgia yacían en la entrada y había sangre por todas partes. Iba a seguir adelante cuando una de las cortesanas, la misma chica que había caído en manos del banquero, salió a saludarle. Tenía el vestido y las manos cubiertos de sangre, pero los ojos le brillaban.

—¡Oh, Ezio, gracias a Dios que estás aquí!

—¿Qué ha pasado?

Enseguida pensó en su madre y su hermana.

—Salimos de allí bien, pero los guardias de los Borgia debieron de seguirnos todo el camino de vuelta…

—¿Qué ha pasado?

—Intentaron atraparnos aquí dentro, tendernos una emboscada…

—¿Dónde están Claudia y María?

La chica se puso a llorar.

—Sígueme.

Se dirigió hacia el patio interior de La Rosa in Fiore, Ezio la siguió, todavía muy atemorizado, pero se dio cuenta de que la chica iba desarmada y, a pesar de su aflicción, le guiaba sin miedo. ¿Qué clase de masacre…? ¿Habían matado los guardias a todo el mundo menos a ella? ¿Cómo había escapado? Y al marcharse, ¿se habían llevado el dinero?

La chica abrió la puerta que daba al patio, donde sus ojos contemplaron un panorama atroz, aunque no era el que esperaba.

Había guardias de los Borgia muertos por todas partes, y aquellos que vivían estaban gravemente heridos o se estaban muriendo. En medio, junto a la fuente, estaba Claudia, que tenía el vestido empapado en sangre y llevaba una daga de rodela en una mano y un estilete en la otra. La mayoría de las chicas que había visto en el palazzo del banquero estaban junto a ella, armadas de forma similar.

A un lado, protegida por tres de las muchachas, estaba María, y detrás de ella, amontonadas contra la pared, no había una, sino siete cajas metálicas del mismo tipo que la que Ezio había entregado para el banquero.

Claudia estaba todavía en guardia, como el resto de las mujeres, esperando otra ola de ataques.

—¡Ezio! —exclamó.
—Sí —contestó, aunque estaba mirando la matanza.
—¿Cómo has llegado hasta aquí?
—Por los tejados, desde la isla Tiberina.
—¿Has visto más?
—Muchos, pero están corriendo en círculos. Ninguno estaba cerca de aquí.
Su hermana se relajó un poco.
—Bien. Entonces debemos limpiar la calle y cerrar la puerta. Luego ya arreglaremos todo este lío.
—¿Habéis… perdido a alguien?
—A dos, Lucía y Agnella. Ya las hemos tumbado sobre sus camas. Murieron con valor.
Ni siquiera temblaba.
—¿Estás bien? —preguntó Ezio, vacilante.
—Perfectamente —respondió, serena—. Necesitaremos ayuda para deshacernos de todo esto. ¿Podrías conseguir a unos cuantos reclutas tuyos para que nos ayuden? Dejamos a nuestros nuevos amigos, los criados, en el palazzo para que despistaran a cualquiera que preguntase.
—¿Escapó alguien de este grupo?
Claudia adoptó una expresión adusta. Seguía sin soltar sus armas.
—Ni uno. Cesare no recibirá noticias.
Ezio se quedó callado por un instante. No se oía nada salvo el agua de la fuente y el canto de los pájaros de la mañana.
—¿Hace cuánto ha ocurrido?
Ella medio sonrió.
—Llegaste justo al final de la fiesta.
Él le devolvió la sonrisa.
—No me necesitas. Mi hermana sabe cómo empuñar un cuchillo.
—Y estoy dispuesta a hacerlo de nuevo.
—Hablas como una auténtica Auditore. Perdóname.
—Necesitabas ponerme a prueba.
—Quería protegerte.
—Como puedes ver, me las arreglo muy bien sola.
—Ya lo veo.
Claudia soltó las armas y señaló los cofres del tesoro.
—¿Son suficientes intereses para ti?

—Veo que puedes jugar mejor que yo y estoy lleno de admiración.

—Bien.

Entonces hicieron lo que habían querido hacer durante los cinco últimos minutos y se echaron el uno en los brazos del otro.

—Excelente —dijo María, que se unió a ellos—. ¡Me alegro de ver que por fin habéis recapacitado!

Capítulo 35

—¡Ezio!

Ezio no esperaba volver a oír aquella voz familiar tan pronto. Su parte pesimista no esperaba volver a oírla nunca más. Sin embargo, se alegró al recibir la nota que le habían dejado en la isla Tiberina, donde le pedían que fuera a El Zorro Durmiente, el cuartel general del Gremio de Ladrones de La Volpe en Roma, a donde se dirigía en aquellos momentos.

Miró a su alrededor, pero no se veía a nadie. Las calles estaban vacías, incluso de uniformes Borgia, puesto que estaba ya en una zona rescatada por los hombres de La Volpe.

—¿Leonardo?

—¡Aquí!

La voz provenía de una oscura entrada. Ezio fue hacia allí y Leonardo le arrastró a las sombras.

—¿Te han seguido?

—No.

—Gracias a Dios. He sudado sangre.

—¿Te han…?

—No. Mi amigo, *messer* Salai, me guarda las espaldas. Le he confiado mi vida.

—¿Tu amigo?

—Sí, somos íntimos.

—Ten cuidado, Leo, se te ablanda el corazón con los jóvenes y eso podría ser tu punto débil.

—Puede que sea blando, pero no soy tonto. Venga, vamos.

Leonardo sacó a Ezio de allí después de mirar a ambos lados de la calle. A unos metros a la derecha, se metió por un callejón que serpenteaba entre los edificios sin ventanas y las paredes sin ninguna característica especial a lo largo

de unos doscientos metros, donde se convertía en una encrucijada junto a otros tres callejones más. Leonardo tomó el de la izquierda y después de unos cuantos metros, llegó a una puerta baja y estrecha, que estaba pintada de color verde oscuro. La abrió con una llave. A los dos hombres les costó entrar, pero una vez en el interior, Ezio se halló en una gran sala abovedada. La luz natural bañaba el lugar a través de las ventanas colocadas a gran altura en las paredes, y la habitación estaba llena de mesas de caballetes, abarrotadas de todo tipo de cosas: soportes, esqueletos de animales, libros polvorientos, mapas (raros y valiosos, como todos los mapas). La Hermandad de los Asesinos tenía una colección en Monteriggioni de incalculable valor, pero los Borgia en su ignorancia habían destruido la sala de mapas con cañoneos y, por lo tanto, ya no servían para nada. En la sala donde se encontraban también había lápices, plumas, pinceles, pintura, montones de papeles y dibujos colgados en las paredes… En resumen, era el típico desorden familiar, y de algún modo reconfortante, que siempre había visto Ezio en los estudios de Leonardo.

—Aquí es donde trabajo —dijo Leonardo, orgulloso—. Lo más lejos posible de mi taller oficial cerca de Castel Sant'Angelo. Nadie más viene aquí. Excepto Salai, claro.

—¿No te tienen vigilado?

—Lo hicieron durante un tiempo, pero se me da bien congraciarme cuando me conviene y se lo tragaron. Le alquilé este sitio al cardenal de San Pedro Encadenado. Sabe guardar un secreto y no es amigo de los Borgia.

—No hace daño tener un seguro para el futuro, ¿no?

—¡Ezio, amigo mío, no se te pasa nada! Bueno, vamos al grano. No sé si hay algo que pueda ofrecerte. Debe de haber una botella de vino por alguna parte.

—Déjalo, no te preocupes. Tan sólo dime por qué me mandaste a buscar.

Leonardo se acercó a una de las mesas con caballetes que había a la derecha de la sala, rebuscó debajo y sacó un estuche largo, de madera, cubierto de cuero, que dejó sobre la mesa.

—Aquí tienes —dijo con un gesto festivo mientras lo abría.

El estuche estaba forrado de terciopelo púrpura —Leonardo había dicho: «La idea es de Salai, que Dios le bendiga»— y contenía las copias de las armas perdidas del Códice. Estaba la muñequera que le protegía el brazo izquierdo, la pequeña pistola retráctil, la daga de doble filo y la daga venenosa.

—La muñequera fue la que dio más problemas —continuó Leonardo—. Fue muy difícil conseguir un metal tan extraordinario. Según lo que me contaste del

accidente en el que perdiste los originales, puede que se haya salvado. Si la pudieras recuperar…

—Si se ha salvado, estará enterrada bajo varias toneladas de escombros —dijo Ezio—. También podría estar en el fondo del mar. —Se puso la muñequera. Parecía un poco más pesada que la primera, pero haría su servicio—. No sé cómo darte las gracias.

—Eso es fácil —respondió Leonardo—. ¡Con dinero! Pero aún hay más. —Volvió a hurgar debajo de la mesa y sacó otro estuche, más largo que el primero—. Éstas son nuevas y te pueden ser útiles de vez en cuando.

Abrió la tapa para revelar una ballesta ligera con un juego de flechas, un juego de dardos y un guantelete de cuero.

—Los dardos están envenenados —dijo Leonardo—, así que ni se te ocurra tocar la punta con las manos descubiertas. Si puedes recuperarlos de tu, ejem, objetivo, verás que pueden volver a utilizarse muchas veces.

—¿Y el guantelete?

Leonardo sonrió.

—Estoy bastante orgulloso de esto. Te permitirá escalar sobre cualquier superficie con facilidad. Es casi tan bueno como convertirse en una lagartija. —Hizo una pausa, preocupado—. En realidad no lo hemos probado sobre cristal, pero dudo que alguna vez te encuentres en una superficie tan lisa. —Hizo una pausa—. La ballesta es una ballesta, pero es muy compacta y ligera. Lo que la hace especial es que es tan potente como esas cosas pesadas que ahora están sustituyendo por mis llaves de rueda, perdóname; y por supuesto la ventaja que tiene sobre una pistola es que es más o menos silenciosa.

—Ahora no me puedo llevar todo esto.

Leonardo se encogió de hombros.

—No hay problema. Te las llevaremos. ¿A la isla Tiberina?

Ezio lo pensó.

—No. Hay un burdel llamado La Rosa in Fiore. Está en la rione Montium et Biberatice, cerca del viejo foro con columnas.

—Lo encontraremos.

—Déjaselas allí a mi hermana, Claudia. ¿Puedo? —Ezio cogió una hoja de papel y garabateó algo en ella—. Dale esto. Te he hecho un dibujo de la ubicación porque cuesta encontrarlo. Te entregaré el dinero lo antes posible.

—Quinientos ducados.

—¿Cuánto?

—Estas cosas no son baratas…

Ezio frunció la boca.

—Muy bien. —Volvió a coger la nota y escribió una línea más—. Hace poco hemos recibido unos fondos… inesperados. Mi hermana te pagará. Y escucha, Leo, tengo que confiar en ti. No le digas ni una palabra a nadie.

—¿Ni a Salai?

—Tan sólo a Salai si es necesario. Pero si los Borgia descubren dónde está el burdel, mataré a Salai y te mataré a ti, amigo mío.

Leonardo sonrió.

—Sé que estamos en tiempos difíciles, querido, pero ¿cuándo, y digo cuándo, te he defraudado?

Contento al oír aquello, Ezio se despidió de su amigo y continuó su camino hacia El Zorro Durmiente. Llegaba tarde, pero la reunión con Leonardo había valido la pena.

Cruzó el patio, satisfecho al ver que el negocio seguía en auge, y estaba a punto de anunciar su llegada a los ladrones que hacían guardia a ambos lados de la puerta donde se leía *Uffizi*, cuando La Volpe apareció, por lo visto de la nada; se le daba muy bien eso.

—¡*Buongiorno*, Ezio!

—¡*Ciao*, Gilberto!

—Me alegro de que hayas venido. ¿Qué quieres?

—Sentémonos en un sitio tranquilo.

—¿En la *Uffizi*?

—Quedémonos aquí. Lo que tengo que contarte es tan sólo para tus oídos.

—Bien, porque yo también tengo algo que decirte, que debería quedar entre nosotros, por ahora.

Se sentaron a una mesa en el que de otro modo sería un bar vacío en la posada, lejos de los que jugaban y bebían.

—Ha llegado el momento de ir a visitar al amante de Lucrezia, Pietro —dijo Ezio.

—Bien. Ya tengo a hombres ahí fuera que le están buscando.

—*Molto bene,* pero no debería costar tanto encontrar a un actor en activo, y éste es famoso.

La Volpe negó con la cabeza.

—Es lo bastante famoso para tener guardaespaldas propios. Y pensamos que tal vez se esté escondiendo porque tiene miedo de Cesare.

—Tiene sentido. Bueno, haz lo que puedas. ¿Y qué tienes en mente?

La Volpe luchó consigo mismo unos instantes y luego dijo:

—Es delicado… Ezio, si pudiera…

—¿Qué pasa?

—Alguien ha avisado a Rodrigo para que se mantenga alejado del Castel Sant'Angelo.

—¿Y crees que ese alguien es… Maquiavelo?

La Volpe permaneció callado.

—¿Tienes pruebas? —insistió Ezio.

—No, pero…

—Sé que Maquiavelo te preocupa, pero escucha, Gilberto, no debemos dividirnos por las sospechas.

En ese momento la puerta se abrió de par en par y fueron interrumpidos por la llegada de un ladrón herido, que entró en la sala tambaleándose.

—¡Malas noticias! —gritó—. ¡Los Borgia conocen el paradero de nuestros espías!

—¿Quién se lo ha dicho? —bramó La Volpe y se levantó.

—El maestro Maquiavelo nos preguntó esta mañana por la búsqueda del actor Pietro.

La Volpe apretó la mano hasta convertirla en un puño.

—¿Ezio? —dijo en voz baja.

—Tenían a cuatro de nuestros hombres vigilados —dijo el ladrón—. Tuve suerte de poder escapar.

—¿Dónde ha sido?

—No muy lejos de aquí, cerca de Santa María dell'Orto.

—¡Vamos! —le gritó La Volpe a Ezio.

En cuestión de minutos, los hombres de La Volpe habían preparado dos caballos y los dos Asesinos salían de los establos de El Zorro Durmiente como alma que lleva el diablo.

—Aún no me creo que Maquiavelo sea un traidor —insistió Ezio mientras cabalgaban.

—Estuvo callado un tiempo para disipar nuestras dudas —le soltó La Volpe —. Pero mira los hechos: primero el ataque a Monteriggioni, luego el asunto de Castel Sant'Angelo y ahora esto. Está detrás de todo.

—¡Limítate a cabalgar! ¡Cabalga como una flecha! Puede que aún estemos a tiempo de salvarlos.

Galoparon a la desbandada por calles estrechas, frenando y avanzando mientras se esforzaban por evitar hacer daño a la gente y chocarse con los puestos del mercado que se interponían en su camino. Tanto gallinas como ciudadanos se dispersaban a su paso, pero cuando los guardias de Borgia intentaron bloquearles el camino, con las alabardas alzadas, les atropellaron.

En siete minutos llegaron al lugar que les había indicado el ladrón herido y vieron a los soldados de Borgia preparándose para subir a los cuatro ladrones capturados a un carromato. Les golpeaban con los pomos de sus espadas al tiempo que se mofaban de ellos. Enseguida Ezio y La Volpe se echaron encima de ellos como furias vengativas.

Con las espadas desenvainadas, condujeron a sus monturas hábilmente entre los guardias para separarlos de los prisioneros y los dispersaron por la plaza frente a la iglesia. La Volpe agarró con firmeza su espada con la mano derecha, soltó las riendas de la mano izquierda y, sosteniéndose con los muslos, llevó el caballo hacia el carro, le quitó la fusta al carretero y golpeó fuerte en las ijadas de los caballos. Se pusieron a dos patas, relincharon y luego salieron en estampida mientras el carretero se esforzaba en vano por controlarlos. La Volpe tiró la fusta a un lado y, al estar a punto de caerse, agarró las riendas de nuevo y dio la vuelta con su caballo para reunirse con Ezio, rodeado de cinco guardias, que pinchaban al caballo en el pecho y los costados con sus alabardas. La Volpe les atacó con la espada y le dio a Ezio el tiempo suficiente para librarse de la trampa y abrirle el estómago al guardia más próximo. Dio una vuelta cerrada con el caballo, volvió a atacar con su espada y le cortó la cabeza al cuerpo de otro. Entretanto, La Volpe había despachado al último de los guardias, mientras que los demás estaban heridos o habían huido.

—¡Corred, cerdos! —gritó La Volpe. Luego ordenó a sus hombres—: ¡Volved a la base! ¡Ya! ¡Nos reuniremos con vosotros allí!

Los cuatro ladrones se calmaron y salieron de la plaza disparados por la calle principal, tras atravesar la pequeña multitud que se había congregado para ver la pelea. Ezio y La Volpe salieron detrás de ellos para guiarlos y asegurarse de que llegaban todos de una pieza.

Entraron en El Zorro Durmiente por una puerta lateral secreta y pronto estuvieron reunidos en el bar, que ahora tenía el cartel de «Cerrado» en la puerta. La Volpe pidió cerveza para sus hombres, pero no esperó a que llegara para

empezar el interrogatorio.

—¿Qué habéis podido averiguar?

—Jefe, planean matar al actor esta noche. Cesare va a enviar a su «matón» para que se encargue de eso.

—¿Quién es? —preguntó Ezio.

—Le has visto —contestó La Volpe—. Micheletto Corella. Nadie puede olvidar una cara como ésa.

Y así era. Ezio vio en su mente al hombre que había sido la mano derecha de Cesare en Monteriggioni y que también estaba en los establos del Castel Sant'Angelo. Un rostro cruel y maltrecho, que parecía mucho más viejo que la edad de su dueño, con unas cicatrices espantosas junto a la boca, que simulaban una permanente sonrisa sardónica. Micheletto Corella. Originalmente Miguel de Corella. Corella, ¿acaso esa región de Navarra, que producía un vino tan bueno, también tenía un torturador y asesino como aquél?

—Puede matar a una persona de ciento cincuenta maneras diferentes —decía La Volpe—, pero su método preferido es la estrangulación. —Hizo una pausa—. Sin duda es el asesino más consumado de Roma. Nadie escapa de él.

—Esperemos que esta noche sea la primera vez —dijo Ezio.

—¿Dónde será? ¿Lo sabéis? —preguntó La Volpe a los ladrones.

—Pietro actúa esta noche en una obra religiosa. Ha estado ensayando en un lugar secreto.

—Debe de tener miedo. ¿Y?

—Interpreta a Cristo. —Uno de los ladrones se rio por lo bajo y La Volpe le fulminó con la mirada—. Van a suspenderle de una cruz —continuó el hombre que estaba hablando—. Micheletto se acercará a él con una lanza y se la clavará en el costado, sólo que no será de mentira.

—¿Sabéis dónde está Pietro?

El ladrón negó con la cabeza.

—No lo sabemos. No pudimos averiguarlo. Pero sí sabemos que Micheletto le esperará en las antiguas Termas del emperador Trajano.

—¿Las Terme di Traiano?

—Sí. Creemos que el plan es el siguiente: Micheletto pretende disfrazar a sus hombres y hacer que el asesinato parezca un accidente.

—Pero ¿dónde va a tener lugar la actuación?

—No lo sabemos, pero no puede ser muy lejos de donde espera Micheletto reunirse con sus hombres.

—Iré allí y le seguiré de cerca —decidió Ezio—, así me llevará hasta el amante de Lucrezia.

—¿Alguna cosa más? —les preguntó La Volpe a sus hombres.

Negaron con la cabeza. Entonces entró un hombre con una bandeja en la que llevaba cerveza, pan y salami, sobre la que se abalanzaron los ladrones, agradecidos. La Volpe llevó a Ezio a un lado.

—Ezio, lo siento, pero estoy convencido de que Maquiavelo nos ha traicionado. —Alzó una mano—. Digas lo que digas no me convencerás de lo contrario. Sé que a ambos nos gustaría negarlo, pero ahora la verdad está clara. En mi opinión, deberíamos… hacer lo que haga falta. —Hizo una pausa—. Y si tú no lo haces, lo haré yo.

—Entiendo.

—Y hay otra cosa, Ezio. Sabe Dios que soy fiel, pero también tengo que tener en cuenta el bienestar de mis hombres. Hasta que esto se haya arreglado, no voy a arriesgar sus vidas sin necesidad.

—Tienes tus prioridades, Gilberto, y yo tengo las mías.

Ezio se marchó para prepararse para el trabajo de aquella noche. Tomó prestado un caballo de La Volpe y se dirigió a La Rosa in Fiore, donde Claudia le recibió.

—Han venido a traerte algo —dijo.

—¿Ya?

—Dos hombres, ambos muy atildados. Uno era bastante joven y un poco sospechoso, pero bastante apuesto. El otro tenía unos cincuenta años; bueno, un poco más viejo que tú. Desde luego, me acordaba de él, era tu viejo amigo Leonardo, pero estuvo muy formal. Me dio esta nota y le pagué.

—Qué rápido.

Claudia sonrió.

—Me dijo que pensaba que tal vez apreciarías una entrega exprés.

Ezio le devolvió la sonrisa. Estaría bien encontrarse con los villanos esa noche e ir armado con unas cuantas viejas amigas, las armas del Códice. Se imaginaba que los hombres de Micheletto estarían entrenados a un alto nivel. Pero también necesitaba refuerzos y por la postura de La Volpe, sabía que no podía contar con que le prestara un contingente de ladrones.

Pensó en su propia milicia de nuevos reclutas. Había llegado la hora de poner a prueba a unos cuantos.

Capítulo 36

Ezio ignoraba que *messer* Corella tuviera otro pequeño trabajo que terminar para su jefe antes del acontecimiento principal de aquella noche. Pero aún era muy temprano.

Estaba en silencio, en un muelle desierto junto al Tíber. Había unas cuantas barcazas y dos barcos anclados, que se movían suavemente por la corriente del río. Las mugrientas velas recogidas de los barcos ondeaban ligeramente al viento. Un grupo de guardias que llevaban la insignia de Cesare se acercaba a él, medio tirando, medio cargando entre ellos a un hombre con los ojos vendados. Al frente iba el mismo Cesare.

Micheletto reconoció al hombre, sin sorpresa, como Francesco Troche.

—Por favor —gimoteaba Francesco—, no he hecho nada malo.

—Francesco, querido amigo —dijo Cesare—. Es así de sencillo. Le contaste a tu hermano los planes que tenía en la Romaña y él se puso en contacto con el embajador veneciano.

—Fue un accidente. Todavía soy tu siervo y tu aliado.

—¿Estás exigiendo que pase por alto tus acciones y confíe en una mera amistad?

—Estoy… pidiendo, no exigiendo.

—Mi querido Francesco, para reunificar Italia debo tener todas las instituciones bajo mi control. Ya sabes que servimos a una organización más importante, a la Orden de los Templarios, de la que ahora estoy al frente.

—Creía que tu padre…

—Y si la Iglesia no obedece —continuó Cesare con firmeza—, la eliminaré por completo.

—Pero sabemos que en realidad trabajo para ti, no para el Papa.

—¿Ah, sí, Troche? Ahora tan sólo hay un modo de que esté incondicionalmente seguro.

—Estoy seguro de que no tienes intención de matar a tu amigo más leal.

Cesare sonrió.

—Claro que no.

Chasqueó los dedos y sin hacer ruido, Micheletto se acercó a Francesco por la espalda.

—¿Vas… vas a dejar que me marche? —La voz de Francesco rebosaba alivio—. Gracias, Cesare. Gracias de todo corazón. No te arrepentirás…

Pero sus palabras se interrumpieron cuando Micheletto, con una fina cuerda en sus manos, se inclinó hacia delante y la apretó con fuerza alrededor de su cuello. Cesare observó un rato, pero antes de que Francesco estuviera muerto, se volvió hacia el capitán de la guardia y dijo:

—¿Tienes preparados los disfraces para la obra?

—¡Sí, señor!

—Pues dáselos a Micheletto cuando haya acabado.

—¡Sí, señor!

—Lucrezia es mía y sólo mía. No creía que fuera tan importante para mí, pero cuando recibí aquel mensaje en Urbino, de uno de sus hombres, que ese desgraciado actor de mierda la había estado manoseando, volví inmediatamente. ¿Puedes entender una pasión como ésa, capitán?

—¡Sí, señor!

—Eres tonto. ¿Has terminado ya, Micheletto?

—*Messere*, el hombre está muerto.

—Entonces cárgalo de piedras y tíralo al Tíber.

—Como mandes, Cesare.

El capitán había dado órdenes a sus hombres y cuatro de ellos se habían ido a buscar unas grandes cestas de mimbre, que ahora llevaban entre ellos.

—Aquí están los disfraces para tus hombres. Asegúrate bien de que el trabajo se realiza correctamente.

—Sí, *messere*.

Cesare se marchó y dejó que sus subordinados se encargaran de los preparativos. Micheletto les hizo unas señas a los guardias para que le siguieran y les condujo a las Termas de Trajano.

Ezio y su grupo de reclutas ya estaban en las termas, escondidos bajo la protección de un pórtico en ruinas. Había advertido que había varios hombres

vestidos de negro reunidos y los observó detenidamente cuando apareció Micheletto. Los guardias dejaron en el suelo los cestos con los disfraces y Micheletto les hizo una señal para que se marcharan. Había una gran oscuridad y Ezio hizo un gesto con la cabeza a sus hombres para que se prepararan. Se había puesto la muñequera en el antebrazo izquierdo y llevaba la daga venenosa en el derecho.

Los hombres de Micheletto formaron una fila y a cada uno le fue entregado un disfraz. Eran uniformes como los que llevaban los antiguos legionarios romanos en los tiempos de Cristo. Ezio se dio cuenta de que el mismo Micheletto iba vestido de centurión.

Cuando los hombres se retiraron para ponerse su disfraz, Ezio se preparó. En silencio, extendió la oculta daga venenosa que Leonardo había vuelto a crear para él. Los matones, desprevenidos, cayeron sin un suspiro y entonces sus reclutas fueron los que se disfrazaron y se deshicieron de los cadáveres de los secuaces de Micheletto.

Absorto en su trabajo, una vez que estuvieron todos disfrazados, Micheletto ignoraba que ahora estaba al mando de unos hombres que no eran los suyos. Los guio, con Ezio pegado a ellos, en dirección al Coliseo.

Se había erigido un escenario en las ruinas del antiguo anfiteatro romano donde, desde la época del emperador Tito, los gladiadores habían luchado a muerte, los *bestiarií* habían despachado a decenas de miles de animales salvajes y habían echado a cristianos a los leones. Era un lugar sombrío, pero la penumbra se dispersaba de algún modo gracias a los cientos de antorchas parpadeantes que iluminaban el escenario, mientras la audiencia, que se extendía por los bancos de madera de una tribuna, estaba absorta en una obra sobre la Pasión de Cristo.

—Busco a Pietro Benintendi —le dijo Micheletto al portero y le enseñó una orden.

—Está en escena, *signore* —contestó el portero—. Pero uno de mis hombres os llevará al lugar donde podéis esperarle.

Micheletto se volvió hacia sus «compañeros».

—No os olvidéis de que llevaré esta capa negra con la estrella blanca en el hombro —les dijo—. Cubridme las espaldas y esperad a vuestra señal, que será cuando Poncio Pilatos le ordene al centurión que le mate.

«Tengo que llegar a Pietro antes que él», pensó Ezio, que iba detrás del grupo mientras seguía a su líder hasta el Coliseo.

En el escenario, se habían levantado tres cruces. Observó cómo sus reclutas se preparaban según las órdenes de Micheletto y él mismo se colocó en los bastidores.

La obra estaba alcanzando su clímax.

—Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado? —gritó Pietro desde la cruz.

—¡Mirad —dijo uno de los actores que representaba a los fariseos— cómo llama a Elías para que venga a salvarle!

Uno, vestido de legionario romano, mojó una esponja en vinagre y la colocó en la punta de su lanza.

—Espera a ver si Elías se atreve a venir o no.

—¡Tengo una sed atroz, tengo una sed atroz! —gritó Pietro.

El soldado levantó la esponja hacia los labios de Pietro.

—Sí, ya no beberás más —dijo otro fariseo.

Pietro alzó la cabeza.

—Majestuoso Dios Todopoderoso —declamó—. No cesaré de servirte. Te entrego mi alma; recíbela, oh, Señor, en tus manos. —Pietro soltó un gran suspiro—. *Consummatum est!*

Dejó caer la cabeza. Cristo ha «muerto».

En ese mismo instante, Micheletto entró en escena, con su uniforme de centurión resplandeciendo bajo la capa negra retirada hacia atrás. Ezio, mientras observaba, se preguntó qué habría sido del actor que en principio hacía de centurión, pero se imaginó que se había encontrado con un destino similar al de la mayoría de las víctimas de Micheletto.

—Señores, os digo —recitó Micheletto con descaro— que este es el Hijo de Dios Padre Todopoderoso. Sé que es cierto. ¡Lo sé por cómo grita que El ha cumplido la profecía y el Altísimo se ha revelado en Él!

—Centurión —dijo el actor que interpretaba a Caifás—, Dios me da velocidad, su locura es grande de verdad. ¡No lo entiendes! Cuando veas sangrar su corazón, entonces comprobarás lo que dices. Longinos, coge esta lanza.

Caifás le pasó una lanza de madera al actor que interpretaba al legionario romano, Longinos, un hombre grande, con rizos largos y sueltos.

«Está claro que es uno de los favoritos de la audiencia y sin duda es el amargo rival de Pietro», pensó Ezio.

—Coge esta lanza y presta atención —añadió uno de los fariseos por si acaso —. Debes clavársela en el costado a Jesús Nazareno para comprobar que está

realmente muerto.

—Haré como me pides —declamó Longinos—, pero recaerá sobre tu cabeza. Sean cuales sean las consecuencias, me lavo las manos.

Entonces fingió que le clavaba la lanza de *atrezzo* en el costado a Jesús y, cuando la sangre y el agua salieron de un saco que llevaba Pietro escondido en el taparrabos, Longinos empezó su gran discurso. Ezio vio el brillo en los ojos de «Jesús muerto» mientras Pietro lo observaba con celos.

—Supremo Rey del Cielo, te veo. Deja que el agua se vierta en mis manos y en mi lanza, y que se bañen también mis ojos para que pueda verte con más claridad. —Hizo una pausa dramática—. ¡Ay, pobre de mí! ¿Qué es lo que he hecho? Creo que, a decir verdad, he matado a un hombre, pero no sé de qué tipo. Dios que estás en los Cielos, te pido clemencia puesto que fue mi cuerpo el que guio mi mano, no mi alma. —Se permitió otra pausa para una ronda de aplausos y continuó—: Señor, he oído hablar mucho de ti, que con tu compasión has curado a los enfermos y a los ciegos. ¡Sea alabado tu nombre! Me has curado en este día mi propia ceguera de espíritu. A partir de ahora, Señor, seré tu discípulo. Y dentro de tres días volverás a levantarte para gobernarnos y juzgarnos a todos.

El actor que interpretaba a José de Arimatea, el acaudalado líder judío que había donado su propia tumba, que ya habían construido, para albergar el cuerpo de Cristo, entonces habló:

—Ah, Dios, ¿qué corazón tienes al permitirles que maten a este hombre que veo aquí muerto, colgado de esta cruz, un hombre que nunca hizo nada? Pues seguro que Él es el mismísimo Hijo de Dios. Por lo tanto, en la tumba que se hizo para mí, allí será enterrado su cuerpo, pues El es el Rey del Gozo.

Nicodemo, compañero de José en el Sanedrín y simpatizante, añadió su voz:

—Ser José, estoy seguro de que es el Hijo de Dios Todopoderoso. Pidamos su cuerpo a Poncio Pilatos para que sea enterrado noblemente. Y yo te ayudaré a bajarlo con devoción.

José entonces se volvió hacia el actor que interpretaba a Pilatos y volvió a hablar:

—*Ser* Pilatos, te pido que me concedas un favor especial. Déjame que custodie el cuerpo de este profeta que ha muerto hoy.

Mientras Micheletto se colocaba muy cerca de la cruz central, Ezio entró en los bastidores sin que le vieran. Una vez allí, rebuscó rápidamente en el contenedor de los disfraces y encontró la túnica de un rabino, que se puso enseguida. Volvió al escenario desde bastidores y se las apañó para colocarse

justo detrás de Micheletto sin que nadie se diera cuenta ni que la acción perdiera ritmo.

—José, si de verdad Jesús Nazareno está muerto, como el centurión debe confirmar, no te denegaré su custodia. —Pilatos se volvió hacia Micheletto y dijo—: ¡Centurión! ¿Está muerto Jesús?

—Sí, *ser* gobernador —dijo Micheletto sin gracia y Ezio vio cómo desenfundaba el estilete debajo de la capa.

Ezio había sustituido la daga venenosa, a la que ya no le quedaba veneno, por la leal hoja oculta, y se la clavó a Micheletto en el costado, lo sujetó en vertical y lo llevó fuera del escenario, por donde había entrado. Una vez en los bastidores, tumbó al hombre en el suelo.

Micheletto le clavó una mirada centelleante.

—¡Ja! —exclamó—. No puedes salvar a Pietro. El vinagre de la esponja estaba envenenado. Como le prometí a Cesare, me aseguré bien. —Se esforzó por respirar—. Tenías que haber acabado conmigo.

—No he venido aquí a matarte. Ayudaste a subir a tu señor y caerás con él. No me necesitas, eres el agente de tu propia destrucción. Si vives, bien, un perro siempre vuelve a su dueño, y me llevarás hasta mi presa real.

Ezio no tenía tiempo para más, tenía que salvar a Pietro.

Al volver de nuevo al espectáculo, le recibió una escena de caos. Pietro se retorcía en la cruz y estaba vomitando al tiempo que se ponía del color de una almendra pelada. Se armó un gran revuelo entre el público.

—¿Qué pasa? ¿Qué sucede? —gritó Longinos, mientras el resto de los actores se dispersaba.

—¡Bajadle! —gritó Ezio a sus reclutas.

Algunos de ellos lanzaron sus puñales con energía para cortar las cuerdas que ataban a Pietro a la cruz, mientras que otros se prepararon para cogerlo abajo. Había más leales luchando contra los guardias de Borgia, que habían aparecido de la nada y estaban irrumpiendo en el escenario.

—¡Esto no estaba en el guión! —balbuceó Pietro mientras caía en brazos de los reclutas.

—¿Se va a morir? —preguntó Longinos con esperanza, puesto que un rival menos siempre era una buena noticia en aquella dura profesión.

—¡Frenad a los guardias! —gritó Ezio mientras sacaba a los reclutas del escenario y se llevaba a Pietro en brazos por un charco de agua que había en medio del Coliseo en el que bebían varias palomas, que, molestas, salieron

volando, alarmadas. El último rayo de sol poniente bañó a Ezio y Pietro de una luz roja apagada.

Ezio había entrenado bien a sus reclutas y los que iban en la retaguardia habían luchado con éxito contra los guardias de los Borgia mientras que el resto salía del Coliseo y se dirigía a la red de calles al norte. Ezio les condujo a la casa de un médico que conocía. Llamó a la puerta y tras dejarles pasar, aunque con renuencia, colocaron a Pietro sobre una mesa cubierta con un jergón en la consulta del médico, de cuyas vigas colgaba un número desconcertante de hierbas secas en manojos organizados, dando un olor acre a la habitación. En las estanterías, objetos, criaturas y partes de criaturas, que no se podían identificar o mencionar, flotaban en botes de cristal llenos de un líquido turbio.

Ezio ordenó a los hombres de fuera que siguieran vigilando. Se preguntó qué pensaría cualquier transeúnte que viera un grupo de soldados romanos. Probablemente creería que se trataba de fantasmas y echaría a correr. Él mismo se había librado de su disfraz de fariseo en cuanto había tenido la oportunidad.

—¿Quién eres? —murmuró Pietro.

Ezio se preocupó al ver que los labios del actor se habían puesto azules.

—Tu salvador —respondió Ezio y le dijo al médico—: Le han envenenado, *dottore* Brunelleschi.

Brunelleschi examinó enseguida al actor y le alumbró con una luz los ojos.

—Por su palidez, diría que han usado cantarella. Es el veneno que eligen nuestros queridos señores, los Borgia. —A Pietro le dijo—: Quédate tumbado.

—Tengo sueño —dijo Pietro.

—¡Quédate tumbado! ¿Ha vomitado? —le preguntó Brunelleschi a Ezio.

—Sí.

—Bien.

El médico fue de aquí para allá, mezcló líquidos de los frascos de cristal de distintos colores con la facilidad de un experto y vertió la mezcla en una ampolla. Se la entregó a Pietro y le sostuvo la cabeza.

—Bebe esto.

—Date prisa —le apremió Ezio.

—Dale un momento.

Ezio observó, inquieto, y después de lo que pareció una eternidad, el actor se incorporó.

—Creo que me encuentro un poco mejor —dijo.

—*Miracolo!* —exclamó Ezio, aliviado.

—La verdad es que no —replicó el médico—. No debió de tomar demasiado porque, por desgracia, tengo bastante experiencia con víctimas de cantarella. Gracias a eso, me ha sido posible desarrollar un antídoto muy efectivo. Ahora —continuó juiciosamente— te pondré unas sanguijuelas, que harán que mejores del todo. Puedes descansar aquí, hijo mío, y muy pronto estarás como nuevo.

Trajinó un poco más, cogió un bote de cristal lleno de unas criaturas negras, que se retorcían, y sacó un puñado.

—No sé cómo darte las gracias —le dijo Pietro a Ezio—. Yo…

—A mí se me ocurre cómo —respondió Ezio enérgicamente—. Dame la llave de la puertecita que usas para tus citas en el Castel Sant'Angelo con Lucrezia. ¡Ahora!

El rostro de Pietro reflejó recelo.

—¿De qué estás hablando? Yo no soy más que un pobre actor, una víctima de las circunstancias… Yo…

—Escucha, Pietro, Cesare sabe lo tuyo con Lucrezia.

El recelo fue sustituido por el miedo.

—¡Oh, Dios!

—Pero puedo ayudarte. Si me das la llave.

En silencio, Pietro hurgó en su taparrabos y se la entregó.

—Siempre la llevo conmigo —dijo.

—Muy inteligente por tu parte —contestó Ezio, que se guardó la llave en el bolsillo, pues le garantizaría la entrada en el castillo siempre que le hiciera falta.

—Mis hombres irán a buscar tu ropa y te llevarán a un lugar seguro. Le he ordenado a un par de ellos que te echen un ojo, pero tú desaparece del mapa por un tiempo.

—Pero… ¡mi público! —gimió el actor.

—Tendrán que arreglárselas con Longinos hasta que vuelva a ser seguro para ti mostrarte ante ellos. —Ezio sonrió con sorna—. Yo no me preocuparía. No tiene ni punto de comparación contigo.

—Oh, ¿de verdad lo crees?

—Sin duda.

—¡Ay! —gritó Pietro, cuando la primera sanguijuela procedió.

En un abrir y cerrar de ojos, Ezio había desaparecido y afuera les dio las órdenes necesarias a sus hombres.

—Quitaos esos disfraces en cuanto podáis. Las Termas de Trajano —añadió— no están lejos. Con un poco de suerte, vuestra ropa de calle aún estará donde

la dejasteis.

Se marchó solo, pero no se había alejado mucho, cuando advirtió la presencia de una figura que trataba de pasar desapercibida entre las sombras. En cuanto el hombre notó que Ezio le miraba, salió corriendo. Pero no antes de que Ezio hubiera reconocido a Paganino, el ladrón que decidió quedarse atrás en el saqueo a Monteriggioni.

—¡Eh! —gritó Ezio y fue tras él—. ¡Un momento!

Era evidente que el ladrón conocía aquellas calles. Se escabullía con tanta facilidad que Ezio le perdió en la persecución y más de una vez tuvo que subir a los tejados para echar un vistazo a las calles de abajo y volver a localizar al hombre. En ese momento se dio cuenta de lo sorprendentemente útil que resultaba el guante mágico de Leonardo.

Por fin logró dar con su presa e interrumpió su huida. El ladrón fue a sacar su puñal, una cinquedea con muy mal aspecto, pero Ezio se la arrebató de inmediato y repiqueteó sin peligro en el pavimento.

—¿Por qué corres? —preguntó Ezio mientras inmovilizaba al hombre.

Entonces vio que una carta salía de la bolsa de cuero que llevaba atada al cinturón. El sello era inconfundible: ¡era del Papa Alejandro VI, Rodrigo, el Español!

Ezio soltó un suspiro mientras una serie de sospechas se aclaraban. Hacía mucho tiempo Paganino había estado en el Gremio de Ladrones de Antonio de Magianis, en Venecia. Los Borgia debieron de ofrecerle bastante dinero para que quisiera cambiarse de bando y entonces se infiltraría en el grupo de La Volpe. Los Borgia habían tenido todo el tiempo un topo en el corazón de la organización de los Asesinos.

¡Aquél era el traidor y no Maquiavelo!

Mientras Ezio estaba distraído, el ladrón se soltó y, en un abrir y cerrar de ojos, cogió el arma. Sus ojos desesperados se encontraron con los de Ezio.

—¡Larga vida a los Borgia! —gritó y se clavó la cinquedea en su propio pecho.

Ezio miró al hombre caído mientras se retorcía en su agonía. Bueno, mejor morir así que no lentamente, a manos de sus señores. Ezio sabía muy bien el precio que hacían pagar los Borgia por un fallo. Se metió la carta en su jubón y se marchó.

«*Merda* —pensó—, tenía razón. Y ahora tendré que detener a La Volpe antes de que encuentre a Maquiavelo».

Capítulo 37

Mientras Ezio cruzaba la ciudad, fue abordado por Saraghina, una de las chicas de La Rosa in Fiore.

—Tienes que venir enseguida —dijo—. Tu madre quiere verte urgentemente.

Ezio se mordió el labio. Debería darle tiempo.

—Deprisa.

En cuanto llegaron al burdel, se encontró a María esperándole, con expresión de enorme preocupación.

—Ezio —dijo—. Gracias por venir a verme.

—Tengo que darme prisa, madre.

—Hay un problema.

—Dime.

—La antigua propietaria de este establecimiento…

—¿*Madonna* Solari?

—Sí. —María recobró la calma—. Resulta que era una estafadora y una mentirosa. Hemos descubierto que estaba jugando il doppio gioco, y tenía una estrecha relación con el Vaticano. Y lo que es peor, algunas de sus empleadas que aún están aquí podrían…

—No te preocupes, madre. Averiguaré quiénes son. Enviaré a los reclutas en los que más confío para que interroguen a las chicas. Bajo la dirección de Claudia, pronto sabrán la verdad.

—Gracias, Ezio.

—Nos aseguraremos de que sólo se queden aquí las que nos sean fieles. En cuanto al resto…

El rostro de Ezio adoptó una expresión adusta.

—Tengo más noticias.

—¿Sí?

—Nos han dicho que los embajadores del rey Fernando de España y del

emperador sagrado romano, Maximiliano, han llegado a Roma. Por lo visto buscan una alianza con Cesare.

—¿Estás segura, madre? ¿Por qué lo iban a necesitar?

—No lo sé, *figlio mio*.

A Ezio se le tensó la mandíbula.

—Más vale prevenir que curar. Pídele a Claudia que investigue por mí. La dejo al mando para que les dé órdenes a los reclutas que os envíe.

—¿Confías en ella para esto?

—Madre, después del asunto con el banquero, os confiaría a ambas mi vida. Me avergüenzo de no haberlo hecho antes, pero fue sólo mi preocupación por vuestra seguridad lo que…

María alzó una mano.

—No tienes que darme explicaciones. Y no hay nada que perdonar. Todos volvemos a ser amigos ahora. Eso es lo que importa.

—Gracias. Los días de Cesare están contados. Incluso aunque los embajadores consigan su apoyo, no tardarán en darse cuenta de que no sirve de nada.

—Espero que tu confianza esté justificada.

—Créeme, madre, lo está. O lo estará si logro que La Volpe deje de tener sospechas equivocadas respecto a Maquiavelo.

Capítulo 38

Ezio tomó prestado un caballo de los establos que había liberado y cabalgó de inmediato hacia El Zorro Durmiente. Era crucial que llegara allí antes de que le ocurriera nada a Maquiavelo. Si le perdía, perdería al más inteligente de la Hermandad.

Aunque no era tan tarde, se alarmó al ver que la taberna estaba cerrada. Tenía su propia llave, así que entró por la portezuela.

La escena con la que se encontraron sus ojos le dijo que había llegado con el tiempo justo. Estaban presentes todos los miembros del Gremio de Ladrones. La Volpe y sus principales tenientes estaban juntos, muy ocupados, hablando de algo que parecía de gran importancia y por lo visto tomaron una decisión, puesto que La Volpe, con una mirada torva en su rostro, se acercó a Maquiavelo, con una eficiente daga suiza en su mano derecha. Maquiavelo, por su parte, parecía indiferente, como si no tuviera ni idea de lo que estaba sucediendo.

—¡Para! —gritó Ezio, irrumpiendo en la escena, con la respiración entrecortada tras su carrera precipitada.

Todos los ojos se volvieron hacia él, mientras La Volpe se quedaba clavado en su sitio.

—¡Detente, Gilberto! —le ordenó Ezio—. He descubierto quién es el traidor.

—¿Qué? —dijo La Volpe, sorprendido, acompañado del murmullo de su gente, alborotada.

—Es, era, uno de tus hombres: ¡Paganino! Estaba presente en el ataque a Monteriggioni y ahora me he dado cuenta del daño que ha hecho en muchas de nuestras recientes desgracias.

—¿Estás seguro de eso?

—Él mismo confesó su culpa.

La frente de La Volpe se oscureció y enfundó su daga.

—¿Dónde está ahora? —gruñó.

—Donde nadie le tocará nunca más.

—¿Está muerto?

—Por su propia mano. Llevaba esta carta encima.

Ezio levantó el pergamino sellado y le pasó la carta a La Volpe. Maquiavelo se acercó cuando el líder de los ladrones rompió el sello para abrirla.

—¡Dios mío! —exclamó La Volpe mientras leía rápidamente las palabras.

—Déjame ver —dijo Maquiavelo.

—Claro —accedió La Volpe, alicaído.

Maquiavelo le echó un vistazo a la carta.

—Es de Rodrigo para Cesare. Son detalles de los planes que tenemos para el general francés, Octavien; entre otras cosas.

—¡Uno de mis propios hombres!

—Son buenas noticias —le dijo Maquiavelo a Ezio—. Podemos sustituir esta carta por otra que contenga información falsa y así les despistaremos…

—Sí, son buenas noticias —respondió Ezio, pero su tono era frío—. Gilberto, deberías haberme escuchado.

—Estoy de nuevo en deuda contigo, Ezio —dijo La Volpe con humildad.

Ezio se permitió una sonrisa.

—¿Qué deuda va a haber entre amigos que confían, que deben confiar el uno en el otro?

Antes de que La Volpe pudiera contestar, Maquiavelo intervino:

—Y felicidades, por cierto. Hace tres días me encontré con tu Cristo resucitado.

Ezio se rio al pensar en el rescate de Pietro. ¿Cómo se enteraba Maquiavelo de las cosas tan rápido?

La Volpe miró a los hombres y mujeres del Gremio que estaban reunidos a su alrededor.

—Bueno, ¿qué estáis mirando? —dijo—. Estamos perdiendo el tiempo. ¡A trabajar!

Más tarde, después de que Maquiavelo se marchara para encargarse de la carta interceptada, La Volpe llevó a Ezio a un lado.

—Me alegro de que estés aquí —dijo— y no sólo porque hayas impedido que quede como un completo imbécil.

—Más que eso —dijo Ezio sin darle mucha importancia—. ¿Sabes qué te habría hecho si llegas a matar a Nicolás?

La Volpe resopló.

—Ezio… —dijo.

Ezio le dio una palmada en la espalda.

—No pasa nada. Ya no hay más discrepancias. En la Hermandad no podemos permitírnoslas. Bueno, ¿qué es lo que querías decirme? ¿Necesitas mi ayuda?

—Sí. Este Gremio es fuerte, pero muchos de mis hombres son jóvenes y no los he puesto a prueba. Mira ese chaval que te robó la cartera. Mira al joven Claudio…

—¿Y qué quieres que haga…?

—Ahora te lo iba a decir. Generalmente, los ladrones en Roma son hombres y mujeres jóvenes, expertos en lo suyo, claro, pero jóvenes y propensos a las rivalidades. A rivalidades perjudiciales.

—¿Me estás hablando de otro grupo?

—Sí. Uno en particular, que podría representar una amenaza. Necesito refuerzos para encargarme de ellos.

—¿Mis reclutas?

La Volpe permaneció callado y luego dijo:

—Sé que rechacé tu ayuda cuando sospechaba de Nicolás, pero ahora…

—¿Quiénes son?

—Se llaman los *Cento Occhi*, los Cien Ojos. Son criaturas de Cesare Borgia y nos causan considerables problemas.

—¿Dónde está su base?

—Mis espías la han localizado.

—¿Dónde?

—Espera un momento. Están furiosos y andan buscando pelea.

—Entonces debemos cogerles por sorpresa.

—*Bene!*

—Pero tenemos que estar preparados para las represalias.

—Atacaremos primero y luego no tendrán opción a ninguna represalia. —La Volpe, que ahora se parecía más al de antes, se frotó las manos anticipando lo que iba a suceder—. Lo principal es eliminar a sus líderes. Son los únicos que tienen contacto directo con los Borgia. Acaba con ellos y habremos decapitado a los *Cento Occhi*.

—¿Y de verdad necesitas mi ayuda para esto?

—Acabaste con el poder de los hombres lobo.

—Sin tu ayuda.

—Lo sé.

—El hombre que me ayudó a acabar con ellos fue…

—¡Lo sé!

—Escucha, Gilberto. Combinaremos nuestras fuerzas y haremos esto juntos, no temas. Luego supongo que tu Gremio será el cártel dominante de Roma.

—Es cierto —afirmó La Volpe de mala gana.

—Si te ayudo con esto —dijo Ezio despacio—, hay una condición.

—¿Sí?

—Que no vuelvas a amenazar la unidad de la Hermandad. Pues eso es lo que has hecho.

La Volpe agachó la cabeza.

—He aprendido la lección —dijo dócilmente.

—Aunque tengamos éxito en esta aventura tuya o no.

—Tengamos éxito o no —aceptó La Volpe—. Pero seguro que sí.

—¿Seguro que sí qué?

La Volpe le dedicó a su amigo una sonrisa mefistofélica.

—Que ganaremos —respondió.

Capítulo 39

Ezio destacó a un grupo de sus reclutas en aumento para ayudar a La Volpe en sus esfuerzos contra los *Cento Occhi* y se dirigió de vuelta a su alojamiento. Rellenó con veneno la ampolla que contenía en su interior la daga venenosa, que Leonardo le había preparado especialmente, y comprobó y limpió la pistola retráctil, la daga de doble filo y la nueva ballesta con los dardos venenosos.

Su trabajo fue interrumpido por un mensajero de Bartolomeo, que le pidió que fuera al cuartel de los mercenarios tan rápidamente como le fuera posible. Puesto que se olía problemas y empezó a preocuparse (Ezio esperaba que Bartolomeo y sus *condottieri* controlaran al francés), guardó en las alforjas las armas del Códice que creyó que podría necesitar y se dirigió a los establos, donde alquiló su caballo favorito y se marchó. Hacía un buen día y el camino estaba más o menos seco, ya que no llovía desde hacía una semana. El campo estaba polvoriento, pero escogió la ruta que más les costaría seguir a las tropas Borgia y tomó el atajo de los bosques a través de los campos, donde las vacas levantaron sus cabezas, despreocupadamente, e interrumpieron su pastoreo para verle pasar.

Era por la tarde cuando llegó al cuartel y todo parecía muy tranquilo. Advirtió que, desde la renovación, las murallas tenían algunos golpes de los cañoneos franceses, pero los daños no eran graves, y un puñado de hombres estaban ocupados sobre andamios o colgaban de cestas desde las almenas para reparar los boquetes y las grietas que habían causado las balas de cañón.

Desmontó y le dio la brida a un mozo de cuadra que se acercó corriendo para limpiar las pequeñas motas de espuma de la boca del caballo. No lo había hecho cabalgar mucho. Ezio le dio unos golpecitos en el hocico antes de cruzar la plaza de armas y dirigirse, sin anunciarse, hacia las dependencias de Bartolomeo.

Tenía la cabeza en el siguiente paso ahora que había eliminado al banquero de Cesare y estaba considerando cómo contraatacaría su enemigo para

asegurarse de que no cesaba el suministro de fondos, por lo que se sorprendió al encontrarse de cara con Bianca, la gran espada de Bartolomeo.

—¿Quién anda ahí? —bramó Bartolomeo.

—*Salve* a ti también —replicó Ezio.

Bartolomeo soltó una gran carcajada.

—¡Te pillé!

—Enséñame a ir de puntillas.

—En realidad —Bartolomeo le guiñó el ojo de forma histriónica—, estaba esperando a mi mujer.

—Vaya, vaya.

Bartolomeo bajó la espada y abrazó a Ezio.

Cuando se soltó del abrazo de oso, tenía la expresión más seria.

—Me alegro de que hayas venido, Ezio.

—¿Qué pasa?

—Mira.

Ezio siguió la mirada de su amigo a una sección de mercenarios heridos que entraban en la plaza de armas.

—Los *puttane* franceses vuelven a tenernos bajo presión —dijo Bartolomeo, respondiendo a la pregunta tácita de Ezio.

—Creía que le habríais dado donde más duele a ese general. ¿Cómo se llamaba?

—Octavien de Valois cree que es un descendiente de la casa noble de Valois. Pero en mi opinión, es un maldito bastardo.

Bartolomeo escupió cuando apareció otro contingente de hombres heridos.

—Parece grave —dijo Ezio.

—El rey Luis debe de haber enviado refuerzos para apoyar a Cesare después de que le diéramos una paliza a Valois. —Bartolomeo se rascó la barba—. Supongo que debería sentirme halagado.

—¿Cómo está de mal la situación?

—Vuelven a tener la torre —contestó Bartolomeo malhumorado.

—La recuperaremos. ¿Dónde está Valois ahora?

—Tienes razón. —Bartolomeo ignoró la pregunta—. ¡Claro que la volveremos a recuperar! ¡Tendremos a esos sinvergüenzas en retirada antes de que puedas decir *fottere*! Es tan sólo cuestión de tiempo.

Justo en ese instante, una bala pasó zumbando por sus orejas y se incrustó en la pared que había detrás de ellos.

—Estaba todo muy tranquilo cuando llegué —dijo Ezio, mirando al cielo.

El sol se había ocultado tras unas grandes nubes que cubrían repentinamente el cielo.

—Querrás decir que lo parecía. Estos franceses son unos cabrones muy hábiles. Pero no tardaré en coger a Valois por el cuello, te lo digo yo. —Se volvió para gritar una orden a un sargento que había aparecido corriendo—. ¡Cierra las puertas! ¡Que esos hombres salgan de los muros exteriores! ¡Moveos!

Los hombres fueron de aquí para allá para ocupar las almenas y preparar los cañones.

—No te preocupes, amigo —dijo el gran *condottiero*—. Tengo la situación bajo control.

En aquel momento una gran bala de cañón chocó contra el muro que estaba más cerca de los dos hombres y salieron volando en todas las direcciones polvo y fragmentos de piedra.

—¡Parece que se están acercando! —gritó Ezio.

Los hombres de Bartolomeo dispararon simultáneamente con el cañón principal del cuartel como respuesta y las paredes parecieron sacudirse por el estallido de las imponentes armas. La reacción de la artillería francesa fue igual de violenta: el estruendo de cuarenta cañones rompió el cielo y esta vez las balas alcanzaron el blanco con más precisión. Los hombres de Bartolomeo seguían intentando desesperadamente restablecer las órdenes defensivas cuando otro imponente ataque francés sacudió las paredes del cuartel. Por lo visto, esta vez los franceses concentraron sus esfuerzos en la puerta principal y dos de los guardas cayeron muertos al alcanzarles el bombardeo.

—¡CERRAD LAS PUTAS PUERTAS! —rugió Bartolomeo.

Los soldados bien adiestrados bajo el mando de Bartolomeo se apresuraron a impedir la entrada de las tropas francesas que de improviso habían aparecido en la entrada principal del cuartel. Los franceses habían ocultado aquel ataque sorpresa y por desgracia, pensó Ezio, habían conseguido sacar ventaja. La fortaleza de Bartolomeo no estaba preparada para un ataque.

Bartolomeo saltó de las almenas y corrió hacia la puerta a toda velocidad. Giró a Bianca mientras descollaba sobre los franceses y el gran sable cortó brutalmente a los soldados rasos. Los franceses parecieron detenerse, atemorizados por la llegada de Bartolomeo. Entretanto Ezio ordenó a los mosqueteros que cubrieran a aquellos que se esforzaban por cerrar las puertas antes de que el enemigo acabara de entrar en el cuartel. Las tropas Asesinas

volvieron a formarse ante la presencia de su líder y consiguieron cerrar las puertas, pero tan sólo unos segundos más tarde se oyó un terrible estrépito y la barra de madera que mantenía las puertas cerradas se dobló de forma alarmante. Los franceses habían logrado llevar un ariete a las puertas principales mientras la atención de los defensores estaba concentrada en los soldados franceses que habían abierto una brecha en los muros del cuartel.

—¡Deberíamos haber construido un puto foso! —gritó Bartolomeo.

—¡No había tiempo para eso!

Ezio gritó a los mosqueteros que desviaran el fuego de los muros del exterior a las fuerzas francesas en aumento. Bartolomeo subió a los baluartes para colocarse junto a Ezio, que estaba contemplando la escena. Las tropas francesas habían aparecido de la nada y en gran número.

—¡Estamos rodeados! —maldijo Bartolomeo, sin exagerar.

Detrás de ellos, una de las puertas secundarias se derrumbó con estrépito al astillarse la madera, y antes de que los defensores pudieran hacer nada para impedirlo, una gran unidad de infantería francesa irrumpió en el interior, con las espadas desenvainadas y dispuestos a luchar hasta la muerte. Esta repentina infiltración consiguió aislar las dependencias de Bartolomeo del resto.

—¡Oh, Dios mío! ¿Qué pretenden hacer ahora? —gritó Bartolomeo.

Los soldados Asesinos estaban mejor entrenados que los franceses —y normalmente estaban más comprometidos con su causa—, pero el peso de sus filas y lo inesperado que había sido su ataque les habían cogido desprevenidos. No podían hacer nada más y despacio intentaron hacer retroceder al escuadrón francés. El aire se había cargado ante la amenaza del caos y por los combates cuerpo a cuerpo. El espacio estaba tan lleno que en algunos lugares la batalla se había convertido en una pelea a puñetazo limpio pues ya no quedaba sitio para empuñar armas.

Hacía calor, se avecinaba tormenta y el ambiente era claustrofóbico. Era como si los dioses pretendieran cebarse con las escenas cubriendo el cielo con nubes de tormenta. El polvo del suelo de la plaza de armas se levantó como una niebla y el hermoso día que duraba hasta hacía tan sólo unos instantes, se oscureció. Poco después, la lluvia comenzó a caer a cántaros y la batalla campal se convirtió en un confuso alboroto en el que las dos fuerzas contrarias apenas podían ver lo que estaban haciendo. La tierra se transformó en barro y la lucha se hizo cada vez más desesperada y caótica.

Entonces, de pronto, como si el enemigo hubiera logrado su fin, las

trompetas francesas sonaron la retirada y los hombres de Valois se marcharon con la misma rapidez con la que habían llegado.

Tardaron un rato en restablecer el orden y de lo primero que se ocupó Bartolomeo fue de pedir a los carpinteros que sustituyeran la puerta rota por una nueva. Naturalmente tenían una preparada en caso de una eventualidad como aquélla, pero tardarían una hora en instalarla. Mientras tanto, llevó a Ezio hacia sus dependencias.

—¿Qué demonios buscaban? —preguntó a nadie en particular—, ¿mis mapas? ¡Son muy valiosos!

Fue interrumpido por otra fanfarria francesa. Con Ezio a su espalda, subió corriendo una de las escaleras que llevaban a un alto baluarte sobre la puerta principal. Allí, a poca distancia, en la llanura cubierta de cipreses achaparrados, delante del cuartel, estaba el mismísimo general duque Octavien de Valois, a lomos de un caballo, rodeado de un puñado de oficiales e infantería. Dos de los infantes sujetaban a un prisionero, cuyo cuerpo estaba oculto por un saco que le habían puesto por la cabeza.

—*Bonjour, général d'Alviano* —saludó el francés con voz melosa mientras alzaba la vista hacia Bartolomeo—. *Êtes-vous prêt a vous rendre?* ¿Estáis preparados para rendiros?

—¿Por qué no te acercas un poco más y me lo dices a la cara, terrible franchute?

—¡Vamos, *mon général*! Deberías aprender francés. Eso ayudaría a disimular tu sensibilidad primitiva, mais franchement, *je m'en doute*.

Sonrió y miró a sus oficiales, que se rieron por lo bajo.

—A lo mejor tú podrías enseñarme —gritó Bartolomeo—. Y yo te enseñaría cómo luchar, puesto que al parecer no tienes ni idea. Al menos, honestamente, como debería hacerlo un caballero.

Valois sonrió con frialdad.

—Hmm. Bueno, *cher ami*, esta charla es muy divertida, pero debo repetir mi petición: me gustaría tu rendición incondicional antes del alba.

—Ven a cogerla. Mi Dama Bianca te la susurrará al oído.

—¡Ah! Me temo que otra dama puede que se oponga a eso.

Les hizo una señal a sus soldados de infantería y le quitaron el saco de encima al prisionero. ¡Era Pantasilea!

—*Il mio marito vi ammazzerá tutti* —masculló desafiante, escupiendo trozos de cáñamo y polvo—. ¡Mi marido os matará a todos!

Bartolomeo tardó un momento en recuperarse del shock. Ezio le agarró del brazo mientras sus hombres se miraban entre sí, horrorizados.

—¡Te mataré, *fotutto francese*! —gritó.

—¡Vaya, cálmate —dijo Valois con sorna— por tu mujer! Ten la seguridad de que ningún francés le hará daño a una mujer si no es necesario. —Adoptó un tono más formal—. Incluso un idiota como tú puede imaginarse, creo, lo que pasará si no aceptas mis condiciones. —Espoleó a su caballo y se dispuso a dar la vuelta—. Ven a mi cuartel al amanecer, desarmado, y estudia un poco de francés. Muy pronto lo hablará toda Italia.

Levantó la mano. Los soldados de infantería tiraron a Pantasilea sobre el lomo de uno de los caballos de los oficiales y todo el grupo se marchó a medio galope, con los infantes a la zaga.

—¡Te cogeré, *pezzo di merda figlio di puttana*! —gritó Bartolomeo, impotente—. Ese hijo de puta, pedazo de mierda —le murmuró a Ezio antes de salir escopeteado.

—¿Adónde vas? —gritó Ezio detrás de él.

—¡A buscarla!

—¡Bartolomeo! ¡Espera!

Pero Bartolomeo continuó adelante y cuando Ezio le alcanzó, ya estaba a lomos de su caballo, ordenando que le abrieran las puertas.

—No puedes hacer esto solo —alegó Ezio.

—No estoy solo —contestó el *condottiero*, mientras le daba unos golpecitos a Bianca, que llegaba colgada de un lado—. Ven conmigo si quieres, pero tendrás que darte prisa.

Espoleó a su caballo y se dirigió hacia las puertas que ya estaban abiertas.

Ezio ni siquiera le vio marcharse. Le gritó unas rápidas y enérgicas órdenes al capitán de caballería de Bartolomeo y, en cuestión de minutos, él, Ezio y una unidad de *condottieri* salieron cabalgando del cuartel en pos de su líder.

Capítulo 40

El cuartel del general Valois estaba situado en el interior de las ruinas de la antigua fortificación romana de la brigada personal de los emperadores, la guardia pretoriana. Estaba ubicado en la decimoctava *rione*, en el extremo noreste de Roma, que ahora estaba fuera de la reducida ciudad en la que se había convertido. En su apogeo, hacía 1500 años, Roma era inmensa, la ciudad más grande del mundo, y contaba con un millón de habitantes.

Ezio y su tropa habían alcanzado a Bartolomeo en el camino y ahora estaban todos reunidos en una pequeña colina cerca del campamento base francés. Habían intentado un ataque, pero sus balas habían rebotado inútilmente al chocar contra los fuertes muros que Valois había construido encima de los antiguos. Ahora se habían alejado fuera del alcance de la lluvia de disparos que habían recibido por parte de los franceses como respuesta a su incursión. Lo único que Bartolomeo podía hacer era soltarles imprecaciones a sus enemigos.

—¡Cobardes! ¿Qué, le robáis la mujer a un hombre y luego vais a esconderos dentro de una fortaleza? ¡Ja! No os cuelga nada entre los muslos, ¿me oís? ¡Nada! *Vous n'avez même pas une couille entre vous tous!* ¿Es suficiente francés para vosotros, *bastardi*? De hecho, no creo que ni siquiera tengáis pelotas.

Los franceses dispararon un cañón. Estaban a su alcance y la bala se clavó en el suelo a unos metros de donde estaban.

—Escucha, Barto —dijo Ezio—. Cálmate. No le servirás de nada a tu mujer si estás muerto. Reagrupémonos. Luego asaltaremos las puertas como hicimos aquella vez en el Arsenal de Venecia cuando perseguíamos a Silvio Barbarigo.

—No funcionará —dijo Bartolomeo con tristeza—. La entrada está más llena de franceses que las calles de París.

—Entonces treparemos hasta las almenas.

—No se puede escalar por ellas. Y aunque pudieras, son tantos, que ni siquiera tú serías capaz de resistir —caviló—. Pantasilea sabría qué hacer. —Se

quedó pensando un rato más y Ezio se dio cuenta de que su amigo se estaba desanimando mucho—. Quizá sea el fin —continuó con pesimismo—. Tendré que hacer lo que me ha dicho: entraré en el campamento al amanecer y llevaré unos regalos propiciatorios. Sólo espero que le perdone la vida. ¡Maldito cobarde!

Ezio había estado pensando y chasqueó los dedos con energía.

—*Perché non ci ho pensato prima?* ¿Cómo no se me había ocurrido antes?

—¿Qué? ¿He dicho algo?

A Ezio le brillaban los ojos.

—Vuelve a tu cuartel.

—¿Qué?

—Diles a tus hombres que vuelvan al cuartel. Te lo explicaré allí. ¡Venga!

—Más vale que sea algo bueno —dijo Bartolomeo y dio la orden a sus hombres—. ¡Replegaos!

Era de noche cuando llegaron. Una vez que guardaron en las cuadras a los caballos y los hombres se retiraron, Ezio y Bartolomeo se reunieron en la sala de mapas.

—Bueno, ¿y cuál es tu plan?

Ezio desenrolló un mapa, que mostraba en detalle la Castra Praetoria y sus alrededores. Señaló el interior de la fortaleza.

—En cuanto entremos, tus hombres podrán con las patrullas del campamento, ¿no?

—Sí, pero…

—Sobre todo si les cogemos totalmente por sorpresa.

—*Ma certo*. El elemento sorpresa siempre es…

—Entonces tenemos que conseguir muchos uniformes franceses. Y sus armaduras. Rápido. Entraremos al amanecer, con todo el morro del mundo; pero no hay tiempo que perder.

El rostro de facciones duras que tenía Bartolomeo reflejó comprensión. Comprensión y esperanza.

—¡Ja! ¡Zorro sinvergüenza! Ezio Auditore, así me gustan a mí los hombres. Piensas como la misma Pantasilea. ¡Magnífico!

—Dame unos cuantos hombres. Ahora iré a su torre, entraré y cogeré lo que necesitamos.

—Te daré todos los hombres que te hagan falta. Ellos pueden quitarle los uniformes a los cadáveres de las tropas francesas.

—Bien.

—Y Ezio.

—¿Sí?

—Asegúrate de matarlos de forma tan limpia como sea posible. No queremos uniformes manchados de sangre.

—No se enterarán —contestó Ezio—. Confía en mí.

Mientras Bartolomeo destacaba a los hombres para el trabajo que tenían entre manos, Ezio fue a su alforja y escogió la daga venenosa.

Se acercaron en silencio a la Torre Borgia, que ahora estaba bajo el mando francés, con el sonido de los cascos de sus caballos amortiguados por sacos. Ezio, que desmontó a poca distancia, les pidió a sus hombres que esperaran mientras escalaba la pared exterior con la destreza de un habitante de los lejanos Alpes y la gracia y la astucia de un gato. Un rasguño de la daga venenosa bastaba para matar y los franceses, demasiado confiados, no habían puesto muchos guardias. Cogió totalmente desprevenidos a los que estaban y murieron antes de que fueran conscientes de lo que les había pasado. En cuanto se deshizo de los guardias, Ezio abrió la puerta principal, que chirrió por las bisagras e hizo que a Ezio le fuera el corazón a toda velocidad. Se detuvo a escuchar, pero la plaza de armas dormía. Sin hacer ruido, sus hombres fueron corriendo hacia la torre, entraron en la plaza y redujeron a sus ocupantes sin apenas esfuerzo. Recoger los uniformes les costó un poco más, pero al cabo de una hora ya estaban de vuelta en el cuartel, con su misión cumplida.

—Hay un poco de sangre en éste —protestó Bartolomeo, que estaba cribando el botín.

—Fue la excepción. Era el único que estaba alerta y tuve que acabar con él del modo tradicional, con la espada —comentó Ezio, mientras los hombres a los que les habían asignado aquella operación se ponían los uniformes franceses.

Bartolomeo dijo:

—Bueno, más vale que me traigas a mí también una de esas armaduras perversas.

—Tú no te vas a poner una —respondió Ezio, mientras se vestía con el uniforme de un teniente francés.

—¿Qué?

—¡Pues claro que no! El plan es que te entregues. Nosotros somos una

patrulla francesa que te lleva al general duque de Valois.

—Por supuesto. —Bartolomeo se quedó pensando—. ¿Y luego qué?

—Barto, no has estado prestando atención. Luego tus hombres atacarán a mi señal.

—*Bene!* —Bartolomeo sonrió abiertamente—. Daos prisa —les dijo a los hombres que no habían acabado de vestirse—. Ya huelo el amanecer y estamos lejos.

Los hombres cabalgaron rápidamente en la noche, pero dejaron sus caballos a cierta distancia del cuartel general francés, a cargo de sus escuderos. Antes de marcharse, Ezio comprobó la pequeña pistola del Códice que le había dado Leonardo —el diseño se había mejorado para que pudiera disparar más de una vez antes de recargar— y se la ató discretamente al brazo. Entonces él y su grupo de soldados «franceses» avanzaron a pie en dirección a Castra Praetoria.

—De Valois cree que Cesare permitirá que los franceses gobiernen Italia —explicó Bartolomeo mientras marchaba al lado de Ezio, que representaba el papel de un oficial superior de la patrulla y le entregaría a los franceses—. ¡Qué tonto! Está tan cegado por las gotas de realeza que hay en su sangre que no se da cuenta del plan del campo de batalla. ¡Maldito mequetrefe endogámico! —Hizo una pausa—. Pero yo sé y tú también que, piensen lo que piensen los franceses, Cesare tiene la intención de ser el primer rey de una Italia unificada.

—A menos que le detengamos.

—Sí. —Bartolomeo reflexionó—. ¿Sabes? A pesar de lo brillante que es tu plan, personalmente no me gusta usar este tipo de trucos. Creo en la pelea limpia y que el mejor hombre gane.

—Cesare y de Valois puede que tengan estilos diferentes, Barto, pero ambos juegan sucio, así que no nos queda otra opción salvo pagarles con la misma moneda.

—¡Hmm! «Llegará un día en el que los hombres no hagan trampas. Y ese día veremos de lo que de verdad es capaz la humanidad» —citó.

—He oído eso antes.

—¡Deberías haberlo oído! Es algo que escribió tu padre.

—¡Psst!

Se habían acercado al campamento francés y Ezio vio que ante ellos se movían unas figuras, los guardias franceses que rodeaban la fortificación.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Bartolomeo, sotto voce.

—Los mataré, no son tantos, pero podemos hacerlo en silencio, sin armar

escándalo.

—¿Te queda suficiente veneno en ese aparato tuyo?

—Están alerta y bastante separados unos de otros. Si mato a uno y me descubren, tal vez no pueda impedir que algunos retrocedan y den la alarma.

—¿Y por qué tenemos que matarlos? Vamos vestidos con uniformes franceses. Bueno, al menos vosotros.

—Nos harán preguntas. Si te llevamos encadenado…

—¡¿Encadenado?!

—¡Shh! Si entramos, le hará tanta ilusión a de Valois, que no se le ocurrirá preguntarnos de dónde hemos salido. Al menos, eso espero.

—¿Ese cerebro de mosquito? ¡No te preocupes! Pero ¿cómo vamos a deshacernos de ellos? No podemos dispararles. Los disparos serían como una fanfarria.

—Les voy a disparar con esto —dijo Ezio y sacó la compacta ballesta de carga rápida de Leonardo—. Los he contado. Hay cinco y tengo seis flechas. Aún no hay mucha luz para que pueda apuntar bien desde aquí, así que tendré que acercarme un poco más. Tú espera aquí con el resto.

Ezio avanzó sin que lo vieran hasta que estuvo a unos veinte pasos del centinela francés más próximo. Echó hacia atrás la cuerda, colocó la primera flecha en la ranura, apoyó la cureña en su hombro, apuntó enseguida al pecho de un hombre y disparó. Se oyó un chasquido sordo y un silbido, y el hombre cayó al suelo al instante, como una marioneta a la que hubieran cortado las cuerdas. Ezio ya estaba de camino por los helechos hacia su próxima víctima y la cuerda de la ballesta apenas se oyó. La pequeña flecha alcanzó el cuello del hombre, que hizo un sonido como si lo estuvieran estrangulando antes de caer de rodillas. Cinco minutos más tarde, todo había acabado. Ezio había utilizado las seis flechas, puesto que falló el primer tiro al último hombre, lo que le hizo perder su determinación por un momento, pero recargó y disparó con éxito antes de que el soldado tuviera tiempo de reaccionar al extraño ruido amortiguado que había oído.

No tenía más munición para el arco, pero le dio las gracias en silencio a Leonardo. Sabía que aquella arma resultaría útil en más de una ocasión. Ezio llevó a los soldados franceses hacia unos matorrales, con la esperanza de que allí apartados nadie que, por casualidad, pasara por allí, pudiera verles. Mientras lo hacía, retiró las flechas para otro momento —al recordar el consejo de Leonardo —, guardó la ballesta y volvió con Bartolomeo.

—¿Ya está? —le preguntó el grandullón.
—Ya está.
—Valois será el siguiente —juró Bartolomeo—. Le haré chillar como a un cerdo.
El cielo se estaba aclarando y el amanecer, cubierto por un manto rojizo, caminaba sobre el rocío de las lejanas colinas del este.
—Será mejor que nos marchemos —dijo Bartolomeo.
—Vamos, entonces —contestó Ezio, que le cerró los grilletes en las muñecas antes de que pudiera protestar—. No te preocupes, son unas falsas con un resorte. Si aprietas el puño de golpe, se abrirán. Pero por el amor de Dios, espera a mi señal. Y por cierto, el «guardia» a tu izquierda se quedará cerca de ti. Tiene a Bianca debajo de la capa. Lo único que tienes que hacer es extender el brazo y… —La voz de Ezio adoptó un tono de advertencia—. Pero sólo a mi señal.
—¡Sí, señor!
Bartolomeo sonrió.
Al frente de sus hombres, Bartolomeo dos pasos detrás de él con una escolta especial de cuatro soldados, Ezio marchaba sin temor en dirección a la puerta principal del cuartel de los franceses. El sol naciente resplandecía en su cota de malla y en el peto de la armadura.
—*Halte-là!* —ordenó un sargento comandante en la puerta, que estaba respaldado por una docena de centinelas armados de arriba abajo. Sus ojos ya se habían fijado en los uniformes de sus compañeros soldados, así que ordenó—: *Déclarez-vous!*
—*Je suis le lieutenant Guillemot, et j'emméne le général d'Alviano ici présent á Son Excellence le duc-général monsieur de Valois. Le général d'Alviano s'est rendu, seul et sans armes, selon les exigences de monsieur le duc* —respondió Ezio con fluidez, lo que hizo que Bartolomeo alzara una ceja.
—Bien, teniente Guillemot, el general estará encantado de ver que el general d'Alviano ha entrado en razón —dijo el capitán de la guardia, que se había apresurado a hacerse cargo—. Pero hay algo, un deje en tu acento que no acabo de identificar. Dime, ¿de qué parte de Francia eres?
Ezio respiró.
—De Montreal —contestó con firmeza.
—Abre las puertas —le dijo el capitán de la guardia a su sargento.
—¡Abrid las puertas! —gritó el sargento.
En cuestión de segundos, Ezio dirigía a sus hombres hacia el corazón del

cuartel general francés. Retrocedió un paso para tener al lado a Bartolomeo y a la escolta del «prisionero».

—Los mataré a todos —murmuró Bartolomeo— y me comeré sus riñones fritos para desayunar. Por cierto, no sabía que hablabas francés.

—Lo aprendí sobre la marcha en Florencia —contestó Ezio con naturalidad —. Me lo enseñaron unas chicas que conocía allí.

Se alegraba bastante de que su acento no se hubiera colado.

—¡Qué bribón! Aun así, dicen que es el mejor sitio donde aprender un idioma.

—¿Dónde, en Florencia?

—No, tonto… ¡En la cama!

—Cállate.

—¿Estás seguro de que estos grilletes son falsos?

—Todavía no, Barto. Ten paciencia, ¡y cállate!

—Se me está acabando la paciencia. ¿Qué están diciendo?

—Te lo contaré más tarde.

El francés de Bartolomeo se limitaba a unas pocas palabras, pensó Ezio, mientras escuchaba cómo se burlaban de su amigo.

—*Chien d'italien*, perro italiano. *Prosterne-toi devant tes supérieurs*, inclínate ante tus superiores. *Regarde-le, comme il a honte de ce qu'il est devenu!* ¡Mira lo avergonzado que está de sí mismo y de su perdición!

Cuando llegaron al pie de una ancha escalera que llevaba hacia la entrada a las dependencias del general francés, aquella dura prueba pronto terminó. El mismísimo de Valois estaba al frente de un grupo de oficiales, con su prisionera Pantasilea al lado. Tenía las manos atadas a la espalda y llevaba unos holgados grilletes en los tobillos, que le permitían caminar, pero tan sólo a pasos cortos. Al verla, Bartolomeo no pudo contener un gruñido de enfado y Ezio le dio una patada.

De Valois levantó la mano.

—No es necesaria la violencia, teniente, aunque te felicito por tu entusiasmo. —Volvió su atención a Bartolomeo—. Mi querido general, al parecer has visto la luz.

—¡Ya me he hartado de tus tonterías! —soltó Bartolomeo—. Suelta a mi mujer y quítame estos grilletes.

—Oh, querido —dijo de Valois—, ¡cuánta prepotencia para alguien que no nació con nada más que su nombre!

Ezio estaba a punto de dar la señal, cuando Bartolomeo le contestó a Valois, levantando la voz:

—¡Mi nombre tiene su valor a diferencia del tuyo, que es falso!

Las tropas que les rodeaban se quedaron en silencio.

—¿Cómo te atreves? —dijo de Valois, pálido de rabia.

—¿Crees que estar al mando de un ejército te concede estatus y nobleza? La auténtica nobleza de espíritu viene al luchar al lado de tus hombres, no al secuestrar una mujer para escapar de una batalla.

—Vosotros los salvajes nunca aprenderéis —dijo de Valois malévolamente. Sacó una pistola, la amartilló y apuntó con ella a la cabeza de Pantasilea.

Ezio sabía que tenía que actuar con rapidez, así que sacó una pistola y disparó un tiro al aire. Al mismo tiempo, Bartolomeo, que se moría de ganas por que llegara aquel momento, cerró los puños y los grilletes salieron volando.

A continuación reinó el caos. Los *condottieri* disfrazados que acompañaban a Ezio atacaron de inmediato a los asustados soldados franceses, y Bartolomeo cogió a Bianca del «guardia» que aún tenía a su izquierda y subió por la escalera. Aunque de Valois fue demasiado rápido para él. Agarró bien fuerte a Pantasilea, retrocedió hacia sus dependencias y cerró la puerta de golpe.

—¡Ezio! —imploró Bartolomeo—. Tienes que salvar a mi esposa. Sólo tú puedes hacerlo. Este lugar está construido como una caja fuerte.

Ezio asintió y forzó una sonrisa que imprimiese confianza en su amigo. Observó el edificio desde el lugar en el que se encontraban. No era grande, pero era una estructura nueva y fuerte, construida por arquitectos militares franceses y diseñada para ser impenetrable. No le quedaba más remedio que intentar entrar por los tejados, donde nadie esperaría un asalto y donde, por lo tanto, podían estar los puntos débiles.

Ezio saltó hacia las escaleras y, aprovechándose del tumulto que había abajo, que desviaba la atención de todos, buscó un sitio por donde escalar. De pronto, una docena de franceses salió detrás de él, con sus afiladas espadas destellando a la luz del sol de primera hora de la mañana, pero en un instante Bartolomeo se interpuso entre ellos, blandiendo Bianca de forma amenazadora.

Las paredes de las dependencias de Valois habían sido diseñadas para ser inexpugnables, pero había suficientes grietas y recovecos en ellas para que Ezio pudiera trazar una ruta con sus ojos, y en cuestión de segundos ya estaba en el tejado. Era plano, de madera y estaba recubierto de tejas, y allí había emplazados cinco centinelas franceses, que le detuvieron cuando saltó sobre el parapeto para

pedirle una contraseña. Al no poder darles ninguna, corrieron hacia él, con las alabardas bajadas. ¡Tuvo suerte de que no estuvieran armados con mosquetes o pistolas! Ezio disparó al primero, luego desenvainó su espada y entró en combate con los otros cuatro; lucharon como desesperados, le rodearon y le pincharon sin piedad con las puntas de sus armas. Uno, al rasgarle la manga, le hizo un corte en el codo que comenzó a sangrar, pero la hoja pasó por encima de la muñequera de metal de su antebrazo izquierdo sin hacerle daño.

Con la muñequera y la espada pudo defenderse contra los ataques que cada vez eran más desesperados. La destreza de Ezio con la espada compensó su minoría ante cuatro oponentes de golpe. Su ánimo se elevó al pensar en la querida esposa de Bartolomeo, pues sabía que no podía defraudarle; no debía fallar. Al final la marea de la pelea se volvió a su favor; se metió debajo de dos espadas que pretendían cortarle la cabeza y bloqueó uno de los golpes con su muñequera, lo que le permitió devolver el ataque a la hoja del cuarto hombre. Aquella maniobra le dio la oportunidad que necesitaba, y un corte mortal en la mandíbula lo derribó. Le quedaban tres. Ezio se acercó al francés que se hallaba más próximo a él, de modo que no le dejaba espacio para empuñar su espada. Entonces le clavó la hoja oculta en su abdomen. Quedaban dos y ambos parecían nerviosos. Tardó un par de minutos en derrotar a los dos guardias franceses que restaban y ya no suponían un problema. Su manejo de la espada no tenía comparación con el dominio de Ezio. Se apoyó en su espada durante unos instantes, mientras respiraba con dificultad entre los cinco enemigos derrotados.

En medio del tejado había una gran abertura cuadrada. Tras recargar su pistola, Ezio se acercó con cautela. Tal y como esperaba, se encontró mirando un patio, sin decoración, ni plantas, sillas ni mesas, aunque sí había dos o tres bancos de piedra dispuestos alrededor de una fuente y un estanque secos.

Mientras miraba por el borde, se oyó un disparo y una bala pasó silbando por su oreja izquierda, lo que le hizo retroceder. No sabía cuántas pistolas tenía de Valois. Si tan sólo era una, calculó que el general tal vez tardaría diez segundos en recargar. Se arrepintió de no tener la ballesta, pero no había nada que hacer al respecto. Guardados en la parte trasera de su cinturón tenía cinco dardos venenosos, pero debía estar bastante cerca para usarlos y no quería hacer nada que pusiera en peligro a Pantasilea.

—¡No te acerques más! —gritó Valois desde abajo—. La mataré si lo haces.

Ezio se asomó y miró hacia el patio, pero su línea de visión estaba limitada por el borde del tejado. No podía ver a nadie, pero sí podía percibir el pánico en

la voz de Valois.

—¿Quién eres? —preguntó el general—. ¿Quién te ha enviado? ¿Rodrigo? Dile que es todo un plan de Cesare.

—Será mejor que me cuentes lo que sabes, si quieres regresar a Borgoña de una pieza.

—Si te lo digo, ¿dejarás que me marche?

—Ya veremos. No debes hacerle daño a la mujer. Sal donde pueda verte —ordenó Ezio.

Abajo, de Valois salió con cautela de la columnata que rodeaba el patio y se colocó cerca de la fuente seca. Pantasilea tenía las manos atadas a la espalda y de Valois la sostenía con una brida que estaba sujeta a una soga alrededor del cuello. Ezio se dio cuenta de que había llorado, pero ahora estaba en silencio e intentaba mantener la cabeza bien alta. La mirada que le lanzó a de Valois fue tan fulminante que, si hubiera sido un arma, habría eclipsado todo el armamento del Códice junto.

¿Cuántos hombres había escondidos allí abajo con él?, se preguntó Ezio. Aunque el tono de miedo en su voz sugería que el general se había quedado sin opciones y se sentía acorralado.

—Cesare ha estado sobornando a los cardenales para alejarlos del Papa y ponerlos de su parte. En cuanto tuviera el resto del país bajo el dominio de Roma, se suponía que debía marchar a la capital y apoderarme del Vaticano, así como deshacerme de todo aquel que se opusiera a la voluntad del capitán general.

De Valois agitó su pistola a lo loco y al darse la vuelta, Ezio comprobó que tenía dos más metidas en su cinturón.

—No ha sido idea mía —continuó de Valois—. Estoy por encima de tales maquinaciones.

Un deje de su antigua vanidad volvía a reflejarse en su voz. Ezio se preguntó si debía permitirle tanta libertad. Se movió para que le viera y con atrevimiento saltó hacia el patio y cayó como una pantera.

—¡No te acerques! —gritó de Valois—. O…

—Como le toques un pelo de la cabeza los arqueros que tengo arriba te clavarán más flechas que a San Sebastián —dijo Ezio entre dientes—. Bueno, noble alma, ¿y qué te iba a dar a cambio?

—Como soy de la Casa de Valois, Cesare me dará Italia. Gobernaré aquí como me corresponde por derecho de nacimiento.

Ezio casi se ríe. ¡Bartolomeo no había exagerado —más bien lo contrario— cuando había llamado cerebro de mosquito a aquel presumido! Pero aún tenía a Pantasilea, así que seguía siendo peligroso.

—Bien. Ahora, suelta a la mujer.

—Déjame salir antes. Luego la soltaré.

—No.

—El rey Luis me escucha. Pídeme lo que quieras en Francia y será tuyo. ¿Una finca, tal vez? ¿Un título?

—Ya tengo esas cosas. Aquí. Y nunca vas a gobernarlas.

—Los Borgia han intentado darle la vuelta al orden natural —trató de persuadirle de Valois cambiando de táctica— y yo tengo la intención de volver a ponerlo en su sitio. La sangre real debería gobernar, no la infecta y contaminada sustancia que corre por sus venas. —Hizo una pausa—. Sé que no eres un bárbaro como ellos.

—Ni tú, ni Cesare, ni el Papa, ni nadie que no tenga la paz y la justicia de su lado gobernará Italia mientras mi cuerpo tenga vida —dijo Ezio y avanzó despacio.

El miedo parecía haber dejado paralizado al general francés. La mano que ahora sostenía la pistola contra la sien de Pantasilea temblaba, y no se retiraba. Evidentemente estaban a solas en sus dependencias, a menos que los otros ocupantes fueran criados que habían tenido el juicio de esconderse. Oyeron un ruido fuerte y constante como si dieran unos golpes lentos e intencionados, y las puertas exteriores de las dependencias vibraron. Bartolomeo debía de haber derrotado a los franceses y subía con un ariete.

—Por favor… —dijo con voz trémula el general, al que le había desaparecido toda sofisticación—. La mataré.

Alzó la vista hacia la abertura en el techo para tratar de vislumbrar a los arqueros imaginarios de Ezio, pero ni siquiera se le ocurrió, como Ezio había temido que podría hacer la primera vez que los mencionó, que tal soldadesca había sido sustituida en la guerra moderna, aunque el arco aún fuera más rápido de recargar que una pistola o un mosquete.

Ezio dio otro paso hacia delante.

—Te daré todo lo que quieras. Aquí hay dinero, mucho; es para pagar a los hombres, pero puedes llevártelo todo. Y yo… yo… haré todo lo que quieras.

Ahora estaba suplicando y le hacía parecer tan patético que Ezio apenas podía contener su desprecio. ¿Aquel hombre de verdad se veía como el rey de

Italia?

Casi no merecía la pena ni matarlo.

Ezio ahora estaba cerca de él y los dos hombres se miraron a los ojos. Ezio primero cogió la pistola y luego la brida de las manos débiles del general. Con un quejido de alivio, Pantasilea renqueó hacia atrás para quitarse de en medio y observó la escena con los ojos muy abiertos.

—Yo… yo sólo quería respeto —dijo el general débilmente.

—Pero el auténtico respeto se ha de ganar —respondió Ezio—, no se hereda ni se compra. Y tampoco se puede ganar a la fuerza. *Oderint dum Metuant* debe de ser uno de los dichos más estúpidos que jamás se hayan acuñado. No me extraña que Calígula lo adoptara: «Que me odien, mientras me teman». Tampoco me extraña que nuestro Calígula moderno diga lo mismo. ¡Y tú le sirves!

—Yo sirvo a mi rey, Luis XII. —De Valois parecía alicaído—. Pero tal vez tengas razón. Ahora lo veo claro. —La esperanza brilló en sus ojos—. Necesito más tiempo…

Ezio suspiró.

—¡Ay, amigo, te has quedado sin él!

Desenvainó su espada mientras de Valois comprendía lo que sucedía y por fin actuaba con dignidad al arrodillarse y bajar la cabeza.

—*Requiescat in pace* —dijo Ezio.

Con un fuerte estrépito, las puertas exteriores de las dependencias de Valois se astillaron, cayeron al suelo y al otro lado apareció Bartolomeo, cubierto de sangre y polvo, pero ileso, al frente de una tropa de sus hombres. Se acercó corriendo a su mujer y la abrazó tan fuerte que la dejó sin respiración antes de ponerse a quitarle la soga del cuello, con los dedos tan nerviosos y torpes que al final Ezio tuvo que hacerlo por él. Le quitó los grilletes de los pies con dos potentes golpes de Bianca y tras calmarse un poco, le desató las cuerdas que le ataban las muñecas.

—Oh, Pantasilea, mi amor, mi corazón, mi vida. No te atrevas a desaparecer así otra vez. Estaba perdido sin ti.

—No es cierto. Me has salvado.

—Ah. —Bartolomeo parecía avergonzado—. No. Yo no… ¡Ha sido Ezio! Vino con un…

—*Madonna*, me alegro de que estés a salvo —interrumpió Ezio.

—Mi querido Ezio, ¿cómo podré agradecértelo? Me has salvado.

—No he sido más que un mero instrumento, tan sólo una parte del brillante plan de tu marido.

Bartolomeo miró a Ezio con una expresión de confusión y gratitud en su rostro.

—¡Mi príncipe! —exclamó Pantasilea, abrazando a su esposo—. ¡Mi héroe!

Bartolomeo se sonrojó y le guiñó el ojo a Ezio.

—Bueno, si soy tu príncipe —dijo—, será mejor que me gane ese título. Ya sabes que no ha sido todo idea mía.

Al darse la vuelta para marcharse, Pantasilea pasó rozando a Ezio y le susurró:

—Gracias.

Capítulo 41

Unos días más tarde, después de que Bartolomeo acabara con los restos del desanimado ejército de Valois, Ezio se topó con La Volpe cuando ambos se dirigían a una asamblea de la Hermandad que Ezio había convocado en la guarida de los Asesinos en la isla Tiberina.

—¿Cómo están las cosas ahora en Roma? —fue la primera pregunta de Ezio.

—Muy bien, Ezio. Con el ejército francés desorganizado, Cesare ha perdido un apoyo importante. Tu hermana Claudia nos ha dicho que el Español y los sagrados embajadores romanos se han marchado enseguida a su casa, y mis hombres han derrotado a los *Cento Occhi*.

—Aún queda mucho que hacer.

Llegaron a su destino y se encontraron al resto de sus compañeros ya reunidos en una sala interior de la guarida, donde el fuego ardía en el hogar encendido en medio del suelo.

Después de saludarse entre ellos y tomar asiento, Maquiavelo se levantó y entonó en árabe:

—*Laa shay'a waqi'un moutlaq bale kouloun moumkine*. La Sabiduría de nuestro Credo se revelará a través de estas palabras: Trabajamos en la Oscuridad para servir a la Luz. Somos Asesinos.

Entonces Ezio se levantó y se volvió hacia su hermana:

—Claudia. Dedicamos nuestras vidas a proteger la libertad de la humanidad. Mario Auditore, y nuestro padre Giovanni, su hermano, una vez estuvieron frente a un fuego similar a éste y participaron en la misma tarea. Ahora te lo ofrezco: únete a nosotros.

Extendió la mano y ella colocó la suya encima. Maquiavelo retiró del fuego el conocido hierro de marcar que terminaba en dos pequeños semicírculos como la letra C, que podían juntarse por una palanca en el mango.

—Todo está permitido. Nada es verdad —dijo con seriedad.

Los demás, Bartolomeo, La Volpe y Ezio, repitieron las palabras después de él.

Tal y como Antonio de Magianis se lo había hecho a Ezio, Maquiavelo aplicó con la misma solemnidad el hierro en el dedo anular de Claudia y cerró la pinza para que la señal de un anillo se quedara allí marcada a fuego, para siempre.

Claudia hizo una mueca de dolor, pero no gritó. Maquiavelo retiró el hierro y lo apartó a un lugar seguro.

—Bienvenida a nuestra orden, nuestra Hermandad —le dijo a Claudia ceremoniosamente.

—Ahora también hay chicas, ¿no? —preguntó y se frotó un ungüento balsámico en su dedo marcado que sacó de una ampolla que Bartolomeo le había ofrecido.

Maquiavelo sonrió.

—Eso parece.

Todos los ojos se posaron sobre él ahora que se había vuelto hacia Ezio.

—No hemos estado de acuerdo en muchos temas…

—Nicolás… —le interrumpió Ezio, pero Maquiavelo alzó una mano para detenerle.

—Pero desde la epifanía en la cripta bajo la Capilla Sixtina, e incluso antes, has demostrado una y otra vez que eres exactamente lo que nuestra orden necesita. Has dirigido el ataque contra los Templarios, has llevado nuestro gonfalón alto y con orgullo, y has seguido reconstruyendo nuestra Hermandad tras la debacle en Monteriggioni. —Miró a su alrededor—. Ha llegado la hora, amigos míos, de nombrar a Ezio formalmente para el cargo que ya ocupa por común acuerdo: el de nuestro líder. Yo te presento como Ezio Auditore da Firenze, Gran Señor de nuestra orden. —Se volvió hacia Ezio—. Mi amigo, el guardián de nuestra Hermandad y de nuestros secretos.

A Ezio le dio vueltas la cabeza de la emoción, aunque una parte de él seguía queriendo desprenderse de aquella vida que requería todas sus horas despierto y le permitía dormir muy pocas. Aun así, dio un paso hacia delante y de forma austera repitió las palabras fundamentales del Credo:

—Donde otros hombres están limitados por la moralidad y la ley nosotros debemos, en la búsqueda de nuestros sagrados objetivos, recordar siempre: Todo está permitido. Nada es verdad. Nada es verdad. Todo está permitido.

Los demás repitieron la fórmula después de él.

—Y ahora ha llegado el momento —dijo Maquiavelo— de que nuestro nuevo miembro dé su salto de fe.

Se dirigieron a la iglesia de Santa María en Cosmedin y subieron a la torre del campanario. Con cuidado, guiada por Bartolomeo y La Volpe, Claudia se tiró sin miedo al vacío justo cuando la esfera dorada del sol se despegó del horizonte oriental, reflejándose en los pliegues de su vestido plateado y volviéndolo también dorado. Ezio vio cómo caía sana y salva y caminaba con Bartolomeo y La Volpe en dirección a una columnata que había allí al lado. Maquiavelo y Ezio se habían quedado solos. Justo cuando Maquiavelo estaba a punto de saltar, Ezio le detuvo.

—¿Por qué de repente has cambiado de idea, Nicolás?

Maquiavelo sonrió.

—¿Que he cambiado de idea? Siempre he estado de tu parte. Siempre he sido fiel a la causa. Mi defecto es que me guardo mis pensamientos. Eso es lo que causó las dudas en tu mente y en la de Gilberto. Ahora ya nos hemos librado de esa situación desagradable. Yo nunca quise ser el líder. Soy… más bien un observador. Bueno, hagamos el salto de fe juntos, ¡como amigos y compañeros guerreros del Credo!

Maquiavelo extendió su mano y, sonriendo, Ezio la cogió con firmeza. Entonces saltaron juntos del tejado del *campanile*.

Apenas habían aterrizado y se habían reunido con sus compañeros, cuando un mensajero se acercó cabalgando. Sin aliento, anunció:

—Maestro Maquiavelo, Cesare ha regresado a Roma solo de su última incursión en la Romaña. Se dirige al Castel Sant'Angelo.

—Grazie, Alberto —dijo Maquiavelo, mientras el mensajero daba la vuelta con su caballo y se marchaba al galope por donde había venido.

—¿Y bien? —le preguntó Ezio. Maquiavelo le mostró sus palmas.

—La decisión es tuya, no mía.

—Nicolás, será mejor que no dejes de decirme lo que piensas. Ahora busco la opinión del consejero en el que más confío.

Maquiavelo sonrió.

—En tal caso ya sabes lo que opino. No he cambiado de idea. Los Borgia deben eliminarse. Ve a matarlos, *mentore*. Termina el trabajo que has empezado.

—Buen consejo.

—Lo sé.

Maquiavelo le miró con ojos inquisidores.

—¿Qué pasa? —preguntó Ezio.

—He pensado en escribir un libro sobre los métodos de Cesare. Ahora creo que tal vez me dedique a examinarte a ti.

—Si escribes un libro sobre mí —dijo Ezio—, ¡será mejor que sea uno corto!

Capítulo 42

Ezio llegó al Castel Sant'Angelo y se encontró con que una multitud se había reunido en la otra orilla del Tíber. Se mezcló entre el montón de gente y al abrirse camino, vio que entre las tropas francesas que vigilaban el puente que iba a dar al Castel, y en el mismo castillo, reinaba el caos. Algunos soldados estaban recogiendo su equipo, mientras los oficiales y los tenientes se movían, desesperados, entre ellos, dando órdenes de que deshicieran su equipaje. Algunas órdenes eran contradictorias y, como consecuencia, habían empezado a pelearse aquí y allá. La muchedumbre italiana seguía observando y Ezio advirtió que disfrutaban bastante. Aunque llevaba su propia ropa colgada al hombro en una cartera, Ezio había tenido la precaución una vez más de ponerse el uniforme francés que había llevado en el ataque a Castra Praetoria, y ahora se había quitado la capa que lo cubría y caminaba deprisa hacia el puente. Nadie le prestó atención, pero cuando pasó entre las tropas francesas, oyó algunos trozos de conversación útiles.

—¿Cuándo esperamos el ataque de d'Alviano y sus mercenarios?

—Dicen que ya está de camino.

—Entonces, ¿por qué estamos recogiendo? ¿Nos retiramos?

—¡Eso espero! *Tout cela, c'est rien qu'un tas de merde*.

Un soldado raso vio a Ezio.

—¡Señor! ¡Señor! ¿Qué debemos hacer?

—Voy a averiguarlo —contestó Ezio.

—¡Señor!

—¿Qué pasa?

—¿Quién está ahora al mando, señor, ahora que el general de Valois está muerto?

—No dudes de que el rey enviará a un sustituto.

—¿Es cierto, señor, que murió como un valiente en la batalla?

Ezio sonrió para sus adentros.

—Por supuesto que es cierto. Al frente de sus hombres.

Continuó avanzando hacia el castillo.

Una vez dentro, encontró el camino hacia los baluartes, y desde su posición estratégica, bajó la vista al patio donde vio a Cesare hablando con un capitán de la guardia papal que estaba en la puerta de la ciudadela interior.

—¡Tengo que ver al Papa! —apremió Cesare—. ¡Tengo que ver a mi padre ahora!

—Por supuesto, Su Gracia. Encontrará a Su Santidad en sus dependencias privadas en lo más alto del castillo.

—¡Pues quítate de mi camino, estúpido!

Cesare pasó empujando al desafortunado capitán mientras éste ordenaba enseguida que abrieran una portezuela de la puerta principal para dejarle entrar. Ezio observó unos instantes y luego rodeó la circunferencia del Castel hasta que llegó a donde estaba situada la puerta secreta. Se tiró al suelo y entró con la llave de Pietro.

Una vez dentro, echó un vistazo con cautela y entonces, al no ver a nadie, bajó por una escalera en dirección a las celdas de las que había rescatado a Caterina Sforza. Encontró un lugar tranquilo, se quitó rápidamente el uniforme de teniente francés y se puso su propia ropa, que estaba diseñada para el trabajo que tenía que hacer. Revisó deprisa sus armas, se colocó la muñequera, preparó la daga venenosa y comprobó que tenía unos cuantos dardos venenosos, guardados a buen recaudo en su cinturón. Luego, pegado a la pared, se dirigió hacia la escalera que subía a la parte más elevada del castillo. El camino estaba vigilado y tuvo que enviar a tres soldados con su Creador antes de que pudiera continuar.

Al final llegó al jardín donde había visto a Lucrezia y a su amante en su cita. A la luz del día pudo ver que sus dependencias eran parte de un complejo. Más allá había unas más grandes e incluso más espléndidas y dedujo que serían las del Papa. Pero al salir corriendo en aquella dirección, fue interrumpido por una conversación que provenía de los aposentos de Lucrezia. Se acercó a hurtadillas a la ventana abierta, de donde venían las voces, y escuchó. Vio a Lucrezia, que no parecía estar afectada tras la terrible experiencia en las celdas, hablando con el mismo sirviente al que le había confiado la información sobre su aventura con Pietro, que le había pasado a su celoso hermano, con un éxito evidente a juzgar por el rápido regreso de Cesare a Roma.

—No lo entiendo —estaba diciendo Lucrezia, irritada—. Ayer por la noche pedí un nuevo lote de cantarella. Toffana tenía que habérmelo entregado a mí personalmente a mediodía. ¿La has visto? ¿Qué está pasando?

—Lo siento muchísimo, *mia signora*, pero he oído que el Papa ha interceptado la entrega. Se la ha quedado toda para él.

—¡Viejo cabrón! ¿Dónde está?

—En sus aposentos. *Madonna*, hay una reunión…

—¿Una reunión? ¿Con quién?

El sirviente vaciló.

—Con Cesare, *madonna*.

Lucrezia asimiló lo que acababa de escuchar y luego dijo, en parte para sus adentros:

—Qué extraño. Mi padre no me ha dicho que Cesare había vuelto.

Absorta en sus pensamientos, abandonó la habitación.

Al quedarse solo, el sirviente empezó a recoger, recolocó las mesas y las sillas, y se quedó mascullando.

Ezio esperó otro rato a ver si se divulgaba más información útil, pero lo único que dijo el sirviente fue:

—Esta mujer me da muchos problemas… ¿Por qué no me quedé en los establos, donde estaba muy bien? ¿Llama a esto ascenso? Me juego el cuello por ella cada vez que le hago un recado. Y tengo que probar su maldita comida cada vez que se sienta a la mesa. —Se calló un momento y luego añadió—: ¡Menuda familia!

Capítulo 43

Ezio se marchó antes de oír aquellas últimas palabras. Se escabulló por el jardín hacia las dependencias del Papa y, puesto que la única entrada estaba muy vigilada y no quería llamar la atención —no tardarían mucho en descubrir los cadáveres de los guardias que había matado en las escaleras de abajo—, encontró un sitio por el que trepar discretamente a una de las ventanas principales del edificio. Resultó acertar con el presentimiento de que sería una ventana directa a la cámara del Papa y además tenía un ancho alféizar donde podía posarse en un extremo, mientras permanecía fuera de la vista. Con la hoja de su cuchillo fue capaz de abrirla un poco para oír lo que decían dentro.

Rodrigo, el Papa Alejandro VI, estaba solo en la habitación, junto a una mesa en la que había un bol grande de plata con manzanas rojas y amarillas, cuya posición corrigió, nervioso, al abrirse la puerta y entrar Cesare, sin previo aviso. Era evidente que estaba enfadado y, sin preámbulo, lanzó una amarga diatriba.

—¿Qué coño pasa? —empezó.

—No sé a qué te refieres —contestó su padre con reservas.

—Oh, sí que lo sabes. Me han cortado los fondos y mis tropas están dispersas.

—Ah. Bueno, ya sabes, después del trágico… fallecimiento de tu banquero, Agostino Chigi tomó el mando de todos sus asuntos…

Cesare se rio con amargura.

—¡Tu banquero! Tenía que haberlo sabido. ¿Y mis hombres?

—Todos tenemos penurias económicas de vez en cuando, hijo mío, incluso los que tenemos ejércitos y una desmesurada ambición.

—¿Vas a hacer que Chigi me dé dinero o no?

—No.

—¡Ya lo veremos!

Furioso, Cesare cogió una manzana del bol. Ezio vio que el Papa observaba a

su hijo con detenimiento.

—Chigi no te ayudará —dijo el Papa desapasionadamente—. Y él es demasiado poderoso como para que lo sometas a tu voluntad.

—En ese caso —dijo Cesare con aire despectivo—, utilizaré el Fragmento del Edén para conseguir lo que quiero. Haré que tu ayuda me resulte innecesaria.

Mordió la manzana con una sonrisa maliciosa.

—Eso ya me había quedado más que claro —dijo el Papa secamente—. Por cierto, supongo que sabes que el general de Valois está muerto, ¿no?

La sonrisa de Cesare desapareció al instante.

—No. Acabo de volver de Roma. —Su tono se puso amenazante—. ¿Le has…?

El Papa extendió las manos.

—¿Qué motivo iba a tener yo para matarlo? ¿O estaba conspirando en mi contra, tal vez, con mi querido, brillante y traidor capitán general?

Cesare le dio otro mordisco a la manzana.

—¡No tengo que aguantar esto! —gruñó mientras masticaba.

—Los Asesinos le mataron, por si te interesa saberlo.

Cesare tragó, con los ojos muy abiertos. Entonces la cara se le oscureció por la furia.

—¿Por qué no los detuviste?

—Como si pudiera. Fue decisión tuya atacar Monteriggioni, no mía. Ya va siendo hora de que te responsabilices de tus propias fechorías, si no es demasiado tarde.

—Querrás decir mis acciones —replicó Cesare con orgullo—. A pesar de la constante intromisión de fracasos como tú.

El hombre más joven se dio la vuelta para marcharse, pero el Papa dio rápido la vuelta a la mesa para bloquearle el paso en la puerta.

—Tú no vas a ningún sitio —gruñó Rodrigo—. Y estás equivocado. Yo soy el que tengo el Fragmento del Edén.

—Mentiroso. Quítate de en medio, viejo estúpido.

El Papa negó con la cabeza tristemente.

—Te he dado siempre todo lo que he podido y aun así no ha sido suficiente.

En aquel instante, Ezio vio que Lucrezia irrumpía en la habitación con ojos de loca.

—¡Cesare! —gritó—. ¡Ten cuidado! ¡Intenta envenenarte!

Cesare se quedó helado. Miró la manzana que tenía en la mano, escupió el

trozo que acababa de morder y su cara se convirtió en una máscara. La propia expresión de Rodrigo también cambió y pasó de reflejar triunfo a miedo. Se apartó de su hijo y colocó la mesa entre ambos.

—¿Me has envenenado? —exclamó Cesare con los ojos clavados en los de su padre.

—No ibas a… entrar en razón —tartamudeó el Papa.

Cesare sonrió mientras avanzaba muy pausadamente hacia Rodrigo y decía:

—Padre. Querido padre. ¿No lo ves? Yo lo controlo todo. Todo. Si quiero vivir, a pesar de tus esfuerzos, viviré. Y si hay algo, cualquier cosa, que quiera, lo tendré. —Se acercó más al Papa y le cogió por el cuello al tiempo que alzaba la manzana envenenada en su mano—. Por ejemplo, si quiero que mueras, ¡te mueres!

Tiró de su padre y empujó la manzana en su boca abierta antes de que le diera tiempo a cerrarla y, cogiéndole de la cabeza y de la mandíbula, hizo que se le cerraran los labios. Rodrigo se resistió y al no poder respirar, se ahogó con la manzana. Cayó al suelo, agonizando, y sus dos hijos contemplaron fríamente cómo se moría.

Cesare no perdió el tiempo, se arrodilló y buscó entre la túnica de su padre muerto. No había nada. Se levantó y empujó a su hermana, que se apartó de él.

—Tú… deberías buscar ayuda. Tienes el veneno dentro —gritó.

—No hay suficiente —espetó con voz quebrada—. ¿De verdad crees que soy tan tonto como para no haber tomado un antídoto profiláctico antes de venir aquí? Nuestro padre era un viejo zorro detestable y sabía cómo reaccionaría si pensaba por un momento que el poder se estaba escapando en mi dirección. Bueno, me ha dicho que tiene el Fragmento del Edén.

—Te… te ha dicho la verdad.

Cesare le dio una bofetada.

—¿Por qué no se me ha informado?

—Estabas fuera…, la trasladó…, temía que los Asesinos pudieran…

Cesare volvió a abofetearla.

—¡Estabas compinchada con él!

—¡No! ¡No! Creía que había enviado a unos mensajeros para que lo contaran.

—¡Mentirosa!

—Digo la verdad. En serio, creía que lo sabías o que al menos te habían informado de lo que había hecho.

Cesare volvió a pegarle, esta vez más fuerte, haciendo que perdiera el equilibrio y se cayera.

—Cesare —dijo mientras se esforzaba por respirar, con los ojos llenos de pánico y miedo—, ¿estás loco? Soy Lucrezia. Tu hermana. Tu amante. Tu reina.

Se levantó y, con timidez, le puso las manos en las mejillas para acariciarlas. Pero la reacción de Cesare fue agarrarla por el cuello y sacudirla, como un terrier a un hurón.

—No eres más que una zorra. —Acercó su cara a la suya y la empujó con agresividad—. Ahora dime —continuó con una voz peligrosamente baja—, ¿dónde está?

La incredulidad se reflejó en su voz cuando contestó, atragantándose mientras se esforzaba por hablar.

—¿Nunca… me has querido?

Su respuesta fue soltarla del cuello y volver a golpearla, esta vez cerca del ojo, con el puño cerrado.

—¿Dónde está la Manzana? ¡LA MANZANA! —gritó—. ¡Dímelo!

Ella le escupió en la cara y él la cogió del brazo y la tiró al suelo, donde empezó a darle patadas mientras repetía su pregunta una y otra vez. Ezio se puso tenso y tuvo que contenerse para no intervenir —al fin y al cabo, tenía que averiguar la respuesta—, pero le horrorizaba lo que estaba presenciando.

—Muy bien. Muy bien —dijo al final con la voz quebrada.

Estiró de ella para ponerla de pie y colocó los labios cerca para decírselo con un susurro al oído, lo que enfureció a Ezio.

Satisfecho, Cesare la apartó de un empujón.

—Inteligente decisión, hermanita.

Trató de aferrarse a él, pero la apartó con un gesto de repulsión y salió a grandes zancadas de la habitación.

En cuanto se marchó, Ezio rompió la ventana para entrar y cayó justo al lado de Lucrezia que, con el ánimo por los suelos, se desplomó contra la pared. Ezio enseguida se arrodilló contra el cuerpo de Rodrigo y le buscó el pulso.

No había.

—*Requiescat in pace* —suspiró Ezio, se levantó y se enfrentó a Lucrezia.

Ella le miró y sonrió con amargura, reavivándose ligeramente el fuego de sus ojos.

—¿Has estado ahí? ¿Todo el rato?

Ezio asintió.

—Bien —dijo—. Sé a dónde va ese cabrón.
—Dímelo.
—Con mucho gusto. A San Pedro. Al pabellón del patio.
—Gracias, *madonna*.
—Ezio.
—¿Sí?
—Ten cuidado.

Capítulo 44

Ezio corrió por el Passetto di Borgo, que pasaba por la rione de Borgo y conectaba el Castel Sant'Angelo con el Vaticano. Deseó haber podido llevar algunos de sus hombres con él, o haber tenido tiempo de encontrar un caballo, pero la urgencia le dio alas a sus pies y todos los guardias con los que se topó se apartaron enseguida por su precipitada carrera.

Una vez en el Vaticano, Ezio se dirigió al pabellón del patio, donde Lucrezia le había indicado que estaría la Manzana. Ahora que ya no estaba Rodrigo, había bastantes posibilidades de que hubiera un nuevo Papa sobre el que los Borgia no tuvieran influencia, puesto que el Colegio Cardenalicio, aparte de aquellos miembros que sin duda estaban comprados, estaba indignado y harto de ser mangoneado por esta familia extranjera.

Pero por ahora Ezio tenía que detener a Cesare, antes de que pudiera apoderarse de la Manzana y usar su poder —aunque apenas lo entendiera— para recuperar todo el terreno que había perdido.

Había llegado el momento de acabar con su enemigo de una vez por todas. Era ahora o nunca.

Ezio llegó al patio sólo para encontrárselo desierto. Se dio cuenta de que en el centro, en vez de una fuente, había una gran escultura de arenisca de una piña en un cáliz de piedra sobre un pedestal. Mediría unos tres metros de alto. Examinó el resto del patio soleado, pero no había nada, tan sólo un polvoriento suelo blanco que le quemaba los ojos con su resplandor. Ni siquiera había una columnata y las paredes de los edificios de alrededor no presentaban ninguna decoración, aunque había hileras de ventanas estrechas en los pisos superiores y, al nivel del suelo, una puerta sencilla a cada lado, todas ellas cerradas. Era un lugar austero y poco corriente.

Volvió a mirar la piña y se acercó a ella. Al observarla con más detenimiento, distinguió un hueco estrecho entre la bóveda del cono y su cuerpo, que daba toda

la vuelta en una circunferencia. Cuando se subió al pedestal, se dio cuenta de que podía sujetarse con la punta de los pies y, agarrado con una mano, palpó con la otra cuidadosamente el otro lado de la piña, en busca de cualquier posible imperfección que pudiera revelar un botón o dispositivo oculto.

¡Ahí! Lo había encontrado. Lo apretó con suavidad y la parte superior de la piña se abrió de golpe por las bisagras de bronce, hasta entonces escondidas, atornilladas firmemente en la lisa piedra y reforzadas con cemento. En medio del hueco que ahora estaba descubierto, vio una bolsa de cuero verde. Desató los cordones y el débil resplandor que vio al fondo confirmó sus esperanzas: ¡había encontrado la Manzana!

Tenía el corazón en la boca cuando levantó con cuidado la bolsa para sacarla de allí. Conocía a los Borgia y nada le garantizaba que no hubiera una trampa, pero tenía que arriesgarse.

¿Dónde diablos estaba Cesare? El hombre había tenido unos minutos de ventaja y sin duda había ido hasta allí a caballo.

—Ya la cojo yo —gritó una voz fría y cruel detrás de Ezio.

Con la bolsa en la mano, saltó despacio al suelo y se dio la vuelta para enfrentarse a Cesare, que acababa de irrumpir por la puerta de la pared sur, seguido de una tropa de sus guardias personales, que se abrieron en abanico por el patio para rodear a Ezio.

Claro, pensó Ezio, no esperaba competencia, así que había perdido el tiempo reuniendo refuerzos.

—Me he adelantado —provocó a Cesare.

—No te servirá de nada, Ezio Auditore. Has sido una espina que he tenido clavada durante mucho tiempo. Pero se va a terminar aquí. Ahora. Mi espada acabará con tu vida.

Desenvainó una moderna schiavona con empuñadura de canasta y avanzó hacia Ezio. Pero entonces, de pronto, se puso gris, se agarró el estómago y dejó caer la espada cuando las rodillas se le doblaron. Evidentemente el antídoto no había sido lo bastante fuerte, pensó Ezio, al tiempo que suspiraba de alivio.

—¡Guardias! —dijo Cesare con voz ronca mientras se esforzaba por mantenerse en pie.

Eran diez, cinco armados con mosquetes. Ezio esquivó el fuego y las balas chocaron contra el suelo y las paredes mientras él se escondía detrás de una columna. Sacó los dardos venenosos de su cinturón, salió de repente de su escondite, se acercó a los mosqueteros y empezó a lanzarles los dardos uno a

uno. Los hombres de Cesare no esperaban un ataque y se miraron unos a otros, sorprendidos. Ezio tiró los dardos y cada uno de ellos alcanzó su objetivo fatal. En cuestión de segundos, habían caído tres guardias y el veneno de los dardos enseguida tuvo un efecto mortal.

Uno de los mosqueteros recobró su compostura por un momento y le tiró su arma como si fuera un garrote, pero Ezio se agachó y el arma pasó en espiral por encima de su cabeza. Rápidamente lanzó los siguientes dos dardos y cayeron todos los mosqueteros. Ezio no tuvo tiempo de recuperarlos como Leonardo le había sugerido.

Los cinco espadachines, tras recuperarse de su shock inicial —pues habían supuesto que sus compañeros acabarían pronto con el Asesino—, le rodearon de inmediato, blandiendo sus falcatas. Ezio casi bailaba entre ellos mientras evitaba sus torpes ataques —aquellas espadas eran demasiado pesadas para ir rápido o tener maniobrabilidad— y sacó la daga venenosa y el puñal. Ezio sabía que no tenía mucho tiempo para combatir con los soldados antes de que Cesare se moviera, así que su técnica de lucha era más escasa y eficiente que de costumbre, prefería frenar la espada de sus oponentes con el puñal y utilizar la daga venenosa para terminar el trabajo. Los dos primeros cayeron en un suspiro y a aquellas alturas, los tres que quedaban decidieron atacar todos a la vez. Ezio retrocedió cinco pasos rápidos, extendió su puñal hacia arriba y cargó hacia el guardia que estaba más cerca de los tres. Cuando se puso a su alcance, Ezio se deslizó hacia sus rodillas, resbalando por el suelo bajo la hoja de un guardia perplejo. La daga venenosa alcanzó el muslo del hombre cuando Ezio pasó deslizándose, disparado hacia los guardias restantes, mientras su puñal les cortaba los tendones de la parte inferior de sus piernas. Ambos hombres chillaron cuando la hoja de Ezio alcanzó su objetivo y cayeron, con las piernas inútiles.

Cesare observó todo aquello, en silencio, sin dar crédito, y mientras Ezio iba a toda velocidad hacia los tres guardias que quedaban, Cesare decidió no esperar a ver el resultado de la pelea. Se recuperó lo bastante como para darse la vuelta y salir huyendo.

Rodeado por los guardias, incapaz de seguirle, Ezio le vio marcharse por el rabillo del ojo.

Aunque no importaba, puesto que aún tenía la Manzana y recordaba lo suficiente de su poder —¿cómo iba a olvidarlo?— para utilizarla, después de terminar la refriega, y que le guiara de vuelta al Vaticano por un camino distinto

del que había venido, pues recordaba que Cesare no habría perdido el tiempo en proteger el Pasetto di Borgo. La Manzana, que resplandecía en el interior de la bolsa de cuero, indicaba en la superficie una ruta por los altos salones pintados y las cámaras de las oficinas del Vaticano hacia la Capilla Sixtina, y desde allí por un pasillo que llevaba al sur, hacia el mismo San Pedro. Su poder era tal que los monjes y sacerdotes en el interior del Vaticano se apartaban a su paso, le evitaban, y los guardias papales se quedaban rígidos en sus puestos.

Ezio se preguntó cuánto tardaría en filtrarse en la jerarquía del Vaticano la noticia de que el Papa había muerto. La confusión que reinaría a continuación precisaría de una mano fuerte que la controlara, y rezaba por que Cesare no tuviera la oportunidad de aprovecharse de cualquier incertidumbre para reivindicar su derecho, si no al Papado —que con seguridad estaría fuera de su alcance—, sí a ejercer una influencia sobre la elección del nuevo Papa, que sería amigo de sus ambiciones, al trono de San Pedro.

A su izquierda, Ezio pasó la brillante nueva escultura del joven Michelangelo sobre la Pietá, abandonó la basílica y se mezcló entre la multitud que se arremolinaba en la vieja plaza, situada enfrente de la entrada este.

Capítulo 45

Cuando llegó a la guarida de los Asesinos en la isla Tiberina, las campanas de la iglesia empezaron a tocar por toda Roma. Anunciaban la muerte del Papa.

Sus amigos le estaban esperando.

—Rodrigo está muerto —dijo.

—Lo hemos deducido por las campanas —respondió Maquiavelo—. ¡Magnífico trabajo!

—No fue obra mía, sino de Cesare.

Tardó un momento en asimilarlo y luego volvió a hablar:

—¿Y qué hay de Cesare?

—Vive, aunque el Papa intentó envenenarlo antes de morir.

—La serpiente se muerde su propia cola —intervino La Volpe.

—¡Entonces el día está salvado! —gritó Claudia.

—No —dijo Maquiavelo—. Si se ha librado de la restricción de su padre, puede que Cesare recupere el terreno que ha perdido. No debemos permitir que reúna a los seguidores que le quedan. Las próximas semanas serán críticas.

—Con tu ayuda, le daré caza —dijo Ezio con firmeza.

—Nicolás tiene razón, debemos actuar rápido —terció La Volpe—. ¿Oís esas trompetas? Es un llamamiento para que se reúnan las fuerzas de Borgia.

—¿Sabes dónde? —preguntó Bartolomeo.

—Es probable que concentren sus tropas en la plaza enfrente del palacio de Cesare en Trastevere.

—Mis hombres patrullarán la ciudad —dijo Bartolomeo—, pero necesitamos todo un ejército para poder hacerlo bien.

Ezio sacó con cuidado la Manzana de la bolsa. Brillaba débilmente.

—Tenemos uno —dijo—. O algo igual de bueno.

—¿Sabes cómo usarla? —preguntó Maquiavelo.

—Recuerdo bastante de cuando Leonardo experimentó con ella hace tiempo,

en Venecia —contestó Ezio.

Levantó el extraño artefacto y, concentrado, trato de proyectarle sus pensamientos.

No hubo respuesta durante varios minutos y estuvo a punto de dejarlo cuando, despacio al principio y luego con más energía, la Manzana empezó a brillar cada vez más, hasta que la luz que emanaba de ella les hizo taparse los ojos.

—¡No te acerques! —ordenó Bartolomeo cuando Claudia soltó un grito ahogado, alarmada, e incluso La Volpe dio un salto hacia atrás.

—No —dijo Maquiavelo—. Es ciencia, pero está fuera de nuestro alcance. —Miró a Ezio—. Ojalá Leonardo estuviera aquí.

—Mientras nos sirva para nuestro propósito… —dijo Ezio.

—Mira —dijo La Volpe—. Nos está mostrando el campanile de Santa María en Trastevere. Allí es donde debe de estar Cesare.

—Tienes razón —gritó Bartolomeo—, pero mira el número de tropas que aún tiene.

—Me voy. Ya —dijo Ezio cuando la escena proyectada se desvaneció y la Manzana quedó inerte.

—Vamos contigo.

—No. —Ezio alzó una mano—. Claudia, quiero que vuelvas a La Rosa in Fiore y que tus chicas averigüen todo lo que puedan sobre los planes de Cesare, luego moviliza a nuestros reclutas. Gilberto, que tus ladrones rodeen toda la ciudad y que avisen de cualquier sección templaria que pueda estar reorganizándose. Nuestros enemigos están luchando por sus vidas. Bartolomeo, organiza a tus hombres y prepáralos para que se pongan en marcha enseguida.

Se volvió hacia Maquiavelo.

—Nicolás, ve al Vaticano. El Colegio Cardenalicio pronto celebrará el cónclave para elegir un nuevo Papa.

—Es cierto. Y Cesare sin duda intentará utilizar la influencia que le queda para elevar un candidato al Trono Papal que le sea favorable o al menos alguien a quien pueda manipular.

—Pero el cardenal della Rovere ejerce ahora mucha autoridad y, como sabes, es el enemigo implacable de los Borgia. Ojalá…

—Iré a hablar con el cardenal *Camerlengo*. La elección será interminable.

—Tenemos que aprovecharnos al máximo del interregno. Gracias, Nicolás.

—¿Cómo te las apañarás solo, Ezio?

—No estoy solo —dijo Ezio y colocó con cuidado la Manzana en su bolsa—. Me llevo esto conmigo.

—Mientras sepas cómo controlarla… —dijo Bartolomeo con desconfianza —. Si te interesa mi opinión, creo que es una creación sacada del mismo taller de Belcebú.

—En manos equivocadas, tal vez. Pero mientras la tengamos nosotros…

—Entonces no le quites el ojo de encima y menos aún la mano.

Se separaron para salir cada uno corriendo a atender los deberes que Ezio les había asignado. El mismo Ezio cruzó hacia la orilla oeste del río y recorrió a toda velocidad el corto camino que había hasta la iglesia que La Volpe había reconocido en la visión otorgada por la Manzana.

La escena había cambiado cuando llegó allí, aunque vio unidades de soldados en grupos organizados, como si estuvieran bajo órdenes. Estos eran hombres disciplinados que comprendían que el fracaso significaría su ruina.

No había ni rastro de Cesare, pero Ezio sabía que aún estaría enfermo por los efectos del veneno. La concentración de las tropas debía de haber salido de él. Tan sólo había un sitio al que podían retirarse: su *palazzo* fortificado, que no estaba muy lejos. Ezio se marchó en aquella dirección.

Se mezcló con un grupo de ayudantes de Borgia que llevaban la insignia personal de Cesare en los hombros de sus capas. Estaban demasiado agitados para advertir su presencia, aunque no hubiera usado la Manzana para hacerse invisible. Se escondió entre los guardias y se escabulló por las puertas del palazzo, que se abrieron enseguida para que ellos entraran y rápidamente volvieron a cerrarse acompañadas de un sonido metálico.

Ezio se deslizó por las sombras hacia la columnata del patio, avanzó por el perímetro de las paredes interiores y se detuvo a mirar detenidamente por cada una de las ventanas que no estaban cerradas con postigos. Después, más adelante, vio una puerta con dos guardias vigilando por fuera. Echó un vistazo. El resto del patio estaba vacío. Se acercó en silencio, soltó la hoja oculta y se tiró encima de los guardias antes de que supieran lo que estaba ocurriendo. A uno lo mató al instante. El otro consiguió darle un golpe, que le hubiera cortado la mano izquierda de no haber sido por la muñequera. Mientras el hombre se recuperaba de su asombro por lo que parecía ser brujería, Ezio le clavó la hoja en la base del cuello y cayó al suelo como un saco.

La puerta no estaba cerrada con llave y las bisagras, cuando Ezio las probó con cautela, resultaron estar bien engrasadas, así que pudo entrar en la habitación

sigilosamente.

Era grande y sombría. Ezio se refugió detrás de un tapiz que había cerca de la puerta, colocado allí para impedir que entrara el aire, y observó a los hombres sentados alrededor de una gran mesa de roble en el centro. La mesa estaba cubierta de papeles e iluminada por velas en dos candelabros de hierro. A la cabeza estaba sentado Cesare que sudaba considerablemente mientras miraba a sus oficiales.

—Tenéis que atraparlos —estaba diciendo, agarrado a los brazos de su silla con firmeza en un esfuerzo por mantenerse derecho.

—Están en todas partes y en ningún sitio al mismo tiempo —declaró uno, lleno de impotencia.

—No me importa cómo lo hagáis, ¡simplemente hacedlo!

—No podemos, *signore*, no sin vuestra orientación. Los Asesinos se han reagrupado. Ahora que no están los franceses o que están desorganizados, nuestras propias fuerzas apenas son capaces de igualarlos. Tienen espías por todos lados y nuestra propia red es incapaz de encontrarlos. Ezio Auditore ha convertido a su causa a un gran número de ciudadanos.

—¡Estoy enfermo, *idioti*! Dependo de vuestra iniciativa. —Cesare suspiró y se recostó en su silla—. Por poco me matan, pero aún tengo influencia.

—Señor…

—Tan sólo mantenlos a raya, si es lo único que puedes hacer. —Cesare hizo una pausa para recuperar el aliento y el doctor Torella le secó la frente con una gasa mojada en vinagre u otro astringente de olor fuerte, mientras le decía entre dientes algo para calmar a su paciente—. Pronto —continuó Cesare—, pronto Micheletto llegará a Roma con mis fuerzas de la Romaña y del norte, y entonces veréis lo rápido que los Asesinos se convierten en polvo.

Ezio avanzó y enseñó la Manzana.

—Te estás engañando a ti mismo, Cesare —dijo con una voz de auténtica autoridad.

Cesare dio un respingo en su silla, con miedo en los ojos.

—¡Tú! ¿Cuántas vidas tienes, Ezio? Pero esta vez seguro que mueres. ¡Llamad a los guardias! ¡Ahora! —bramó a sus oficiales mientras le permitía a su médico que le sacara corriendo de aquella habitación hacia un lugar seguro por una puerta interior.

Como un rayo, uno de los oficiales salió por la puerta para dar la alarma mientras los otros sacaban sus pistolas y apuntaban a Ezio, que con la misma

velocidad sacó la Manzana de su bolsa, la levantó en alto, se concentró mucho y se bajó la capucha de su túnica hasta taparse los ojos.

La Manzana comenzó a brillar con una luz palpitante, y el resplandor se convirtió en una incandescencia que no emitía calor, pero que era igual de brillante que el sol. La habitación se volvió blanca.

—¿Qué brujería es ésta? —gritó uno de los oficiales mientras disparaba a lo loco.

Por casualidad su disparo alcanzó a la Manzana, pero no le afectó más que un puñado de polvo.

—¡Realmente este hombre tiene a Dios de su parte! —vociferó otro, mientras intentaba en vano protegerse los ojos y se tambaleaba a ciegas hacia lo que él creía que era la puerta.

Conforme la luz aumentaba, los oficiales se iban apiñando contra la mesa y se cubrían los ojos con las manos.

—¿Qué está pasando?

—¿Cómo es esto posible?

—¡No me golpees, Señor!

—¡No veo nada!

Ezio apretó los labios al concentrarse y continuó proyectando su voluntad mediante la Manzana, pero ni siquiera él se atrevía a levantar la vista bajo la protección de su capucha. Tenía que considerar cuál era el momento de parar. Al hacerlo, una ola de agotamiento le azotó cuando la Manzana, invisible dentro de su propia luz, se apagó. No se oyó ningún sonido en la sala. Con prudencia, Ezio se bajó la capucha y vio que la habitación estaba casi como estaba antes. Las velas sobre la mesa emitían una fuente de luz en medio de la penumbra y seguían ardiendo, casi de un modo tranquilizador, como si nada hubiera pasado. Sus llamas eran constantes, como si no hubiera ninguna brisa.

El tapiz en la puerta había perdido su color y todos los oficiales yacían muertos alrededor de la mesa, salvo el que se había dirigido hacia allí; estaba desplomado contra el tapiz, con la mano aún en el pestillo. Ezio se acercó a él y tuvo que apartarle para marcharse.

Cuando retiró al hombre, sin querer le miró a los ojos y deseó no haberlo hecho, fue una visión que nunca olvidaría.

—*Requiescat in pace* —dijo Ezio al confirmar, con un escalofrío, que la Manzana tenía poderes de verdad y, si se desataban sin una supervisión, podían controlar la mente de los hombres y abrir posibilidades y mundos inimaginables.

Podía sembrar una destrucción tan terrible que estaba más allá del poder de la imaginación.

Capítulo 46

El cónclave seguía sin decidirse. A pesar de los esfuerzos del cardenal della Rovere por burlarlo, Cesare sin duda seguía teniendo bastante influencia para controlarlo. Los cardenales seguían vacilando ya fuera por el miedo o por puro interés. Maquiavelo suponía lo que intentaban hacer: encontrarían un candidato que no durara demasiado, pero que fuera aceptado por todas las partes. Un Papa provisional, por así decirlo, hasta que el equilibrio del poder se resolviera.

Con esta idea en mente, Ezio se alegró cuando, tras semanas de atascamiento, Claudia llevó noticias a la isla Tiberina.

—El cardenal de Rouen, un francés llamado Georges d'Amboise, ha revelado bajo… coacción… que Cesare ha planeado una reunión con los partidarios de los Templarios en el campo, fuera de Roma. El cardenal mismo va a asistir.

—¿Cuándo tendrá lugar?

—Esta noche.

—¿Dónde?

—La ubicación se mantendrá en secreto hasta el último minuto.

—Entonces iré a la residencia del cardenal y le seguiré cuando se marche.

—Han elegido a un nuevo Papa —dijo Maquiavelo que llegó corriendo—. Tu cardenal francés, Claudia, recibirá la noticia por boca de Cesare esta noche. De hecho, una pequeña delegación, que aún es amiga de los Borgia, le va a acompañar.

—¿Quién es el nuevo Papa? —preguntó Ezio.

Maquiavelo sonrió.

—Es quien yo había pensado —respondió—. El cardenal Piccolomini. No es un anciano, tiene sesenta y cuatro años, pero no está muy bien de salud. Lo han elegido para que se le conozca como Pío III.

—¿Con quién está él?

—Todavía no lo sabemos, pero todos los embajadores extranjeros han

presionado a Cesare para que se marche de Roma durante la elección. Della Rovere está furioso, pero sabe cómo esperar.

Ezio pasó el resto del día hablando con Bartolomeo y entre los dos reunieron un grupo conjunto de reclutas y *condottieri* lo bastante fuerte para enfrentarse a cualquier batalla que pudiera haber con Cesare en un futuro próximo.

—Menos mal que no mataste a Cesare en su palazzo —dijo Bartolomeo—. De este modo, atraerá a todos sus seguidores y podremos acabar con todos a la vez. —Miró a Ezio—. Tengo que reconocértelo, amigo mío. Mejor que ni habiéndolo planeado.

Ezio sonrió y volvió a su alojamiento, donde se guardó la pistola y puso la daga de doble filo en la cartera de su cinturón.

Con un pequeño grupo de hombres cuidadosamente seleccionados, Ezio preparó la avanzadilla y dejó que los demás les siguieran. Cuando el cardenal Rouen salió a última hora de la tarde con sus compañeros y su séquito, Ezio y sus jinetes les siguieron a una distancia prudencial. No recorrieron mucho camino antes de que el cardenal se detuviera en una gran finca en el campo cuya mansión estaba situada tras unos muros fortificados, cerca de la orilla del lago Bracciano.

Ezio escaló los muros de la mansión solo y siguió de cerca a la delegación de cardenales mientras se dirigían al Gran Salón para mezclarse con unos cien oficiales de Borgia importantes. Había presentes muchas más personas de otros países, que Ezio no reconocía, pero sabía que debían de ser miembros de la Orden Templaria. Cesare, que ya estaba totalmente recuperado, estaba sobre una tarima en medio del salón atestado de gente. Las antorchas titilaban en los apliques de las paredes de piedra y hacían que las sombras saltaran, lo que daba al congreso el aspecto de un aquelarre más que de una reunión de fuerzas militares.

Afuera, los soldados de Borgia se reunían en cantidades que sorprendieron a Ezio, que no había olvidado el comentario de Cesare sobre el regreso de Micheletto con las tropas que quedaban en las provincias. Le preocupaba que incluso con los hombres de Bartolomeo y sus propios reclutas, que se habían acercado a unos doscientos metros de la mansión, pudieran encontrar un auténtico rival en aquella reunión. Pero ahora era demasiado tarde.

Ezio observó cómo las filas apretadas del salón abrían un camino para que

los cardenales se acercaran a la tarima.

—Uníos a mí y Roma será nuestra —declamó Cesare cuando el cardenal de Rouen apareció junto a sus compañeros prelados. Al verles, dejó de hablar.

—¿Cuáles son las noticias del cónclave? —preguntó.

El cardenal de Rouen vaciló.

—Son buenas noticias… y malas —dijo.

—¡Suéltalo ya!

—Hemos elegido a Piccolomini.

Cesare lo consideró.

—¡Bueno, al menos no a ese hijo de pescador, della Rovere! —Se volvió hacia el cardenal—. Pero aun así no es el hombre que yo quería. Yo quería a un títere. Piccolomini puede que tenga un pie en la tumba, pero todavía puede perjudicarme mucho. Pagué por tu puesto. ¿Así es como me lo agradeces?

—Della Rovere es un enemigo poderoso. —El cardenal volvió a dudar—. Y Roma ya no es la que era. El dinero de los Borgia está contaminado.

Cesare le miró con frialdad.

—Te arrepentirás de esta decisión —dijo fríamente.

El cardenal agachó la cabeza y se dio la vuelta para marcharse, pero mientras lo hacía, vio a Ezio, que se había acercado más para verlo todo con más claridad.

—¡El Asesino! —chilló—. Su hermana me hizo un interrogatorio. Así es como ha llegado hasta aquí. ¡Corred! ¡Nos matará a todos!

Los cardenales salieron a toda velocidad entre el pánico generalizado. Ezio los siguió y, una vez fuera, disparó su pistola. El sonido le llegó a su avanzadilla, que estaba situada al otro lado de los muros, y como respuesta dispararon los mosquetes, la señal de ataque de Bartolomeo. Llegaron justo cuando las puertas de los muros estaban abiertas para permitir que los cardenales huyeran. Los defensores no tuvieron tiempo de cerrarlas antes de que pudiera con ellos la avanzadilla, que logró mantener la puerta abierta hasta que Bartolomeo, blandiendo a Bianca por encima de su cabeza y con un grito de guerra, apareció con las principales fuerzas asesinas. Ezio disparó su segundo tiro a la barriga de un guardia de los Borgia, que se acercó a él gritando, agitando una maza de aspecto diabólico, pero no tuvo tiempo de recargar. De todos modos, para la lucha a poca distancia, la daga de doble filo era el arma perfecta. Encontró un hueco en la pared, se refugió allí y, con su mano experta, cambió la pistola por la daga. Luego corrió de nuevo hacia el salón para buscar a Cesare.

La batalla en la mansión, y en la zona dentro de sus muros circundantes, fue

breve y sangrienta. Los Borgia y las tropas templarias no estaban preparados para un ataque de aquella magnitud y quedaron atrapados dentro de los muros. Lucharon sin tregua y muchos de los *condottieri* y los reclutas Asesinos yacían muertos al terminar. Aunque los Asesinos tenían la ventaja de ir sobre sus monturas, unos cuantos soldados de Borgia pudieron subirse a sus caballos antes de que los mataran.

Ya era tarde cuando pasó la tormenta. Ezio, que sangraba por una herida reciente en el pecho, la había emprendido a golpes con la daga de doble filo con tanta furia que se había atravesado su propio guante hasta hacerse un corte profundo en la mano. A su alrededor había una gran cantidad de cadáveres, tal vez la mitad de la asamblea, aquellos que no habían sido capaces de huir o de salir cabalgando hacia al norte en la noche.

Aunque Cesare tampoco estaba entre ellos. Desgraciadamente también había escapado.

Capítulo 47

Muchas cosas sucedieron en las semanas siguientes. Los Asesinos buscaron a Cesare desesperadamente, pero en vano. No había vuelto a Roma y de hecho la ciudad parecía purgada de toda la influencia Borgia y templaria, aunque Ezio y sus compañeros permanecían alerta, pues sabían que estaban en peligro mientras el enemigo siguiera viviendo. Sospechaban que aún había focos de partidarios acérrimos que esperaban una señal.

Pío III resultó ser un hombre leído y muy religioso. Aunque, por desgracia, después de un reinado de tan sólo veintiséis días, su delicada salud sucumbió a la presión adicional y las responsabilidades que conllevaba el pontificado, y, en octubre, murió. Como Ezio temía, no había sido un títere de los Borgia. Durante su corto periodo de supremacía, más bien había puesto en marcha reformas en el Colegio Cardenalicio que eliminaban toda la corrupción y la sensualidad fomentada por su predecesor. No se venderían más cardenalatos y no se aceptarían más pagos para que los criminales adinerados escaparan de la horca. La doctrina pragmática de Alejandro VI, «Dejémosles vivir para que se arrepientan», ya no estaba vigente. Pero lo más importante era que había dictado una orden en los Estados Pontificios para el arresto de Cesare Borgia.

Su sucesor fue elegido inmediatamente y por una mayoría aplastante. Tan sólo tres cardenales estuvieron en contra: uno de ellos era Georges d'Amboise, el cardenal de Rouen, que esperaba en vano ganar la Tiara Papal para Francia. Tras la comprobación de su trayectoria en la elección de Pío III, Giuliano della Rovere, cardenal de San Pedro ad Vincula, no había perdido el tiempo en consolidar sus seguidores para asegurar el Papado a la siguiente oportunidad, que sabía que aparecería pronto.

Julio II, como se hizo llamar, era un hombre exigente de sesenta años y aún tenía vigor, mental y físico. Era un hombre con gran energía, como Ezio pronto comprobaría, un maquinador político y un guerrero, orgulloso de sus humildes

orígenes como descendiente de pescadores porque ¿acaso no había sido pescador el mismo San Pedro?

Aunque la amenaza de los Borgia todavía proyectaba una sombra.

—Ojalá Cesare apareciera —gruñó Bartolomeo mientras Ezio y él hablaban en la sala de mapas de su cuartel.

—Lo hará. Pero sólo cuando esté preparado.

—Mis espías me han dicho que planea reunirse con sus mejores hombres para atacar Roma por una de sus puertas principales.

Ezio reflexionó sobre aquello.

—Si Cesare viene del norte, lo que parece casi seguro, intentará entrar por la puerta cerca de la Castra Praetoria. Puede que incluso trate de retomar la misma Castra, puesto que está en un lugar estratégico.

—Probablemente tengas razón.

Ezio se levantó.

—Reúne a los Asesinos. Nos enfrentaremos juntos a Cesare.

—¿Y si no podemos?

—¡Muy bonito, Barto! Si no podemos, ya me enfrentaré yo solo.

Se separaron y acordaron encontrarse en Roma más tarde aquel día. Si iba a haber un ataque, la Ciudad Sagrada estaría preparada.

Ezio había acertado con su presentimiento. Le había dicho a Bartolomeo que reuniera a los demás en la plaza de una iglesia cerca del Castro, y cuando llegaron, se dirigieron a la puerta norte. Ya estaba muy defendida, puesto que Julio II había aceptado, contentísimo, el consejo de Ezio. El panorama que vieron sus ojos, a unos doscientos metros de distancia, era aleccionador. Allí estaba Cesare, sobre un caballo blanco, rodeado por un grupo de oficiales con uniformes de su propio ejército particular, y detrás de él había por lo menos un batallón de sus propias tropas.

Incluso a aquella distancia, el agudo oído de Ezio podía distinguir la rimbombancia de Cesare. Lo extraño era por qué la gente aún se lo tragaba.

—¡Uniré a toda Italia y vosotros gobernaréis a mi lado! —proclamaba Cesare.

Se dio la vuelta y vio a Ezio y a sus compañeros Asesinos alineados en los baluartes de la puerta. Entonces se acercó a caballo un poco más, aunque no lo bastante para estar al alcance de una ballesta o un mosquete.

—¿Habéis venido a presenciar mi triunfo? —les gritó—. No os preocupéis. Esta no es toda mi fuerza. Micheletto no tardará en llegar con mis ejércitos, pero

para entonces todos estaréis muertos. Tengo hombres suficientes para encargarme de vosotros.

Ezio le miró, luego bajó la vista hacia la masa de tropas papales, los reclutas Asesinos y los condottieri que estaban alineados debajo de él, en el interior de la puerta. Alzó una mano y los guardianes retiraron los travesaños de madera que mantenían las puertas cerradas. Se prepararon para abrirlas a la siguiente señal. Ezio mantuvo la mano levantada.

—¡Mis hombres nunca me fallarán! —gritó Cesare—. ¡Saben lo que les espera si lo hacen! Pronto desaparecerás de la Tierra y mis dominios volverán a mí.

Ezio se preguntó si la Nueva Enfermedad le había afectado a su equilibrio mental. Dejó caer la mano y debajo de él las puertas se abrieron; las fuerzas romanas salieron, primero la caballería y después, corriendo detrás, la infantería. Cesare tiró de sus riendas, desesperadamente, forzando el freno en la boca del caballo mientras le hacía girar. Pero la violencia de su maniobra hizo que su montura se tambaleara y enseguida le adelantaron. Respecto a su batallón, empezó a correr en cuanto vio aproximarse a las brigadas romanas.

Vaya, vaya, pensó Ezio. Mi pregunta ha sido contestada. Aquellos hombres estaban dispuestos a luchar por dinero, pero no por lealtad. No se puede comprar la lealtad.

—¡Matad a los Asesinos! —gritó Cesare, desesperado—. ¡Mantened el honor de los Borgia!

Aunque fue todo en vano. Estaba rodeado.

—Baja los brazos, Cesare —le dijo Ezio.

—¡Nunca!

—Ésta ya no es tu ciudad. Ya no eres el capitán general. Las familias Orsini y Colonna están en el bando del nuevo Papa. Algunos de ellos tan sólo te apoyaban de boquilla, pero eso era mentira. Sólo esperaban la oportunidad para reclamar las ciudades y los estados que les habías robado.

Una pequeña delegación atravesaba ahora las puertas. Seis caballeros con armadura negra, uno de ellos con el emblema de Julio II —un robusto roble— en un banderín. A la cabeza, a lomos de un palafrén tordo (lo contrario a un caballo de guerra), cabalgaba un hombre elegantemente vestido que Ezio reconoció al instante como Fabio Orsini. Llevó a sus hombres hasta el todavía orgulloso Cesare.

Se hizo el silencio.

—Cesare Borgia, llamado Valentino, a veces cardenal de Valencia y duque de Valencia —proclamó Orsini. Ezio vio el brillo triunfante de sus ojos—. ¡Por orden de Su Santidad, el Papa Julio II, te arresto por tus crímenes de asesinato, traición e incesto!

Los seis caballeros se colocaron junto a Cesare, dos a cada lado, uno delante y otro detrás. Cogieron las riendas de su caballo y le ataron a la silla.

—¡No, no, no, no! —vociferó Cesare—. ¡Así no es como acaba!

Uno de los caballeros le dio un toque al caballo en la grupa y éste empezó a trotar hacia delante.

—¡Así no es como acaba! —gritó Cesare con actitud desafiante—. ¡Las cadenas no me retendrán! —Su voz se alzó hasta convertirse en un alarido—. ¡No moriré por la mano del Hombre!

Todos le oyeron, pero nadie estaba escuchando.

—Vamos —dijo Orsini secamente.

Capítulo 48

—Me preguntaba qué había pasado contigo —dijo Ezio—. Entonces vi el dibujo hecho con tiza de la mano señalando y supe que era una señal, por eso te envié un mensaje. ¡Y ahora, aquí estás! Pensaba que te habías marchado a Francia.

—Yo no. ¡Aún no! —contestó Leonardo mientras, antes de sentarse, le quitaba el polvo a una silla en el escondite de los Asesinos de la isla Tiberina.

La luz del sol se filtraba por las altas ventanas.

—Me alegro de oírlo. Y aún me alegro más de que no te cogieran en la operación que el nuevo Papa ha organizado para capturar a los seguidores de Borgia restantes.

—Bueno, no se puede retener a un buen hombre —respondió Leonardo. Iba vestido mejor que nunca y no parecía que le hubieran afectado lo más mínimo los últimos acontecimientos—. El Papa Julio no es ningún tonto. Sabe quién le sería útil y quién no, sin importar lo que hayan hecho en el pasado.

—Mientras se arrepientan de verdad.

—Así es —dijo Leonardo con sequedad.

—¿Y estás dispuesto a serme útil?

—¿No lo he estado siempre? —Leonardo sonrió—. ¿Tenemos de qué preocuparnos ahora que Cesare está bajo llave? Es tan sólo cuestión de tiempo que le saquen y le quemen en la hoguera. ¡Mira la lista de comparecencias! Es tan larga como tu brazo.

—Quizá tengas razón.

—Claro, el mundo no sería mundo sin problemas —dijo Leonardo para desviar el tema—. Está muy bien que hayan acabado con Cesare, pero he perdido un patrón muy valioso y además están pensando en traer de Florencia a ese mocoso de Michelangelo. ¿No te parece increíble? Lo único que sabe hacer son esculturas a base de golpes.

—Según me han dicho, también es un arquitecto bastante bueno. Y tampoco se le da mal la pintura.

Leonardo le miró con mala cara.

—¿Sabes el dedo aquel que te dibujé? Un día de éstos, espero, estará en medio del retrato de un hombre, Juan Bautista, y apuntará al cielo. ¡Eso sí que será un cuadro!

—No he dicho que sea tan buen pintor como tú —añadió Ezio enseguida—. Y en cuanto a inventor…

—En mi opinión, debería quedarse con lo que se le dé mejor.

—Leo, ¿estás celoso?

—¿Yo? ¡Nunca!

Había llegado el momento de llevar de vuelta a Leonardo al problema que molestaba a Ezio, y la razón por la que había contestado a su mensaje era que le estaba buscando. Sólo esperaba que pudiera confiar en él, aunque conocía a Leonardo lo bastante bien como para comprender las razones de su personalidad.

—Tu anterior patrón… —empezó a decir.

—¿Cesare?

—Sí. No me gustó cómo dijo «Las cadenas no me retendrán».

—Vamos, Ezio. Está en la mazmorra más profunda del Castel Sant'Angelo. Cómo caen los poderosos, ¿eh?

—Todavía tiene amigos.

—Unas cuantas criaturas infelices puede que aún piensen que tiene un futuro, pero desde que Micheletto y sus ejércitos por lo visto no aparecieron, creo que no hay ningún peligro real.

—Aunque Micheletto no haya conseguido reunir los restos de sus fuerzas, lo que parece probable, puesto que los espías que tenemos en el campo no nos han informado de ningún movimiento de tropas…

—Mira, Ezio, al llegarles las noticias de que della Rovere había sido nombrado Papa y de que habían arrestado a Cesare, el antiguo ejército de Borgia se habrá dispersado como las hormigas en un hormiguero cuando viertes en él agua hirviendo.

—No descansaré hasta que sepa que Cesare ha muerto.

—Bueno, hay un modo de averiguarlo.

Ezio miró a Leonardo.

—¿Te refieres a la Manzana?

—¿Dónde está?

—Aquí.

—Pues cógela, vamos a consultarla.

Ezio vaciló.

—No, es demasiado poderosa. Debo ocultarla para siempre de la Humanidad.

—¿Qué? ¿Algo tan valioso como eso?

Leonardo negó con la cabeza.

—Tú mismo dijiste hace muchos años que nunca debería permitirse que cayera en las manos equivocadas.

—Entonces lo que tenemos que hacer es mantenerla alejada de esas manos.

—No hay garantía de cumplirlo.

Leonardo se puso serio.

—Mira, Ezio, si decides enterrarla en algún sitio, prométeme una cosa.

—¿Sí?

—Bueno, dos cosas. Primero, quédatela mientras la necesites. Deberías tener todo de tu parte si tu objetivo es eliminar para siempre a los Borgia y a los Templarios. Pero cuando termines, y la escondas del mundo, piensa como si fuera una semilla que plantar. Deja alguna pista de dónde se encuentra para que pueda encontrarse. Las futuras generaciones, tal vez de Asesinos, puede que necesiten el poder de la Manzana algún día, y la usen para el bien.

—¿Y si cae en manos de otro Cesare?

—Y dale con Cesare. Escucha, ¿por qué no dejas de sufrir ya y ves si la Manzana puede ofrecerte orientación?

Ezio luchó consigo mismo unos instantes más y luego dijo:

—Muy bien. Estoy de acuerdo.

Desapareció un momento y luego volvió con una caja cuadrada, cubierta de plomo, con una enorme cerradura. Del interior de su túnica, sacó una llave en una cadena de plata que llevaba alrededor del cuello, y abrió la caja. Allí, sobre una base de terciopelo verde, estaba la Manzana. Parecía gris, como siempre que estaba inerte, y tenía el tamaño de un melón pequeño, con una textura curiosamente suave y flexible, como la piel humana.

—Pregúntale —le apremió Leonardo, con los ojos llenos de entusiasmo al volver a ver la Manzana.

Ezio sabía que su amigo estaba reprimiendo el deseo de cogerla y salir corriendo, y comprendía la gran tentación que era para aquel erudito, cuya sed de conocimiento a veces amenazaba con abrumarle y nunca dejarle descansar.

Ezio alzó la Manzana y cerró los ojos para concentrarse mientras formulaba las preguntas. La Manzana empezó a brillar casi enseguida y luego comenzó a proyectar imágenes en la pared.

Aparecieron fuertes y rápidas, no duraron mucho tiempo, pero Ezio —y sólo Ezio— vio cómo Cesare escapaba de la prisión y de Roma. Eso fue todo, hasta que las imágenes incipientes de la pared se fusionaron para mostrar un puerto concurrido, donde el agua brillaba y relucía bajo un sol del sur, y se distinguía una flota. La visión se desvaneció y entonces se vio un castillo en la distancia o tal vez una población fortificada sobre una colina, que Ezio de algún modo sabía que estaba lejos. Por el paisaje y el calor del sol, era evidente que no se encontraba en los Estados Papales de Italia. La arquitectura también parecía extranjera, pero ni Ezio ni Leonardo supieron ubicarla. Entonces Ezio vio la ciudadela de Mario en Monteriggioni y la imagen se movió y cambió, le llevó al estudio secreto de Mario —el Santuario—, donde se habían recopilado las páginas del Códice. La puerta oculta estaba cerrada y al otro lado Ezio pudo ver unas figuras arcanas y unas letras escritas. A continuación lo vio todo como si fuera un águila volando sobre las ruinas de la antigua fortaleza de los Asesinos. Entonces, de repente, la Manzana se apagó y la única luz en la habitación fue de nuevo la que otorgaba la tranquila luz del sol.

—¡Va a escaparse! ¡Tengo que irme!

Ezio volvió a guardar la Manzana en la caja y se levantó con tanta brusquedad que volcó su silla.

—¿Y tus amigos?

—La Hermandad seguirá, conmigo o sin mí. Así es como la he hecho. —Cogió otra vez la caja y metió la Manzana en su bolsa de cuero—. Perdóname, Leo, pero no tengo tiempo que perder.

Ya tenía colocadas la hoja oculta y la muñequera, y se guardó la pistola y algo de munición en la cartera de su cinturón.

—Detente. Tienes que pensar. Debes tener un plan.

—Mi plan es acabar con Cesare. Debería haberlo hecho hace mucho tiempo.

Leonardo extendió las manos.

—Veo que no puedo detenerte. Pero no tengo intención de marcharme de Roma y ya sabes dónde está mi estudio.

—Tengo un regalo para ti —dijo Ezio. Había una caja fuerte en la mesa que los separaba. Ezio colocó una mano sobre ella—. Ten.

Leonardo se puso de pie.

—Si esto es un adiós, guárdate tu dinero. No lo quiero.

Ezio sonrió.

—Por supuesto que no es un adiós y claro que lo quieres. Lo necesitas para tu trabajo. Cógelo. Piensa en mí como tu patrón, si quieres, hasta que encuentres uno mejor.

Los hombres se abrazaron.

—Volveremos a vernos —dijo Ezio—. Tienes mi palabra. Buona fortuna, mi más viejo amigo.

Lo que había predicho la Manzana no podía corregirse, puesto que mostraba el futuro tal y como sería, y ninguna mujer ni ningún hombre podían modificar eso, así como no se podía cambiar el pasado.

Al acercarse Ezio al Castel Sant'Angelo, vio a los nuevos guardias papales, que llevaban la librea de Julio II y salían de la antigua fortaleza para dispersarse en grupos organizados por el río y las calles de los alrededores. Las campanas y las trompetas tocaron un aviso. Ezio supo lo que había pasado, incluso antes de que un capitán jadeante al que detuvo le dijera:

—¡Cesare se ha escapado!

—¿Cuándo?

—Había cambio de guardia. Hace una media hora.

¡Media hora! ¡Era la hora exacta en la que la Manzana había mostrado lo que ocurriría!

—¿Sabes cómo?

—A menos que traspasen las paredes, no tenemos ni idea. Pero por lo visto tenía amigos infiltrados.

—¿Quién? ¿Lucrezia?

—No. No se ha movido de sus aposentos desde que ocurrió todo esto. El Papa la tiene bajo arresto domiciliario desde que está en el poder. Hemos arrestado a dos guardias que trabajaban antes para los Borgia. Uno es un antiguo herrero y puede que haya podido abrir con palanqueta la cerradura, aunque no hay ninguna señal de que hayan forzado la puerta de la celda, así que lo más seguro es que hayan usado la llave… si es que son culpables.

—¿Nos está dando algún problema Lucrezia?

—Por raro que parezca, no. Parece… resignada a su destino.

—No os fiéis de ella. Hagáis lo que hagáis, no confiéis demasiado en su

actitud. Cuando está tranquila es cuando es más peligrosa.

—La vigilan unos mercenarios suizos. Son duros como piedras.

—Bien.

Ezio pensó detenidamente. Si a Cesare le quedaban amigos en Roma, y era evidente que los tenía, le sacarían de la ciudad lo antes posible. Pero las puertas ya se habían cerrado y, según lo que había visto, Cesare, sin la Manzana ni las técnicas de un Asesino, no sería capaz de escapar a las operaciones y cordones que había por toda Roma.

Aquello le dejaba una posibilidad.

¡El río!

El Tíber entraba en Roma por el norte y salía por el oeste, donde desembocaba en el mar a tan sólo unos kilómetros de distancia, en Ostia. Ezio se acordó de los traficantes de esclavos que había matado y que Cesare tenía a sueldo. ¡No habrían sido los únicos! Podrían haberle metido en un barco o en una pequeña embarcación, disfrazarlo de marinero o esconderlo bajo una lona entre la carga. Un barco a vela o a remos no tardaría mucho, llevado por la corriente, en llegar al mar Tirreno y desde allí, bueno, dependía de cuáles fueran los planes de Cesare. La cosa era atraparlo antes de que los pusiera en marcha.

Ezio fue por el camino más rápido a los muelles del centro de la ciudad, que estaban cerca del Castel. Los muelles estaban hasta los topes de barcos y embarcaciones de todas las formas y tamaños. Sería como buscar una aguja en un pajar. Media hora. Apenas habría tenido tiempo de soltar amarras y la marea acababa de subir.

Ezio encontró un lugar tranquilo, se agachó y, sin vacilar esta vez, sacó la Manzana de su bolsa. Allí no había dónde proyectar sus imágenes, pero sentía que, si confiaba en ella, encontraría otro modo de comunicarse con él. La sostuvo lo más cerca de él que se atrevió y cerró los ojos mientras deseaba que le contestara a su pregunta.

No brilló, pero notó el calor que aumentaba a través de sus guantes, y empezó a latir. Mientras lo hacía, salieron de ella unos extraños sonidos, ¿o estaban dentro de su cabeza? No estaba seguro. La voz de una mujer, curiosamente familiar aunque no sabía a quién pertenecía, y al parecer bastante distante, dijo en voz baja pero clara:

—La pequeña carabela con velas rojas en el embarcadero seis.

Ezio corrió por el muelle. No tardó mucho en localizar el embarcadero seis, abriéndose camino entre una multitud de marineros ocupados que soltaban

improperios, y cuando llegó, el barco que respondía a la descripción de la Manzana estaba soltando amarras. También le resultó familiar. La cubierta estaba llena de sacos y cajas —unas cajas lo bastante grandes para esconder a un hombre— y Ezio reconoció, sorprendido, al marinero que había dado por muerto tras el frustrado rescate de *madonna* Solaris. El hombre se acercó a una de las cajas cojeando muchísimo y un compañero le ayudó a cambiar de posición. Ezio advirtió que la caja tenía agujeros en ambos lados, cerca de la parte superior. Se escondió detrás de un bote de remos, que estaba levantado sobre unos caballetes para volver a pintarlo, para que no le vieran mientras el marinero al que había dejado lisiado se daba la vuelta para mirar hacia el muelle y lo recorría con la vista en busca, tal vez, de perseguidores.

Observó lleno de impotencia durante unos instantes mientras la carabela salía en medio de la corriente e izaba una de las velas para aprovechar el fuerte viento que había ahí fuera. Incluso a caballo, no podría haber seguido al pequeño barco por la orilla del río, puesto que el camino a menudo estaba bloqueado o lo interrumpían edificios, construidos justo junto al agua. Tenía que encontrar un barco.

Volvió al muelle caminando a toda prisa. La tripulación de una chalupa acababa de terminar de descargar y la embarcación aún estaba aparejada. Ezio se acercó a los hombres.

—Necesito alquilar vuestro barco —dijo con urgencia.

—Acabamos de hacer escala.

—Pagaré con generosidad.

Ezio hurgó en su monedero y les mostró un puñado de ducados de oro.

—Antes tenemos que ocuparnos de la carga —apuntó un miembro de la tripulación.

—¿Adónde quieres ir? —preguntó otro.

—Río abajo —contestó Ezio—. Necesito partir ya.

—Encargaos de la carga —dijo un recién llegado que se acercó a ellos—. Yo llevaré al signore. Jacopo, ven conmigo. No tardaremos más de dos horas.

Ezio se dio la vuelta para darle las gracias al recién llegado y sorprendido, reconoció a Claudio, el joven ladrón que había rescatado de los Borgia.

Claudio le sonrió.

—Es un modo de agradecerte, *messere,* que me salvaras la vida. Y por cierto, guárdate tu dinero.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—No estaba hecho para robar —respondió Claudio—. La Volpe se dio cuenta de eso. Siempre he sido un buen marinero, así que me prestó dinero para comprar este barco. Soy el capitán y realizo un buen comercio entre aquí y Ostia.

—Tenemos que darnos prisa. Cesare Borgia se escapa.

Claudio se dio la vuelta y gritó una orden a su compañero. Jacopo saltó a bordo y empezó a preparar las velas, luego Ezio y él embarcaron y el resto de la tripulación soltó amarras.

La chalupa, libre de carga, era ligera en el agua. En cuanto llegaron al medio de la corriente, Claudio navegó tan rápido como le fue posible y pronto la carabela, que iba más cargada, dejó de ser una mota en la distancia.

—¿Es eso lo que perseguimos? —preguntó Claudio.

—Sí, por favor, Dios —contestó Ezio.

—Será mejor que agaches la cabeza —dijo Claudio—. Somos conocidos en este tramo, pero si te ven, sabrán qué ocurre. Conozco esa embarcación. La lleva un viejo grupo; no son muy sociables.

—¿Sabes cuántos son?

—Normalmente, cinco. Quizá menos. Pero no te preocupes. No he olvidado lo que me enseñó La Volpe, a veces me resulta útil, y Jacopo sabe cómo usar una cachiporra.

Ezio se agachó detrás de una borda y levantaba la cabeza de vez en cuando para comprobar la distancia entre ellos y su objetivo. La carabela era un navío más rápido que la chalupa a pesar de que iba más cargada, y divisaron Ostia antes de que Claudio pudiera ponerse a su lado. Sin embargo, se atrevió a saludar a la carabela.

—Parece que vais muy cargados —dijo—. ¿Qué lleváis a bordo, oro en lingotes?

—No es asunto tuyo —le gruñó el capitán de la carabela desde su posición junto al timón—. Y retírate. Estás invadiendo mis aguas.

—Perdona, amigo —se disculpó Claudio mientras Jacopo pegaba la chalupa y le daba a la defensa de la carabela. Entonces gritó—: ¡Ezio ahora!

Ezio saltó desde su escondite y salvó la distancia que dividía ambos barcos. Al reconocerle, el marinero cojo soltó un rugido ahogado y le atacó con una podadera; alcanzó la muñequera de Ezio y éste pudo acercarse lo bastante para acabar con él con un profundo golpe de la hoja oculta en el costado. Mientras estaba ocupado, no advirtió que otro hombre de la tripulación se le estaba acercando sigilosamente por detrás, blandiendo un alfanje. Se volvió en un

momento de alarma, incapaz de esquivar la hoja que descendía, cuando se oyó un disparo, el hombre arqueó la espalda y soltó el alfanje, que cayó en el suelo de la cubierta, antes de caer él mismo por la borda.

—¡Cuidado! —gritó Jacopo, que mantenía la chalupa al lado mientras el capitán de la carabela se esforzaba por despegarse.

Un tercer marinero había subido a cubierta y usaba una palanca para abrir el cajón vertical con agujeros en la parte superior, mientras que un cuarto estaba agachado junto a él, cubriéndole con una pistola de llave de rueda. Ningún marinero normal tendría acceso a una pistola como aquélla, pensó Ezio, al recordar la lucha con los traficantes de esclavos. Claudio saltó de la chalupa a la cubierta de la carabela y se lanzó sobre el hombre con la palanca, mientras Ezio corría como una flecha para pincharle la mano que sujetaba la pistola con la hoja oculta. Disparó sin causar daño a la cubierta y el hombre se retiró al tiempo que intentaba que la sangre dejara de brotar de su vena antebraquial.

El capitán del barco, al ver a sus hombres derrotados, sacó una pistola y disparó a Ezio, pero la carabela dio bandazos en la corriente en un momento crucial y el tiro se desvió, aunque no demasiado, porque la bala le cortó un trocito de oreja a Ezio y empezó a sangrar abundantemente. Ezio sacudió la cabeza, apuntó con su pistola al capitán y le disparó en la frente.

—¡Rápido! —le dijo a Claudio—. Ponte al timón de esta cosa y yo me encargaré de nuestro amigo.

Claudio asintió y corrió a controlar la carabela. Al notar que la sangre de su oreja le empapaba el cuello, Ezio le retorció fuerte la muñeca a su oponente para que soltara la palanca. Luego llevó su rodilla a la entrepierna del hombre, le agarró por el cuello y medio a rastras, medio a patadas lo llevó hasta la borda y lo tiró al agua.

En el silencio que siguió a la pelea, se oyeron unos furiosos y confusos gritos e improperios que venían del cajón.

—Os mataré por esto. Retorceré mi espada en vuestras tripas y os haré más daño del que jamás habríais creído posible.

—Espero que estés cómodo, Cesare —dijo Ezio—. Pero si no lo estás, no te preocupes. En cuanto lleguemos a Ostia, prepararemos algo un poco más civilizado para tu viaje de vuelta.

—No es justo —dijo Jacopo desde la chalupa—. ¡No he tenido oportunidad de usar mi cachiporra!

Segunda Parte

Todo está permitido. Nada es verdad

DOGMA SICARIL, I, i

Capítulo 49

Era finales de primavera del año de Nuestro Señor 1504. El Papa abrió la carta que un mensajero acababa de llevarle, la examinó, y golpeó un carnoso puño sobre su escritorio en señal de triunfo. La otra mano sostenía la carta, de la que colgaban unos sellos pesados.

—¡Dios bendiga al rey Fernando y a la reina Isabel de Aragón y Castilla! —gritó.

—¿Buenas noticias, Su Santidad? —preguntó Ezio, que estaba sentado en una silla enfrente de él.

Julio II sonrió misteriosamente.

—¡Sí! ¡Cesare Borgia ha llegado sano y salvo a una de las más fuertes y remotas rocca!

—¿Dónde?

—Ah, eso es información confidencial, incluso para ti. No puedo correr riesgos con Cesare.

Ezio se mordió el labio. ¿Suponía Julio lo que haría si conocía su ubicación?

Julio continuó de forma tranquilizadora:

—No estés tan alicaído, querido Ezio. Puedo decirte que es una fortaleza sólida, perdida en las llanuras del noroeste de España, y es totalmente impenetrable.

Ezio sabía que Julio tenía sus motivos para no quemar a Cesare en la hoguera —por si acaso le hacían mártir— y reconocía que aquello era lo segundo peor que podía pasarle. Pero las palabras de Cesare seguían persiguiéndole: «Las cadenas no me retendrán». Ezio sentía en su corazón que la única cosa que seguro le retendría sería la Muerte. Pero de todos modos dio las gracias.

—Lo tienen en una celda en medio de la torre del homenaje, que mide cuarenta y dos metros de altura —continuó Julio—. No tenemos por qué preocuparnos más de él. —El Papa miró a Ezio de modo penetrante—. Lo que te

acabo de contar también es información clasificada, por cierto, así que no te dé ideas. En cualquier caso, basta con que yo se lo ordene para que le trasladen, por si alguien va a buscarle y yo me entero.

Ezio desistió y cambió de tema.

—¿Y Lucrezia? ¿Tenemos noticias de Ferrara?

—Bueno, su tercer matrimonio parece que le va bien, aunque debo admitir que al principio estaba preocupado. La familia d'Este son tan esnobs que pensaba que el duque nunca la aceptaría como esposa adecuada para su hijo. ¡Casarse con una Borgia! ¡Con alguien inferior! ¡Para ellos sería un poco como si tú te casaras con la fregona! —El Papa se rio con ganas—. Pero se ha adaptado. No puede decirse nada de ella. Ha estado escribiéndose cartas de amor e incluso poemas con su antiguo amigo Pietro Bembo; abiertamente, claro —Julio guiñó el ojo—, pero por lo demás es una buena esposa, fiel al duque Alfonso. Hasta va a la iglesia y borda tapices. Por supuesto, no se cuestiona su vuelta a Roma. ¡Nunca! Terminará sus días en Ferrara y debería estar agradecida de que se haya podido ir con la cabeza aún sobre los hombros. En resumen, creo que podemos decir sin temor a equivocarnos que nos hemos quitado de encima para siempre a esos catalanes pervertidos.

Ezio se preguntó si la red de espionaje del Vaticano estaba tan bien informada de los Templarios como de los Borgia. Cesare había sido su líder y continuaba siéndolo, incluso desde la cárcel. Pero se reservó su opinión sobre eso.

Tenía que reconocer que Italia había pasado por una época peor que aquélla. Ahora tenían un Papa fuerte, que había tenido el sentido común de quedarse con Agostino Chigi como banquero, y los franceses estaban en desventaja. El rey Luis no ha dejado Italia, pero al menos se ha retirado al norte, donde parecía haberse atrincherado. Además, el rey francés había cedido Nápoles al rey Fernando de Aragón.

—Eso espero, Su Santidad.

Julio le lanzó a Ezio una mirada penetrante.

—Escucha, Ezio, no soy tonto, así que no me tomes por tal.

—¿Por qué crees que te he nombrado mi consejero? Sé que aún hay focos de partidarios de Borgia de los que debemos preocuparnos.

—Los Borgia todavía podrían representar una amenaza.

—No lo creo.

—¿Y qué vas a hacer con tus otros enemigos?

—Estoy reformando la guardia papal. ¿Has visto lo buenos que son los suizos como soldados? ¡Son los mejores mercenarios de todos! Y como consiguieron la independencia del Sacro Imperio Romano y Maximiliano hace cinco o seis años, se ofrecen para que los contrates. Son completamente leales y no muy emocionales, muy distintos a nuestros compatriotas, y estoy pensando en hacerme con una brigada para ponerlos como mis guardaespaldas personales. Los armaré con las alabardas habituales y todo lo demás, pero también les proporcionaré los mosquetes de Leonardo. —Hizo una pausa—. Lo único que necesito es ponerles nombre. —Miró a Ezio de un modo burlón—. ¿Alguna idea?

—¿Qué tal la Guardia Suiza? —sugirió Ezio, que estaba un poco cansado.

El Papa lo consideró.

—Bueno, no es que sea asombrosamente original, Ezio. Para serte sincero, preferiría la Guardia Juliana, pero no quiero sonar egotista. —Le dedicó una amplia sonrisa—. Muy bien, usaré lo que propones. Servirá de momento, por lo menos.

Fueron interrumpidos por un golpeteo y otros sonidos de la construcción, que venían de encima de sus cabezas y de otras partes del Vaticano.

—¡Condenados albañiles! —exclamó el Papa—. Pero bueno, es necesario. —Cruzó la habitación hasta el tirador de la campanilla—. Mandaré a alguien para que les haga callar hasta que hayamos terminado. A veces creo que los albañiles son la fuerza más destructiva que haya inventado el Hombre.

Un ayudante llegó enseguida y el Papa le dio las órdenes. Unos minutos más tarde, entre unas palabrotas amortiguadas, dejaron las herramientas haciendo mucho ruido.

—¿Qué has estado haciendo? —preguntó Ezio, puesto que sabía que tanto la arquitectura como la guerra eran dos de las grandes pasiones del Papa.

—He estado cerrando con tablas las oficinas y las dependencias de los Borgia —respondió Julio—. Eran demasiado suntuosas. Más dignas de Nerón que del Líder de la Iglesia. Y estoy eliminando todos los edificios del tejado del Castel Sant'Angelo para convertirlo en un gran jardín. Puede que incluso coloque una casa de verano allí arriba.

—Buena idea —dijo Ezio, sonriendo para sus adentros.

La casa de verano sería sin duda una cúpula del placer, si no para un rey, al menos para ser el lugar de encuentro con uno o dos amantes del Papa, hombres o mujeres. La vida privada del Papa no era asunto de Ezio. Lo que importaba era

que se trataba de un buen hombre y de un incondicional aliado. Y comparado con Rodrigo, su corrupción era tan significativa como la rabieta de un niño. Además, había continuado la reforma moral de su predecesor, Pío III.

—También voy a renovar la Capilla Sixtina —continuó el Papa—. ¡Está tan apagada! Le he encargado a ese brillante joven artista de Florencia, Michelangelo como se llame, que pinte algunos frescos en el techo. Muchas escenas religiosas, ese tipo de cosas. Pensé en pedírselo a Leonardo, pero tiene la cabeza tan llena de ideas que casi nunca acaba una pintura grande. Es una pena. Me gustó bastante el retrato que hizo de la esposa de Francesco del Giocondo…

Julio dejó de hablar y miró a Ezio.

—Pero no has venido aquí a hablar de mi interés en el arte moderno.

—No.

—¿Estás seguro de que no te estás tomando demasiado en serio la amenaza de la recuperación de los Borgia?

—Creo que deberíamos tomárnosla en serio.

—Mira, mi ejército ha recuperado la mayoría de la Romaña para el Vaticano. Ya no queda nadie de los Borgia con quien luchar.

—¡Cesare está aún vivo! Con él de testaferro…

—Espero que no estés cuestionando mi sentencia, Ezio. Ya sabes los motivos que tengo para perdonarle la vida. De todas maneras, donde está ahora es como si estuviera enterrado vivo.

—Micheletto todavía está en libertad.

—¡Bah! Sin Cesare, Micheletto no es nada.

—Micheletto conoce España muy bien.

—Te digo yo que no es nada.

—Conoce España. Nació en Valencia. Es el sobrino bastardo de Rodrigo.

El Papa, que, a pesar de sus años, era un hombre grande y vigoroso en la flor de la vida, había estado caminando por la habitación durante aquella última conversación. Ahora había vuelto a su escritorio, colocó sus grandes manos sobre él y se inclinó de forma amenazadora hacia Ezio. Su actitud era convincente.

—Te estás dejando llevar por tus peores miedos —dijo—. Ni siquiera sabemos si Micheletto está vivo o muerto.

—Creo que deberíamos averiguarlo de una vez por todas.

El Papa consideró lo que Ezio había dicho, se relajó un poco y volvió a sentarse. Dio unos golpecitos sobre el pesado sello de su mano izquierda con el

dedo índice de su derecha.

—¿Qué quieres hacer? —preguntó con brusquedad—. No esperes que te ofrezca recursos. Ya no hay más presupuesto.

—Lo primero es localizar y acabar con cualquier intransigente que quede en Roma. Puede que encontremos a alguien que sepa algo de Micheletto, dónde está o qué ha sido de él, entonces…

—¿Entonces?

—Entonces, si sigue vivo…

—¿Acabarás con él?

—Sí.

«A menos que me resulte más útil vivo», pensó Ezio.

Julio se recostó en su asiento.

—Estoy impresionado por tu determinación, Ezio. Casi me da miedo. Y me alegro de no ser un enemigo de los Asesinos.

Ezio alzó la cabeza de pronto.

—¿Conoces la Hermandad?

El Papa juntó las yemas de sus dedos.

—Siempre tengo que saber quiénes son los enemigos de mis enemigos. Pero vuestro secreto está a salvo conmigo. Como te he dicho, no soy tonto.

Capítulo 50

—Tu instinto no se equivoca. Te guiaré y te protegeré, pero no te pertenezco y pronto tendrás que dejarme marchar. No tengo poder sobre el que me controla. Debo obedecer la voluntad del Dueño de la Manzana.

Ezio estaba solo en su alojamiento secreto, con la Manzana en las manos, mientras intentaba usarla para que le ayudara a localizar a su presa en Roma, cuando la misteriosa voz volvió a él. Esta vez no supo si era una voz femenina o masculina, o si venía de la Manzana o de algún lugar de su mente.

«Tu instinto no se equivoca». Pero también «No tengo poder sobre el que me controla». ¿Por qué entonces la Manzana le había mostrado tan sólo imágenes vagas de Micheletto? ¿Tan sólo para decirle que el esbirro de Cesare estaba vivo? Y no podía o no le indicaba la ubicación de Cesare. Al menos por ahora.

De repente Ezio se dio cuenta de que su yo interior siempre lo había sabido: no debía abusar de su poder ni tampoco depender de la Manzana para todo. Ezio sabía que era su propia voluntad lo que nublaba las respuestas que buscaba. No tenía que ser perezoso. Debía valerse por sí mismo. De todos modos, algún día tenía que volver a hacerlo.

Pensó en Leonardo. ¿Qué no podría hacer aquel hombre si hubiera tenido la Manzana? Y, en cambio, Leonardo, el mejor de los hombres, inventaba armas de destrucción con tanta facilidad como creaba cuadros sublimes. ¿Acaso no tenía la Manzana el poder de ayudar a la humanidad sino también de corromperla? En manos de Rodrigo o de Cesare, si cualquiera de los dos hubiera sido capaz de dominarla, ¡se habría convertido en un instrumento no de salvación sino de destrucción!

El poder es una droga potente y Ezio no quería ser una víctima de él.

Volvió a mirar la Manzana. Ahora parecía inerte en sus manos, pero cuando la guardó en la caja, descubrió que apenas podía cerrar la tapa. ¿Qué caminos le abriría?

No, debía enterrarla. Tenía que aprender a vivir por el Código sin ella. ¡Pero aún no!

Siempre había tenido la corazonada de que Micheletto seguía vivo. Ahora lo sabía a ciencia cierta. Y mientras viviera, haría todo lo posible por liberar a su señor, Cesare.

Ezio no le había contado al Papa Julio todo su plan: pretendía encontrar a Cesare y matarlo, o morir en el intento.

Era el único modo.

Usaría la Manzana sólo cuando tuviera que hacerlo. Tenía que mantener afilados sus propios instintos y poderes de deducción para anticiparse al día en que ya no tuviera la Manzana. Encontraría sin ella a los acérrimos de Borgia que aún quedaban en Roma. Tan sólo si no conseguía descubrirlos en tres días, volvería a recurrir a su poder. Todavía tenía a sus amigos, las chicas de La Rosa in Fiore, los ladrones de La Volpe y sus compañeros Asesinos. ¿Cómo iba a fracasar con su ayuda?

Ezio sabía que la Manzana le ayudaría, de una forma que no comprendía del todo, mientras respetara su potencial. Quizás aquél era su secreto. Quizá nadie podía dominarla al completo, salvo un miembro de la raza de antiguos expertos que había confiado este mundo a la humanidad, para crear o destruir, según eligiera su voluntad.

Bajó la tapa y cerró con llave la caja.

Aquella noche Ezio convocó una reunión de la Hermandad en la isla Tiberina.

—Amigos míos —empezó—, sé lo mucho que nos hemos esforzado y creo que la victoria está próxima, pero aún queda trabajo que hacer.

Los demás, excepto Maquiavelo, se miraron los unos a los otros, sorprendidos.

—¡Pero a Cesare le han puesto el bozal! —gritó La Volpe—. ¡Para siempre!

—Y tenemos un nuevo Papa, que siempre ha sido enemigo de los Borgia —añadió Claudia.

—Y los franceses se están retirando —intervino Bartolomeo—. El campo está a salvo y la Romaña ha vuelto a manos del Papa.

Ezio alzó una mano para tranquilizarlos.

—Todos sabemos que una victoria no es una victoria hasta que es absoluta.

—Y puede que le hayan puesto el bozal a Cesare, pero está vivo —dijo Maquiavelo en voz baja—. Y Micheletto…

—Exacto —dijo Ezio—. Y mientras haya focos de acérrimos de Borgia, tanto aquí como en los Estados Papales, aún quedan semillas de las que puede crecer un resurgimiento de los Borgia.

—Eres demasiado prudente, Ezio. Hemos ganado —gritó Bartolomeo.

—Barto, sabes tan bien como yo que un puñado de ciudades estado de la Romaña continúan siendo fieles a Cesare y tienen una gran fortificación.

—Pues ya iré yo a encargarme de ellas.

—Seguirán estando. El ejército de Caterina Sforza no es tan fuerte como para atacarlos desde Forli, pero he enviado a unos mensajeros para que la avisen de que no les quite el ojo de encima. Tengo otro trabajo urgente para ti.

«Oh, Dios —pensó Ezio—, ¿por qué me sigue dando un vuelco el corazón cada vez que menciono su nombre?».

—¿Cuál?

—Quiero que lleves una fuerza a Ostia y vigiles el puerto. Quiero que me informes sobre cualquier barco sospechoso que entre o salga. Quiero que tengas mensajeros preparados para que me traigan noticias a caballo en cuanto tengas cualquier cosa de la que avisarme.

Bartolomeo resopló.

—¡Estar de guardia! No es el tipo de trabajo que encomendarle a un hombre de acción como yo.

—Tendrás toda la acción que necesites cuando llegue el momento de enfrentarnos a las ciudades estado rebeldes que he mencionado. Entretanto, viven esperanzados, esperando una señal. Dejémosles con esa ilusión, así estarán tranquilos. Nuestro trabajo es hacerles perder esa esperanza para siempre.

Maquiavelo sonrió.

—Estoy de acuerdo con Ezio —dijo.

—Bueno, muy bien. Si insistes… —respondió Bartolomeo de mal humor.

—Pantasilea disfrutará de la brisa marina tras su terrible experiencia.

Bartolomeo se animó.

—No había pensado en eso.

—Bien. —Ezio se volvió hacia su hermana—. Claudia, supongo que el cambio de régimen no ha afectado mucho al negocio de La Rosa in Fiore, ¿no?

Claudia sonrió abiertamente.

—Es curioso cómo incluso a los príncipes de la Iglesia les cuesta mantener

en desuso el demonio de sus entrañas, a pesar de todos los baños fríos que dicen tomar.

—Diles a tus chicas que estén atentas. Julio tiene al Colegio Cardenalicio bajo su control, pero todavía tiene muchos enemigos con sus propias ambiciones, y algunos podrían estar lo bastante locos para pensar que si liberasen a Cesare, podrían utilizarlo como medio para conseguir sus propios fines. Y tampoco le quites el ojo de encima a Johann Burchard.

—¿Qué? ¿El maestro de ceremonias de Rodrigo? Estoy segura de que es inofensivo. Odiaba tener que organizar todas aquellas orgías. ¿No es tan sólo un funcionario?

—No obstante, cualquier cosa que oigas, sobre todo si es sobre alguna facción reaccionaria que aún andan sueltas por Roma, házmelo saber.

—Será más fácil ahora que ya no tenemos a los guardias de Borgia metiendo las narices en nuestros asuntos cada minuto del día.

Ezio sonrió un poco distraído.

—Tengo otra pregunta que hacerte. He estado muy ocupado para ir a visitarla, pero me preocupa. ¿Cómo está nuestra madre?

A Claudia se le nubló la cara.

—Lleva las cuentas, pero, Ezio, me temo que está empezando a estar mal. Apenas sale. Cada vez habla más de Giovanni, y de Federico y Petruccio.

Ezio se quedó callado un momento mientras pensaba en el padre y los hermanos que había perdido.

—Iré cuando pueda —dijo—. Dile que la quiero y que me perdone por desatenderla.

—Comprende el trabajo que tienes que hacer. Sabe que no sólo lo haces por el bien de todos, sino por nuestros parientes difuntos.

—Su monumento se alzará cuando acabe con aquellos que los mataron —dijo Ezio con voz fuerte.

—¿Y qué hay de mi gente? —preguntó La Volpe.

—Gilberto, tu gente es vital para mí. Mis reclutas siguen siendo fieles, pero han visto que la vida ha vuelto a la normalidad y la mayoría anhela regresar a la vida que llevaban antes de que les convenciera para que se unieran a nosotros en la lucha para librarse del yugo de los Borgia. Conservan sus habilidades, pero no son miembros acérrimos de la Hermandad, y no puedo esperar que soporten el peso que nosotros tenemos encima, porque de este yugo tan sólo nos librará la muerte.

—Entiendo.

—Sé que los hombres y mujeres bajo tu mando son de la gran ciudad y notarían la diferencia al mudarse al campo.

—¿Qué quieres decir? —preguntó La Volpe con recelo.

—Envía a tus mejores hombres a las ciudades y a los pueblos de los alrededores de Roma. No hará falta que vayan más allá de Viterbo, Terni, L'Aquila, Avezzano y Nettuno. Dudo que encontremos mucho fuera del círculo que definen esas poblaciones alrededor de Roma. Allí no pueden quedar muchos acérrimos y los que haya no querrán estar a mucha distancia de Roma.

—Será difícil encontrarlos.

—Debéis intentarlo. Precisamente tú sabes muy bien que una pequeña fuerza en el sitio propicio puede causar un daño inefable.

—Enviaré a mis mejores ladrones y los disfrazaré de vendedores ambulantes.

—Infórmame de cualquier cosa que averigües, sobre todo de las noticias respecto a Micheletto.

—¿De verdad crees que aún está en algún sitio por ahí fuera? ¿No podría haber vuelto a España o al menos al reino de Nápoles? Bueno, eso si no está muerto.

—Estoy convencido de que sigue vivo.

La Volpe se encogió de hombros.

—Con eso me basta.

Cuando los demás se hubieron marchado, Maquiavelo se volvió hacia Ezio y dijo:

—¿Y yo qué?

—Tú y yo trabajaremos juntos.

—Nada me complacería más, pero antes de que entremos en detalles, tengo una pregunta.

—Adelante.

—¿Por qué no utilizamos la Manzana?

Ezio suspiró y se lo explicó lo mejor que pudo.

Cuando terminó, Maquiavelo le miró, sacó su libreta negra y escribió mucho. Luego se levantó, cruzó la habitación, se sentó al lado de Ezio y le apretó el hombro de forma afectuosa. Un gesto como aquél por parte de Maquiavelo era tan raro como que nevara en agosto.

—Pongámonos manos a la obra —dijo.

—Esto es lo que tengo en mente —dijo Ezio.

—Dime.

—Hay mujeres en la ciudad que pueden ayudarnos. Debemos buscarlas y hablar con ellas.

—Bueno, has elegido al hombre apropiado para este trabajo. Soy un diplomático.

Acceder a la primera fue fácil —el Papa Julio se había encargado de eso—, pero no lo fue tanto conseguir que hablara.

Los recibió en un suntuoso salón en el *piano nobile* de su gran casa, cuyas ventanas (en los cuatro lados) proporcionaban unas vistas sublimes de la ciudad que una vez había sido magnífica y que ahora en parte se desmoronaba, pero a la vez era espléndida después de que los últimos Papas hubieran invertido dinero para su autoengrandecimiento.

—No sé cómo puedo ayudaros —dijo después de escucharles, aunque Ezio advirtió que no les miraba a los ojos.

—Si hay focos de acérrimos en la ciudad, necesitamos saberlo, *Altezza*, y necesitamos vuestra ayuda —dijo Maquiavelo—. Si más tarde nos enteramos de que nos lo habéis ocultado…

—No me amenaces, joven —replicó Vannozza—. *Dio mio!* ¿Sabéis cuánto hace que Rodrigo y yo fuimos amantes? ¡Pues hace más de veinte años!

—Tal vez vuestros hijos… —insinuó Ezio.

Ella sonrió tristemente.

—Supongo que os estáis preguntando cómo una mujer como yo pudo haber tenido esa prole —dijo—. Pero os confirmo que hay muy poca sangre Cattanei en ellos. Bueno, en Lucrezia, tal vez; pero Cesare…

Dejó de hablar y Ezio vio el dolor en sus ojos.

—¿Sabéis dónde está?

—No sé más que tú y no me importa. Hace muchos años que no le veo, aunque vivíamos en la misma ciudad. Para mí está muerto.

Estaba claro que el Papa se estaba tomando muchas molestias en mantener en secreto la ubicación de Cesare.

—A lo mejor lo sabe vuestra hija.

—Si yo no lo sé, ¿por qué lo iba a saber ella? Ahora vive en Ferrara. Podéis ir a preguntarle, pero está muy al norte y el Santo Padre le ha prohibido que regrese a Roma.

—¿La vais a ver? —preguntó Maquiavelo.

Vannozza suspiró.

—Como he dicho, Ferrara está muy al norte. No viajo mucho últimamente.

Echó un vistazo a la sala, miró a los sirvientes que estaban junto a la puerta y de vez en cuando se fijaba en el reloj de agua. No les había ofrecido ningún refrigerio y parecía ansiosa por verles marchar. Era una mujer infeliz, parecía incómoda y constantemente se restregaba las manos, pero ¿era porque estaba ocultando algo o porque la obligaban a hablar sobre algo de lo que preferiría no saber nada?

—Tengo, o más bien tenía, ocho nietos —dijo cuando menos se lo esperaban.

Ezio sabía que Lucrezia había tenido varios hijos con sus distintos maridos, pero pocos habían sobrevivido a la infancia. La gente decía que Lucrezia nunca se había tomado el embarazo demasiado en serio y que tenía la costumbre de ir de fiesta y bailar hasta el momento del parto. ¿La había alejado aquello de su madre? Cesare tenía una hija, Louise, de cuatro años.

—¿Veis a alguno de ellos? —preguntó Maquiavelo.

—No. Louise está todavía en Roma, creo, pero su madre se ha asegurado de que sea más francesa que italiana.

Entonces se levantó y los criados, como si fuera una indicación, abrieron las elaboradas puertas dobles de la sala.

—Ojalá pudiera ser de más ayuda…

—Os agradecemos vuestro tiempo —contestó Maquiavelo secamente.

—Puede que haya otras personas con las que os gustaría hablar —dijo Vannozza.

—Tenemos la intención de visitar a la *princesse* d'Albret.

Vannozza apretó los labios.

—*Buona fortuna* —les deseó sin convicción—. Será mejor que os deis prisa. He oído que está haciendo los preparativos para marcharse a Francia. Tal vez, si tengo suerte, vendrá a despedirse.

Ezio y Maquiavelo se habían levantado también y le dijeron adiós.

Una vez fuera, en la calle, Maquiavelo dijo:

—Creo que tendremos que usar la Manzana, Ezio.

—Aún no.

—Hazlo a tu manera, pero creo que eres tonto. Vamos a ver a la princesa. Por suerte los dos hablamos francés.

—Carlota d'Albret no se marchará a Francia hoy. Tengo hombres vigilando

su *palazzo*. Hay otra persona a la que quiero ver antes. De hecho, me sorprende que Vannozza no la haya mencionado.

—¿Quién?

—Giulia Farnese.

—¿No vive ahora en Carbognano?

—Mis espías me han dicho que está en la ciudad, así que debemos aprovecharnos de eso.

—¿Qué te hace pensar que obtendremos más de ella que de Vannozza?

Ezio sonrió.

—Giulia fue la última amante de Rodrigo y él sentía una gran pasión por ella.

—Recuerdo cuando la capturaron los franceses. Estaba fuera de sí.

—Y entonces los franceses como tontos la cambiaron por tres mil ducados. El habría pagado veinte veces más para recuperarla. Probablemente habría aceptado cualquier trato que ellos hubieran querido. Pero supongo que eso es lo que pasa cuando tu amante es cuarenta años más joven que tú: te vuelves loco por ella.

—Aunque la dejó tirada cuando cumplió los veinticinco.

—Sí. ¡Entonces ya era demasiado vieja para él! Démonos prisa.

Se dirigieron al norte por las estrechas calles, en dirección al Quirinal.

Por el camino, Maquiavelo se dio cuenta de que Ezio estaba cada vez más incómodo.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—¿No has notado nada?

—¿Qué?

—¡No te des la vuelta!

Ezio estaba seco.

—No.

—Creo que nos sigue… una mujer.

—¿Desde cuándo?

—Desde que nos marchamos del *palazzo* de Vannozza.

—¿Es una de los suyos?

—Tal vez.

—¿Va sola?

—Creo que sí.

—Entonces será mejor que nos la quitemos de encima.

A pesar de que estaban impacientes por continuar, aminoraron el paso, mirando los escaparates de las tiendas e incluso deteniéndose en una caseta de vino. Allí, sobre el borde de su vaso, Ezio alcanzó a ver una mujer rubia, alta y de constitución atlética, vestida con una buena túnica de color verde oscuro, pero sencilla, hecha con una tela ligera. Podría moverse rápido con una ropa como aquélla si era necesario.

—La tengo —dijo.

Ambos examinaron la pared del edificio en la que se había levantado la caseta. Era un sitio nuevo, construido al estilo rústico que tan de moda estaba, con ásperos bloques de piedra separados por juntas hundidas. A cierta distancia entre ellos, en la pared, se habían colocado aros de hierro para atar a los caballos.

Era perfecto.

Se dirigieron a la parte trasera de la caseta, pero allí no había cómo salir.

—Tenemos que ser rápidos —dijo Maquiavelo.

—¡Cúbreme! —exclamó Ezio y dejó su vaso en una mesa que estaba junto a la entrada.

Unos segundos más tarde, ya estaba a mitad de camino de la pared, con Maquiavelo pegado a él. Los transeúntes se quedaron boquiabiertos cuando los dos hombres, con las capas ondeando al viento, desaparecieron por los tejados, saltando por callejones y calles, tirando tejas que se rompían sobre los adoquines o caían en el barro de caminos sin pavimentar mientras la gente de abajo las esquivaba o daban un salto para que no les cayeran encima.

Aunque hubiera sido capaz, la mujer no podía trepar por las paredes verticales con una falda larga, pero Ezio vio que su vestido tenía una raja a un lado del muslo, muy bien disimulada, que le permitía correr, y se movía deprisa por las calles detrás de ellos, empujando a un lado a cualquiera que se interponía en su camino. Fuera quien fuese, estaba bien entrenada.

Por fin la perdieron. Respirando con dificultad, se detuvieron en el tejado de San Nicolás de Portiis y se tumbaron bocabajo para examinar con detenimiento las calles. Parecía no haber nadie demasiado sospechoso entre los paseantes, aunque Ezio creyó reconocer a dos ladrones de La Volpe trabajando entre la multitud, usando cuchillos afilados para cortar los monederos. Se suponía que eran dos de los que no habían sido elegidos para ir al campo, pero tenía que preguntarle a Gilberto sobre aquello más tarde.

—Bajemos —sugirió Maquiavelo.

—No, es más fácil mantenernos fuera de su vista aquí y no nos queda mucho

camino.

—Como hemos comprobado, no tiene muchos problemas en seguirnos. Hemos tenido suerte de que haya habido un tejado con una pared alta que lo rodeara, donde hemos podido cambiar de dirección sin que ella se diera cuenta.

Ezio asintió. Fuera quien fuese, ya habría ido a informar. Deseó que estuviera de su lado. Tal y como estaban las cosas, tendrían que llegar al gran apartamento que Giulia tenía en Roma y después salir a toda velocidad de la zona del Quirinal. Quizá debía destacar a un par de sus reclutas para que les guardaran las espaldas en futuras incursiones. Los acérrimos de los Borgia trataban de pasar inadvertidos bajo el duro régimen del nuevo Papa, pero sólo para darles a las autoridades un falso sentido de seguridad.

Al primer marido de Giulia, Orsino Orsini, no le había importado hacer la vista gorda a la aventura en la que se embarcó su mujer de diecinueve años con Rodrigo Borgia, de sesenta y dos. La mujer tenía una hija, Laura, pero nadie sabía si era de Orsino o de Rodrigo. Rodrigo, a pesar de ser valenciano de nacimiento, había ido subiendo en la Iglesia hasta administrar el dinero del Vaticano, y le había mostrado su gratitud a su deliciosa joven amante instalándola en una casa nueva (en la que se quedó hasta que la obligaron a marcharse), convenientemente cerca del Vaticano, y convirtió a su hermano Alessandro en cardenal. Los demás cardenales le llamaban a sus espaldas «el Cardenal de las Faldas», aunque por supuesto nunca en presencia de Rodrigo. A Giulia la llamaban «la Novia de Cristo».

Ezio y Maquiavelo se echaron al suelo al llegar a la *piazza* a la que daba el bloque de apartamentos de la princesa. Salvo por un par de guardias papales que se encontraban por allí cerca, la plaza estaba desierta. Las túnicas que llevaban los guardias en los hombros portaban el emblema de la familia della Rovere: un gran roble de raíz, ahora coronado con la Tiara Papal y las llaves de San Pedro. Ezio reconoció a los hombres, seis meses antes habían llevado la librea de los Borgia. Cómo habían cambiado los tiempos. Ahora le saludaban y él respondía igual.

—Hijos de puta —dijo Maquiavelo entre dientes.

—Un hombre tiene que trabajar —dijo Ezio—. Me sorprende que tú, entre todas las personas, discrepe de una bagatela como ésta.

—Vamos.

Habían llegado sin previo aviso y les costó bastante convencer al séquito de Farnese —con seis flores de lis azules sobre un fondo amarillo en sus capas—

para que los admitieran, pero, según sabía Ezio, la signora estaba en casa. Los recibió en una sala que era la mitad de chillona que la de Vannozza, pero tenía el doble de buen gusto. A los treinta años, mantenía con creces la belleza de su juventud y la inteligencia que la afamaba. Aunque eran invitados inesperados, la *signora* les sirvió inmediatamente *Moscato y panpetati e mielati*.

Pronto les dejó claro que no sabía nada y que estaba libre de toda mancha Borgia, a pesar de su anterior proximidad a aquella deplorable familia (como la llamaba Maquiavelo). Maquiavelo comprobó que la mujer había seguido con su vida y cuando Ezio y él le preguntaron por la íntima amistad que había tenido una vez con Lucrezia, lo único que dijo fue:

—Lo que vi de ella fue su lado bueno. Creo que cayó demasiado bajo el amenazador acoso de su padre y de su hermano. Le doy gracias a Dios por habérselos quitado de encima —hizo una pausa—. Ojalá hubiera conocido antes a Pietro Bembo. Eran almas gemelas. Podría habérsela llevado a Venecia y haberla salvado de su lado oscuro.

—¿Sigues viéndola?

—Lamentablemente Ferrara está demasiado al norte y estoy muy ocupada dirigiendo Carbognano. Incluso la amistad muere, Ezio Auditore.

Le apareció en la mente una imagen de Caterina Sforza antes de que tuviera ocasión de eliminarla. ¡Ay, Dios, cómo le afectaba al corazón todavía cuando pensaba en ella! Era por la tarde cuando se marcharon. Estuvieron alerta por si alguien les seguía de cerca, pero no había nadie.

—Tenemos que usar la Manzana —insistió Maquiavelo.

—Éste es el primer día de los tres. Debemos aprender a confiar en nosotros mismos y en nuestra propia inteligencia, y no apoyarnos en lo que nos han concedido.

—Pero esto es urgente.

—Iremos a ver a una persona más hoy, Nicolás. Ya veremos luego.

La *princesse* d'Albret, *dáme* de Chalus, duquesa de Valentinois no estaba en casa, según los guardianas de su opulenta villa en la zona de Pinciano. Pero Ezio y Maquiavelo, impacientes y cansados, pasaron de todas formas, y encontraron a Carlota en su *piano nobile*, absorta haciendo su equipaje. Por la habitación medio vacía había baúles enormes, llenos de costosa ropa de cama, libros y joyas, y en un rincón, estaba la confundida niña de cuatro años, Louise, la única legítima heredera de Cesare, que jugaba con una muñeca de madera.

—Sois unos malditos impertinentes —dijo la rubia de aspecto frío que estaba

delante de ellos, con sus ojos marrón oscuro centelleando.

—Tenemos la aprobación del Papa —mintió Ezio—. Aquí tienes la orden.

Le enseñó un pergamino en blanco, del que colgaban unos sellos que impresionaban.

—Cabrones —dijo la mujer con frialdad—. Si creéis que sé dónde está encerrado Cesare, sois imbéciles. No quiero volver a verle en mi vida, y rezo para que no haya pasado nada de su *sang maudit* a las venas de mi inocente hijita.

—También buscamos a Micheletto —dijo Maquiavelo implacablemente.

—Ese campesino catalán —soltó—. ¿Cómo voy a saber yo dónde está?

—Tu marido te contó cómo podría escapar, si le cogían —sugirió Maquiavelo—. Dependía de ti.

—¿Eso crees? ¡Pues no! Tal vez Cesare se lo confió a una de sus cien amantes. A lo mejor se lo dijo a aquella que le contagió la *malattia venerea*.

—¿Tienes…?

—No le toqué después de que aparecieran las primeras pústulas y por lo menos tuvo la decencia de alejarse de mí y a partir de entonces se revolcó en los bajos fondos con sus putas. Y tuvo once mocosos con ellas. Por lo menos yo estoy limpia y mi hija también. Como veis, me largo de aquí. Francia es un país mucho mejor que este lugar horrible. Vuelvo a La Motte-Feuilly.

—¿No vas a Navarra? —preguntó Maquiavelo con picardía.

—Veo que intentas engañarme. —Volvió su frío y huesudo rostro hacia ellos y Ezio advirtió que su belleza estaba estropeada, o aumentada, por un hoyuelo en medio de su barbilla—. No he elegido marcharme a esa provincia simplemente porque mi hermano se ha casado con la heredera al trono y de ese modo se convertirá en rey.

—¿Tu hermano sigue siendo fiel a Cesare? —preguntó Ezio.

—Lo dudo. ¿Por qué no dejáis de hacerme perder el tiempo y vais a preguntarle a él?

—Navarra está muy lejos.

—Exacto. Por eso me gustaría que fuerais tú y tu taciturno amigo. Ahora es tarde y tengo trabajo que hacer. Por favor, marchaos.

—Un día desperdiciado —comentó Maquiavelo al volver a la calle mientras las sombras se alargaban.

—No lo creo. Sabemos que las personas próximas a Cesare no le están escondiendo ni protegiendo. —Ezio hizo una pausa—. Todas las mujeres importantes de su vida le odiaban y ni siquiera Giulia soportaba a Rodrigo.

Maquiavelo hizo una mueca.

—Imagínate que te follara un hombre con edad suficiente para ser tu abuelo.

—Bueno, no salió mal parada.

—Seguimos sin saber dónde está Cesare. Usa la Manzana.

—No, aún no. Debemos averiguarlo nosotros solos.

—Bueno —suspiró Maquiavelo—, al menos Dios nos ha dado inteligencia.

En aquel instante, uno de los espías de Maquiavelo se acercó corriendo, sin aliento. Era un hombrecillo calvo con los ojos alertas y cara de loco.

—¿Bruno? —dijo Maquiavelo, sorprendido y preocupado.

—Maestro —dijo el hombre resollando—, gracias a Dios que os he encontrado.

—¿Qué pasa?

—¡Los acérrimos de Borgia! Enviaron a alguien para seguiros, a vos y al maestro Ezio…

—¡Cuando se aseguraron de que no estabais en medio, se llevaron a Claudia!

—¡A mi hermana! ¡Santo cielo! ¿Cómo? —dijo Ezio entrecortadamente.

—Estaba en la plaza que hay fuera de San Pedro. ¿Sabéis esas columnatas de madera destartaladas que el Papa quiere derribar?

—¡Continúa!

—Se la llevaron. Estaba organizando a las chicas para que se infiltraran…

—¿Adónde se la han llevado?

—Tienen una guarida en el Prati, justo al este del Vaticano. Allí es donde se la han llevado.

Bruno enseguida les dio detalles de dónde retenían a Claudia.

Ezio miró a Maquiavelo.

—¡Vamos! —dijo.

—Al menos hemos averiguado dónde están —dijo Maquiavelo, más seco que nunca, mientras los dos volvían a subirse a los tejados.

Corrieron y saltaron por Roma hasta que llegaron al Tíber, donde cruzaron el ponte della Rovere y se apresuraron de nuevo hacia su objetivo.

El lugar que el espía de Maquiavelo, Bruno, había indicado era una villa destartalada al norte del mercado de Prati. Pero su estuco desconchado contrastaba con la flamante puerta de hierro en la entrada principal, y las rejas de

las ventanas eran nuevas y estaban recién pintadas.

Antes de que Maquiavelo pudiera detenerle, Ezio se había acercado a la puerta y estaba golpeándola.

La mirilla que había en ella se abrió y un ojo redondo y brillante los observó. Entonces, para su asombro, la puerta retrocedió suavemente sobre unas bisagras bien engrasadas.

Se hallaban en un patio sin ninguna característica especial, donde no había nadie. Quienquiera que hubiera abierto y cerrado con firmeza la puerta, había desaparecido. Había puertas en los tres lados del patio. La de enfrente de la entrada estaba abierta y encima tenía un estandarte hecho jirones con un toro negro en un campo dorado.

—Estamos atrapados —dijo Maquiavelo de manera sucinta—. ¿Qué armas tienes?

Ezio tenía su fiel hoja oculta, su espada y su puñal. Maquiavelo llevaba una espada ligera y un estilete.

—Entrad, caballeros, estáis más que invitados —dijo una voz incorpórea desde una ventana que daba al patio en algún lugar por encima de la puerta abierta—. Creo que tenemos algo que intercambiar.

—El Papa sabe dónde estamos —replicó Maquiavelo en voz alta—. Estáis perdidos. Daos por vencidos. La causa a la que servís está muerta.

Una risa hueca fue su respuesta.

—¿Ah, sí? Yo creo que no. Pero entrad. Sabemos que habéis caído en la trampa. Bruno trabaja para nosotros desde hace un año.

—¿Bruno?

—La traición abunda y Bruno no es una excepción. Lo único que quería era un poco más de dinero del que le estabais dando. Se lo merece. Consiguió engañar a Claudia para que viniera hasta aquí con la esperanza de reunirse con uno de los cardenales ingleses. Nadan entre dos aguas, como todos los ingleses, y Claudia esperaba llevarlos a vuestro bando y sonsacarles un poco de información. Por desgracia, el cardenal Shakeshaft tuvo un terrible accidente, le atropelló un carruaje y murió al instante, pero tu hermana, Ezio, todavía está viva, por poco, y estoy seguro de que está ansiosa por verte.

—Calma —dijo Maquiavelo cuando los dos hombres se miraron.

A Ezio le hervía la sangre. Había pasado el día tratando de encontrar a los acérrimos tan sólo para que le llevaran directo a ellos.

Se clavó las uñas en las palmas de las manos.

—¿Dónde está, *bastardi*? —gritó.

—Entrad.

Con cautela, los dos Asesinos se acercaron a la oscura entrada.

Había un vestíbulo poco iluminado, en cuyo centro, en un pedestal, había un busto del Papa Alejandro VI esculpido por Adkingnono (supuso Maquiavelo). Las toscas facciones, la nariz aguileña, la débil barbilla y los labios carnosos le daban vida. No había más muebles y de nuevo había tres puertas en las tres paredes frente a la entrada. Tan sólo la que estaba delante de la entrada estaba abierta. Ezio y Maquiavelo se dirigieron a ella, la atravesaron y se encontraron en otra sala lóbrega. En una mesa había expuestos varios instrumentos quirúrgicos oxidados sobre una tela manchada, que brillaban bajo la luz de una única vela. Al lado había una silla en la que estaba sentada Claudia, medio desnuda y atada, con las manos en el regazo, el rostro y los pechos amoratados y una mordaza en la boca.

Tres hombres salieron de entre las sombras que ocultaban una pared al fondo. Ezio y Maquiavelo eran conscientes de otros hombres y mujeres que estaban detrás de ellos y a los lados. Aquellos que podían ver bajo la tenue luz llevaban los repugnantes colores de los Borgia e iban todos armados hasta los dientes.

Los ojos de Claudia le hablaron a Ezio. Se las arregló para soltar el dedo marcado para enseñárselo: no había cedido a pesar de la tortura. Era una auténtica Asesina. ¿Por qué había dudado alguna vez de ella?

—Sabemos lo que sientes por tu familia —dijo el jefe de los acérrimos, un hombre demacrado, de tal vez unos cincuenta abriles, que Ezio no reconoció—. Dejaste morir a tu padre y a tus hermanos. De tu madre no nos preocupamos porque ya se está muriendo. Pero aún puedes salvar a tu hermana. Si quieres. Ya tiene sus años y no ha tenido hijos, así que tal vez no te importe.

Ezio se contuvo.

—¿Qué quieres?

—¿A cambio? Quiero que te marches de Roma. ¿Por qué no te vas a Monteriggioni y vuelves a reconstruirlo? Vete a cultivar la tierra. Deja el juego del poder a los que lo comprenden.

Ezio escupió.

—Oh, querido —dijo el hombre delgado.

Agarró a Claudia por el pelo, sacó un pequeño cuchillo y le cortó el pecho izquierdo.

Claudia gritó.

—Ya se le ha hecho bastante daño, pero estoy seguro de que se recuperará bajo tus buenos cuidados.

—La recuperaré y luego te mataré. Lentamente.

—¡Ezio Auditore! Te he dado una oportunidad, pero me amenazas y no estás en posición de amenazar. Si se tiene que matar, seré yo quien mate. Olvídate de Monteriggioni. De todos modos, una dama tan sofisticada como *madonna* Claudia sin duda odiaría estar allí. Tu destino está aquí, tienes que morir en esta sala.

Los hombres y las mujeres que tenían a los lados se acercaron más y desenvainaron las espadas.

—Te lo dije, estamos atrapados —dijo Maquiavelo.

—Al menos hemos encontrado a estos cabrones —contestó Ezio, mientras se miraban el uno al otro a los ojos—. ¡Ten! —Le lanzó un puñado de dardos venenosos a su compañero—. Dales un buen uso.

—No me habías dicho que habías venido preparado.

—No preguntaste.

—Sí lo hice.

—Cállate.

Ezio se agachó al avanzar los reaccionarios. Su líder puso un cuchillo fino en el cuello de Claudia.

—¡Vamos!

Desenvainaron las espadas a la vez y con la otra mano lanzaron los dardos venenosos con una puntería mortal.

Los partidarios de los Borgia cayeron a ambos lados mientras Maquiavelo se acercaba, cortándoles con su espada y su puñal, y atacando a los que pretendían aplastarlo, en vano, por lo numerosos que eran.

Ezio tenía un objetivo, matar al hombre delgado antes de que degollara a Claudia. Saltó hacia delante, cogió al hombre por la molleja, pero su adversario era tan escurridizo como una anguila y se apartó hacia un lado sin soltar a su víctima.

Por fin Ezio consiguió llevarle hasta el suelo, le agarró la mano derecha con la izquierda y llevó hacia su propio cuello la punta del fino cuchillo que el hombre sujetaba. Le tocó la arteria yugular.

—Piedad —farfulló el líder de los reaccionarios—. He servido a una causa que creía que era auténtica.

—¿Cuánta piedad has mostrado con mi hermana? —preguntó Ezio—. ¡Asqueroso! Estás acabado.

No hizo falta sacar la hoja oculta.

—Te dije que sería una muerte lenta —dijo Ezio, acercando el cuchillo a la ingle de aquel hombre—, pero voy a ser compasivo.

Volvió a subir el cuchillo, le cortó el cuello y la sangre salió a borbotones por la boca del hombre.

—Bastardo! —gorjeó—. ¡Morirás a manos de Micheletto!

—*Requiescat in pace* —dijo Ezio y dejó caer la cabeza del hombre, aunque por una vez dijo las palabras sin demasiada convicción.

Los demás acérrimos yacían muertos o se estaban muriendo cuando Maquiavelo y Ezio se apresuraron a desatar las ásperas cuerdas que retenían a Claudia.

La habían golpeado mucho, pero los reaccionarios al menos habían tenido la decencia de mantener intacto su honor.

—Oh, Ezio.

—¿Estás bien?

—Eso espero.

—Vamos. Tenemos que salir de aquí.

—Con cuidado.

—Claro.

Ezio cogió a su hermana en brazos, seguido por un sombrío Maquiavelo, y salió hacia la mortecina luz del día.

—Bueno —dijo Maquiavelo—, al menos hemos confirmado que Micheletto sigue vivo.

Capítulo 51

—Hemos encontrado a Micheletto —dijo La Volpe.

—¿Dónde? —preguntó Ezio con voz apremiante.

—Está escondido en Zagarolo, al este.

—Pues vayamos a por él.

—No tan rápido. Tiene contingentes en las ciudades de la Romaña que aún son fieles a Cesare. Empezará una contienda —le advirtió La Volpe.

—Pues que lo haga.

—Tendremos que organizamos.

—Hagámoslo, entonces. ¡Ya!

Ezio, con Maquiavelo y La Volpe, convocaron una reunión en la isla Tiberina aquella noche. Bartolomeo estaba aún en Ostia, vigilando el puerto, y Claudia descansaba en La Rosa in Fiore, atendida por su enferma madre tras aquella terrible experiencia. Había suficientes ladrones y reclutas para lograr formar una fuerza de cien hombres y mujeres capaces de llevar armas, y no hacía falta que les apoyaran otros *condottieri*.

—Ha acampado en la vieja escuela de gladiadores, Ludus Magnus, y quizá tiene entre doscientos y quinientos hombres con él.

—¿Qué pretende hacer? —preguntó Ezio.

—No tengo ni idea. Escapar, dirigirse a un lugar seguro en el norte con los franceses… ¿Quién sabe?

—Sean cuales sean sus planes, cortémoslos de raíz.

Antes del amanecer, Ezio ya había reunido a una fuerza montada. Cabalgaron el corto trayecto hasta Zagarolo y tuvieron rodeado el campamento de Micheletto a la salida del sol. Ezio llevaba su ballesta en un brazo, encima de la muñequera, y en el otro, la daga venenosa. No habría clemencia, pero quería a Micheletto con vida.

Los defensores lucharon de forma violenta, pero al final ganaron las fuerzas

de Ezio. Se deshicieron de los acérrimos bajo el mando de Micheletto como si fueran barcia.

Entre los heridos, los muertos y los moribundos, Micheletto se erguía, orgulloso, desafiante hasta el final.

—Te tenemos, Micheletto da Corella, como prisionero —dijo Maquiavelo—. Ya no infestarás más nuestra nación con tus confabulaciones.

—Las cadenas no me retendrán —gruñó Micheletto—. Ni tampoco a mi señor.

Lo llevaron encadenado hasta Florencia, donde fijó su residencia en las celdas de la *Signoria*, en las mismas que el padre de Ezio, Giovanni, había pasado sus últimas horas. Allí, el gobernador de la ciudad, Piero Soderini, con su amigo y consejero Américo Vespucio, y Maquiavelo, lo interrogaron y lo torturaron, pero no pudieron sonsacarle nada, así que de momento le dejaron pudrirse en la cárcel. Sus días de asesino parecían haber terminado.

Ezio, por su parte, regresó a Roma.

—Sé que en el fondo eres florentino, Nicolás —le dijo a su amigo al marcharse—, pero te echaré de menos.

—También soy un Asesino —respondió Maquiavelo— y mi lealtad siempre estará con la Hermandad. Avísame cuando vuelvas a necesitarme e iré a tu encuentro sin demora. Además —añadió misteriosamente—, no he perdido la esperanza de sonsacarle información a ese vil hombre.

—Suerte —dijo Ezio.

No estaba tan seguro de que lo consiguiera. Puede que Micheletto fuera un hombre perverso, pero también era muy tozudo.

Capítulo 52

—Ezio, tienes que quitarte a Micheletto de la cabeza —le dijo Leonardo cuando se sentaron en el estudio de Ezio de Roma—. Roma está en paz. Este Papa es fuerte. Ha sometido a la Romaña. Es un soldado y también un hombre de Dios, y quizá con él por fin reine la paz en toda Italia. Y aunque España controle el sur, Fernando e Isabel son nuestros amigos.

Ezio sabía que Leonardo estaba contento con su trabajo. El Papa Julio le había contratado como ingeniero militar y estaba retocando una gran cantidad de nuevos proyectos, aunque a veces echaba de menos su querido Milán, que seguía en manos francesas, y cuando estaba más deprimido hablaba de irse a Amboise, donde le habían ofrecido siempre todo tipo de facilidades. A menudo decía que se marcharía cuando hubiera terminado los encargos del Papa Julio.

En cuanto a la Romaña, Ezio pensaba mucho en Caterina Sforza, a quien seguía amando. En una carta que había recibido de ella le decía que ahora se relacionaba con el embajador florentino. Ezio sabía que su vida seguía siendo confusa y, a pesar del apoyo de Julio, su propia gente la había destituido de Forli por la crueldad que había mostrado cuando sofocó la rebelión contra su último marido intransigente, Girolamo Feo, y ahora se hacía vieja en Florencia. Al principio en las cartas que le escribía estaba enfadado, luego se quejaba y después suplicaba, pero ella no le contestó a ninguna; al final, aceptó que le había utilizado y que nunca más la volvería a ver.

Así era en las relaciones entre hombres y mujeres. Los que tenían suerte, duraban, pero a menudo, cuando terminaban, era para siempre, y la profunda intimidad se sustituía por un desierto.

Ezio estaba herido y humillado, pero no tenía tiempo de regodearse en su sufrimiento. Su trabajo en Roma consolidando la Hermandad, y sobre todo manteniéndola preparada, le tenía ocupado.

—Creo que mientras Micheletto viva, hará todo lo posible por escaparse,

liberar a Cesare y ayudarle a reconstruir sus ejércitos —sostuvo Ezio.

Leonardo tenía sus propios problemas que tenían que ver con su irresponsable novio, Salai, y apenas escuchaba a su viejo amigo.

—Nadie ha escapado de la cárcel en Florencia —dijo—. No de esas celdas.

—¿Por qué no lo matan?

—Aún creen que podrían sonsacarle algo, aunque personalmente lo dudo —contestó Leonardo—. De todos modos, los Borgia están acabados. Deberías descansar. ¿Por qué no coges a tu pobre hermana y volvéis a Monteriggioni?

—Ha llegado a enamorarse de Roma y ahora no volvería a un lugar tan pequeño; de todas maneras, el nuevo hogar de la Hermandad está aquí.

Aquél era otro pesar en la vida de Ezio. Tras una larga enfermedad, su madre, María, había muerto. Claudia, después del secuestro a manos de los acérrimos de Borgia, había dejado La Rosa in Fiore y ahora el burdel estaba controlado por la propia red de espías de Julio, que usaba a chicas distintas. La Volpe había negociado con su colega Antonio en Venecia para que enviara a Roma para dirigirlo a Rosa, ahora mayor y más majestuosa, pero no menos fogosa que cuando Ezio la conoció en La Serenissima.

También estaba el problema de la Manzana.

Había habido muchos cambios y cuando Ezio fue al Vaticano para una entrevista con el Papa, no estaba preparado para lo que iba a oír.

—Tengo curiosidad por ese artefacto tuyo —dijo Julio, que siempre iba directo al grano.

—¿A qué se refiere Su Santidad?

El Papa sonrió.

—No recurras a evasivas conmigo, mi querido Ezio. Tengo mis propias fuentes y me han dicho que tienes algo que llamas la Manzana. La encontraste bajo la Capilla Sixtina hace unos años y por lo visto tiene un gran poder.

La mente de Ezio fue a toda velocidad. ¿Cómo había sabido Julio que existía la Manzana? ¿Se lo había contado Leonardo? Leonardo a veces podía llegar a ser curiosamente ingenuo y deseaba con ganas tener un nuevo patrón.

—Me la ofreció, de un modo difícil de explicar, una fuerza de un antiguo mundo para ayudarnos. Y así ha sido, pero temo su potencial. No creo que las manos del Hombre estén preparadas para algo así, pero se conoce como un Fragmento del Edén. Hay otros fragmentos, algunos perdidos y otros quizás ocultos.

—Parece muy útil. ¿Qué hace?

—Tiene la habilidad de controlar los pensamientos y los deseos humanos. Pero eso no es todo: puede revelar cosas que ni te imaginas.

Julio reflexionó sobre eso.

—Me parece que podría resultarme útil. Muy útil, en realidad. Pero también podría utilizarse contra mí si cae en las manos equivocadas.

—Los Borgia intentaron abusar de ella para conseguir la supremacía total. Por suerte, Leonardo, a quien se la dieron para que investigara, no reveló su más oscuro secreto.

El Papa se detuvo de nuevo a pensar.

—Entonces creo que será mejor que la dejemos bajo tu cuidado —dijo por fin—. Si un poder como el que describes te la ofreció a ti, sería imprudente arrebatártela. —Hizo otra pausa—. Creo que, cuando pienses que ya no vas a usarla, deberías esconderla en un lugar seguro, y quizá, si quieres, deja algún tipo de pista para un sucesor digno, puede que un descendiente tuyo, quien tal vez sea capaz él solo de comprenderla para que vuelva a tener un uso en el mundo de las generaciones futuras. Pues creo, Ezio Auditore, y tal vez Dios me guíe en esto, que en nuestra época, nadie más que tú debería tenerla en custodia. Puede que tengas alguna cualidad especial, algún sentido que evite un uso irresponsable por tu parte.

Ezio hizo una reverencia y no dijo nada, pero en su corazón admitía la sabiduría de Julio y no podía estar más de acuerdo con su opinión.

—Por cierto —dijo Julio—, no nos gusta el novio de Leonardo. ¿Cómo se llama? ¿Salai? Me resulta muy sospechoso, no confiaría en él. Es una pena que Leo sí lo haga porque, dejando a un lado esa pequeña debilidad, el hombre es un genio. ¿Sabes que está desarrollando un tipo de armadura ligera a prueba de balas para mí? No sé de dónde saca las ideas.

Ezio pensó en la muñequera del Códice que Leonardo había vuelto a crear para él y sonrió para sus adentros. Bueno, ¿por qué no? Ahora podía suponer cuál era la fuente de información sobre la Manzana y sabía que el Papa la había revelado a propósito. Por suerte, Salai era más tonto que truhán, pero tenía que vigilarlo de todos modos, y, si era necesario, eliminarlo.

Al fin y al cabo, sabía lo que significaba el apodo de Salai: «pequeño Satán».

Capítulo 53

Ezio volvió al estudio de Leonardo tras su audiencia con el Papa, pero no se encontró con Salai, y Leonardo se mostraba abochornado. Había enviado a Salai al campo y no le persuadirían para revelar dónde. Esto sería un problema para La Volpe y su Gremio de Ladrones. Estaba claro que Leonardo estaba avergonzado. Tal vez así, en el futuro, aprendería a mantener la boca cerrada delante del chico, pues sabía que Ezio podía causarle muchos problemas. Por suerte, Leonardo era aún más una ayuda que un estorbo, y un buen amigo también, y Ezio se lo dejó muy claro. Pero si había más alteraciones de seguridad; bueno, nadie era indispensable.

Aunque Leonardo quería compensárselo a Ezio.

—He estado pensando en Cesare —dijo, con su habitual entusiasmo.

—¿Sí?

—De hecho, estoy muy contento de que hayas venido. He encontrado a alguien que creo que deberías conocer.

—¿Sabe dónde está Cesare? —preguntó Ezio.

En tal caso, pensó Ezio, Micheletto dejaría de tener importancia. Si no, puede que incluso se planteara dejar escapar a Micheletto —puesto que conocía muy bien la Signoria— para utilizar al hombre y que le llevara a su señor. Sabía que era un plan peligroso, pero no iba a usar la Manzana excepto como último recurso. Cada vez encontraba más inquietante la carga del Fragmento del Edén y había tenido una serie de sueños extraños, de países, edificios y tecnología que no podía existir… Entonces recordó la visión del castillo, el lejano castillo de un país extranjero. Aquello al menos era un edificio que reconocía de su propia época. Pero ¿dónde podía estar?

Leonardo le apartó de sus cavilaciones.

—No sé si sabe dónde está Cesare. Pero se llama Gaspar Torella y era el médico personal de Cesare. Tiene algunas ideas que creo que son interesantes.

¿Vamos a verle?

—Cualquier pista es buena.

El *dottore* Torella les recibió en una consulta espaciosa de los Apeninos, de cuyo techo colgaban hierbas, pero también extrañas criaturas como murciélagos secos, los pequeños cadáveres de unos sapos desecados e incluso un cocodrilo pequeño. Torella tenía el rostro arrugado y los hombros un tanto encorvados, pero era más joven de lo que aparentaba; sus movimientos eran rápidos, casi como los de un lagarto, y los ojos detrás de aquellos anteojos brillaban. Era también otro español expatriado, pero tenía una estupenda reputación, por eso el Papa Julio le había perdonado la vida. Al fin y al cabo, no era más que un científico al que no le interesaba la política.

Lo que sí le interesaba, y hablaba mucho de ello, era la Nueva Enfermedad.

—Como sabes, mi antiguo señor y su padre la tenían. Es terrible en sus últimas fases y creo que afecta al cerebro. Tal vez fuera eso lo que les pasó a Cesare y al antiguo Papa. Ambos sacaban las cosas de quicio y puede que aún la sufra Cesare allá donde le tengan metido.

—¿Tienes alguna idea de dónde se encuentra?

—Supongo que lo más lejos posible y en un lugar del que nunca pueda escapar.

Ezio suspiró. Aquello era más que evidente.

—He llamado a la enfermedad *morbus gallicus*, la enfermedad francesa —continuó el doctor Torella, con entusiasmo—. Hasta el Papa actual la tiene en su fase inicial y le estoy tratando. Es una epidemia, claro. Creemos que vino con los marineros de Colón, y seguramente de los de Vespucio, hace unos siete u ocho años, cuando regresaron del Nuevo Mundo.

—Entonces ¿por qué la llamas la enfermedad francesa? —preguntó Leonardo.

—Bueno está claro que no quiero insultar a los italianos, y los portugueses y los españoles son amigos nuestros. Pero se detectó primero entre los soldados franceses de Nápoles. Empieza con lesiones en los genitales y puede deformar las manos, la espalda y el rostro; de hecho, toda la cabeza. La trato con mercurio, que se bebe o se frota sobre la piel, pero no creo que haya encontrado una cura.

—Es muy interesante —dijo Ezio—, pero ¿matará a Cesare?

—No lo sé.

—Entonces aún tengo que encontrarlo.

—Fascinante —dijo Leonardo, entusiasmado por otro nuevo descubrimiento.

—También he estado trabajando en otra cosa —dijo Torella—, que creo que es incluso más interesante.

—¿Qué es? —preguntó su compañero científico.

—Es esto: que el recuerdo de las personas puede transmitirse, conservarse, de una generación a otra en la sangre. Como pasa con algunas enfermedades. Me gustaría pensar que encontraré una cura para la *morbus gallicus*, pero puede que esté con nosotros durante siglos.

—¿Por qué dices eso? —preguntó Ezio, al que curiosamente le inquietó el comentario sobre que los recuerdos se transmitían entre generaciones.

—Porque pienso que se transmite desde el primer instante, a través del sexo, y no podemos pasar sin eso.

Ezio se estaba impacientando.

—Gracias por tu tiempo —dijo.

—No lo comentes —respondió Torella—. Y por cierto, si de verdad quieres encontrar a mi antiguo jefe, creo que deberías buscar en España.

—¿En España? ¿En España, dónde?

El médico extendió las manos.

—Yo soy español y Cesare también. ¿Por qué no iban a enviarlo a su casa? Es tan sólo un presentimiento. Siento no ser más específico.

«Sería como buscar una aguja en un pajar…», pensó Ezio. Pero puede que fuera un comienzo.

Capítulo 54

Ezio ya no mantenía en completo secreto la ubicación de su alojamiento, pero tan sólo unos pocos conocían dónde estaba. Uno de ellos era Maquiavelo. Una noche Ezio se despertó a las cuatro de la madrugada cuando alguien llamó a su puerta con urgencia.

—¡Nicolás! ¿Qué estás haciendo aquí?

Ezio se puso alerta enseguida, como un gato.

—He sido un tonto.

—¿Qué ha pasado? Estabas trabajando en Florencia… No puedes volver tan pronto.

Ezio ya sabía que había sucedido algo grave.

—He sido un tonto —repitió Maquiavelo.

—¿Qué pasa?

—En mi arrogancia he mantenido a Micheletto con vida. —Maquiavelo suspiró—. En una celda segura, para interrogarle.

—Será mejor que me cuentes qué ha ocurrido.

—¡Se ha escapado! ¡La víspera de su ejecución!

—¿De la *Signoria*? ¿Cómo?

—Por el tejado. Los acérrimos de Borgia treparon a él durante la noche y mataron a los guardias antes de bajar una cuerda. El sacerdote que le concedió su última confesión era un simpatizante de los Borgia (hoy le hemos quemado en la hoguera) y metió una lima a escondidas en su celda. Micheletto cortó tan sólo una barra de la ventana. Es un hombre grande, pero le bastó para salir y trepar. Ya sabes lo fuerte que es. Cuando se dio la alarma, era tarde para encontrarle en la ciudad.

—Debemos buscarlo. —Ezio hizo una pausa y de pronto se dio cuenta de la ventaja de aquella adversidad—. Para encontrarlo y ver adónde va. Puede que nos lleve a Cesare. Es fiel hasta la médula y sin el apoyo de Cesare su poder no

tiene ningún valor.

—He mandado una caballería al campo para que le den caza.

—Pero hay bastantes pequeños focos de acérrimos de Borgia (como los que lo rescataron) que están dispuestos a protegerle.

—Creo que está en Roma. Por eso he venido aquí.

—¿Por qué Roma?

—Hemos sido displicentes. Aquí también hay seguidores de los Borgia. Los utilizará para dirigirse a Ostia y una vez allí, intentar abordar un barco.

—Bartolomeo está en Ostia. Nadie escapará a él y a sus *condottieri*. Enviaré a un jinete para que le avise.

—Pero ¿adónde irá Micheletto?

—Adónde sino a Valencia, su ciudad natal.

—Ezio, tenemos que asegurarnos. Debemos usar la Manzana, ahora, en este momento, para ver si podemos localizarle.

Capítulo 55

Ezio se dio la vuelta, en la habitación de su vivienda, fuera de la vista de Maquiavelo, y sacó la Manzana de su escondite secreto. Con cuidado, la sacó de su contenedor y la colocó en la mesa de la estancia. Luego se concentró. Muy despacio, la Manzana comenzó a brillar, y entonces la luz fue cada vez más intensa hasta que la habitación se inundó de una fría iluminación. A continuación, unas imágenes parpadearon en la pared, borrosas al principio y poco definidas, hasta que se convirtieron en algo que ya le había mostrado a Ezio.

—Es un extraño castillo lejano en un árido paisaje marrón; muy antiguo, con una enorme barbacana exterior, cuatro torres principales y un cuadrado de aspecto impenetrable en el medio —le describió a Maquiavelo.

—¿Dónde está esa *rocca*? ¿Qué nos dice la Manzana? —gritó Maquiavelo desde la otra habitación.

—Podría estar en cualquier parte —dijo Ezio para sus adentros—. Por el paisaje, podría ser Siria. O… —De pronto se emocionó al recordar las palabras del doctor Torella—. ¡España! —le gritó a Maquiavelo—. ¡España!

—Micheletto no puede estar en España.

—Estoy seguro de que tiene planeado ir allí.

—Aun así, no sabemos dónde está ese sitio. Hay muchísimos castillos en España y muchos se parecen a ése. Vuelve a consultar la Manzana.

Pero cuando Ezio lo intentó de nuevo, la imagen no cambió: era un castillo de construcción sólida, sobre una colina, de unos trescientos años, rodeado por una pequeña ciudad. La imagen era de un mismo color y todas las casas, la fortaleza y el campo eran casi de un marrón uniforme. Tan sólo había un trozo con color, una brillante bandera en un poste, en la parte superior de la torre del homenaje.

Ezio entrecerró los ojos.

Era una bandera blanca con una cruz roja y desigual en forma de X.

Su entusiasmo aumentó.

—¡Es el estandarte militar del rey Fernando y la reina Isabel de España!

—¿Puedes ver su estandarte? —gritó Maquiavelo desde la otra habitación, contrayendo la voz por el entusiasmo—. Bien. Ahora sabemos el país. Pero aún no sabemos dónde está. O por qué nos lo muestra. ¿Micheletto va de camino? Vuelve a preguntarle a la Manzana.

La imagen se desvaneció y fue sustituida por una ciudad fortificada sobre una colina, en cuyo fuerte ondeaba una bandera blanca entrecruzada con cadenas rojas y los eslabones de amarillo. Ezio la reconoció como la bandera de Navarra. Entonces hubo una tercera y última imagen: un puerto marítimo, inmenso y rico, con barcos atracados sobre un mar reluciente, donde se reunía un ejército. Pero no había pistas sobre la ubicación exacta de ninguno de aquellos lugares.

Capítulo 56

Todo el mundo estaba en su lugar. Los mensajeros viajaban a diario entre los puntos donde la Hermandad había situado sus bases, Bartolomeo estaba empezando a disfrutar de Ostia y a Pantasilea le encantaba. Antonio de Magianis todavía estaba a cargo de Venecia. Claudia había regresado, de momento, a Florencia para quedarse con su vieja amiga Paola, que tenía una cara casa del placer, en la que se había inspirado La Rosa in Fiore, y La Volpe y Rosa vigilaban Roma.

Había llegado la hora de que Maquiavelo y Ezio fueran de caza.

Capítulo 57

Leonardo era reacio a que Ezio y Maquiavelo entraran en su estudio, pero al final les dejó.

—Leo, necesitamos tu ayuda —dijo Ezio, que fue directo al grano.

—No estabas muy contento conmigo la última vez que nos vimos.

—Salai no debería haberle hablado a nadie de la Manzana.

—Se emborrachó en una caseta de vino y lo soltó todo para impresionar. La mayoría de las personas a su alrededor ni siquiera sabían de lo que hablaba, pero había un agente del Papa Julio que lo oyó. Está muy arrepentido.

—¿Dónde está ahora? —preguntó Ezio.

Leonardo se puso derecho.

—Si quieres mi ayuda, quiero algo a cambio.

—¿De qué estás hablando? ¿Qué quieres?

—Que le dejes en paz. Para mí significa mucho. Es joven, mejorará con el tiempo.

—Es una pequeña rata de alcantarilla —dijo Maquiavelo.

—¿Queréis mi ayuda o no?

Ezio y Maquiavelo se miraron el uno al otro.

—Muy bien, Leo, pero no le des rienda suelta o te juro por Dios que no seremos tan misericordiosos la próxima vez.

—Muy bien. Bueno, ¿qué queréis que haga?

—Tenemos problemas con la Manzana. No es tan precisa como antes. ¿Puede que le ocurra algo a su mecanismo? —preguntó Maquiavelo.

Leonardo se acarició la barba.

—¿La lleváis encima?

Ezio cogió la caja.

—Ten.

La sacó y la colocó con cuidado encima de la mesa de trabajo de Leonardo.

Éste la examinó con el mismo tacto.

—No sé muy bien qué es esta cosa —admitió por fin—. Es peligrosa, es un misterio y es muy, muy poderosa, y por lo visto Ezio es el único que la controla. Sabe Dios que cuando cayó en mis manos, en la época que estuve con Cesare, lo intenté, pero conseguí muy poco de ella. —Hizo una pausa—. No, no creo que la palabra «mecanismo» describa a esta cosa. Si no fuera más científico que artista, diría que tiene voluntad propia.

Ezio recordó la voz que había salido de la Manzana. ¿Y si Leonardo tenía razón?

—Micheletto se ha escapado —dijo Ezio con urgencia—. Tenemos que localizarle, y rápido. Necesitamos saber adónde se dirige antes de que sea demasiado tarde.

—¿Qué crees que está planeando?

—Estamos casi seguros de que Micheletto ha decidido ir a España para localizar y liberar a su señor Cesare y entonces intentarán volver al poder. Tenemos que detenerlos —dijo Maquiavelo.

—¿Y la Manzana?

—Nos muestra la imagen de un castillo. Debe de estar en alguna parte de España porque ondea la bandera española, pero la Manzana no nos da o no puede darnos su ubicación. También hemos visto la imagen de una ciudad donde ondea la bandera de Navarra, y un puerto marítimo con un ejército que se reúne para embarcar allí, pero la Manzana no nos dice nada referente a Micheletto —dijo Ezio.

—Bueno —contestó Leonardo—, Cesare no puede haberla gafado porque no es tan listo, así que puede que haya decidido, ¿cómo decirlo?, no ser útil.

—Pero ¿por qué iba a hacer tal cosa?

—¿Por qué no se lo preguntamos?

Ezio volvió a concentrarse y esta vez una música preciosa, alta y dulce le llegó a los oídos.

—¿Podéis oírla? —preguntó.

—¿Oír qué? —contestaron los demás.

A través de la música llegó una voz que había oído antes.

—Ezio Auditore, lo has hecho bien, pero ya he cumplido mi parte en tu carrera y debes devolverme. Llévame a una cripta que encontrarás bajo la Capitolina y déjame allí para que me encuentren futuros miembros de tu Hermandad. Pero ¡date prisa! Deberás entonces cabalgar de inmediato a

Nápoles, donde embarcará Micheletto para marcharse a Valencia. Te lo hago saber como último regalo. Tú mismo ya tienes suficiente poder para no volver a necesitarme. Yaceré en el suelo hasta que futuras generaciones me necesiten, así que debes dejar una señal para indicar dónde estoy enterrada. ¡Adiós, mentor de la Hermandad! ¡Adiós! ¡Adiós!

La Manzana dejó de brillar y quedó inerte, como una vieja bola de cuero.

Rápidamente, Ezio les dijo a sus amigos lo que le habían transmitido.

—¿Nápoles? ¿Por qué Nápoles? —preguntó Leonardo.

—Porque es un territorio español y no tenemos jurisdicción allí.

—Y porque sabe, de algún modo, que Bartolomeo está vigilando Ostia —añadió Ezio—. Tenemos que darnos mucha prisa. ¡Vamos!

Estaba anocheciendo cuando Maquiavelo y Ezio llevaron la Manzana en la caja a las catacumbas bajo el Coliseo, y pasaron por las espantosas y lúgubres habitaciones de los restos de la Casa Dorada de Nerón, con antorchas en las manos que iluminaban su camino por el laberinto de túneles bajo el antiguo foro romano hasta llegar a un sitio junto a la iglesia de San Nicola en Carcere. Allí encontraron una puerta secreta dentro de la cripta y detrás había una pequeña sala abovedada, en cuyo centro se alzaba un pedestal. Allí colocaron la Manzana en su caja y se retiraron. Una vez cerrada, como por arte de magia la puerta dejó de ser visible, incluso para ellos, pero sabían dónde estaba, y cerca de ella dibujaron los sagrados símbolos secretos que sólo un miembro de la Hermandad entendería. Inscribieron los mismos símbolos a intervalos regulares por todo el camino de vuelta y de nuevo en la entrada, cerca del Coliseo, por donde salieron.

Después de volver a reunirse con Leonardo, que había insistido en acompañarlos, cabalgaron a toda velocidad hacia Ostia, donde tomaron un barco para viajar el largo recorrido por la costa al sur, hacia Nápoles. Llegaron en el solsticio de verano de 1505, el día en que Ezio cumplía cuarenta y seis años.

No entraron en la ingente y bulliciosa ciudad, sino que se quedaron junto a los muelles fortificados y se dispersaron para buscar entre los marineros, los comerciantes y los viajeros, ocupados con sus barcas de pesca, sus chalupas y carabelas, carracas y cogs; visitaron tabernas y burdeles, a toda prisa, puesto que nadie, ni españoles, ni italianos ni árabes, parecía tener una respuesta a su pregunta:

—¿Habéis visto a un hombre alto y delgado, con manos enormes y cicatrices en la cara, buscando un barco que vaya a Valencia?

Después de una hora así, se reagruparon en el muelle principal.

—Debe de haberse marchado ya a Valencia —dijo Ezio entre dientes.

—Pero si es así… —intervino Leonardo—. Alquilaremos un barco para navegar hasta Valencia y puede que perdamos días, incluso semanas, y Micheletto se habrá escapado igualmente.

—Tienes razón.

—La Manzana no te mintió. Ha estado, o si tenemos suerte, está aquí. Tan sólo tenemos que encontrar a alguien que lo sepa con seguridad.

Una prostituta se acercó sigilosamente, sonriendo.

—No estamos interesados —le soltó Maquiavelo.

Era una rubia muy guapa, de unos cuarenta años de edad, alta y esbelta, con los ojos marrón oscuro; unas piernas largas y torneadas; pechos pequeños, hombros anchos y caderas estrechas.

—Pero sí que os interesa Micheletto da Corella.

Ezio se dio la vuelta para mirarla. Se parecía tanto a Caterina que por un instante la cabeza le dio vueltas.

—¿Qué sabes?

Respondió con la dureza de una prostituta:

—¿Cuánto me pagáis? —Entonces volvió a dedicarles la sonrisa profesional —. Me llamo Camilla, por cierto.

—Diez ducados.

—Veinte.

—¡Veinte! ¡Ganarías menos en una semana! —exclamó Maquiavelo.

—¡Qué encanto! ¿Queréis la información o no? Veo que tenéis prisa.

—Quince, entonces —dijo Ezio y sacó su monedero.

—Eso está mejor, tesoro.

—La información primero —dijo Maquiavelo al extender Camilla la mano para coger el dinero.

—La mitad antes.

Ezio le dio ocho ducados.

—Qué generoso —dijo la mujer—. Muy bien. Micheletto estuvo aquí ayer por la noche. La pasó conmigo y nunca me ha costado más ganarme el dinero. Estaba borracho, abusó de mí y se largó al amanecer sin pagarme. Llevaba una pistola en su cinturón, una espada y un puñal con muy mal aspecto. También olía muy mal, pero sé que tenía dinero porque supuse lo que iba a hacer y cogí mis honorarios de su cartera cuando por fin se quedó dormido. Por supuesto, los gorilas del burdel le siguieron, aunque creo que estaban un poco asustados, así

que le siguieron de lejos.

—¿Y? —dijo Maquiavelo—. Hasta ahora lo que has dicho no nos sirve de nada.

—Pero continuaron vigilándole. Debió de alquilar un barco la noche anterior porque se metió en una carraca llamada *Marea di Alba*, y se marchó con la marea del alba.

—Descríbelo —dijo Ezio.

—Grande, con unas manos enormes. Las tuve alrededor de mi cuello, así que debería saberlo. La nariz rota, la cara llena de cicatrices y algunas de ellas le hacían parecer que tenía una sonrisa permanente. No hablaba mucho.

—¿Cómo sabes su nombre?

—Se lo pregunté, tan sólo para darle conversación, y me lo dijo —contestó sencillamente.

—¿Y adónde iba?

—Uno de los gorilas conocía a uno de los marineros y le preguntó mientras soltaban amarras.

—¿Adónde?

—A Valencia.

Valencia. Micheletto iba a su ciudad natal, que también era el lugar de origen de una familia llamada Borgia.

Ezio le dio los otros sietes ducados.

—Me acordaré de ti —dijo—. Si descubrimos que nos has mentido, lo lamentarás.

Ya era mediodía. Tardaron otra hora en encontrar una carabela rápida que estuviera disponible y tuviera un precio razonable. Les hicieron falta otras dos horas para avituallar y preparar el barco, y luego tuvieron que esperar a la siguiente marea. Una carabela es más rápida que una carraca, pero, aun así, ya era casi de noche cuando izaron las velas. Además, el mar estaba picado y el viento iba en su contra.

—Feliz cumpleaños —le dijo Leonardo a Ezio.

Capítulo 58

Las Parcas tampoco estaban de su parte. Su barco navegaba bien, pero el mar continuaba agitado y se encontraron con una borrasca que retiró las velas. La ansiada oportunidad de alcanzar a Micheletto en el mar se desvaneció cuando, cinco días después, su maltrecha carabela llegó al puerto de Valencia.

Era un lugar próspero y en auge, pero a ninguno de los tres —ni a Ezio, ni a Leonardo, ni a Maquiavelo— les era familiar. La Lonja de la Seda, recientemente construida, competía en esplendor con el campanario, las Torres de Quart y el Palau de la Generalitat. Era pues una poderosa ciudad catalana, uno de los puertos comerciales más importantes en el mar Mediterráneo, pero también era un lugar confuso y estaba repleto de valencianos, que se mezclaban en las concurridas calles con italianos, holandeses, ingleses y árabes, creando una babel de lenguas.

Por suerte, la *Marea di Alba* estaba amarrada cerca de donde había atracado la carabela y los dos capitanes eran amigos.

—¡*Ciao*, Alberto!

—¡*Ciao*, Filin!

—¿Una mala travesía? —preguntó Alberto, un hombre robusto, de treinta años, desde la cubierta de popa de su navío, mientras supervisaba la carga de seda y caro café poco común, para el viaje de vuelta.

—*Brutissimo*.

—Ya lo veo por el estado de tu barco. Habrá buena mar y viento a favor la semana que viene, así que me estoy dando toda la prisa que puedo.

—Yo no tendré la misma suerte. ¿Cuándo llegaste?

—Hace dos días.

Ezio se acercó.

—¿Y tu pasajero?

Alberto escupió.

—*Che tipo brutto*, pero pagó bien.

—¿Dónde está ahora?

—Se ha ido. Sé que estaba en la ciudad, haciendo preguntas, pero aquí lo conocen bien y tiene muchos amigos, te lo creas o no. —Alberto volvió a escupir —. Aunque no de la mejor calaña.

—Estoy empezando a desear no haber venido —susurró Leonardo—. Yo no soy un hombre al que le guste la violencia.

—¿Sabes a dónde ha ido?

—Se alojaba en el Lobo Solitario, podéis preguntar ahí.

Desembarcaron y fueron directos a la posada del Lobo Solitario, después de que Alberto les indicara cómo llegar y añadiera misteriosamente:

—No es un sitio para caballeros.

—¿Qué te hace pensar que nosotros somos caballeros? —preguntó Maquiavelo.

Alberto se encogió de hombros.

Ezio recorrió con la vista el concurrido muelle. Por el rabillo del ojo vio a tres o cuatro tipos sospechosos que les estaban observando, lo que le obligó a comprobar su muñequera y la daga oculta. Se echó la bolsa al hombro para dejar los brazos libres y poder coger la espada y el puñal. Al darse cuenta de esto, Maquiavelo hizo lo mismo mientras Leonardo miraba con recelo.

Juntos se dirigieron a la ciudad, alerta aunque los tipos sospechosos habían desaparecido.

—¿Nos quedamos en el mismo sitio que nuestra presa? —sugirió Ezio—. Será el mejor sitio para averiguar por dónde se mueve.

La posada estaba situada en una calle estrecha de altas casas de vecinos, que se alejaba de una de las vías principales. Era un edificio oscuro y bajo, en contraste con lo nueva que se veía la mayor parte de la ciudad. La puerta de madera oscura estaba abierta y daba a un lúgubre interior. Ezio entró el primero y Leonardo, a regañadientes, el último.

Habían llegado al centro del vestíbulo en el que tan sólo podían distinguirse los muebles y un largo mostrador, cuando la puerta detrás de ellos se cerró de golpe. Los diez hombres que habían estado acechando en las sombras, con los ojos ya acostumbrados a la oscuridad, saltaron encima de sus víctimas con gritos guturales. Ezio y Maquiavelo inmediatamente soltaron sus bolsas con un movimiento, Maquiavelo desenvainó su espada y el puñal y se acercó a su primer atacante. El reflejo de las hojas destellaba en la estancia medio a oscuras,

suficientemente grande como para que los hombres se movieran, algo que beneficiaba a ambos bandos.

—¡Leonardo! —gritó Ezio—. Métete detrás del mostrador y coge esto.

Le tiró la espada a Leonardo, que la cogió, se le cayó y volvió a cogerla en un segundo. Ezio sacó la hoja oculta en cuanto se le tiró encima uno de los hombres, le apuñaló en el costado y la hoja penetró en sus tripas. El hombre se tambaleó, agarrándose la barriga mientras la sangre le brotaba entre las manos. Entretanto, Maquiavelo avanzó a grandes zancadas con la espada alzada. Tan rápido como un rayo tiró una estocada en el cuello de su primer oponente al tiempo que le cortaba en la ingle al segundo con su puñal. El hombre cayó al suelo con un rugido de angustia, tratando de agarrar en vano su herida mientras se retorcía de dolor. Maquiavelo se acercó y miró unos instantes a su víctima, la emprendió a patadas brutalmente con el hombre y lo silenció en cuestión de segundos.

Los agresores, de momento, se retiraron, sorprendidos porque su emboscada no había logrado su objetivo, y por la presteza de sus supuestas víctimas; luego reanudaron su ataque con el doble de energía. Maquiavelo gritó cuando le cortaron desde atrás en el brazo que sostenía la espada, pero enseguida Ezio se echó sobre el atacante de su amigo y le dio con su puñal en toda la cara.

Lo siguiente que supo Ezio fue que un gran hombre, que olía a paja de cárcel y a sudor rancio, se acercó sigilosamente por detrás y le cogió con un garrote alrededor del cuello. Ezio se quedó sin respiración y soltó su puñal para levantar la mano y estirar la cuerda que le apretaba la tráquea. Maquiavelo se acercó de un salto y apuñaló al gran hombre, lo que le causó un dolor repentino que le hizo gritar, pero Maquiavelo había fallado y el hombre pudo quitárselo de encima. Aunque bastó para que soltara el garrote y Ezio pudiera liberarse.

La luz era demasiado tenue para distinguir las formas con capas negras de los atacantes supervivientes, pero el fracaso de su ataque inmediato parecía haberles puesto nerviosos.

—¡Cogedlos! —dijo una desagradable voz gutural—. Todavía somos cinco contra tres.

—¡Sancho dieron en el pecho! —gritó otro mientras Ezio clavaba su potente puñal en el esternón de una fofa criatura y se lo partía con tanta habilidad como si fuera el pecho de un pollo—. Somos cuatro contra tres. ¡Nos replegamos!

—¡No! —ordenó el primer hombre que había hablado—. *Aguanta'ls mentre m'escapo!*

El hombre hablaba en catalán. El hombre grande que había intentado estrangularle. El hombre que aún tenía pegado el hedor de la cárcel. ¡Micheletto!

Unos instantes más tarde la puerta de la calle se abrió y se volvió a cerrar de golpe, dejando escapar a Micheletto; por un momento, quedó marcado su perfil por la luz de las farolas. Ezio salió corriendo detrás de él, pero le cortó el paso uno de los tres agresores supervivientes, que tenía en la mano una cimitarra, lista para clavársela en la cabeza. Ezio estaba demasiado cerca para empuñar cualquiera de sus armas con eficacia, así que se echó a un lado para quitarse de en medio. Mientras rodaba hacia un lugar seguro, la cimitarra se acercó oscilando, pero el hombre había atacado con tanta violencia, con la esperanza de que un cuerpo se interpusiera en el camino de la espada, que el arma continuó su trayectoria y se hundió en los genitales del hombre. Con un alarido, dejó caer la espada al suelo, se agarró a su hombría, en un intento por detener la fuente de sangre y se retorció de dolor.

Los últimos dos hombres se pelearon por llegar hasta la puerta para escapar y uno lo consiguió; pero el segundo, que ya estaba herido por la pelea, tropezó al ponerle Maquiavelo la zancadilla y se cayó al suelo al tiempo que Leonardo se tiraba encima de él para impedir que se levantara. Cuando estuvo claro que no lo haría, Leonardo se alejó, Ezio se arrodilló para darle la vuelta y le puso la punta de la hoja oculta en su orificio nasal.

—Soy Ezio Auditore, mentor de los Asesinos —dijo—. Dime adónde se dirige tu jefe y seré clemente.

—¡Nunca! —dijo el hombre con voz ronca.

Ezio apretó más la punta de la hoja, que estaba muy afilada, y poco a poco empezó a cortarle la nariz.

—¡Dímelo!

—¡Muy bien! Va al castillo de la Mota.

—¿Dónde está?

—Es donde tienen encerrado a Cesare.

Ezio empujó su arma.

—¡Ten piedad! He dicho la verdad, pero nunca lograrás frustrar nuestros planes. Los Borgia volverán al poder y gobernarán toda Italia con mano de hierro. Irrumpirán por el sur y expulsarán a la asquerosa monarquía española, y luego destruirán los reinos de Aragón y Castilla y también gobernarán allí.

—¿Cómo sabes dónde está Cesare? Es un oscuro secreto que sólo conoce el Papa Julio y su Concilio, y el rey Fernando y los suyos.

Con un movimiento repentino, el hombre alzó su brazo derecho. En él llevaba un pequeño cuchillo con el que apuntó al corazón de Ezio. A Ezio le dio tiempo de bloquear el ataque con el brazo izquierdo y el cuchillo pasó rozando sin dañar su muñequera antes de caer al suelo.

—¡Larga vida a la Casa Real de Borgia! —gritó el hombre.

—*Requiescat in pace* —dijo Ezio.

—Bienvenido a Valencia —masculló Leonardo.

Capítulo 59

La posada del Lobo Solitario estaba desierta, pero había algo parecido a un lecho y, como era tarde cuando Ezio y sus compañeros se recuperaron de la pelea sangrienta con los acérrimos de Micheletto, no les quedó más remedio que pasar allí la noche. Encontraron vino, agua y comida —pan, cebollas y algo de salami —; hasta Leonardo tenía demasiada hambre para negarse.

A la mañana siguiente, Ezio se levantó temprano, impaciente por encontrar unos caballos para hacer el viaje que les esperaba. El capitán de su barco, Filin, estaba en los muelles, reparando su maltrecha embarcación. Conocía el lejano castillo de La Mota y les indicó cómo llegar hasta allí, pero sería un largo y arduo viaje de muchos días. Filin también les ayudó a organizar sus caballos, pero los preparativos duraron cuarenta y ocho horas más, puesto que debían conseguir también provisiones. El recorrido sería hacia el noroeste, a través de las marrones cordilleras del centro de España. No tenían mapas, así que viajaban de una ciudad o pueblo a otro, usando la lista de nombres que Filin le había dado.

Salieron de Valencia y después de varios días al galope en su primer grupo de caballos —y de oír las amargas quejas de Leonardo—, entraron en la hermosa zona montañosa de la minúscula ciudad de Cuenca. Luego volvieron a bajar a la plana llanura de Madrid, y atravesaron la ciudad real, donde los ladrones que intentaron robarles pronto quedaron muertos en el camino. Desde allí se dirigieron al norte, a Segovia, dominada por su Alcázar, donde pasaron la noche como invitados del senescal de la reina Isabel de Castilla.

Continuaron por el campo abierto donde les atacó y casi les robó una cuadrilla de bandoleros moriscos, que de algún modo se le habían escapado al rey Fernando y habían sobrevivido en el campo durante veinte años. Fernando, el rey de Aragón, Sicilia, Nápoles y Valencia, era el fundador de la Inquisición Española y del azote de los judíos —con nefastas consecuencias para la

economía de la nación—, mediante su gran inquisidor, Tomás de Torquemada; pero tras contraer matrimonio con su igualmente horrible esposa, Isabel, había unido a Aragón y Castilla para convertir a España en un solo país. Fernando también ambicionaba Navarra, aunque Ezio se preguntaba hasta dónde llegarían los designios de aquel rey intolerante, en un país donde Cesare tenía unos lazos familiares tan estrechos, siendo cuñado del rey francés.

Continuaron, luchando contra el cansancio, rezando para llegar a tiempo de frustrar los planes de Micheletto. Pero a pesar de toda la prisa que se estaban dando, les llevaba bastante ventaja.

Capítulo 60

Micheletto y su pequeño grupo de reaccionarios frenaron sus caballos y se quedaron sobre sus estribos para contemplar el castillo de La Mota. Dominaba la pequeña ciudad de Medina del Campo y había sido construido para protegerla de los moros.

Micheletto tenía buena vista e incluso desde aquella distancia podía distinguir el pañuelo rojo que Cesare había colgado de la ventana de su celda. Era la ventana más alta de la torre central y no hacían falta barrotes porque nadie había escapado nunca de La Mota. Se entendía el porqué. Los muros los habían construido unos mamposteros expertos del siglo once y los bloques de piedra estaban tan bien colocados que la superficie era lisa como un cristal.

Menos mal que habían ideado el plan de usar un pañuelo rojo porque de lo contrario le habría resultado difícil a Micheletto encontrar a su señor. El intermediario, un sargento de la guardia en La Mota, que había sido reclutado en Valencia para la causa de los Borgia hacía un tiempo, era perfecto, y tras el soborno, había demostrado ser digno de confianza.

Aunque iba a ser difícil sacar de allí a Cesare. La puerta de su celda estaba vigilada de forma permanente por dos guardias suizos de una tropa prestada del Papa Julio y todos eran completamente inflexibles e incorruptibles. Así que iba a ser imposible sacar a Cesare fácilmente.

Micheletto calculó a ojo la altura de la torre central. Una vez dentro, tendrían que escalar una pared imposible hasta llegar a una celda que estaba a cuarenta y dos metros. Eso quedaba descartado. Micheletto le dio vueltas a las opciones. Era un hombre práctico, pero su especialidad era matar, no resolver problemas, y sus pensamientos le llevaron a reflexionar en el principal instrumento de su oficio: la cuerda.

—Acerquémonos un poco más con los caballos —les dijo a sus compañeros.

Iban todos vestidos para cazar, en vez de llevar su habitual ropa negra, para

evitar levantar sospecha alguna. Le acompañaban diez hombres y cada uno de ellos llevaba, como parte de su equipo, un trozo de cuerda.

—No debemos acercarnos demasiado —dijo su teniente— o los guardias de los baluartes nos verán.

—¿Y qué verán? Un grupo de caza que va a Medina para abastecerse. No te preocupes, Girolamo.

Aquel comentario hizo que a Micheletto se le ocurriera una idea y continuó:

—Iremos directos a la ciudad.

Tardaron una hora y media, durante la que Micheletto estuvo más callado que de costumbre y arrugó excesivamente su frente estropeada. Entonces, al acercarse a la muralla de la ciudad, su cara se relajó.

—Deteneos —ordenó.

Le obedecieron y Micheletto les examinó. El más joven, un hombre de dieciocho años llamado Luca, era imberbe y tenía una nariz respingona. Ya era un asesino inflexible, pero tenía la cara de inocencia de un querubín.

—Sacad vuestras cuerdas y medidlas.

Obedecieron. Cada cuerda medía tres metros, treinta si se ataban juntas. Treinta y nueve si se añadía la de Micheletto. Cesare tendría que dejarse caer los últimos tres metros, pero no sería nada para él.

El problema era hacerle llegar la cuerda. Para aquello tendría que contactar con su recluta, el sargento de la guardia, Juan, lo que no les costaría mucho pues sabían sus turnos de vigilancia. Aquél sería el trabajo de Luca, puesto que su aspecto de joven inocente no atraería la más mínima atención. El resto de su grupo, a pesar de ir vestidos de cazadores, parecían los hombres que en realidad eran: matones insensibles. Tendrían que untarle la mano a Juan, pero Micheletto siempre llevaba un fondo de doscientos cincuenta ducados para casos de emergencia y una décima parte serviría. Por todo el trabajo.

Juan podría acceder a la celda de Cesare y entregarle la cuerda.

Los guardias suizos no sospecharían de él. Micheletto incluso podía escribir una carta falsa y colocarle un sello que pareciera oficial para que se la entregara a Cesare como tapadera.

No obstante, la barbacana exterior era enorme, y cuando Cesare estuviera en la base de la torre central, tendría que atravesar los patios interiores y salir, de algún modo, por la única puerta que existía.

Lo bueno era que la principal función de La Mota en aquella época era vigilar a su único prisionero. Su propósito original había sido desviar los ataques

de los moros, pero aquella amenaza había desaparecido hacía mucho tiempo y aquel edificio enorme era superfluo en todos los sentidos salvo para vigilar a Cesare; así que según Juan era un asalto bastante fácil.

Tenían que cambiarle la ropa a Cesare de vez en cuando, así que Micheletto pensó en la posibilidad de que Juan organizara una entrega de «muda» para Cesare, un disfraz para engañar a los guardias que tal vez funcionara. No se le ocurría otra cosa, aparte de entrar a lo bruto y coger a Cesare por la fuerza.

—Luca —dijo por fin—, tengo un trabajo para ti.

Resultó que Juan quería cincuenta ducados por todo el trabajo y Micheletto consiguió que lo hiciera por cuarenta, aunque no perdió mucho tiempo regateando. Luca tuvo que hacer tres viajes de ida y vuelta para montar todo aquello, pero al final dijo al volver:

—Está arreglado. Le va a llevar la cuerda y el uniforme de un guardia cuando acompañe al hombre que le lleva la cena a Cesare a las seis. La poterna estará vigilada por Juan, que va a coger el turno de medianoche hasta las seis. Se tarda cinco minutos a pie desde el castillo a la ciudad…

A Cesare Borgia le dolía la pierna izquierda por las lesiones de la Nueva Enfermedad, pero no mucho, sólo era un leve dolor que le hacía cojear un poco. A las dos de la madrugada, cuando se hubo puesto el uniforme de guardia, ató firmemente un extremo de la cuerda al parteluz de la ventana de su celda y con cuidado bajó hacia la noche. Cuando la soltó toda, deslizó su pierna buena por el alféizar, sacó luego la otra y se agarró con fuerza. Sudando, a pesar del frío de la noche, descendió mano tras mano hasta que sus tobillos notaron que la cuerda se había acabado. Saltó los últimos tres, metros restantes y notó dolor en la pierna izquierda cuando cayó, pero la sacudió para quitárselo de encima y atravesó el desierto patio interior y salió al exterior, donde los guardias adormilados no le prestaron atención, pues creyeron que era uno de los suyos.

Le cuestionaron en la puerta, cuando para entonces el corazón se le salía por la boca, pero Juan fue a su rescate.

—Está bien. Yo le llevaré al cuartel.

¿Qué estaba pasando? Tan cerca pero a la vez tan lejos.

—No te preocupes —dijo Juan entre dientes.

El cuartel estaba ocupado por dos guardias somnolientos. Juan le dio una patada a uno para despertarlo.

—Despierta, Domingo. Este hombre tiene un permiso para ir a la ciudad. Se olvidaron de pedir más paja para los establos y necesitan más antes de que llegue la patrulla del amanecer. Llevadlo de vuelta a la puerta, explicádselo a los guardias y dejadle salir.

—¡Sí, señor!

Cesare siguió al guardia hasta la poterna, que se cerró firmemente detrás de él, y cojeó bajo la luz de la luna hacia la ciudad. ¡Qué alegría sentir el aire fresco de la noche a su alrededor después de tanto tiempo! Llevaba confinado en aquel lugar de mala muerte desde 1504, pero ahora era libre. Tan sólo tenía treinta años; lo recuperaría todo y se vengaría de tal forma de sus enemigos, especialmente de la Hermandad de los Asesinos, que las purgas de Caterina Sforza en Forli no serían nada en comparación.

Oyó y olió los caballos en el lugar señalado. Bien por Micheletto. Entonces los vio; estaban todos allí, en las sombras que proyectaba la pared de la iglesia. Tenían una bestia negra preparada para él. Micheletto desmontó y le ayudó a subirse a la silla.

—Bienvenido, *Excellenza* —dijo—. Ahora debemos darnos prisa. Ese cabrón *Assassino*, Ezio Auditore, nos está pisando los talones.

Cesare se quedó callado. Estaba pensando en la forma más lenta de matar al Asesino.

—Ya he tomado cartas en el asunto en Valencia —continuó Micheletto.

—Bien.

Salieron cabalgando en la noche, en dirección sureste.

Capítulo 61

—¿Se ha escapado? —Ezio había cabalgado los últimos kilómetros hasta La Mota sin descanso, aunque tampoco se lo dio a sus compañeros ni a sus caballos, con un temor cada vez más profundo—. ¿Después de más de dos años? ¿Cómo?

—Estaba muy bien planeado, *signore* —dijo el desafortunado teniente del castillo, un hombre regordete de sesenta años con una nariz muy roja—. Estamos llevando a cabo una investigación oficial.

—¿Y qué habéis descubierto?

—Por ahora…

Pero Ezio no estaba escuchando. Estaba echando un vistazo al castillo de La Mota. Era exactamente como la Manzana lo había descrito. Y aquel pensamiento le hizo recordar otra visión que le habían ofrecido: la reunión de un ejército en un puerto marítimo… ¡El puerto estaba en Valencia!

Su mente fue a toda velocidad.

No podía pensar en otra cosa salvo en volver a la costa lo más rápidamente posible.

—¡Conseguidme unos caballos frescos! —gritó.

—Pero, *signore*…

Maquiavelo y Leonardo se miraron el uno al otro.

—Ezio, sea cual sea la urgencia, tenemos que descansar, al menos un día —dijo Maquiavelo.

—Una semana —se quejó Leonardo.

Al final se retrasaron porque Leonardo cayó enfermo. Estaba agotado y echaba mucho de menos Italia. Ezio se vio casi tentado a abandonarlo, pero Maquiavelo le recomendó que se comportara.

—Es tu amigo y no van a reunir un ejército y una armada en menos de dos meses. Ezio transigió.

Los acontecimientos demostrarían que él tenía razón y que Leonardo era

inestimable.

Capítulo 62

Ezio y sus compañeros volvieron a Valencia pasado un mes y allí encontraron la ciudad alborotada. Maquiavelo había subestimado la velocidad con que las cosas podían sucederse en un lugar tan rico.

Habían logrado reunir hombres en secreto y justo a las afueras de Valencia había un enorme campamento de soldados, quizás unos mil. Los Borgia les ofrecían a los mercenarios buenos salarios y se había extendido rápidamente la noticia. Llegaban soldados en ciernes de sitios tan lejanos como Barcelona o Madrid, y de todas las provincias, como Murcia y La Mancha. El dinero de los Borgia consiguió construir una flota de tal vez quince barcos, junto a las embarcaciones para subir a las tropas y media docena de buques de guerra para protegerlos.

—Bueno, no nos hace falta la Manzana para saber lo que está planeando nuestro amigo Cesare —dijo Maquiavelo.

—Eso es cierto. No necesita un ejército tan grande para tomar Nápoles y una vez haya establecido la posición de avanzada allí, reclutará muchos más hombres para su causa. Su plan es conquistar el reino de Nápoles y luego toda Italia.

—¿Qué están haciendo Fernando e Isabel al respecto? —preguntó Maquiavelo.

—Están reuniendo un ejército para aplastarlos. Así que podemos conseguir apoyo por su parte.

—Tardarán demasiado. Su ejército tiene que salir de Madrid. La guarnición de aquí debe de haberse puesto en acción. Pero como ves, Cesare tiene prisa —replicó Maquiavelo.

—Puede que no sea necesario —caviló Leonardo.

—¿A qué te refieres?

—Bombas.

—¿Bombas? —preguntó Maquiavelo.

—Unas bombas pequeñitas, pero bastante efectivas para, digamos, demoler los barcos o dispersar un campamento.

—Bueno, si haces eso por nosotros… —dijo Ezio—. ¿Qué te hace falta para fabricarlas?

—Azufre, carbón y nitrato de potasio. Y acero. Acero muy fino. Flexible. También necesitaré un pequeño estudio y un horno.

Tardaron un rato, pero, por suerte para ellos, el barco Marea di Alba del capitán Alberto estaba amarrado en su muelle habitual. El hombre les saludó de forma amistosa.

—Hola de nuevo —dijo—. Esas personas de las que hablé…, los que no eran caballeros…, supongo que no habéis oído hablar del altercado que hubo en el Lobo Solitario justo después de que llegarais, ¿no?

Ezio sonrió y le dijo lo que necesitaban.

—Hmm. Conozco a un hombre aquí que os podría ayudar.

—¿Cuándo vuelves a Italia? —preguntó Leonardo.

—He traído un cargamento de grapa y vuelvo a llevarme seda. Tal vez en dos o tres días. ¿Por qué?

—Te lo diré más tarde.

—¿Podrías conseguirnos deprisa lo que necesitamos? —preguntó Ezio, que tuvo de repente un mal presentimiento, aunque no podía culpar a Leonardo por querer marcharse.

—¡Desde luego!

Alberto era un hombre de palabra y en pocas horas todo estaba preparado, así que Leonardo se puso a trabajar.

—¿Cuánto tardarás? —preguntó Maquiavelo.

—Dos días porque no tengo ningún ayudante. Aquí tengo material suficiente para hacer veinte o quizá veintiuna bombas. Diez para cada uno.

—Siete para cada uno —dijo Ezio.

—No, amigo mío, diez para cada uno. Unas para ti y otras para Nicolás. No contéis conmigo.

Dos días más tarde las bombas estaban preparadas. Tenían la forma y el tamaño aproximado de un pomelo, recubierto de acero y con una anilla en la parte superior.

—¿Cómo funciona?

Leonardo sonrió, orgulloso.

—Levantas esta pequeña anilla (en realidad es más como una palanca),

cuentas hasta tres y luego la tiras a tu objetivo. Cada una de éstas basta para matar a veinte hombres y, si le das a un barco en el sitio adecuado, puedes inutilizarlo totalmente, quizás incluso hundirlo. —Se calló un momento—. Es una pena que no haya tiempo de construir un submarino.

—¿Un qué?

—No importa. Tú tírala después de contar hasta tres. ¡No te la quedes mucho rato o el que saltará por los aires serás tú! —Se levantó—. Y ahora, adiós y buena suerte.

—¿Qué?

Leonardo sonrió con arrepentimiento.

—Ya he estado suficiente tiempo en España, así que he reservado un billete de vuelta con Alberto. Saldrá con la marea de esta tarde. Os veré en Roma, si lo conseguís.

Ezio y Maquiavelo se miraron el uno al otro y luego abrazaron con aire de gravedad a Leonardo.

—Gracias, querido amigo —dijo Ezio.

—No hay de qué.

—Menos mal que no fabricaste estas cosas para Cesare —dijo Maquiavelo.

Después de que Leonardo se hubo marchado, guardaron con cuidado las bombas —cada uno llevaba diez exactamente— en unas bolsas de lino, que se echaron al hombro.

—Encárgate tú del campamento de los mercenarios y yo iré al puerto —dijo Ezio.

Maquiavelo asintió con denuedo.

—Cuando terminemos el trabajo, nos encontraremos en la esquina de la calle donde está el Lobo Solitario —dijo Ezio—. Creo que el Lobo Solitario será el centro de operaciones de Cesare. Una vez que haya empezado el caos, irá allí a reagruparse con su círculo más cercano. Intentaremos acorralarlos antes de que puedan escaparse de nuevo.

—Por una vez estoy de acuerdo con tu presentimiento. —Maquiavelo sonrió abiertamente—. Cesare es tan vanaglorioso que no habrá pensado en cambiar la guarida de los acérrimos de Borgia. Y es más discreta que un *palazzo*.

—Buena suerte, amigo.

—Ambos la necesitaremos.

Se estrecharon la mano y se separaron para ir a sus distintas misiones.

Ezio decidió dirigirse primero a los barcos de las tropas. Se mezcló con la

muchedumbre y se abrió paso hasta el puerto. Una vez en el muelle, seleccionó su primer objetivo. Sacó la primera bomba mientras luchaba contra la duda insidiosa de que tal vez no funcionaba, y como sabía que debía darse prisa, levantó la anilla, contó hasta tres y la lanzó.

Estaba a poca distancia y tenía buena puntería. La bomba cayó con un repiqueteo en el vientre del barco. Durante unos instantes no sucedió nada y Ezio maldijo para sus adentros —¿y si el plan había fallado?—, pero entonces hubo una tremenda explosión, el mástil del barco se rompió y cayó, y la madera astillada salió volando por los aires.

Entre el caos que hubo a continuación, Ezio salió corriendo por el muelle, escogió otra embarcación y tiro la siguiente bomba. En varios casos, la primera explosión estuvo seguida por una aún mayor, puesto que algunos de los barcos ya se habían cargado de barriles de pólvora. En una ocasión, una de las naves, que explotó y que portaba pólvora, destruyó a sus dos vecinas.

Uno a uno, Ezio derribó los doce barcos, pero el caos y el pánico que hubo a continuación fueron igualmente útiles. A lo lejos oyó explosiones, gritos y alaridos mientras Maquiavelo también hacía su trabajo.

Ezio se dirigió al lugar de encuentro con la esperanza de que su amigo hubiera sobrevivido.

El caos reinaba en Valencia, pero Ezio se abrió camino entre el gentío y llegó en diez minutos a donde habían acordado. Maquiavelo no estaba allí, pero Ezio no tuvo que esperar mucho. Su compañero Asesino apareció corriendo, un poco desharrapado y con la cara tiznada.

—Que Dios se lo pague a Leonardo —dijo.

—¿Has tenido éxito?

—Nunca había visto un caos semejante —contestó Maquiavelo—. Los supervivientes están huyendo de la ciudad a toda prisa. Creo que muchos de ellos preferirán después de esto el arado a la espada.

—¡Bien! Pero aún tenemos trabajo que hacer.

Bajaron por la estrecha calle y al llegar a la puerta del Lobo Solitario, se la encontraron cerrada. Tan silenciosos como gatos, subieron al tejado. Era un edificio de una sola planta, más grande de lo que parecía desde la entrada, y cerca del punto más alto del tejado inclinado, había un tragaluz abierto. Se acercaron a él y con cautela se asomaron por el borde.

Era una habitación diferente de en la que les habían tendido la emboscada, y había dos hombres: Micheletto estaba junto a una mesa y enfrente, sentado,

estaba Cesare Borgia. El que una vez había sido un hermoso rostro, ahora estaba lacerado por la Nueva Enfermedad y blanco de rabia.

—¡Han arruinado mis planes! ¡Malditos Asesinos! ¿Por qué no acabaste con ellos? ¿Por qué me fallaste?

—*Excellenza*, yo…

Micheletto parecía un perro al que habían apaleado.

—Debo pensar bien mi huida. Iré a Viana, en Navarra, justo al otro lado de la frontera. Y entonces a ver si pueden capturarme. No me quedaré aquí esperando a que los hombres de Fernando vengan y me encierren de nuevo en La Mota. Mi cuñado es el rey de Navarra y seguro que me ayuda.

—Yo te ayudaré como siempre te he ayudado. Déjame acompañarte.

Los crueles labios de Cesare se torcieron.

—Sí, me sacaste de La Mota y me devolviste la esperanza. ¡Pero mira dónde me has metido!

—Señor, todos mis hombres están muertos. He hecho lo que he podido.

—¡Me has fallado!

Micheletto se puso blanco.

—¿Es ésta mi recompensa? ¿Por todos los años de leal servicio?

—Perro, sal de mi vista. ¡Me desentiendo de ti! Ve a buscar una alcantarilla donde morirte.

Con un grito de rabia, Micheletto se lanzó sobre Cesare y sus enormes manos de estrangulador se acercaron al cuello de su antiguo señor. Pero nunca lo alcanzaron. A la velocidad del rayo, Cesare cogió una de las dos pistolas que llevaba en su cinturón y disparó a quemarropa.

La cara de Micheletto quedó destrozada hasta el punto de no reconocerse. El resto del cuerpo se desplomó sobre la mesa. Cesare dio un salto hacia atrás, apartándose de su silla para evitar mancharse de sangre.

Ezio se había retirado para permanecer invisible, pero seguir oyendo lo que ocurría, y se estaba preparando para saltar del tejado y coger a Cesare, cuando éste saliera por la puerta delantera de la posada. Pero Maquiavelo se había estirado hacia delante para ver mejor la espantosa confrontación y sin querer soltó una teja, que puso en alerta a Cesare.

Cesare miró hacia arriba enseguida y empuñó su segunda pistola. Maquiavelo no tuvo tiempo de retirarse antes de que Cesare disparara, le dio en el hombro y le rompió la clavícula antes de huir.

Ezio pensó en seguirle, pero tan sólo por un instante. Había oído a Cesare

decir que pretendía ir a Viana y le seguiría hasta allí, pero no antes de encargarse de la herida de su amigo.

Maquiavelo se disculpó mientras Ezio intentaba bajarlo del tejado. Al menos podía caminar, aunque la herida tenía muy mal aspecto.

En cuanto llegaron a la vía principal, Ezio abordó a un transeúnte y tuvo que detener al hombre a la fuerza mientras el caos reinaba a su alrededor.

—Necesito un médico —dijo con urgencia—. ¿Dónde puedo encontrarlo?

—¡Mucha gente necesita un médico! —contestó el hombre.

Ezio le sacudió.

—Mi amigo está muy malherido. ¿Dónde puedo encontrar un médico? ¡Ya!

—¡Suéltame! Puedes probar con el médico Acosta. Tiene la consulta justo en esta calle. Hay un cartel por fuera.

Ezio agarró a Maquiavelo que estaba a punto de desmayarse. Cogió el pañuelo de su túnica y con él vendó la herida lo mejor que pudo. Nicolás estaba perdiendo mucha sangre.

En cuanto vio la herida, Acosta sentó a Maquiavelo en una silla. Cogió una botella de alcohol, hisopo húmedo y la vendó con cuidado.

—La bala le ha atravesado el hombro —le explicó en un italiano malo—, así que al menos no tengo que sacarla. Es una herida limpia. Pero tendré que recolocar la clavícula. Espero que no tengáis planeado viajar pronto.

Ezio y Maquiavelo intercambiaron una mirada.

—He sido un tonto —repitió Maquiavelo y forzó una sonrisa.

—Cállate, Nicolás.

—Adelante. Ve a por él. Ya me las apañaré.

—Puede quedarse conmigo. Tengo un pequeño anexo donde cabe un paciente —dijo Acosta—, y cuando esté curado, te lo enviaré.

—¿Cuánto tardará en recuperarse?

—A lo mejor dos semanas, quizá más.

—Te veré en Roma —dijo Maquiavelo.

—Muy bien —contestó Ezio—. Cuídate, amigo.

—Mátalo por mí —dijo Maquiavelo—. Aunque al menos nos ha quitado de en medio a Micheletto.

Tercera Parte

Hemos alcanzado la última época de la canción profética. El tiempo ha concebido y la gran secuencia de las épocas empieza de nuevo. La Justicia, la virgen, vuelve para habitar entre nosotros y el reinado de Saturno se ha reinstaurado. El Primogénito de la Nueva Era ya está de camino de su alto cielo a la Tierra.

VIRGILIO, *Égloga IV*

Capítulo 63

Ezio de nuevo cruzó España en un viaje largo y solitario, casi hasta el norte de Viana. Llegó allí en el mes de marzo, en el año de Nuestro Señor 1507. La ciudad que vio, a un par de kilómetros de distancia, era exacta a la de la visión que le había ofrecido la Manzana, con fuertes murallas y una ciudadela bien fortificada en el centro, pero había una diferencia.

Incluso antes de que cruzara la frontera de Navarra, los ojos expertos de Ezio le dijeron que la ciudad estaba sitiada. Cuando llegó a un pueblo, la mayoría de los habitantes negaron con la cabeza tontamente cuando les preguntó, pero cuando localizó al sacerdote, con quien pudo hablar en latín, se enteró de lo que había ocurrido.

—Puede que sepas que nuestro rey y nuestra reina tienen los ojos puestos en Navarra. Es una tierra rica y quieren incorporarla a España.

—¿Por eso quieren tomar Viana?

—Ya la han tomado. La ha ocupado el conde de Lerín por ellos.

—¿Y los que la han sitiado?

—Son fuerzas de Navarra. Creo que serán los vencedores.

—¿Por qué dices eso?

—Porque están bajo el mando del cuñado del rey de Navarra, que es un general con experiencia.

El corazón de Ezio latió a toda velocidad, pero aún necesitaba confirmarlo.

—¿Cómo se llama?

—Por lo visto es muy famoso. Es el duque de Valencia, Cesare Borgia. Dicen que antes dirigía la guardia del mismísimo Papa. Pero las tropas españolas son magníficas. Han llevado la contienda al enemigo y ha habido sangrientas batallas en los campos fuera de la ciudad. No seguiría en esa dirección, hijo mío; allí tan sólo hay sangre y devastación.

Ezio le dio las gracias y espoleó al caballo para continuar adelante.

Al llegar se encontró con una batalla encarnizada envuelta por la niebla. En medio se mantenía firme Cesare Borgia, que acababa con cualquier enemigo que se le acercaba. De repente Ezio tuvo que luchar con otro jinete, un navarro en cuyo emblema llevaba un escudo rojo entrecruzado con unas cadenas amarillas. Ezio atacó al hombre con su espada, pero su enemigo esquivó el golpe justo a tiempo y Ezio casi pierde el equilibrio por el impulso. Se recuperó antes de caer, dio la vuelta con el caballo y volvió hacia el hombre. El jinete estaba echando su brazo hacia atrás para golpear a Ezio en el costado, pero éste le embistió con un rápido movimiento de espada. La punta de su hoja le cortó al hombre en el pecho y se retiró de dolor, lo que le permitió a Ezio propinar un fuerte golpe hacia abajo y partirle el hombro derecho a su enemigo hasta el pecho. Cayó sin gritar y acabaron con él los soldados de infantería españoles.

Cesare estaba de pie y Ezio decidió que sería más fácil acercarse a él de manera inadvertida también a pie, así que desmontó y atravesó la refriega en su dirección.

Por fin estaba cara a cara con su mortal enemigo. El rostro de Cesare estaba manchado de sangre y polvo, y tenso por el esfuerzo, pero cuando vio a Ezio su expresión adoptó una nueva determinación.

—¡Asesino! ¿Cómo me has encontrado?

—Mis ansias por vengar la muerte de Mario Auditore me han llevado hasta ti.

Lucharon con sus espadas hasta que Ezio logró quitarle el arma a Cesare de las manos. Entonces envainó la suya, se tiró encima del Borgia y le puso las manos alrededor del cuello. Aunque Cesare había aprendido de Micheletto unas cuantas cosas del arte de la estrangulación y se las apañó para apartarse de Ezio con un empujón que le liberó de sus manos. Ezio sacó la hoja oculta, pero Cesare bloqueó el golpe y una vez más se defendió con éxito mientras la batalla continuaba a su alrededor.

Entonces las trompetas españolas tocaron a retirada. Triunfante, Cesare gritó a sus tropas navarras más cercanas:

—¡Matadle! Matad al Asesino. ¡Haced pedazos a este maldito bastardo!

Al aumentar la niebla, Cesare se fundió con los soldados navarros que se cernían sobre Ezio. Se los quitó de encima aunque le costó mucho antes de que el agotamiento le venciera, luego cayó al suelo, casi inadvertido mientras el tumulto y la niebla daban vueltas a su alrededor, y los soldados lo dieron por muerto.

Cuando Ezio volvió en sí, un rato más tarde, yacía sobre su espalda en medio del campo de batalla; tuvo que quitarse un cadáver de encima antes de poder incorporarse.

El campo de batalla estaba bajo un cielo nublado, teñido de sangre y, a lo lejos, el sol ardía con furia. El polvo estaba en suspensión sobre un camino ancho y sin pavimentar, repleto de muertos.

Ezio vio un cuervo sobre la barbilla de un cadáver, picoteando ávidamente un ojo. Un caballo sin jinete pasó en estampida, desenfrenado por el olor de la sangre. Unos estandartes rotos se agitaban por la brisa.

Gruñó por el esfuerzo, se levantó y, con mucho dolor al principio, caminó por el campo de muertos. Se dio cuenta de que había perdido su espada y su puñal, aunque no habían encontrado ni robado la daga oculta ni la muñequera.

Lo primero que hizo fue reemplazar sus armas. Junto a él, había un campesino cribando el botín de la batalla y le miró.

—Sírvete tú mismo —dijo—. Hay más que suficiente para todos.

Ezio buscó a oficiales y caballeros caídos, puesto que iban mejor armados, pero en todos los casos ya había pasado alguien por allí antes que él. Al final encontró a un capitán muerto con una buena espada y una daga similar a la suya, que tomó agradecido.

A continuación fue en busca de un caballo puesto que sería más rápido moverse así. Tuvo suerte. A menos de un kilómetro del campo de batalla, lejos del campamento navarro, pastando en un verde prado, se topó con un caballo de guerra, ensillado y con riendas, con el lomo manchado de sangre, pero no de la suya. Le habló dulcemente y lo montó. Al principio dio unas coces, pero enseguida se tranquilizó y le llevó de vuelta al sitio de donde había venido.

De vuelta en el campo de batalla, se encontró con más campesinos recogiendo lo que podían de los cadáveres. Pasó de largo y galopó montaña arriba hacia el sonido de otra contienda. La cima de la colina revelaba una llanura al otro lado, donde la batalla se había reanudado, cerca de las murallas con almenas de la ciudad, desde las que disparaban caftanes.

Capítulo 64

Ezio dirigió su caballo a un lado de la batalla, a través de unos olivares, donde se encontró con una patrulla de tropas navarras. Antes de que le diera tiempo a dar la vuelta, le habían disparado con sus mosquetes, aunque no le alcanzaron, pero sí a su caballo.

Consiguió escapar entre los árboles y continuó a pie, evitando las tropas españolas, que rondaban por todas partes. Se acercó un poco más y llegó a un claro, en el que vio a un soldado español herido en el suelo mientras otro hacía lo posible por consolarlo.

—Por favor —dijo el herido—. Mis piernas. ¿Por qué no paran de sangrar?

—Compadre, he hecho todo lo que he podido por ti. Ahora debes confiar en Dios.

—¡Oh, Pablo, tengo miedo! ¡Mis piernas! ¡Mis piernas!

—Calla, Miguel. Piensa en todo el dinero que tendremos cuando hayamos ganado esta batalla. ¡Y el botín!

—¿Quién es el hombre viejo por el que estamos luchando?

—¿Quién? ¿El conde de Lerín?

—Sí. Estamos luchando por él, ¿no?

—Sí, amigo mío. El sirve a nuestro rey y a nuestra reina, y le servimos, por eso luchamos.

—Pablo, por lo único que lucho ahora es por mi vida.

Una patrulla llegó por el otro lado del claro.

—Seguid avanzando —dijo su sargento—. Debemos flanquearlos.

—Mi amigo está herido —dijo Pablo—. No puede moverse.

—Pues déjalo. Vamos.

—Dadme unos minutos más.

—Muy bien. Nos dirigiremos al norte. Síguenos. Y asegúrate de que los navarros no te ven.

—¿Sabremos cuándo los hemos flanqueado?

—Habrá disparos. Acabaremos con ellos cuando menos se lo esperen. Usa los árboles para cubrirte.

—Un momento, señor.

—¿Qué pasa?

—Os seguiré ahora.

—¿Ahora mismo?

—Sí, señor. Mi compañero Miguel ha muerto.

En cuanto se marcharon, Ezio esperó unos minutos más y se dirigió al norte antes de virar al este, hacia donde sabía que estaba Viana. Abandonó los olivos y vio que había pasado por el campo de batalla y lo bordeaba por el norte. Se preguntó qué habría sido de los soldados españoles, pues no había ni rastro de ningún movimiento de flanqueo con éxito y la batalla parecía ir a favor de los navarros.

De camino había un pueblo hecho pedazos. Lo evitó, al ver francotiradores españoles escondidos detrás de las paredes derrumbadas y carbonizadas, que usaban pistolas de boca larga y llave de rueda para disparar a cualquier tropa navarra dentro de la batalla.

Se topó con un soldado, cuya túnica estaba tan manchada de sangre que Ezio no supo de qué bando era, sentado con la espalda apoyada en un olivo aislado, abrazándose por el dolor, con el cuerpo entero temblando, y su pistola abandonada en el suelo.

Ezio llegó a las afueras de la ciudad, entre los asentamientos que había bajo sus bastiones y por fin vio su presa delante de él. Cesare estaba con un sargento navarro y sin duda estaban calculando cuál sería la mejor manera de abrir una brecha o socavar las sólidas murallas de Viana.

Los españoles, que habían tomado Viana, habían tenido la suficiente confianza en sí mismos como para permitir que algunos de sus seguidores del campamento establecieran allí sus casas, pero era evidente que no eran lo bastante fuertes como para protegerlos ahora.

De repente una mujer salió de una de las casas y corrió hacia ellos, gritando y bloqueándoles el paso.

—¡Ayudadme! —gritó—. ¡Ayudadme! ¡Mi hijo! ¡Mi hijo está herido!

El sargento se acercó a la mujer, la cogió por el pelo y la apartó de Cesare.

—¡Ayudadme! —gritó.
—Hazla callar —dijo Cesare, contemplándola con frialdad.
El sargento desenfundó su puñal y le cortó a la mujer el cuello.

Capítulo 65

Mientras Ezio seguía de cerca a Cesare, presenció más escenas de brutalidad entre las tropas navarras contra los odiados intrusos españoles.

Vio cómo un soldado de caballería navarro maltrataba con violencia a una joven.

—¡Déjame en paz! —gritó la chica.

—Sé buena —le dijo el soldado con crudeza—. ¡No te haré daño! De hecho, puede que hasta disfrutes, puta española.

Más adelante, un hombre, un cocinero por el aspecto que tenía, se desesperaba mientras dos soldados le agarraban y le obligaban a ver cómo otros dos le prendían fuego a su casa.

Peor aún estaba un hombre, sin duda un soldado español herido al que le habían tenido que amputar las piernas, al que le habían sacado a patadas de su carro un par de soldados rasos navarros. Estaban allí, riéndose, mientras el tullido, desesperado, trataba de huir de ellos por un sendero.

—¡Corre! ¡Corre! —dijo uno.

—¿No puedes ir más rápido? —añadió su compañero.

Era evidente que la batalla la habían ganado los navarros porque Ezio vio que acercaban torres de asedio a las murallas de la ciudad. Las tropas navarras trepaban por ellas y ya estaban luchando violentamente en las almenas. Si Cesare estaba allí, sería al frente de sus hombres porque era tan despiadado e intrépido como cruel.

En algún lugar detrás de él, un sacerdote español recitó a unos fieles desesperados:

—Vuestros pecados han provocado esto. Así es como os castiga el Señor. El nuestro es un Dios justo y ésta es Su Justicia. ¡Bendito sea Dios! Gracias, Dios

mío, por enseñarnos a ser humildes. Por mostrarnos el castigo tal como es, una llamada a la espiritualidad. Dios nos lo da y El nos lo quita. Así está escrita la Verdad. ¡Amén!

«El único modo de entrar en la ciudad es subir por una de esas torres», pensó Ezio.

Acababan de empujar hacia la muralla la que estaba más cerca de él. Corrió y se subió a la torre junto a otros hombres, mezclándose entre ellos, aunque no había apenas ninguna necesidad porque con todos aquellos rugidos y bramidos de los exagerados atacantes, que intuían la victoria, pasaría desapercibido.

Los defensores estaban preparados y empezaron a verter hacia el enemigo de abajo la mezcla de brea y aceite que ellos llamaban Fuego Griego. Los gritos de los hombres quemados se unían a los gritos de aquellos que iban en la torre, Ezio entre ellos, y el gran movimiento de arriba, fuera de las llamas en la base de la torre, comenzó a ser frenético. A su alrededor, Ezio vio a los hombres empujar a sus compañeros para sobrevivir y algunos soldados cayeron, dando alaridos, a las llamas de abajo.

Ezio sabía que tenía que llegar a la parte superior antes de que las llamas le alcanzaran. Cuando lo consiguió, dio un gran salto de fe hacia las almenas justo cuando la torre en llamas se derrumbaba detrás de él y causaba un caos mortífero a sus pies.

Luchaban con violencia en los baluartes, pero cientos de soldados navarros ya habían bajado a la ciudad y las trompetas españolas tocaban a retirada para que las tropas se dirigieran hacia la ciudadela en el centro de Viana. Parecía que habían retomado la ciudad.

Cesare saldría triunfador y su adinerado cuñado le recompensaría de forma generosa. Ezio no permitiría que aquello sucediera.

Recorrió la alta muralla, esquivando a los soldados que luchaban mientras los navarros acababan con las tropas españolas que habían quedado atrás en la retirada. Ezio localizó a Cesare y se abrió camino entre las tropas enemigas como un niño que retira con un palo las hierbas altas. Cesare estaba impaciente por tomar la ciudadela y, una vez libre de los hombres que trataban de bloquearle el paso, bajó corriendo por unas escaleras en la muralla interior y atravesó la ciudad, con Ezio unos segundos a su espalda.

Delante de ellos, la ciudadela ya había abierto sus puertas. Habían vencido a los españoles y el conde de Lerín estaba listo para negociar. Pero Cesare no era un hombre misericordioso.

—¡Matadlos! ¡Matadlos a todos! —gritó a sus tropas.

A una velocidad sobrehumana, corrió hacia la ciudadela y subió por unas escaleras de piedra que había en su interior, matando a cualquiera que se interpusiera en su camino.

Ezio le siguió el ritmo hasta que llegaron a las almenas más altas de la ciudadela, donde Cesare se quedó solo y cortó el asta donde estaba izada la bandera española. Al volver, tan sólo había un sitio por el que marcharse y allí estaba Ezio para impedírselo.

—No tienes escapatoria, Cesare —dijo Ezio—. Ha llegado el momento de que pagues tus deudas.

—¡Vamos, Ezio! —gruñó—. Derrocaste a mi familia. Veamos cómo saldas tus deudas.

Tal era su impaciente ira, que enseguida se abalanzaron el uno contra el otro, cuerpo a cuerpo, usando tan sólo sus puños como armas.

Cesare fue el primero en asestar un golpe y dirigió su puño derecho como un loco a la cabeza de Ezio, pero éste lo esquivó, aunque una fracción demasiado tarde y los nudillos de Cesare rebotaron en la sien del Asesino. Ezio se tambaleó y Cesare gritó, triunfante:

—No importa lo que hagas, lo conquistaré todo; pero antes te mataré a ti y a todos tus seres queridos. En cuanto a mí, no moriré. ¡La Fortuna no me falla!

—Te ha llegado la hora, Cesare —contestó Ezio, que recobró la compostura, retrocedió y desenvainó la espada.

Cesare reaccionó igual y ambos empezaron a combatir en serio. Ezio dirigió su espada ferozmente hacia la cabeza de su enemigo y la hoja describió un arco letal en el aire. Cesare quedó impresionado por la velocidad de su ataque, pero logró levantar su hoja con una torpe parada mientras el brazo le temblaba por el impacto. La espada de Ezio rebotó y Cesare volvió a atacar una vez recuperado el equilibrio y la concentración. Los hombres rodearon el parapeto y sus espadas se tocaron por la punta con unas rápidas estocadas. Ezio avanzó deprisa, llevó la hoja de Cesare a la derecha, luego giró su muñeca y apuntó su espada al costado expuesto de su contrincante. No obstante, Cesare fue muy rápido y apartó el arma de Ezio. Aprovechó entonces la oportunidad para atacar a Ezio, que respondió alzando la muñequera para desviar el golpe. Ambos retrocedieron con cautela otra vez. Desde luego la Nueva Enfermedad no había afectado al manejo de la espada de Cesare.

—Vamos, viejo, tu generación está acabada. Ahora me toca a mí y no

esperaré mucho. Tus anticuados sistemas, reglas y jerarquías… Todo tiene que eliminarse.

Ambos estaban cansados y se enfrentaban, jadeando.

—Tu nuevo régimen traerá tiranía y sufrimiento para todos —respondió Ezio.

—Yo sí sé lo que es mejor para el pueblo de Italia y no un puñado de ancianos que hace unos años gastaban su energía luchando por llegar a la cima.

—Tus errores son peores que los suyos.

—Yo no cometo errores. ¡Soy el más inteligente!

—La inteligencia viene con años de pensamiento, no por ciega convicción.

—¡Ezio Auditore, tu hora ha llegado!

Cesare dio con su espada una estocada inesperada y cobarde, pero Ezio fue lo bastante rápido para esquivarla, y al perder Cesare el equilibrio, le agarró de la muñeca y le arrebató la espada de la mano, que salió repiqueteando por las losas de piedra.

Estaba al borde de las almenas y abajo las tropas navarras empezaban a celebrar su victoria. Sin embargo, no había saqueo pues habían recuperado una ciudad que antes era suya.

Cesare echó mano a su puñal, pero Ezio le cortó los tendones de la muñeca a su oponente con la espada, lo que la dejó colgando sin fuerzas, inútil. Cesare retrocedió tambaleándose y su cara puso una mueca de dolor y rabia.

—¡El trono era mío! —exclamó como un niño que había perdido un juguete.

—El hecho de querer algo no te da derecho a tenerlo.

—¿Y tú qué sabes? ¿Alguna vez has deseado algo con tanta fuerza?

—Un auténtico líder otorga poderes a los que gobierna.

—Todavía puedo guiar a la humanidad hacia un nuevo mundo.

Al ver que Cesare estaba a unos centímetros del borde, Ezio alzó su espada:

—Ojalá borren tu nombre. *Requiescat in pace*.

—¡No puedes matarme! ¡Ningún hombre puede matarme!

—Entonces te dejaré en manos del destino —contestó Ezio.

Ezio dejó caer su espada, agarró a Cesare Borgia y, con un hábil movimiento, lo tiró por las almenas. Cayó en picado hacia los adoquines a treinta metros, pero Ezio no bajó la vista. Su corazón se había librado del peso de su larga lucha contra los Borgia.

Capítulo 66

Volvía a ser el solsticio de verano y Ezio cumplía cuarenta y ocho años. Ezio, Maquiavelo y Leonardo estaban reunidos en el nuevo cuartel general de la isla Tiberina, que ahora era un edificio que se exhibía con orgullo, a la vista de todos.

—Es una fiesta de cumpleaños muy pequeña —comentó Leonardo—. Bueno, si me hubieras dejado prepararte algo, un desfile de verdad…

—Guárdatelo para dentro de dos años —sonrió Ezio—. Te hemos invitado por otro motivo.

—¿Cuál? —preguntó Leonardo, lleno de curiosidad.

Maquiavelo que lucía un hombro un tanto encorvado, pero totalmente recuperado, dijo:

—Leo, queremos invitarte.

—¿Otra vez?

—Queremos que te unas a nosotros —dijo Ezio solemnemente—. Que te conviertas en miembro de la Hermandad de los Asesinos.

Leonardo sonrió con gravedad.

—Así que mis bombas fueron todo un éxito, ¿no? —Se quedó callado un momento y luego dijo—: Caballeros, os doy las gracias, y sabéis que respeto vuestros objetivos y los apoyaré mientras viva. Nunca revelaré los secretos de los Asesinos a nadie. —Hizo una pausa—. Pero yo voy por otro camino y es un camino solitario. Así que perdonadme.

—Tu apoyo es casi tan valioso como que te conviertas en uno de nosotros. Pero ¿no podemos convencerte de algún modo, viejo amigo?

—No, Ezio. Además, me marcho.

—¿Te marchas? ¿Adónde vas?

—Tengo que volver a Milán y luego me voy a Amboise.

—¿A Francia?

—Dicen que es un país noble y allí es donde iré a terminar mis días.

Ezio extendió las manos.

—Entonces debemos dejar que te marches, viejo amigo. —Hizo una pausa —. Aquí, pues, separamos nuestros caminos.

—¿Por qué? —preguntó Leonardo.

—Yo vuelvo a Florencia —contestó Maquiavelo—. Allí me queda mucho trabajo por hacer. —Le guiñó el ojo a Ezio—. Y aún tengo que escribir ese libro.

—¿Cómo lo llamarás?

Maquiavelo miró con ecuanimidad a Ezio.

—El *Príncipe* —contestó.

—Mándame a Claudia de vuelta.

—Lo haré. Echa de menos Roma y sabes que te apoyará mientras continúes tu trabajo como mentor de la Hermandad.

Maquiavelo miró el reloj de agua.

—Es la hora.

Los tres hombres se levantaron y se abrazaron con aire de gravedad.

—Adiós.

—Adiós.

—Adiós.

Relación de personajes

Mario Auditore: tío de Ezio y líder de la Hermandad de los Asesinos
Ezio Auditore: Asesino
María Auditore: madre de Ezio
Claudia Auditore: hermana de Ezio
Angelina Ceresa: amiga de Claudia
Federico: encargado de los establos de Mario
Annetta: ama de llaves de la familia Auditore
Paola: hermana de Annetta y una Asesina
Ruggiero: sargento mayor de los guardias de Mario Auditore
Nicolás Bernardo Maquiavelo: Asesino, filósofo y escritor (1469-1527)
Leonardo da Vinci: artista, científico, escultor, etc. (1452-1519)
Antonio: Asesino
Fabio Orsini: Asesino
Bartolomeo d'Alviano: capitán italiano y Asesino (1455-1515)
Pantasilea Baglioni: esposa de Bartolomeo
Baldassare Castiglione: vinculado a los Asesinos
Pietro Bembo: vinculado a los Asesinos
Gilberto el Zorro, La Volpe: Asesino y jefe del Gremio de Ladrones
Benito: miembro del Gremio de Ladrones
Trimalchio: miembro del Gremio de Ladrones
Claudio: ladrón e hijo de Trimalchio
Paganino: ladrón en el saqueo a Monteriggioni
***Madonna* Solari**: encargada del burdel y cómplice de los Asesinos
Agnella: prostituta de La Rosa in Fiore
Lucía: prostituta de La Rosa in Fiore
Saraghina: prostituta de La Rosa in Fiore
Margherita deghli Campi: aristócrata romana y simpatizante de los

Asesinos

Jacopo: marinero

Camila: prostituta de Nápoles

Filin: capitán de barco

Capitán Alberto: capitán de la Marea di Alba

Acosta: médico valenciano

Conde de Lerín: conde español (1430-1508)

Caterina Sforza: la condesa de Forli, hija de Galeazzo (1463-1509)

Lorenzo de Medici, «Lorenzo el Magnífico»: hombre de estado italiano (1449-1492)

Piero Soderini: gobernador de Florencia (1454-1522)

Américo Vespucio: amigo y consejero de Soderini (1454-1512)

Rodrigo Borgia: Papa Alejandro VI (1431-1503)

Cesare Borgia: hijo de Rodrigo (1476-1507)

Lucrezia Borgia: hija de Rodrigo (1480-1519)

Vannozza Cattenei: madre de Cesare y Lucrezia Borgia (1442-1518)

Giulia Farnese: amante de Rodrigo (1474-1524)

Princesse **Carlota d'Albret**: esposa de Cesare (1480-1514)

Juan Borgia: arzobispo de Monreale y el banquero de Cesare (1476-1497)

General duque Octavien de Valois: general francés y aliado de los Borgia

Micheletto da Corella: la mano derecha de Cesare Luca: acérrimo de Micheletto

Agostino Chigi: banquero del Papa Alejandro (1466-1520)

Luigi Torcelli: el representante del banquero de Cesare

Toffana: criada de Lucrezia

Gaspar Torella: médico personal de Cesare

Johann Burchard: maestro de ceremonias del Papa Alejandro VI

Juan: guardia de La Mota

Egidio Troche: senador romano

Francesco Troche: hermano de Egidio y chambelán de Cesare

Michelangelo Buonarotti: artista, escultor, etc. (1475-1564)

Vinicio: contacto de Maquiavelo

Cardenal Giuliano della Rovere (1443-1513)

Cardenal Ascanio Sforza (1455-1505)

Agniolo e Inocento: ayudantes de Leonardo da Vinci

Pietro Benintendi: actor romano

***Dottore* Brunelleschi**: médico romano

El cardenal de Rouen: Georges d'Amboise (1460-1510)

Papa Pío III: cardenal Piccolomini (1439-1503)

Papa Julio II: Giuliano della Rovere, cardenal de San Pedro ad Vincula (1443-1513)

Bruno: un espía

Glosario de términos en italiano, francés y latín

aiutateme!: ¡ayúdame!
Aiuto!: ¡ayuda!
albergo: hotel
Altezza: Alteza
altrettanto a lei: también a vos
arrivederci: adiós
Assassini: Asesinos
attenzione: cuidado

bastardo, bastardi: cabrón, cabrones
bellissima: guapísima
bene: bien
bestiarii: gladiadores
birbante: granuja, pillo
bordello: burdel
brutissimo: terrible
buona fortuna: buena suerte
buona questa: muy buena
buona sera: buenas tardes
buongiorno, fratellino: buenos días, hermanito

calma/calmatevi: calma
campanile: campanario
campione: campeón
capisci?: ¿entiendes?
capitano: capitán
caro padre: querido padre

cazzo: mierda
che cosa fate qui?: ¿qué estáis haciendo aquí?
che diavolo?: ¿qué diablo?
cher ami: querido amigo
che tipo brutto: menudo bruto
come usciamo di qui?: ¿cómo se sale de aquí?
commendatore: comandante
condottieri: mercenarios
con piacere: con mucho gusto
consummatum est: está terminado
contessa: condesa
corri!: ¡corre!
cosa diavolo aspetti?: ¿a qué demonios estás esperando?
Curia: los tribunales de justicia romanos

déclarez-vous: declaraos
diavolo: diablo
Dio mio: Dios mío
Dio, ti prego, salvad: Dios, te suplico, sálvanos
dottore: médico

Eirenze: Florencia
Eminenze: Eminencia
Excellenza: Excelencia

figlio di puttana: hijo de puta
figlio mio: hijo mío
fortuna: fortuna
forze armate: fuerzas armadas
fottere: joder
fotutto francese: jodido francés
furbacchione: astuto diablo

gonfalon: estandarte
grazie, madonna: gracias, señora

halte-lá: detente

idioti: idiotas
il Magnifico: el Magnífico
insieme per la vittoria: juntos para vencer
intesi: desde luego/entendido
ipocrita: hipócrita

ladro: ladrón
La Volpe Addormentata: El Zorro Durmiente
lie ta di conoscervi: encantada de conoceros
luridi codardi: cobardes asquerosos

ma certo: pero claro
ma che meravigli: pero qué maravilla
madonna: señora
mais franchement, je m'en doute: pero francamente, lo dudo
malattia venerea: enfermedad venérea
maldito bastardo: maldito cabrón
maledette: maldito
merda: mierda
messer: señor
mille grazie: mil gracias
miracolo: milagro
molte grazie: muchas gracias
molto bene: muy bien
momentino, contessa: un momento, condesa
morbns gallicus: enfermedad francesa

nessun problema: no es un problema
nomenklatura: influyente

onoratissima: honorísima
ora, mi scusi, ma: perdonad

padrone: padre
palazzo: palacio
perdónate, colonnello: perdonad, coronel

perdonatemi, signore: perdonadme, señor
perfetto: perfecto
pezzo di merda: pedazo de mierda
piano nobile: el piso principal de una gran casa
piazze: plaza(s)
pollo ripieno: pollo relleno
pranzo: almuerzo
puttana: puta

requiescat in pace: descansa en paz
rione: zona
rocca: fortaleza

salve, messere: hola, señor
sang maudit: sangre maldita
scorpioni: escorpiones
senatore: senador
signora: señora
signore: señor
Signoria: autoridad gubernamental
si, zio mio: sí, tío
sul serio?: ¿en serio?

tesora mia: mi tesoro
tesora, tesoro: cariño, tesoro
torna qui, maledetto cavallo: vuelve aquí, maldito caballo

va bene: vale
vero: cierto
vittoria agli Assassini: victoria a los Asesinos

zio: tío

Nota del autor

La mayoría de las traducciones de las lenguas extranjeras en este texto son mías, excepto las citas de *El Príncipe* de Maquiavelo y Eglogas de Virgilio (aunque he adaptado la última un poco). Quedo en deuda entonces con los profesionales, George Bull (1929-2001) y E. V. Rieu (1887-1972) respectivamente.

OLIVER BOWDEN, París, 2010

Agradecimientos

Doy las gracias especialmente a:
Yves Guillemot
Jeffrey Yohalem
Corey May
Ethan Petty
Matt Turner
Jean Guesdon
Y también a:
Alain Corre
Laurent Detoc
Sebastien Puel
Geoffroy Sardin
Sophie Ferre-Pidoux
Xavier Guilbert
Tommy François
Cecile Russeil
Christele Jalady
El Departamento Legal de Ubisoft
Charlie Patterson
Chris Marcus
Eric Gallant
María Loreto
Guillaume Carmona